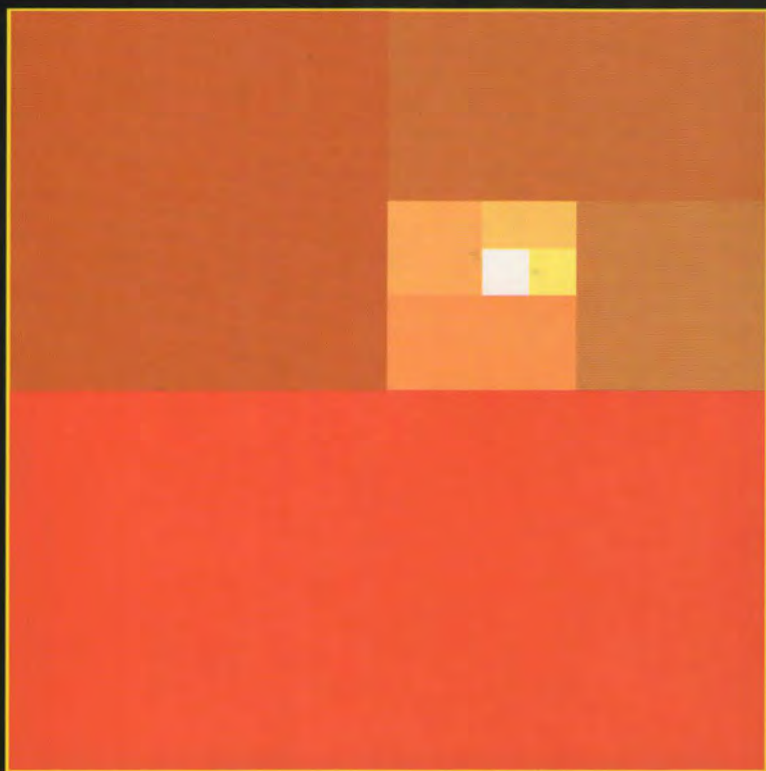


El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá

Tendencias y perspectivas
hacia el fin del milenio



Mónica Vereá C. y Silvia Núñez G.
(coordinadoras)



UNAM



CISAN

El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá

Tendencias y perspectivas
hacia el fin del milenio

Mónica Vereza C. y Silvia Núñez C.
(coordinadoras)

Con el propósito de contribuir a uno de los debates más intensos y significativos de nuestro tiempo, el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) emprendió, a mediados de 1995, el proyecto colectivo "El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio", cuyo objetivo principal fue la aproximación al análisis y reflexión de algunas manifestaciones y temas concretos a través de los cuales fuera factible identificar ciertas características, causales o efectos, de las tendencias conservadoras en Estados Unidos y Canadá, partiendo de múltiples enfoques analíticos y perspectivas disciplinarias. El punto de partida es el reconocimiento de que existe una gran diversidad de marcos teóricos y conceptuales para caracterizar las tendencias de lo que se identifica en general como "conservadurismo". Sin embargo, en este texto no se pretende abarcar el análisis exhaustivo de todas y cada una de sus corrientes o sus influencias, sino tan sólo esbozar las principales tendencias de este fenómeno.

Las discusiones aquí vertidas, en un marco regional, buscan eliminar estereotipos, pues el conservadurismo no es simple diatriba del uso de la fuerza, del dominio del superior sobre el inferior, ni apología del último reducto de las identidades nacionales.

**EL CONSERVADURISMO
EN ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ**

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE

EL CONSERVADURISMO EN ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ

**Tendencias y perspectivas
hacia el fin del milenio**

Mónica Vereá C. y Silvia Núñez G.
(coordinadoras)



UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Centro de Investigaciones sobre América del Norte
México, 1997



CISAN

CENTRO DE INVESTIGACIONES
SOBRE
AMÉRICA DEL NORTE

COMITÉ EDITORIAL

MÓNICA VEREA CAMPOS
SILVIA NÚÑEZ GARCÍA
PAZ CONSUELO MÁRQUEZ-PADILLA
JULIÁN CASTRO REA
BÁRBARA A. DRISCOLL
MÓNICA GAMBRILL
DOLORES LATAPÍ ORTEGA
SILVIA E. VÉLEZ QUERO

Diseño de la portada: D.G. Rafael Herrera Reyes.

© La traducción de Kenneth R. Hoover es de Cristina Montemayor; las de Avital H. Bloch, Trevor W. Harrison y Jon P. Alston fueron realizadas por Dolores Latapí Ortega; las de John Patrick Diggins, Michael O. Moore y David Crane son de Laura Gabriela Guzmán Salas; las de Gary Levy, Earl H. Fry, Robert M. Dunn Jr. y Robert D. Manning estuvieron a cargo de Eugenia Lizalde; las de V. Seymour Wilson y Patrick F. Fagan son de Margarita Bojalil; y la de Charles Peek es de Silvia Peláez.

Primera edición, junio de 1997

D. R. © 1997, Universidad Nacional Autónoma de México
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE
Torre de Humanidades II, piso 11
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Tel. (5)6230300-09

ISBN: 968-36-5928-4

Impreso en México/Printed in Mexico

Índice

Prefacio	13
Contenido	21
 I. EL CONSERVADURISMO: ORÍGENES, ESPECIFICIDADES Y PROYECCIÓN	
 El futuro del capitalismo conservador	
<i>Kenneth R. Hoover</i>	33
Orígenes del capitalismo conservador	34
Divisiones políticas en el capitalismo conservador	37
Implicaciones políticas a largo plazo	41
Construcción del futuro	46
 El neoconservadurismo en Estados Unidos: una historia concisa	
<i>Avital H. Bloch</i>	49
Introducción	49
Los orígenes	51
La transformación de liberales a neoconservadores	55
Los neoconservadores en el sistema político	63
Sugerencias bibliográficas	66

La fragilidad liberal y la influencia conservadora: el pasado y el futuro de la política estadunidense	
<i>John Patrick Diggins</i>	75
Conservadurismo al interior: el auge de la derecha en Canadá	
<i>Trevor W. Harrison</i>	89
Una definición del conservadurismo en los noventa	90
Los años de Mulroney, 1984-1993	93
El Partido Reformista	96
La política canadiense desde 1993	98
Una comparación entre el conservadurismo de Canadá y el de Estados Unidos	104
Conclusiones	106
El conservadurismo en América del Norte. Tendencias actuales y perspectivas en Canadá	
<i>Gary Levy</i>	109
La tradición conservadora de Burke	110
La evolución del conservadurismo	114
Fundamentos del neoconservadurismo	116
Perspectivas del neoconservadurismo en Canadá	120
El resurgimiento de los movimientos conservadores en Estados Unidos y Canadá en la década de los noventa: ¿tendencia o moda?	
<i>Earl H. Fry</i>	123
Introducción	123
Inquietudes sociales y el deslumbramiento de los movimientos conservadores	125
Las soluciones de los conservadores	132
Conclusiones	145

II. GOBIERNO, POLÍTICAS PÚBLICAS E IMPACTO SOCIAL

Fundamentos económicos del nuevo conservadurismo en la política de Estados Unidos

<i>Robert M. Dunn Jr.</i>	155
Hechos recientes y antecedentes históricos	155
Otras fuerzas fundamentales que apoyan el conservadurismo	157
Factores económicos del crecimiento de la tendencia conservadora	160
Política gubernamental reguladora	165
Conclusiones	166

Un rechazo a la reacción: una respuesta centrodemócrata

<i>Michael O. Moore</i>	169
Causas de los cambios políticos recientes	171
La nueva mayoría republicana en el Congreso, en la práctica	174
Una nueva agenda demócrata	176
Equilibrio del presupuesto	177
Regulaciones federales	178
Educación	179
Política comercial	180
Conclusiones	180

¿Muerte por el gobierno? Contenido y retórica en el debate sobre la administración en el sector público

<i>V. Seymour Wilson</i>	181
La crisis de las finanzas públicas: la perspectiva de Canadá	181
La experiencia en los diferentes países	185
La “nueva” rendición de cuentas: ¿qué ha cambiado en realidad?	191
Mecanismos de tipo de mercado: la introducción de agencias con funciones especiales	195

Algunas conclusiones de la experiencia de la reforma, a pesar de la retórica	202
Los canadienses no son neoconservadores	
<i>David Crane</i>	205
Mayoría multicultural: la crisis ideológica de Estados Unidos en la era postindustrial	
<i>Robert D. Manning</i>	219
La reestructuración industrial de Estados Unidos: la geografía social de la desigualdad postindustrial.	220
Lineamientos del debate: aproximaciones respecto a la raza y la etnia.	225
Asimilación: ¿por qué no pueden ser como nosotros? . . .	226
Pluralismo cultural: una crítica al conformismo sociocultural (anglosajón)	231
La paradoja del multiculturalismo en Estados Unidos: tensiones intelectuales causadas por la diversidad cultural	237
De Ellis Island a los senderos dorados: relaciones multiculturales en la metrópoli postindustrial	240
Washington, D.C.: de ciudad birracial a metrópoli multicultural	242
La vida cotidiana en las ciudades marginales: la línea divisoria social postindustrial	248
Conclusiones	254
Los valores familiares conservadores y el discurso político en Estados Unidos	
<i>Patrick F. Fagan</i>	257
Los hechos: el colapso del matrimonio y la familia	259
Los efectos de la ruptura familiar.	262
Cómo la ruptura familiar conduce a la delincuencia	267
El uso de las drogas nuevamente en aumento.	271
Cómo el sistema tributario daña a las familias	273
Qué se puede hacer con la política pública	281

Cambios familiares en Estados Unidos: tendencias, efectos y el ataque conservador a los “valores familiares”	
<i>Charles Peek</i>	299
Tendencias recientes del cambio en la familia	301
Cambios familiares recientes y el poder masculino basado en la familia	306
El ataque conservador contra el cambio familiar: ¿pérdida del poder masculino basado en la familia o preocupación por los hijos?	315
Conclusiones	317
Tendencias religiosas en Estados Unidos: la politización de la derecha religiosa	
<i>Jon P. Alston</i>	327
Introducción	327
Los ciclos de los cuatro grandes despertares	329
La competencia entre los grupos religiosos	331
La competencia entre los grupos protestantes	332
Religión y activismo político	333
La politización de la derecha religiosa	336
Conclusiones	340



Prefacio

A mediados de 1995, el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) inició un proyecto colectivo denominado: *EL CONSERVADURISMO EN ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ: TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS HACIA EL FIN DEL MILENIO*, con el propósito de contribuir a uno de los debates más intensos y significativos del pensamiento occidental de nuestros tiempos. El objetivo principal que nos planteamos fue aproximarnos al análisis y reflexión de algunas manifestaciones y temas concretos a través de los cuales fuera factible identificar ciertas características, causales o efectos de las tendencias conservadoras de Estados Unidos y Canadá, partiendo de múltiples enfoques analíticos y perspectivas disciplinarias.

Nuestro punto de partida es el reconocimiento de que existe una gran diversidad de marcos teóricos y conceptuales para caracterizar las tendencias de lo que identificamos en general como “conservadurismo”. Sin embargo, cabe aclarar que no pretendemos abarcar en este texto el análisis exhaustivo de todas y cada una de sus corrientes o sus influencias, sino tan sólo esbozar las principales tendencias de este fenómeno.

De esta forma, el presente volumen que aquí proponemos a consideración de los lectores, surge como producto inicial de los seminarios y conferencias que sobre el tema fueron organizados por nuestra institución. La participación de catorce destacados especialistas estadounidenses y canadienses, de diversa extracción ideológica y origen regional, queda aquí plasmada en una serie de ensayos que discuten el surgimiento, particularidades, tendencias, efectos e impactos del conservadurismo en la praxis cotidiana de sus respectivos entornos nacionales.

Un acercamiento al tema central de esta obra nos permite reconocer la relevancia que para la cultura política occidental tiene el pensamiento conservador. Conformado por tendencias divergentes, centra su atención en las diferencias entre los individuos o sus grupos, reconociendo en mayor o menor grado la importancia de la institucionalidad. La libertad tiene un claro sentido de valor político para los conservadores, independientemente del énfasis que se le dé a nivel de lo individual, lo colectivo o incluso lo corporativo.

Surgido como marco ideológico en el siglo XVIII que pretendía contrarrestar las ideas igualitarias de la época, originadas en la Revolución Francesa, el conservadurismo en su acepción clásica fue magistralmente ejemplificado por Edmund Burke quien en aquel entonces, abogaba por la aceptación de las diferencias entre los hombres, en tanto basamento del orden social. En la actualidad, dicho pensamiento no sólo ha permeado en el nivel de las ideas, sino que ha tenido una incidencia concreta en el diseño, racionalización y reordenamiento de la *Real Politik*, con el claro afán de “permitir cambios moderados para que el orden de cosas se mantenga”.

En contraste, el liberalismo clásico de Adam Smith, particularmente identificado con el libre mercado —en tanto analogía economicista de la democracia, de John Locke y John Stuart Mill—, significaba libertad y responsabilidad individuales, así como participación mínima del Estado. En este sentido, el enemigo del individuo cobraba forma en las políticas erróneas del gobierno.

Para ejemplificar los diversos significados que se le dan al término “liberal” o “conservador”, vemos que en Gran Bretaña el término liberal es utilizado en dos formas: el liberalismo económico que corresponde al credo del Partido Conservador y el liberalismo político, filosofía del Partido Laborista —partido de centro—, que sostiene que el Estado tiene que jugar un papel en la corrección de las injusticias de la sociedad, puesto que no debe dividirse entre ricos y pobres, sino mantener la unión. Su federalismo consiste en centralizar. La nueva derecha en Gran Bretaña es más fundamentalista.

En Alemania, el conservadurismo no necesariamente es antigobier-nista. Si un individuo tiene un problema recurre al gobierno local, luego al estatal y en última instancia al federal. En este caso, su federalismo tiene como objeto descentralizar. La democracia cristiana de Alemania

ha estado basada en principios tales como: *a)* la dignidad como derecho humano; *b)* los valores equitativos para la sociedad en su conjunto y *c)* un gran respeto a la diversidad, que implica libertad de elección.

Para efectos de establecer una comparación, se puede afirmar que el pensamiento conservador de Gran Bretaña y de Alemania convergen hoy en cuanto a la promoción de un fuerte sentimiento nacionalista. Se puede hacer hincapié en el caso del segundo país, puesto que el sentido del cambio propiciado otrora por los enunciados conservadores, mostraba una relación directa con la defensa de las diferencias, el rango y la autoridad al interior del orden social.

Ahora bien, en el caso de Estados Unidos, es importante entender que dado su nacimiento como una nación sin herencia feudal, los conservadores del periodo independentista pueden considerarse revolucionarios en el sentido de que trataban de erradicar el orden establecido. Desde un principio concentraron su atención en los individuos dentro de una colectividad con un fin común. Posteriormente, la pugna constitucional sentaría los postulados básicos entre las fuerzas consideradas como conservadoras o liberales dentro del espectro político de aquel país.

La herencia de Alexander Hamilton, en tanto líder del Partido Federalista, habla aun a favor de las fuerzas políticas conservadoras que, desde uno de los ángulos del propio Partido Republicano, favorecen a los acreedores y al pequeño gobierno. Su contraparte liberal era Thomas Jefferson, defensor de los intereses de los pequeños propietarios, de los sectores de deudores y del “gobierno grande y burocracia pesada”; en otras palabras, los postulados que tradicionalmente se le han asignado al Partido Demócrata.

A partir del fin de la guerra fría —que ha venido acompañado de un proceso paulatino de globalización económica—, se han gestado diversos reajustes en los sistemas políticos, económicos y socioculturales en varias regiones del mundo. La importante ascendencia del tono conservador, sobre todo en el entorno político de Estados Unidos, ha emergido con gran fuerza revistiendo manifestaciones severas en diferentes ámbitos de la sociedad de ese país. La victoria del Partido Republicano en el Congreso después del colapso del expresidente George Bush en las elecciones presidenciales, ha fortalecido significativamente a dicho partido. A la vez, la flagrante contienda en contra de los demócratas ha reemplazado su tradicional anticomunismo por una guerra en

contra de la pesada burocracia; en contra de los proyectos catalogados como ineficientes y dispendiosos; de los programas que han promovido subsidios sociales y han entorpecido la libertad individual, entre otros. Es decir, los conservadores modernos abogan por un gobierno pequeño y por el libre mercado, mientras que los liberales demandan un Estado fuerte.

Los portavoces de los intereses conservadores han venido escuchándose no sólo en el debate en Washington, sino en varios estados en donde se observa un nuevo equilibrio regional entre el pensamiento político conservador y el liberal, al igual que al interior de los grupos republicano y demócrata. Este realineamiento intelectual ha cambiado la agenda que, como costumbre y tradición, solían ostentar cada uno de los dos grandes partidos. Hoy es factible reconocer que el propio presidente William Clinton, paulatinamente, se ha ido moviendo hacia la derecha, con el fin de realinearse al espectro político mayoritario.

Es importante destacar que los conservadores han sabido capitalizar el creciente malestar esbozado por la sociedad estadounidense, principalmente a raíz de los problemas que enfrenta su economía, la cual, a pesar de un crecimiento sostenido, bajas tasas de inflación y disminución en la tasa del desempleo, no previene hoy día que un número importante de ciudadanos sufran inseguridad en sus empleos, que las familias puedan obtener sus satisfactores económicos inmediatos más lentamente; los trabajadores no calificados sean desplazados brutalmente por los avances tecnológicos; el declive del salario del padre de familia obligue a la madre a buscar empleo para completar el ingreso familiar, etcétera.

Asimismo, en una era de crecimiento demográfico importante que ha suscitado cambios en la composición de la población estadounidense, con una presencia cada vez mayor de inmigrantes, se han producido fuertes movimientos antiinmigratorios y xenófobos, y en consecuencia efectos sensibles en las políticas de protección a los grupos minoritarios, como es el caso del debate en torno al programa conocido como *Affirmative Action*.

Otro tema trascendente en la nueva agenda conservadora es el papel de la estructura familiar y los cambios suscitados con respecto a sus valores. Les preocupa la pérdida de éstos, y se suele relacionar la ilegitimidad con el crimen; el sexo con la violencia; factores que, a su juicio, amenazan con la desintegración social.

El conservadurismo estadounidense tradicional estaba en contra del Estado benefactor desde el inicio del Nuevo Orden (*New Deal*), mientras que los llamados neoconservadores no estaban del todo de acuerdo en abolir el Estado benefactor, pero sí estimaban ponerle ciertos límites, ya que consideraban que el incentivo para trabajar era minimizado por la disponibilidad de los beneficios del sistema de bienestar social. Es decir, llegaron a cuestionar las ideas de izquierda del viejo sindicalismo de los años treinta —mismas que habían apoyado para la implementación del *New Deal*—, y al mismo tiempo no asumieron una actitud tan hostil como lo hicieron los conservadores tradicionales, con respecto a los sindicatos laborales, apoyando incluso algunas alianzas. Ahora bien, en Estados Unidos el término neoconservador fue ampliamente utilizado durante la década de los sesenta, e identificado en mayor medida como un movimiento de intelectuales judíos de Nueva York: una mezcla entre liberalismo, socialismo y neo-liberalismo.

En el transcurso de los años, el pegamento que ha logrado unir a los neoconservadores con los conservadores lo constituyó su pasión predominantemente “anticomunista”, la cual se tradujo en una política exterior intervencionista, sobre todo durante el periodo de la guerra fría. Su defensa del principio individualista, en el sentido de que cada persona debe ser tratada de acuerdo a sus propios méritos y no como parte de un grupo, ha constituido una de sus piedras angulares, la cual ha derivado en innumerables iniciativas y políticas.

Actualmente el conservadurismo en Estados Unidos, a diferencia de otros países, representa una tendencia y no una facción dentro de un partido político. Este movimiento es, sin embargo, más perceptible al interior del Partido Republicano. Mientras que los republicanos conservadores ya no son tan aislacionistas, su sentido nacionalista se ha exacerbado y ahora favorecen el libre comercio. A diferencia de ellos, los demócratas estadounidenses, reconocidos como liberales, han sido intervencionistas y multilateralistas en política exterior y proteccionistas en materia económica, llegándose a oponer al sistema de libre cambio. Así, en 1996 un tercio del pueblo estadounidense se identificaba como conservador, 17 por ciento como liberal y el resto como moderado.

Hoy el movimiento conservador en Estados Unidos tiene un tono más moralista y hasta religioso. Sus interlocutores sienten la frecuente necesidad de enviar mensajes de connotación moralista sobre temas

como el aborto, las oraciones en el colegio, la pornografía, la homosexualidad, entre otros. No obstante, no existe un acuerdo unánime respecto a la calificación de estos asuntos no sólo por parte de las tendencias conservadoras, sino también por aquéllas suscritas por los denominados liberales tanto en Estados Unidos como en Canadá u otras naciones.

Entre algunas de las especificidades del conservadurismo en Canadá destaca su surgimiento en plena identificación con el Partido *Tory*, el que a su vez se mantuvo en el poder durante todo el siglo XIX, y dio forma a las instituciones políticas de aquel país. Sus fundamentos básicos de origen inglés, abogan por las libertades individuales y un gobierno centralizado y fuerte. Aun cuando el credo conservador parte de la aceptación *a priori* de las diferencias de clase entre los individuos, en otras palabras, del reconocimiento pleno de la desigualdad, el énfasis en la defensa del “bien común” y en la cooperación para alcanzarlo mediante la solidaridad entre gobernantes y gobernados, son características de la postura tradicionalista que ha sustentado en Canadá el Partido Conservador.

En un entorno en donde las políticas de bienestar social de Canadá han trascendido mundialmente como un ejemplo a seguir, el Estado representa para dicha fuerza política un valor de uso, puesto que sirve para amortiguar las diferencias y promover un cierto sentido de justicia social. Se podría incluso establecer un único punto de semejanza entre los socialistas canadienses y el ideario del Partido Conservador, en cuanto que los derechos colectivos están por encima de los individuales. Por otro lado, no se debe perder de vista la relevancia que tuvo la tradición *Tory* en términos de haber sentado las bases para la institucionalización del federalismo canadiense, creando y estimulando el fortalecimiento e independencia de las provincias, así como de las instancias del gobierno nacional.

Actualmente, el surgimiento del Partido Reformista, como tercera fuerza política en Canadá plantea el riesgo de un conservadurismo populista. Situando el interés individual del ciudadano común en el centro del espectro político y desconociendo las instancias de mediación entre el poder y la sociedad civil, esta facción promueve la distorsión de la relación entre los gobiernos provinciales y el federal, además de una forma impositiva para ejercer la autoridad. El Partido Reformista, en-

tre otras cosas, apoya las reivindicaciones de los grupos indígenas, los recortes a la política social y favorece la pena de muerte, oponiéndose al bilingüismo oficial, a la vez que critica la intervención del Estado para resolver las necesidades de los ciudadanos.

El liderazgo político que ostenta el Partido Liberal en Canadá, muestra hoy rasgos de un conservadurismo que pretende excluir tanto al ciudadano común como a sus reivindicaciones sociales. En defensa de un “libre mercado” para las grandes corporaciones capitalistas, su lógica tiende a disminuir no sólo el tamaño sino el papel del Estado. Su influencia y ambiciones parecen haber permeado ya las estructuras de gobierno nacionales y provinciales, pues los ajustes recientes a las políticas públicas así lo dejan ver.

Por último, de los escenarios nacionales disímbolos aquí enunciados se pueden discernir algunas propensiones que, en mayor o menor grado acompañan al fenómeno conservador en sus diversas manifestaciones. La fragilidad de las estructuras tradicionales de poder (partidos políticos, sindicatos, etc.) ha resultado en el debilitamiento de la institucionalidad. En este marco, es posible sostener que el vínculo entre el pensamiento conservador y los nacionalismos, e incluso su mezcla con las denominadas fuerzas demócrata-cristianas en distintos países en la actualidad, lo sitúan en el predicamento de sus contradicciones más profundas: los radicalismos políticos.

En el caso de los países de la región de América del Norte —incluido México—, no es posible sustraerse de los profundos cambios económicos, políticos, sociales y culturales generados a raíz del término de la guerra fría. Por consiguiente, es imperioso dar una nueva dimensión a la relación sociedad-Estado para frenar el evidente deterioro de los sectores sociales medios, la creciente polarización socioeconómica y la fragilidad del paradigma del Estado benefactor. De esta forma, aspiramos a que las discusiones aquí vertidas contribuyan a combatir los estereotipos, pues el conservadurismo no es simple diatriba del uso de la fuerza, del dominio del superior sobre el inferior, ni apología del último reducto de las identidades nacionales.

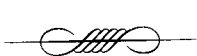
Como coordinadoras de este esfuerzo, dejamos como propuesta el no detenernos tan sólo en las dificultades epistemológicas para definir el fenómeno conservador y sus particularidades en Estados Unidos y Canadá, sino el avanzar en las prevenciones y en el análisis de sus im-

pactos en una praxis política que determinará en la región el porvenir de las próximas generaciones. El reto de las actuales transformaciones mundiales estriba pues, en la combinación equilibrada de mercados globalizados *vis à vis* los derechos a una vida digna y al ejercicio soberano de las identidades nacionales, colectivas o individuales.

Resta como compromiso el que alrededor de una decena de investigadores del CISAN integren próximamente una segunda obra que creemos aportará uno de los sellos distintivos e innovadores del proyecto: la perspectiva que desde México tienen algunos analistas respecto de las influencias que los movimientos conservadores ejercen hoy en ciertos ámbitos de la política interna o externa, la economía, la sociedad y la cultura de Estados Unidos y Canadá. La situación actual nos brinda una excelente oportunidad para continuar con un diálogo crítico, así como con la revisión de pensamientos, tendencias, teorías, movimientos y manifestaciones de diversa índole, que esperamos redunden en una contribución al conocimiento y a la discusión académicas del conservadurismo en la región.

Para concluir, queremos dejar constancia de nuestra gratitud a los académicos de Estados Unidos, de Canadá y del Centro de Investigaciones sobre América del Norte que tan gentilmente accedieron a participar en la organización de los diversos seminarios, mesas redondas y talleres de este proyecto. Un reconocimiento especial merecen nuestras compañeras Cecilia Estrada, encargada de Difusión e Intercambio Académico y Dolores Latapí, Jefa del Departamento de Ediciones del CISAN, quienes con su destacado profesionalismo, empeño y ánimo innovador, lograron ejemplares resultados para la consecución de las traducciones y el trabajo editorial de esta obra. A la Fundación William and Flora Hewlett, así como al gobierno de Canadá y a su Representación Diplomática en México, nuestro reiterado agradecimiento por sus generosos apoyos financieros al CISAN. Estos estímulos, sumados al excepcional espacio de libertad y pluralidad de nuestra querida Universidad Nacional Autónoma de México, han redundado en beneficio sustantivo de este ambicioso y arriesgado proyecto colectivo.

Mónica Vereá C.
y
Silvia Núñez G.



Contenido

A continuación se presenta una síntesis del contenido de cada uno de los capítulos de este libro, editados y traducidos respectivamente por las coordinadoras de la obra y las traductoras especializadas del CISAN. La organización del capitulado va de acuerdo con los contenidos de los trabajos, de tal manera que se persigue por un lado reunir el análisis de los orígenes del movimiento conservador en ambos países, para posteriormente analizar el impacto que estos movimientos han tenido en los movimientos sociales y las políticas públicas.

I. EL CONSERVADURISMO: ORÍGENES, ESPECIFICIDADES Y PROYECCIÓN

KENNETH R. HOOVER inicia su artículo detallando los orígenes del capitalismo conservador y describe las diferencias fundamentales entre éste y el liberalismo clásico. Desarrolla con claridad las dos tendencias que identifica al interior del capitalismo conservador: el conservadurismo tradicional —guiado por su creencia en las instituciones como controladoras del comportamiento humano— y el conservadurismo individualista —guiado por la idea del *mercado* como el elemento que actúa sobre el conocimiento de los individuos y define la distribución de recompensas y recursos—. Como consecuencia de estas divisiones, el autor destaca que se han frustrado los esfuerzos para construir un movimiento unificado capaz de transformarse a largo plazo en un consenso político partidista. También desarrolla las implicaciones políticas

y el papel futuro del capitalismo conservador y la importancia de conciliar el poder coercitivo y la voluntad de los ciudadanos a través de la acción de gobernar.

AVITAL H. BLOCH presenta los orígenes y las principales características, a partir de la década de los treinta, del neoconservadurismo en Estados Unidos. La autora describe los movimientos que influyeron, antecedieron y dieron forma al neoconservadurismo, y detalla sus principales peculiaridades. Destaca los drásticos cambios sociopolíticos que reemplazaron el pensamiento de los intelectuales de Nueva York —autodenominados liberales anticomunistas— durante la década de los sesenta. Explica las principales características y acontecimientos políticos que enmarcaron este movimiento y sus diferencias con la ideología liberal o el radicalismo de la nueva izquierda. Un punto importante que desarrolla lo constituye el papel limitado del gobierno con respecto a la solución de los problemas de carácter social. Posteriormente, describe el proceso de evolución del conservadurismo en la década de los setenta, en donde surgen nuevos líderes de pensamiento. La autora finaliza planteando que a pesar de las asociaciones de los neoconservadores con los conservadores y las confusas distinciones ideológicas, permanecen diferencias en estilo y tradiciones entre los paleo y los neoconservadores, y son precisamente estas diferencias las que han favorecido los logros políticos del neoconservadurismo.

JOHN PATRICK DIGGINS presenta un análisis del papel del gobierno ante una creciente inconformidad por parte de la sociedad estadounidense, destacando dos tendencias: una que percibe un aparato gubernamental inflado que amenaza los valores fundamentales favoreciendo el regreso a los gobiernos locales, y la otra que refleja una tradición progresista en el sentido de permitir que el gobierno nacional ejerza su liderazgo sin socavar los valores cívicos. Al mismo tiempo, destaca que las crecientes y trascendentes responsabilidades del gobierno en materia de medio ambiente, inmigración, drogas, seguridad militar y crecimiento económico no son funciones que pueda desarrollar un gobierno pequeño. Describe la cada vez mayor inconformidad de varios grupos conservadores con respecto a la creciente dependencia de la sociedad civil en torno al gobierno federal, lo que ha resultado en

una pérdida del sentido de independencia y autoconfianza de la comunidad y de la familia. Analiza ágilmente el perfil de diversos personajes políticos, así como diversas teorías como el progresismo, el fundamentalismo y el liberalismo, con el fin de resaltar su constante transformación. En términos generales, plantea que el conservadurismo como una tendencia va en ascenso.

TREVOR W. HARRISON refiere la tendencia reciente a adoptar soluciones conservadoras, en ocasiones de extrema derecha, a los problemas de la democracia liberal. Elabora una breve reseña de los avances del conservadurismo en Canadá desde principios de los años ochenta y algunas de las posibles razones para este cambio, aportando algunas definiciones de lo que se entiende actualmente como conservadurismo. Considera que este cambio no sólo se ha manifestado en Estados Unidos sino en otros gobiernos de países occidentales, los cuales también se han desplazado hacia la derecha. El autor identifica como un primer paso significativo hacia esa tendencia en Canadá la elección del primer ministro Brian Mulroney, y analiza los acontecimientos más importantes ocurridos al respecto durante su periodo así como la creación y actuación del Partido Reformista de Canadá. Finalmente, evalúa cómo ha permanecido este movimiento bajo el gobierno de Jean Chrétien en 1993, presentando posibles limitaciones y, por último, compara el conservadurismo en Canadá con su contraparte en Estados Unidos.

GARY LEVY describe las principales fuentes del conservadurismo tradicional en Canadá y examina algunas de las razones por las que esta tradición ha dado paso a una “ideología neoconservadora”, identificando las tres fuentes más importantes: el Partido Reformista de Canadá, el Progresista Conservador de Ontario y el Progresista Conservador de Alberta. Considera que cada partido enfrenta diferentes problemas; ante esta realidad se pregunta cuáles son sus perspectivas y concluye que mientras el conservadurismo tuvo una función unificadora, no se puede decir lo mismo acerca del neoconservadurismo. En una sociedad donde la unidad nacional es tan precaria como lo es en Canadá, a juicio del autor, esta ideología representa un motivo de preocupación.

EARL H. FRY concluye este apartado magistralmente. Destaca los cambios sin precedente que los movimientos conservadores han provocado en los programas fiscales y sociales en Estados Unidos y Canadá. El tema principal es el movimiento hacia la derecha que han manifestado recientemente el Partido Republicano estadounidense y el Partido Reformista en Canadá, así como el Partido Progresista Conservador en Ontario y Alberta. Argumenta que dichos movimientos son atribuibles a las soluciones que sus plataformas han ofrecido a varios de los problemas que enfrentan ambas naciones, como el problema de la deuda, déficit comercial, inseguridad, deterioro de valores sociales y morales en el caso de Estados Unidos; el futuro del estatus de Quebec, la deuda, la dependencia de la economía estadounidense y el deterioro en la calidad de vida, en el caso de Canadá. El autor concluye que las soluciones conservadoras a estos desafíos tenderán a ser incorporadas por los partidos políticos con vistas a obtener apoyo electoral. Asimismo, es posible que otros partidos políticos adopten puntos de la agenda conservadora atractivos para el electorado aunque proponiendo soluciones más tenues.

II. GOBIERNO, POLÍTICAS PÚBLICAS E IMPACTO SOCIAL

ROBERT M. DUNN JR. describe los sucesos que motivaron el resultado de las elecciones de 1994 y la nueva agenda conservadora del Congreso estadounidense para 1995-1996, así como sus consecuencias y tendencias irreversibles en la vida política. Si bien estima que se han dado importantes cambios en la economía, que han contribuido también a cambios políticos sustanciales, reconoce que hubo acontecimientos que promovieron los resultados de la elección de 1994. El primero es el desplazamiento de un amplio número de escaños en la Cámara de Representantes de los estados liberales del noreste y medio oeste, por unos más conservadores del sur y suroeste. Dicho desplazamiento en dirección hacia el conservadurismo corresponde a las fuerzas intelectuales que predominaron entre los años treinta y cincuenta, dominadas por el consenso liberal del *New Deal*; consenso que se fue apartando a principios de los sesenta. Sitúa un parteaguas constituido por la nominación de Barry Goldwater para presidente por el Partido Republicano

en 1964, quien reunió una vasta audiencia a favor del nuevo conservadurismo y que a pesar de no haber sido elegido, introdujo a una generación de electores estadounidenses a un esquema de argumentos conservadores sin precedentes. Como parte de este movimiento hacia el conservadurismo, el autor alude a la campaña de Richard M. Nixon como semiconservadora y a la elección de Ronald Reagan y la mayoría republicana en el Senado en 1989, como la promesa del inicio de una tendencia conservadora en el gobierno. Finalmente, describe los principales elementos que, hoy día, han ocasionado las tendencias hacia una política económica más conservadora.

MICHAEL O. MOORE describe el escenario político de Estados Unidos a partir de 1992, en donde un electorado molesto urgido de un cambio eligió un presidente demócrata por segunda vez en 24 años y sólo dos años después, revirtió su decisión al otorgar ambas Cámaras a favor de los republicanos. Las elecciones de 1992 son interpretadas como un rechazo al entonces estado de cosas y no como un respaldo al ala reaccionaria derecha del Partido Republicano. Se describen las causas del reciente cambio político, señalando que uno de los más extraordinarios aspectos de la actual inquietud política es que ésta ocurre en un momento en que las condiciones económicas son positivas. Sin embargo, estas condiciones no han sido halagüeñas para todos, como es el caso de los trabajadores de cuello blanco y cuello azul afectados en sus empleos y salarios. Analiza los factores que los votantes han identificado como causantes de la inseguridad en sus empleos o de la pérdida de ciertas prestaciones. Entre ellos están la competencia desleal desde el exterior, los programas de acción afirmativa o las nuevas olas de inmigrantes. El autor resalta la nueva coalición de fuerzas conservadoras y votantes de clase media que fueron agrupadas con mucha destreza por ideólogos republicanos bajo el liderazgo de Newt Gingrich. Por otra parte, se presenta una breve descripción de la agenda demócrata en temas como la regulación federal, educación y políticas comerciales, previéndose una mayor credibilidad pública de ésta. El autor concluye que si bien los republicanos han emergido como partido mayoritario en Estados Unidos, últimamente se ha identificado un ala de conservadores en desacuerdo con la mayoría de los votantes estadounidenses. Finalmente, añade que los demócratas, a fin de reafirmar su posición

como partido dominante, deberán aplicar la estrategia utilizada por Clinton en las elecciones de 1992: el rechazo al liberalismo tradicional.

V. SEYMOUR WILSON se refiere principalmente a las consecuencias que el creciente neoconservadurismo o “agenda cooperativa” ha provocado en materia fiscal y económica. Hace un diagnóstico de las políticas en finanzas públicas que el gobierno canadiense ha instrumentado sobre todo a partir de los ochenta, desplazando otras prioridades y la situación a la que estas acciones han llevado al actual gobierno. En una segunda parte, desarrolla brevemente las experiencias de otros países en su relación con el neoconservadurismo. El autor escribe sobre la situación de la economía británica que a mediados de la década de los setenta motivó a la primera ministra Margaret Thatcher a entrar en contacto con pensadores liberales y conservadores, adoptando mucho de sus análisis económicos. Al referirse a Nueva Zelanda destaca el caos económico de 1984 y la estrategia de liberalismo económico adoptado por el Partido Laboral para atacarlo, así como la continuación de las mismas reformas económicas y públicas cuando el Partido Nacional ascendió al gobierno, y continúa con la experiencia australiana. Por último, se refiere a la introducción de los mecanismos de tipo de mercado (MTM) en el sector público, como consecuencia de la adopción del nuevo sistema de contabilidad.

DAVID CRANE señala que los cambios de actitud hacia el gobierno por parte de las sociedades occidentales pueden ser percibidos como un cambio de centro-derecha hacia centro-izquierda. En el caso de Canadá, sin embargo, este cambio no representa la adopción de una ideología neoconservadora o la de una filosofía de *laissez-faire*, sino una respuesta a las dificultades económicas y al sentimiento de que el gobierno necesita “poner en orden su propia casa”. El autor manifiesta que mientras las políticas neoconservadoras han tenido éxito en el sector público, han mostrado deficiencias en otros sectores, es por eso que se ha mantenido una posición mesurada del canadiense medio ante la filosofía neoconservadora. El autor continúa explicando los conflictos entre la globalización y el bienestar de la sociedad civil, de ahí que no se manifieste una verdadera evidencia de que la gran mayoría de canadienses haya adoptado la filosofía neoconservadora. Presenta las

conclusiones de tres encuestas sobre las actitudes de los canadienses hacia su gobierno. La primera se refiere a las aspiraciones de éstos en cuanto al futuro de los programas sociales y la posición del gobierno federal en el sistema social, y sobre cómo han reaccionado ante los cambios tecnológicos y la globalización; otro informe refleja la desilusión de la población joven así como el carácter limitado de sus expectativas en cuanto a su futuro; en el último, se describe el deterioro y las actividades hostiles de la sociedad hacia el gobierno. La conclusión de estas encuestas es que el neoconservadurismo no proporciona las respuestas a los problemas que enfrenta la sociedad y propone el diseño de un nuevo papel para el gobierno.

ROBERT D. MANNING describe los profundos cambios sociales y económicos que está experimentando la sociedad estadounidense desde fines del siglo XIX y que han creado un nuevo panorama político y económico donde el tradicional centro de poder —la ciudad industrial— ha sido reemplazada por las metrópolis postindustriales y por la rápida expansión de un sistema suburbano de satélites o ciudades “marginales”. Se refiere también a las alteraciones que estas nuevas fuerzas han creado en los patrones de los asentamientos socio-demográficos de los flujos de nuevos inmigrantes. En otro apartado se desarrollan los principales conflictos sociales en los noventa “que han sido testigos del resurgimiento de disturbios sociales en las ciudades estadounidenses”. Se analiza por qué esta crisis social en la “América urbana” responde a la aparición de una mayoría demográfica de las minorías étnicas y raciales en las ciudades. Como parte de su análisis sobre raza y etnia el autor incorpora y desarrolla los conceptos de *asimilación* cuya teoría influye profundamente los puntos de vista de los conservadores, y de *pluralismo cultural*, enfoque que cuestiona el orden jerárquico de culturas distintas y de grupos sociales, tal como lo propone el pensamiento conservador. Además de referir al surgimiento del multiculturalismo, y a la caracterización de los nuevos inmigrantes, el autor concluye que la concentración de minorías en el corazón urbano de Estados Unidos diluye su poder político y su habilidad para construir coaliciones que desafíen el nivel de vida de la clase trabajadora y la clase media; asimismo, prevé la continuación de conflictos raciales y étnicos al interior de la sociedad estadounidense.

PATRICK F. FAGAN se refiere a la creciente preocupación de los estadounidenses por la ruptura de las principales instituciones sociales como son el matrimonio y la familia tradicionales (familia biparental). Esta crisis debilita el desarrollo de la siguiente generación y analiza las consecuencias en términos de violencia, salud y educación. Según el autor, los programas y políticas del gobierno han contribuido en alto grado a este colapso, al desmotivar el interés por el trabajo y el comportamiento responsable. El colapso del matrimonio y la familia se manifiesta en términos de un incremento en el número de nacimientos fuera del matrimonio y una disminución en el número de matrimonios, y se señalan las principales causas que propician este tipo de nacimientos. Al relacionar el aborto con las relaciones sexuales fuera del matrimonio, indica que 63 por ciento de los abortos los realizan mujeres que nunca han estado casadas, por lo que el mejor medio de disminuir la tasa del aborto es el matrimonio; añade que la tasa de divorcios también se ha elevado. En otro aspecto, desarrolla los efectos que causa la ruptura de la familia en los infantes, además de reflexionar sobre el vínculo familia disfuncional-drogas-violencia. El autor propone varios cambios en la política pública a fin de fortalecer la estructura familiar tradicional. Señala cuál debería ser la actitud del Congreso y de los gobiernos estatales respecto al problema y, finalmente, destaca el papel de la iglesia como “el arma más fuerte en la guerra contra la desintegración familiar”, por lo que los políticos le deberían permitir una mayor participación en la tarea de educar y formar a la sociedad.

CHARLES PEEK explica los cambios que está registrando la familia estadounidense y el ataque a ellos que hace el movimiento político conservador invocando los “valores familiares tradicionales”. Se describen dos áreas de cambio estructural en las familias de Estados Unidos, incluyendo la diversidad racial y étnica: el surgimiento de nuevas formas familiares ajenas al matrimonio (cohabitación y maternidad fuera del matrimonio) y los cambios de las familias dentro del matrimonio (disminución en la duración de los matrimonios, incremento en la tasa de divorcios, segundos matrimonios y sus consecuencias en la composición de la familia). De acuerdo con el autor, la crítica conservadora percibe estos cambios como una amenaza al control o dominio masculino sobre la familia. En este aspecto, se alude al debate entre los con-

ceptos de poder y género. El documento concluye que los conservadores manipulan el tema sobre estos cambios en un esfuerzo por atraer votos.

JON P. ALSTON describe el papel político de la religión en la sociedad estadounidense. Escribe sobre las fuentes de esta vitalidad religiosa: la primera, explica, es la propia historia de ese país, enmarcada, a su vez, por periodos que comprenden fases de gran entusiasmo religioso, en ocasiones acompañado del surgimiento de nuevos grupos religiosos y divisiones; de desarrollo de nuevos principios teológicos por parte de los creyentes que buscan cierto involucramiento político, así como de desafío de nuevas fuerzas a las coaliciones políticas preexistentes. Su análisis continúa con la descripción de la segunda razón de la vitalidad religiosa estadounidense, según la cual, ante la ausencia de una religión oficial, los grupos religiosos compiten uno con otro a fin de atraer miembros y fondos. En cuanto a la tercera razón, se debe no sólo a la alta fragmentación religiosa en grupos diferentes e independientes, sino a la escasa conexión de esos grupos con el gobierno. El autor se refiere al papel de la derecha religiosa y su relación con el Partido Republicano. Hace mención al activismo político de la religión, su influencia en la sociedad e instituciones políticas, en especial de la derecha religiosa. Concluye elaborando proyecciones en cuanto al mantenimiento de la derecha religiosa como fuerza política, a la que considera la más fuerte en estos momentos y en general del involucramiento de la religión en la política.

I



El

**conservadurismo:
orígenes,
especificidades
y proyección**



El futuro del capitalismo conservador

*Kenneth R. Hoover**

En Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido, hemos visto el triunfo aparente de una ideología identificada por sus partidarios como conservadurismo. El elemento central que une todos los puntos del movimiento es la creencia de que la clave para una sociedad mejor está en reconocer que las diferencias entre las personas son más importantes que las similitudes.¹ Las propuestas para limitar la ayuda a los pobres, castigar a los criminales con más severidad, fijar los impuestos no conforme a la propiedad sino sobre los ingresos y frenar el progreso, imponer valores religiosos a las políticas públicas y acrecentar el poder de la policía y el ejército, pretenden dividir a los productivos de los dependientes, al ciudadano que vive conforme a la ley, del criminal; al moral del inmoral, al cristiano del no cristiano. Aquellas funciones del gobierno que limitan las atribuciones del poder privado, apoyan la educación

* Profesor del Departamento de Ciencia Política de la Western Washington University.

¹ Kenneth R. Hoover, *Ideology and Political Life*, 2a. ed. (Belmont, Calif.: Wadsworth, 1994), 45-80.

pública, protegen el medio ambiente o dan auxilio gubernamental a los menos poderosos y a los pobres, deben restringirse o eliminarse.

A lo largo de este artículo planteo que este movimiento, al cual se debe llamar con mayor precisión capitalismo conservador, se encuentra fragmentado y es inestable. Su habilidad para mantener cierto ímpetu depende, por una parte, de su capacidad de sostener un equilibrio interno entre facciones en pugna, y por la otra, de que evite los extremos. Las luchas entre facciones pueden causar rupturas que disminuyan sus esfuerzos electorales. Los cambios de políticas extremos de acuerdo con una tendencia conservadora u otra pueden costar el apoyo de los electores moderados o del centro. Al comprender la naturaleza de esta tensión, podemos prever los entornos más probables para el futuro del capitalismo conservador.

ORÍGENES DEL CAPITALISMO CONSERVADOR

Históricamente, el liberalismo ha construido su análisis con base en las similitudes entre las personas. El liberalismo clásico, como todos los liberalismos, se centra en la expansión de los derechos y oportunidades a aquellos que han sido excluidos de posiciones de privilegio o riqueza. John Locke pensó que la propiedad de bienes era justificable por el trabajo del individuo, independientemente de la clase. El gobierno debía ser un monopolio o *trust* de los propietarios hacia el cual se debería delegar el poder, antes que asumir a éste como un elemento inherente del gobierno. Adam Smith pensó que se podía permitir todo para participar en el mercado, y que ninguna conspiración de poder público o privado debía interferir en su funcionamiento. Jeremy Bentham creía en la felicidad del mayor número posible, otra vez sin consideraciones de clase o distinción. Estos tres pensadores configuran en esencia la triada del liberalismo clásico, y cada uno propugnaba por extender la igualdad de derechos y de oportunidades. El liberalismo moderno reformista simplemente aumentó los medios para encauzar ese ímpetu hacia una mayor igualdad de oportunidades, al otorgar al gobierno el poder ostensible de ofrecer posibilidades de éxito a los pobres y a quienes se encontraran en situación de desventaja.

El movimiento contemporáneo que pretende retar al liberalismo reformado es el capitalismo conservador. Representa una combinación de dos tendencias: el conservadurismo tradicional y el conservadurismo individualista con orientación de mercado. Ambas tendencias coinciden en que las diferencias entre las personas son la clave para comprender la forma que debe asumir el gobierno. Los conservadores tradicionales consideran que se debe concebir a los individuos “no como unidades aritméticamente idénticas, sino como miembros de grupos sociales y, por ende, diferenciados entre sí”.² Para Friedrich Hayek, arquitecto del individualismo conservador, la igualdad es el enemigo del mérito y del valor individual así como de la libertad misma.³ Si bien las dos principales tendencias conservadoras coinciden en este concepto general sobre la política, tienen puntos de vista muy divergentes respecto a cómo se deben manejar las diferencias entre los individuos.

Los tradicionalistas creen en las instituciones de autoridad, que limitan y ordenan el comportamiento humano. Instituciones como la familia, el ejército, la corporación o el gobierno mismo, que limitan las elecciones de comportamiento de los individuos y los protegen a ellos mismos y a la sociedad de las debilidades humanas y de las limitaciones individuales. Al mismo tiempo, las diferenciaciones y los niveles establecidos en esas instituciones reconocen y hacen uso de facultades y habilidades individuales. Como sugiere Russell Kirk, el ordenamiento de los individuos de acuerdo con sus diferencias es la clave para la libertad que cada persona es capaz de emplear de manera constructiva. En una sociedad sin orden, las limitaciones individuales, sin mencionar la corrupción, tienen como consecuencia que las personas intenten manejar más de lo que sus capacidades les permiten.⁴ Como veremos, este punto de vista, tradicionalmente conocido como conservadurismo, se ha revestido de nuevas variantes, pero se mantiene como una tendencia poderosa en la política de América del Norte.

² Resumen de Otto von Guericke sobre el conservadurismo del siglo XIX en Robert Nisbet, *Conservatism* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986), 36.

³ Friedrich Hayek, “Equality, Value, and Merit”, en Chiaki Nishiyama y Kurt Leube, eds., *The Essential Hayek* (Palo Alto: Stanford University Press, 1976), 331-351.

⁴ Russell Kirk, *The Roots of American Order*, 3a. ed. (Washington, D.C.: Regnery Gateway, 1991).

La tendencia conservadora individualista descansa sobre la idea del acuerdo de mercado con diferencias individuales. El mercado provee el elemento explícitamente capitalista del conservadurismo moderno. Se valora mucho la libertad; hay muy pocas restricciones gubernamentales respecto al comportamiento individual. Se asume que el mercado debe presumiblemente actuar independientemente de que sólo se tenga un conocimiento difuso de los individuos, con lo cual se dará una distribución involuntaria pero eficiente tanto de las ganancias como de los recursos. Friedrich Hayek argumenta que no podemos conocer el mérito de un individuo, pues se basa en parte en virtudes e intenciones abstractas, por lo que no podemos decidir deliberadamente sobre una distribución de retribuciones sociales.⁵ Pero el mercado sí puede decidir el valor de lo que un individuo hace por otro, y ésa es virtualmente toda la capacidad de decisión que tiene la sociedad sobre el tema.⁶

La alianza forzada de estas tendencias tradicionalistas e individualistas provoca actualmente graves diferencias en el interior de los partidos políticos conservadores. En Gran Bretaña, los conflictos entre los viejos y los nuevos conservadores de libre mercado debilitaron el gobierno de Thatcher y han debilitado, quizá fatalmente, al de su sucesor John Major.⁷ En Canadá, la victoria de una tendencia en el gobierno de Brian Mulroney, con su entusiasta apoyo al TLC, llevó a la defunción del partido. En Estados Unidos, la falta de habilidad para llegar a un acuer-

⁵ A pesar de que sí podemos reconocer cuando alguien tiene hambre, lo que lleva a Hayek a apoyar un ingreso mínimo garantizado. Hayek, «Social or Distributive Justice», *The Essential Hayek*, 87.

⁶ *Idem*, «Equality, Value, and Merit», *ibid.*, 331-351. Hayek prefiere considerarse a sí mismo como un liberal clásico antes que como un conservador; hace una distinción de sus puntos de vista de los de los conservadores tradicionales. Sin embargo, yo planteo que vale la pena hacer la distinción entre los liberales clásicos y los conservadores individualistas basándome en el tema de las diferencias y similitudes. La intención de Hayek es claramente usar las instituciones propuestas por Locke, Smith y Mill (si no es que Bentham) para impulsar la causa conservadora de establecer una diferenciación entre los individuos con base en la habilidad, el carácter y su contribución a la vida productiva de la comunidad. Véase Hayek, «Why I Am Not a Conservative», *ibid.*, 281-298; Kenneth R. Hoover, «The Rise of Conservative Capitalism: Ideological Tensions within the Reagan and Thatcher Governments», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 29, no. 2 (abril, 1987): 245-268, y el diálogo con Desmond King en *ibid.*, vol. 30, no. 4 (octubre, 1988): 792-803.

⁷ «Thatcher Hammers Major, Saying He Strays from Right», *The New York Times*, 1 de diciembre 1996, p. 5(A).

do entre tendencias rivales que apoyara a la administración de Bush, llevó a la elección del presidente Clinton.

Regresaremos al nexo entre las ideas capitalistas conservadoras y destino de los partidos políticos que las profesan. En este artículo exploraré con mayor detalle las divisiones de las que ya he hablado y estudiaré algunos de los posibles resultados políticos que surgen de ellas.

DIVISIONES POLÍTICAS EN EL CAPITALISMO CONSERVADOR

Actualmente, en Estados Unidos se está generando una fractura más en el movimiento conservador. Estas nuevas tensiones tienen sus orígenes en las posiciones institucionales y económicas que ocupan segmentos del pueblo. La separación fundamental entre individualistas y tradicionalistas se ha subdividido entre élites y no élites. En el lado tradicionalista se están dando divisiones entre conservadores institucionales, y los que se adhieren a las iglesias evangélicas. El lado individualista se está dividiendo entre aquellos que guardan lealtad hacia grandes corporaciones que compiten en el nivel nacional o internacional y los pequeños empresarios, granjeros y trabajadores cuya situación competitiva es mucho más personal e inmediata.

El resultado es una división en cuatro partes dentro del capitalismo conservador, que frustra los esfuerzos por crear un movimiento unificado para propósitos electorales. Como veremos en el diagrama a continuación, los conservadores de todas las tendencias coinciden en que la idea política debe estar basada en el reconocimiento de las diferencias entre los individuos antes que, como asegurarían liberales e izquierda, el de las similitudes. En lo que no hay acuerdo es en los medios para manejar las diferencias: los tradicionalistas creen en las instituciones con autoridad y los individualistas en el mercado.

A pesar de que estas divisiones presentan serios problemas para los conservadores, ha habido cierto éxito para establecer coaliciones triunfadoras. Ronald Reagan pudo impulsar la agenda individualista de menos impuestos y reducción de la normatividad gubernamental al mismo tiempo que atraía a los conservadores institucionales cuando nombró vicepresidente a George Bush. Las alusiones de Reagan a los valores tradicionales, aunque fueran puramente simbólicas, añadían puntos a su popularidad personal.

DIVISIONES DENTRO DEL CAPITALISMO CONSERVADOR*

		IDEOLOGÍA	
		<i>Tradicionalista</i> ¹	<i>Individualista</i> ⁴
CLASE	<i>Élite</i>	Instituciones tradicionales como base: iglesias institucionales, familia, riqueza de bienes	Sector corporativo/ bancario como base, orientado hacia el desarrollo económico
		CONSERVADURISMO INSTITUCIONAL ²	CONSERVADURISMO CORPORATIVO
	<i>No élite</i>	Iglesia evangélica como base: fundamentalista, patriótico, nativista	Empresariado individual como base: impulsores del libre mercado, opuestos a las grandes empresas
		CONSERVADURISMO MORALISTA ³	CONSERVADURISMO POPULISTA

Conceptos relacionados:**

¹ Conservadurismo tipo Burke

² Conservadurismo progresista, moderado

³ Conservadurismo social, derecha cristiana

⁴ Neoliberalismo, libertarismo, conservadurismo económico, conservadurismo de mercado

* Basado en el análisis de Kenneth R. Hoover, *Ideology and Political Life*, 2a. ed. (Belmont, Calif.: Wadsworth, 1994), capítulos 3 y 4; "Conservatism", en Hawkesworth y Kogan, eds., *Encyclopedia of Government and Politics* (Nueva York y Londres: Routledge, 1989); D. Alper y Kenneth R. Hoover, "Conservative Capitalism and Canadian Politics: Ideology and Disaggregation", documento para la conferencia anual de la Canadian Political Science Association, Victoria, mayo 1990.

** nueva derecha = moralistas + populistas.

Bush sucedió a Ronald Reagan como presidente y escogió como vicepresidente al senador Dan Quayle, quien había demostrado cierta habilidad para atraer a los conservadores moralistas y populistas. Sin embargo, Bush terminó acercándose demasiado a la mayoría demócrata en el Congreso para agradar a sus seguidores individualistas, quienes de todos modos se alejaron a causa de la decisión presidencial de aumentar los impuestos. Los esfuerzos de Quayle por conservar fieles a los electores moralistas fallaron a causa de su propia falta de credibilidad y porque Bush se negó a apoyar puntos fundamentales de su agenda.

Aquí se ilustra lo decisivo de los asuntos “espinosos” que dividen los sectores entre sí. Las posturas en pro de un mayor control gubernamental, como en los casos de las restricciones al aborto, la censura a la pornografía, el establecimiento de la oración en las escuelas, todas dividen a los individualistas de los tradicionalistas. El lado tradicionalista está aun más dividido por el carácter “evangélico” de esas propuestas, los conservadores institucionales han asumido desde hace mucho acercamientos más moderados.

El movimiento conservador en Estados Unidos reapareció, quizá brevemente, a causa de las elecciones de 1994. Basándose sustancialmente en el sector populista y simbólicamente en el moralista, y unidos de alguna manera en torno al Contrato con América, los republicanos han generado un cambio notorio en la tendencia de controlar al Congreso.⁸ Ello ilustra la posibilidad de descubrir temas “puente” que unan varios sectores entre sí.

El tema de la hostilidad al gobierno, por ejemplo, tiene el potencial para allanar algunas de esas divisiones. Los populistas quieren *menos* gobierno, y los moralistas quieren usos *distintos* del poder gubernamental. Ambos pueden unirse en su antipatía al régimen político de Clinton. Es posible hablar de triunfos electorales si se puede hacer énfasis en temas puente y se minimizan los temas espinosos, como se hizo en el Contrato con América.

De la misma manera, en el caso de los derechos de propiedad existen elementos que pueden fomentar la coalición. Los populistas ha-

⁸ La propuesta para un contrato parecido del representante Newt Gingrich fue rechazada por la administración de Bush en 1992. Katharine Q. Seelye, “Files Show How Gingrich Laid a Grand G.O.P. Plan”, *The New York Times*, 2 de diciembre 1995, p. 1(A) ss.

blan de reducir la reglamentación de la propiedad y solicitan una compensación pública por la reglamentación que disminuye el valor de mercado de la propiedad. Para los moralistas, el tema de los derechos sobre la propiedad tiene sentido en el contexto de su deseo de autonomía de un Estado secular que se inmiscuye en sus relaciones fundamentadas en la religión como son la autoridad, la práctica educativa y las relaciones familiares tradicionales.

Sin embargo, como los conservadores institucionales y corporativos han ido retirando su apoyo poco a poco, el Partido Republicano ha quedado en decidida desventaja en las encuestas; los temas puente que unifican a los grupos no elitistas causan inquietud entre los elitistas.⁹ Las versiones más militantes del conservadurismo no elitista promovidas por programas de radio, predicadores cristianos fundamentalistas y fuerzas armadas molestan y hasta ofenden a las élites cuyo conservadurismo las sitúa en las principales iglesias, en corporaciones internacionales y en fundaciones establecidas para actuar contra la influencia de los científicos sociales e intelectuales de las universidades.¹⁰

Tanto los temas espinosos como los que sirven de puente revelan el extremismo de las ideologías no elitistas en una sociedad de clase media. El electorado independiente y el de la élite conservadora buscan alejarse de los candidatos ideológicos, cuya retórica apoya el moralismo fundamentalista, y se opone a los controles ecologistas y por lo menos a alguna disposición modesta para los pobres. La retórica antigubernamental encuentra su límite en las confrontaciones políticas que amenazan con restringir al gobierno federal, crear situaciones propicias para las exigencias militares y contrarrestar las medidas en relación con la seguridad social y la salud.¹¹ La bomba puesta en la ciudad de Oklahoma tenía toda la apariencia del movimiento conservador.

⁹ Se hace cada vez más evidente el distanciamiento de los elementos elitistas de la coalición conservadora del Contrato con América. Véase "G.O.P. Newcomers Are Determined to Reshape Government. Are They Building a New America - or Tearing it Apart?", *Business Week*, 29 de enero 1996, 28 ss.

¹⁰ Sidney Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment: From Conservative Ideology to Political Power* (Nueva York: Harper, 1988).

¹¹ En una encuesta realizada por la agencia Harris, un 70 por ciento no aprueba el que los republicanos en el Congreso hayan forzado al gobierno federal para alcanzar sus propios objetivos políticos. Véase "G.O.P. Newcomers...", *Business Week*, 28.

Como consecuencia de todo ello, el Partido Republicano es, por el momento, una fuerza debilitada dentro de la política electoral de Estados Unidos. Sin embargo, las ideas presentadas en el curso de la justificación de diversas versiones del conservadurismo también han llegado a dominar la discusión política por parte de los demócratas. El presidente ha adoptado la estrategia de escoger las partes aceptables de la agenda conservadora y mezclarlas con las propuestas de reforma liberales, como ha sido el caso de mantener la vigencia de ciertas autorizaciones oficiales, el aumento al salario mínimo, el apoyo al control de la contaminación ambiental y el mantenimiento de una estructura fiscal progresista. A pesar de que esto puede tener éxito como táctica, el proyecto de reforma liberal a largo plazo no puede resurgir sin una visión nueva que llegue al pueblo en general.

IMPLICACIONES POLÍTICAS A LARGO PLAZO

El problema crucial de la gobernabilidad es establecer la legitimidad del ejercicio de la autoridad y del poder coercitivo por medio del compromiso voluntario de los ciudadanos. Sin tal compromiso, el Estado se ve obligado al uso de la fuerza o a la disminución de sus funciones. La fuerza sale cara y al final, no es eficiente.¹² La coerción es un medio cuyo fin seguro es gobernar, pero es el menos atractivo para los ciudadanos y el más peligroso para los líderes. La cuestión a largo plazo del futuro del capitalismo conservador es si será capaz de proveer una forma viable de gobierno en las condiciones de la política del siglo XXI. En el centro de la política se halla la existencia del poder en las sociedades. Sin embargo, el poder coercitivo es únicamente un aspecto de la gobernabilidad, pues ésta incluye tanto el aspecto voluntario así como

¹² Esta parte se basa en las ideas de Kenneth R. Hoover, "Identity and the State: Coercion and Development Freedom", ponencia presentada en la International Political Science Association Research Committee on Political Philosophy Conference, copatrocinada por la African Political Science Association, en Harare, Zimbabwe, agosto, 1995; y en Hoover, *The Power of Identity: Politics in a New Key* (Chatham, Nueva Jersey: Chatham House Press, 1996). Al contrario de las formas contemporáneas de la "política de identidad" existe una seria investigación empírica sobre la formación que permite comenzar a apreciar "la política del desarrollo humano", que tiene el potencial para modificar la comprensión de ambos procesos y políticas dentro del ámbito de la política contemporánea en general.

el coercitivo. La autoridad legítima se caracteriza por la obediencia voluntaria.¹³ La democracia adquiere su legitimidad por medio de la participación voluntaria. Una teoría de la política debe tener una base conceptual para entender tanto los aspectos voluntarios como los coercitivos. ¿Por qué obedecemos voluntariamente, y bajo qué circunstancias debemos ser obligados a obedecer?¹⁴

La diferencia esencial entre estos propósitos está entre las relaciones de poder y las relaciones de autoridad. El poder implica la habilidad de coaccionar para el cumplimiento; la autoridad reside en la capacidad de conseguir la obediencia voluntaria. Los sistemas políticos que se basan en un alto nivel de autoridad tienen poca necesidad del ejercicio del poder. El líder político respetado, el líder de equipo natural, el disidente con integridad, todos ellos controlan una lealtad que ningún poder, por grande que sea, puede hacer obligatoria. Por otra parte, los sistemas totalitarios usan el poder y la amenaza de coerción para producir conformidad con las metas del régimen, y trabajan arduamente para crear la ilusión de obediencia voluntaria. El énfasis en los espectáculos públicos y las ceremonias cívicas aparatosas son parte de la máscara que ese poder utiliza.

El aspecto voluntario de la política es el más olvidado. La obediencia voluntaria se presenta cuando las instituciones sociales apoyan los procesos esenciales del desarrollo humano. La investigación empírica sobre la naturaleza de esos proyectos de desarrollo sugiere que consisten en el fomento y validación de la competencia, el impulso a la idea de un propósito personal y la existencia, así como el significado, de relaciones mutualistas.¹⁵ Asumiendo que estamos hablando de procesos de desarrollo naturales, el hecho de cultivar el apoyo voluntario de la comunidad depende del impulso que dé la autoridad a esas posibilidades.

Históricamente, los liberales han querido fundamentar el Estado en la seguridad de la alianza con el individuo, en la búsqueda del avance

¹³ Robert Nisbet, *Twilight of Authority* (Nueva York: Oxford University Press, 1975).

¹⁴ Entre los interesantes ensayos que exploran estos temas, véanse los de John Patrick Diggins y Mark E. Kann, eds., *The Problem of Authority in America* (Filadelfia: Temple University Press, 1981).

¹⁵ Para el desarrollo de este análisis véase Hoover, "Identity and the State...". Véase también Erik Erikson, *Childhood and Society*, ed. rev. (Nueva York: Norton, 1963) y James Marcia et al., *Ego Identity: A Handbook of Psychosocial Research* (Nueva York: Springer Verlag, 1993), cap. 2.

material y en el ejercicio de la expresión personal. Los conservadores han sustentado su atractivo general en la política de la nación o de la comunidad como un conjunto de instituciones de autoridad. Los socialistas se han organizado alrededor de la política de clase. Los dos últimos grupos han sacado provecho de la dimensión social de la vida humana y de la legitimación del poder de asociación para causas que van mucho más allá de las de los individuos.¹⁶

En este siglo, y en especial durante la última década, hemos visto una revolución de estas divisiones históricas entre las ideologías predominantes. Como hemos hecho notar, los conservadores individualistas proponen ahora un acercamiento institucional por medio del mercado, lo cual constituye una variante en la concepción tradicional de la comunidad. Más aún, el mercado erosiona la posición de las instituciones comunitarias y acentúa el significado del comportamiento económico de interés personal así como la conducta social.

Después de un siglo de experimentar con la utilización de las instituciones del Estado en favor de la igualdad entre individuos, los liberales se han dirigido ahora hacia el voluntarismo o la regulación directa de la conducta privada como sustituto de las instituciones burocráticas estatales. Por ejemplo, las recientes iniciativas liberales en Estados Unidos plantean que las empresas deben proveer la atención médica como una alternativa a la postura tradicional de que el Estado pague directamente los servicios médicos. El liberalismo se ha ido convirtiendo cada vez más en un ejercicio en el cual se escoge entre intereses de individuos rivales y se intenta favorecer a aquellos que aventajan al ciudadano promedio en su lucha contra la acumulación de poder y riqueza.

Por otra parte, los socialistas se alejan del Estado como una estrategia para que los trabajadores obtengan el control de los medios de producción, a la vez que se alejan de la planeación estatal como vía para aminorar la distribución desigual característica de la sociedad capitalista. El pensamiento socialista pone ahora énfasis en las técnicas que toman en cuenta a la comunidad, mediante las cuales se puede controlar

¹⁶ Para un análisis de las similitudes entre el conservadurismo tradicional y el socialismo, véase Thomas Molnar *et al.*, "Symposium on Humane Socialism and Traditional Conservatism", *New Oxford Review* LIV, no. 8 (octubre 1987): 5-26. Entre los colaboradores se encuentran John Judis, John Lukács, Jean Bethke Elshtain, Russell Kirk, John Cort, Brent Bozell, Robert Coles y Christopher Lasch.

el uso del poder económico y político. Los movimientos sociales, las organizaciones vecinales, las cooperativas y las instituciones descentralizadas representativas han recibido nueva atención.¹⁷

Por todas estas razones, el Estado pierde terreno en la sociedad contemporánea pero, aun así, es la única entidad suficientemente poderosa como para moderar las desigualdades en cuanto a ingresos y distribución de riqueza, mitigar las divisiones étnicas o raciales y enfrentarse a los problemas ambientales. Las supuestas ganancias que trae consigo la opción del mercado son la prosperidad y la libertad; lo que se pierde es la burocracia estatal y por lo menos cierta igualdad distributiva y seguridad personal. Sin embargo, como apunta Carlos Fuentes, “la lógica del mercado es concentrar la riqueza y distribuir la pobreza”.¹⁸ Los Estados Unidos ilustran este punto: desde 1980, una desregulación parcial de la economía se vio acompañada de un crecimiento económico. A pesar de ello, la riqueza y el ingreso se han distribuido cada vez con mayor desigualdad, la pobreza ha aumentado sustancialmente y la clase media ha tenido pocos logros. Los beneficios de un crecimiento económico guiado por el mercado han incrementado desproporcionalmente a los ricos.¹⁹

Para Canadá en particular, otra consecuencia de la debilitación del Estado es evidente en la amenaza de separación de lo que constituye una unión frágil. El hecho de que se haya ido devolviendo el poder del ámbito de lo federal al nivel estatal y local en Estados Unidos es otro ejemplo de presiones parecidas. Y sin embargo, los retos de un mundo cada vez más complejo, sobrepoblado y ecológicamente interdependiente podrían demandar una mayor coherencia y acciones unificadas.

En el fondo, el capitalismo y el conservadurismo son rivales.²⁰ El capitalismo, en una era de automatización, competencia económica glo-

¹⁷ Véase Warren Magnusson y Rob Walker, “De-Centering the State: Political Theory and Canadian Political Economy”, *Studies in Political Economy* 26 (verano, 1988): 37-71.

¹⁸ Carlos Fuentes, “Imagination Is Necessary to Bring Change to Latin America”, *Seattle Post Intelligencer*, 22 de noviembre 1995. Afirma que entre 1950 y 1980 el PNB de América Latina creció en un 80 por ciento, mientras que la pobreza aumentó en un 10 por ciento.

¹⁹ Véase Keith Bradsher, “Widest Gap in Incomes? Research Points to U.S.”, *The New York Times*, 27 de octubre 1995, p. 2(C); Sanford Schram, *Words of Welfare: The Poverty of Social Science and the Social Science of Poverty*, prefacio de Frances Fox Piven (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995), 117-120.

²⁰ Kenneth R. Hoover y Raymond Plant, *Conservative Capitalism in Britain and the United States: A Critical Appraisal* (1989).

bal y aumento del poder de los medios de comunicación, se convierte en una fuerza opuesta a los valores tradicionales, a las formas tradicionales de autoridad y a la autonomía del individuo. Si los capitalistas fueran una clase unida que quisiera (y pudiera) asentar su autoridad moral, el resultado sería distinto, pero las presiones competitivas y el que los accionistas que controlan el destino de las grandes corporaciones se mantengan como anónimos hacen que eso sea altamente improbable. La lógica de la ganancia desplaza los valores familiares o comunitarios.

Como la automatización y la globalización ocasionan cada vez más despidos tanto de trabajadores en general como de ejecutivos, que antes contaban con un empleo seguro, es fácil predecir el continuo deterioro de las relaciones familiares. Los medios de comunicación trabajan por la desintegración de la sociedad estadounidense tan eficazmente como para minar las fuerzas de la autoridad y los valores tradicionales. La política se parece cada vez más al mundo violento, escandaloso y corrupto de la televisión y menos a la república civil y juiciosa que imaginaron sus fundadores.

En estas condiciones, la política se ve obligada a actuar en función de los temores del pueblo. Como Sanford Schram asevera en su libro *Words of Welfare*:

el trabajo y la familia son normas culturales integradas al funcionamiento de la economía política, la cual, paradójicamente, cada vez las debilita más. Debido a que la sociedad postindustrial hace cada vez más difícil que las disfruten todos en todo momento, la política del bienestar se ve obligada a insistir en esas normas para poder sostener la situación social, política y económica existentes.²¹

Entre menos posibilidades haya de aproximarse a ese ideal, más se convierte en un requisito que reciba apoyo de la comunidad.

La versión del capitalismo individualista conservador involucra cada vez más un ataque a las instituciones fundamentales de gobierno. El esfuerzo para sustituir la educación pública con escuelas privadas y de cambiar el gobierno de la mayoría por una “supermayoría” son ele-

²¹ Schram, *Words of Welfare...*, 179.

mentos que otorgan a los intereses minoritarios capacidad de veto dentro de la política estadounidense, junto con la intensificación de la hostilidad hacia el gobierno en todos los niveles, todo lo cual contribuye a la desaparición de las vías comunitarias y públicas de responsabilidad para resolver los problemas. Lo que comenzó como una ofensiva contra el poder del gobierno se ha ido convirtiendo en un ataque contra todas las formas de autoridad, pasando sobre las normas de civilidad y sin consideraciones hacia el derecho común. En esta tendencia existe poco o nada que sea consistente con el conservadurismo tradicional.

CONSTRUCCIÓN DEL FUTURO

La situación actual podría describirse adecuadamente como una tregua; un conservadurismo dividido que confronta a un debilitado liberalismo reformado en un escenario de desigualdad creciente, de corrupción política por dinero y de primacía generalizada de los intereses militares sobre las prioridades nacionales de gasto.²² Roger Rosenblatt plantea, sin embargo, que las fuerzas del conservadurismo no han logrado socavar los logros fundamentales del liberalismo reformado. Los derechos y las oportunidades para las mujeres, las minorías y los pobres continúan siendo elementos muy importantes, difíciles de revertir.²³ No se puede predecir de dónde vendrá el ímpetu que lleve hacia una renovación de la agenda de reforma liberal, y en su equilibrio de fuerzas se juegan auténticos reveses. La duda es si los liberales reformados se reagruparán para armar una visión constructiva de la sociedad.

John Patrick Diggins, en *The Rise and Fall of the American Left*, describe en términos muy vívidos la historia de la división de la izquierda; detalla las divisiones y excesos de la vieja y la nueva izquierda, la “izquierda lírica” y la “izquierda académica”. Tal parece que esta ten-

²² Bradsher, “Widest Gap...”, 2(C); Anthony Lewis, “Massive Spending on Weapons Systems Cannot Be Defended”, *The New York Times*; Susan Garland, Stephen Wildstrom y Amy Barret, “Feeding Frenzy at the Money Trough”, *Business Week*, 29 de enero 1996.

²³ Roger Rosenblatt, “The Triumph of Liberalism”, *The Seattle Post Intelligencer*, 21 de enero 1996, p. 1(C) ss.

dencia se halla, como comenta Todd Gitlin, “perdida en la política de identidad”.²⁴

La característica común de todas estas facciones es que abandonaron la misión fundamental de la izquierda: como descendiente del liberalismo clásico, debe basarse en una serie de conceptos cuyo significado comparta el pueblo en general, para poder conseguir el apoyo de los medios democráticos y así llevar a cabo programas constructivos que apoyen y sostengan el desarrollo humano para todos los ciudadanos, sin consideraciones de clase, origen o condición.

La izquierda necesita entender que el poder de coerción del gobierno sólo puede usarse para limitar las patologías interindividuales y los abusos, y que el papel positivo del gobierno consiste en dar opciones de desarrollo para aquellos que de otra manera no las tendrían. En esta esfera de gobernabilidad por medio de la autoridad legítima antes que por el poder, es que la izquierda tiene oportunidad de reconstruir su visión.

Lo que le queda a la izquierda —y a la derecha— es construir una idea viable del desarrollo humano y de las políticas y procesos que harían del gobierno un socio en el proceso.²⁵ En lugar de ello tenemos, en la derecha y en la izquierda, políticas guiadas por ideologías que provocan el deterioro de las instituciones mayoritarias del gobierno democrático y el rechazo de los acercamientos al pueblo con que se deben afrontar los retos del siglo XXI. Como sugiere Carlos Fuentes, es esencial la imaginación en la labor de revitalizar la política progresista, ahora que se han hecho evidentes los límites de la solución de mercado.²⁶

²⁴ Todd Gitlin, “The Left, Lost in the Politics of Identity”, *Harper's Magazine*, septiembre 1993, 16-20; Hoover, *The Power of Identity*.

²⁵ Véase *ibid.*; Robert Nisbet, *Community and Power* (Nueva York: Oxford University Press, 1962), 52.

²⁶ Fuentes, “Imagination Is Necessary...”. Se debe hacer notar que Fuentes comienza su crítica de la profundización de las divisiones de clase en Latinoamérica al citar no a un socialista ni a un liberal, sino a Benjamin Disraeli, prototipo del conservadurismo tradicional.



El neoconservadurismo en Estados Unidos: una historia concisa

*Avital H. Bloch**

INTRODUCCIÓN

El “neoconservadurismo” es una ideología política y social que surgió en Estados Unidos a mediados de la década de los años sesenta. Lo que define como neoconservadores a los intelectuales que la desarrollaron, es una historia de transformación política; ya que, desde finales de los años treinta los antistalinistas, que originalmente eran socialistas disminuyeron su radicalismo y, finalmente, durante el periodo de la posguerra y los años cincuenta se fusionaron como liberales en general. Debido a que su áspera crítica anticomunista estaba acompañada de un temor a la política radical izquierdista y por su conflicto intenso con el nuevo movimiento de izquierda de los años sesenta, su movimiento

* Programa de Estudios sobre los Estados Unidos, Centro de Investigaciones Sociales, Universidad de Colima.

viró hacia la derecha y hacia la creación de la nueva ideología del neoconservadurismo.

El neoconservadurismo consiste en un discurso, pensamientos, opiniones y creencias sobre qué es una buena sociedad, qué es un buen gobierno para regirla y cómo alcanzar ambos. Sin embargo, esta ideología también ha sido caracterizada por su historia y por ciertos estilos de acción, los cuales, junto con el contenido formal de las ideas mantuvieron al grupo aparte. De esta manera el discurso, en combinación con el estilo, crearon el amplio sistema de la ideología y la identidad neoconservadoras. El neoconservadurismo no ha generado un movimiento muy extenso, solamente una camarilla dirigente de intelectuales políticos —principalmente hombres de distintas ocupaciones intelectuales— ha estado involucrada en la elaboración constante de la ideología; éstos la han promovido activamente y se han hecho responsables de la identidad colectiva del grupo.

El estudio del neoconservadurismo es un tema relevante de la ciencia política y de la historia política e intelectual de Estados Unidos, ya que su análisis e historia pueden enseñarnos mucho acerca de los procesos políticos, ideológicos e intelectuales significativos; asimismo puede explicar cómo se desarrollan las ideologías y en qué consisten; mostrar cómo las prácticas políticas y las teorías ideológicas existentes pueden ser fuente de nuevas ideologías; instruirnos sobre cómo circunstancias históricas específicas influyen en el surgimiento de discursos innovadores y cómo las ideologías se transforman con el paso del tiempo; puede iluminarnos acerca del proceso de la penetración de las ideologías en las instituciones políticas y en los procesos de diseño y elaboración de políticas; describir cómo las ideologías forman identidades de grupo; y, entre tantas otras cosas, esclarecer de qué manera éstas vinculan la cultura con la política.

En términos de importancia, al menos desde los años ochenta, los neoconservadores han alcanzado un grado considerable de impacto en la vida política e intelectual de Estados Unidos. Durante varias décadas el neoconservadurismo, como una amplia ideología ha ofrecido sus recomendaciones y opiniones sobre todos los temas que se tratan en los debates políticos vigentes, ha influido en la prensa y ha penetrado en el sistema político (*establishment*), incluso algunas de sus ideas más importantes han sido adoptadas por las plataformas de los partidos

políticos y también, en grado significativo, han ganado seguidores en las comunidades académica e intelectual. A pesar de que el neoconservadurismo nunca ha sido ampliamente popular y su elaborado discurso ha rebasado la comprensión y los intereses de la mayoría de los estadounidenses, muchos electores comunes han captado algunos de sus valores y pensamientos básicos y los han respaldado. Entonces, por todas las razones aquí expuestas, es difícil minimizar el significado del neoconservadurismo en cualquier discusión sobre la política estadounidense contemporánea.

LOS ORÍGENES

Es imposible entender el neoconservadurismo contemporáneo sin remontarse a la década de los años treinta, antes de que surgiera como una ideología diferente hacia los años sesenta. Sus orígenes pueden ubicarse en un círculo de escritores, críticos de arte y de literatura, judíos en su mayoría, quienes fueron conocidos como los intelectuales de Nueva York, aunque en esa época todavía eran marginales y giraban alrededor de algunas “revistitas” como *Partisan Review*, *Commentary* y *New Leader*. Los “padres fundadores” —que en pocas décadas evolucionarían hasta formar el grupo neoconservador— incluían a gente como Sidney Hook, Lionel y Diana Trilling, Elliot Cohen, Philip Rahv, William Phillips, Dwight Macdonald, Mary McCarthy, entre otros. Y, aun cuando al principio se definían como marxistas radicales y antiburgueses modernistas, a finales de los treinta, descubrieron los horrores de Stalin en la Unión Soviética y el comunismo, como el régimen totalitario más reciente —el cual se convirtió para estos intelectuales en el peor de los males—, esta revelación los condujo a articular un discurso antitotalitario y antisoviético desde la izquierda, al cual consideraron valiente e innovador, dado que contrastaba notablemente la posición prosoviética del Frente Popular y de los “compañeros de viaje” (*fellow travelers*) —simpatizantes de la Unión Soviética, que no eran miembros del Partido Comunista— con una posición que muchos intelectuales estadounidenses apoyaban.

Algunos de los patrones políticos y de comportamiento básicos del movimiento, que lo caracterizarían en las décadas futuras, surgieron en

aquella época temprana. Las publicaciones periódicas, que algunos de los miembros del grupo controlaban, se convirtieron en el sitio principal donde se definía su identidad política y, así también, se transformaban en los centros de formación ideológica, en órganos para la difusión de las ideas y en medios para obtener apoyo. En lo que concierne a la política, la mutación constante para alejarse del radicalismo y la búsqueda de un mensaje ideológico distinto se convirtió en una tendencia; a la par que aumentó su idea de considerarse a sí mismos muy justos y con valiente realismo. La arrogancia, la ira y la hostilidad hacia quienes los criticaban, particularmente de la izquierda, también comenzó a caracterizarlos desde una etapa temprana. De ahora en adelante, ellos definirían constantemente su identidad político-intelectual, sobre todo, a partir de la diferencia, que ellos consideraban que tenían, con sus críticos de la izquierda.

Durante las décadas de los cuarenta y cincuenta los miembros de generaciones más jóvenes se integraron al círculo: profesores universitarios, escritores y críticos literarios como Daniel Bell, Nathan Glazer, Seymour Martin Lipset, Irving Howe, Irving Kristol, Gertrude Himmelfarb, Arthur M. Schlesinger Jr., Norman Podhoretz, Midge Decter y Jason Epstein. Así, para finales de los años cuarenta la tendencia anticomunista de los intelectuales de Nueva York los condujo rápidamente a un rechazo al socialismo. Aquel periodo ya había marcado su cruce completo por la frontera ideológica del radicalismo hacia lo que en los años cincuenta se convirtió en el liberalismo de la guerra fría. Incluso, ante la perspectiva de un mundo dividido entre la democracia y el totalitarismo, el sistema político liberal reconoció la importancia del anticomunismo de estos intelectuales y recurrió a su opinión. Para entonces, ya se llamaban a sí mismos liberales y se habían convertido en los actores principales en la articulación de la ideología liberal dominante de la época.

Durante la era de McCarthy, en la primera mitad de los años cincuenta, centraron su actividad política anticomunista en el Comité Americano por la Libertad Cultural (American Committee for Cultural Freedom; ACCF por sus siglas en inglés), organización fundada en 1951, cuyo objetivo era combatir al comunismo en casa. Convencidos de la existencia de una conspiración comunista y de la responsabilidad que implicaba para los liberales la protección de la democracia en Estados

Unidos, dirigieron sus embates para endurecer las políticas oficiales anticomunistas. Así, la ACCF defendió la campaña del senador Joseph McCarthy en contra del comunismo y sus seguidores, como una campaña fundamentalmente positiva. No obstante, los intelectuales de la ACCF no admiraban a McCarthy, aunque tampoco consideraban su cruzada una violación de las libertades civiles, tal como lo hacían los críticos antimacartistas; pero, temerosos de parecer como que respaldaban a los reaccionarios del ala derecha, criticaron su estilo por ser demagógico y sus intenciones como estúpidas y no eficaces; sin embargo, esta crítica nunca incluyó el rechazo a la misión anticomunista macartista por sí misma.

Durante los años cincuenta y principios de los sesenta, además de reforzar la versión liberal del anticomunismo, estos intelectuales también contribuyeron a la creación de un análisis liberal del gobierno y de la sociedad estadounidenses. Su ciencia política y sociología liberales, conocidas como la escuela de “el fin de la ideología”, fueron reconocidas por la mayoría como uno de los pilares del liberalismo. Esta escuela promovía una imagen ideal de una sociedad estadounidense exitosa, basada en el consenso y en la eliminación de las ideologías; una sociedad que había emergido de las políticas reformistas del Nuevo Orden (*New Deal*) del presidente Franklin D. Roosevelt. De hecho, los intelectuales liberales insistían en que para el Occidente libre, particularmente para Estados Unidos, las ideologías —entendiendo por éstas las radicales y las izquierdistas— eran destructivas, ya que las radicales involucran apasionamiento en la política y un pensamiento apocalíptico que fomenta la inquietud, el conflicto y el cambio no democrático. En una democracia —la cual esos analistas reconocían como frágil— las ideologías pueden conducir a una revolución y, a largo plazo, al totalitarismo; lo que implicaba la destrucción de la triunfante “buena sociedad” liberal.

El “liberalismo plural” era el concepto organizacional básico en la sociedad antirradical y no-ideológica que los liberales de “el fin de la ideología” visualizaban. Al igual que su liberalismo, el pluralismo era una antítesis del marxismo y de la noción de lucha de clases. Los liberales preferían explicar la estructura del poder no con términos económicos, sino políticos, y las relaciones intergrupales no como pertenecientes al campo de lo económico, sino al político. Creían que la sociedad

estadunidense de la posguerra, que se componía en su mayoría de “grupos de interés”, carecía de una clase dirigente y que el campo de lo político, en donde los grupos como iguales compiten por intereses, negociando, ofreciendo y comprometiéndose en busca del consenso, era entonces mucho menos volátil.

El grupo de interés más importante que estos liberales tenían en mente eran los sindicatos de obreros; y, si apoyaban el movimiento laboral era debido a sus viejos lazos con los sindicatos y a los remanentes de su herencia izquierdista, pero más allá de esto, en su opinión, los sindicatos y los trabajadores ya no constituían una clase trabajadora en Estados Unidos o una clase económica marxista, sino que formaban un grupo de interés político integrado a la clase media dominante. La pobreza también era difícilmente reconocida en el liberalismo de la posguerra y, en consecuencia, se esperaba que los negros y los pobres avanzaran, a la larga, por medio de la prosperidad y el progreso de la sociedad. Los negros y los grupos étnicos eran considerados como grupos políticos dentro de la estructura plural, por lo cual los liberales insistían en que lo concerniente a su cultura se manejara independientemente de la política.

El pluralismo era percibido como el fundamento del Estado benefactor liberal, progresivo y pragmático, junto con otro concepto: el “postindustrialismo”. Ello implicaba un énfasis en la burocracia, la tecnología y el saber científico, principalmente en el armazón de lo que los liberales describían como la “universidad liberal” estadounidense. La tarea que le asignaron a esas nociones fue el ordenamiento y la racionalización de la política y de la sociedad en pro del orden pragmático no ideológico.

Para la década de los cincuenta, la creencia anterior en el socialismo había pasado, en su mayoría, a formar parte del pasado de estos intelectuales. Sólo unos cuantos, como Irving Howe y, en menor grado, Daniel Bell, siguieron considerándose socialistas, o como solían autodenominarse, “socialistas democráticos”, para distinguirse de los socialistas radicales. De hecho, el socialismo democrático no se encontraba más hacia la izquierda que el liberalismo de sus colegas, era una postura teórica, no ideológica, que no pretendía aplicarse a la política real; lo que la identificaba eran sólo sentimientos socialistas y nostálgicos. Los anticomunistas liberales, en consecuencia, no tenían conflic-

tos con sus amigos socialistas democráticos, pero en su firme búsqueda de una identidad política, cuidaban de distinguirse de los socialistas radicales, de los liberales de izquierda y de los compañeros de viaje (*fellow travelers*), a quienes calumniaban como suaves, a la manera femenina, respecto del comunismo, ya que argumentaban que a éstos no les importaba la democracia y que eran un poco inocentes.

Tener una definición ideológica distinta de la derecha también era importante para los liberales, por eso en la medida que deseaban ser reconocidos como una fuerza de centro, especificaban cuidadosamente las diferencias entre ellos y los conservadores; es decir, los conservadores también eran anticomunistas pero, a diferencia de aquéllos, se oponían al Estado benefactor y al sistema pluralista. Pero los liberales deseaban ser reconocidos no sólo por ser diferentes, sino por ser virtuosos y superiores a causa de sus creencias y estilo, por encima del resto de los sectores: realistas, fuertes y valientes, masculinos, en contra de los radicales inmaduros, de los liberales que se inclinaban hacia la izquierda y de los conservadores de antaño. Los debates de la década de los cincuenta muestran, una vez más, qué tan ansiosos estaban los liberales respecto de su imagen de rectitud e identidad, y cuán susceptibles se habían puesto, debido al endurecimiento ideológico. Ahora aparecían como el segmento antirradical y anticomunista más extremista del liberalismo estadounidense, rasgo que se reforzaría aún más durante las décadas siguientes.

LA TRANSFORMACIÓN DE LIBERALES A NEOCONSERVADORES

Hacia mediados de la década de los sesenta el consenso que tenían los liberales se estaba colapsando. El liberalismo de los intelectuales de Nueva York y de sus aliados fue reemplazado por lo que comenzó a reconocerse como “neoconservadurismo”, a causa de los drásticos cambios sociopolíticos que ocurrieron en esa década; dado que la reacción de este grupo hacia esos cambios intensificó sus particulares opiniones políticas y estilo, brindando un nuevo carácter a su ideología. De esta forma, dentro del nuevo contexto ideológico-político de la era, su absorción de los elementos ideológicos tradicionales significó un giro definitivo hacia la derecha. Así, desde mediados de los años sesenta los

intelectuales —que venían autodefiniéndose como liberales anticomunistas— pasaron a ser “neoconservadores”.

Los movimientos radicales, que surgieron durante los años sesenta, sacudieron al liberalismo, puesto que sus ideologías rechazaban por completo la mayoría de las convicciones liberales básicas. El reto más difícil que enfrentó la ortodoxia liberal lo presentó la nueva izquierda, pues atacaba totalmente el orden liberal; así para quienes se habían convertido en neoconservadores el que la joven izquierda adoptara creencias socialistas radicales fue aún más amenazante; hecho cuyas consecuencias no podían ser toleradas por los liberales y que, por lo tanto, provocó un cisma entre ellos y la nueva izquierda.

El radicalismo de la nueva izquierda usualmente no incluía apoyar al comunismo, pero sí contemplaba una fuerte crítica al anticomunismo y a las políticas obsesivas de los Estados Unidos durante la guerra fría. Los radicales, entonces, acusaban a los intelectuales de Nueva York de ser los responsables de las políticas imperialistas y de intervencionismo; y aun cuando la ACCF ya no existía fue duramente criticada, al igual que las posturas macartistas de una década antes y cuando a finales de los sesenta se supo que la CIA había estado involucrada en algunas actividades de los liberales, la nueva izquierda minó todavía más la posición liberal. Como personas que se habían entregado a la causa antisoviética, los neoconservadores resintieron que las generaciones jóvenes descartaran al anticomunismo por considerarlo innecesario y equivocado; y aunque ahora estaban a la defensiva y parecían estar dispuestos a realizar algunos ajustes ideológicos, solamente racionalizaron su pasado anticomunista y de hecho, lo reafirmaron para las circunstancias presentes; así su retórica anticomunista permaneció tan agresiva y tan antirradical como siempre.

La guerra de Vietnam fue un punto central en el conflicto con los radicales, como fue también el tema de mayor polémica que dividía las posiciones en la época. En concordancia con su posición anticomunista, y extremadamente temerosos de que los comunistas tomaran Vietnam del Sur, los neoconservadores apoyaron la política intervencionista en Vietnam hasta muy tarde en la década de los sesenta. La izquierda, en contraste, que entonces representaba la mayoría del movimiento antibélico, vio en el papel del ejército y la vasta destrucción de Vietnam el resultado horroroso de la guerra fría; los radicales,

entonces, consideraron ilegítimo el papel de Estados Unidos en Vietnam por sus motivos e inmoral por sus consecuencias, y por lo tanto, demandaron un retiro incondicional de las tropas.

La presión ejercida por la intensificación de la guerra, los altos costos humanos y las intensas protestas antibélicas desde mediados de los años sesenta, también se hizo sentir sobre los neoconservadores, quienes comenzaron a cuestionar la sabiduría de las políticas bélicas, pero adoptaron un enfoque que ya habían usado para quejarse de McCarthy: criticaron al gobierno únicamente en el terreno pragmático, argumentando que, a pesar de que su actuación estaba justificada por la causa anticomunista, el gobierno actuó estúpida e ineficientemente en Vietnam. Entonces, invocaron a las negociaciones como medio para alcanzar la paz, pero, a la vez, alertaron sobre un retiro unilateral, ya que éste permitiría la victoria de los comunistas, y acusaron a la izquierda antibélica por dejar en el desamparo a los vietnamitas. Una vez más, intentaban ubicarse en el saludable centro político; se oponían a la izquierda, a la vez que evitaban dejarse arrastrar hacia las “águilas” probélicas. En los años setenta, los neoconservadores, finalmente endurecieron aún más sus puntos de vista anticomunistas, intimidados por el rechazo al anticomunismo por parte de la izquierda y por la pérdida del enfoque anticomunista en política exterior por parte de la mayoría de los liberales.

La nueva izquierda planteaba más problemas para los neoconservadores que únicamente el rechazo al anticomunismo, pues más importante que éste, fue que volvió a poner las ideologías apasionadas en la escena política. El idealismo de la nueva izquierda, en oposición con las actitudes antiideológicas del liberalismo ortodoxo, era moralista, repudiaba las ideas del progreso gradual y demandaba el cambio social inmediato. Asimismo, la crítica de los radicales, en contra de lo que ellos interpretaban como una estructura de poder no democrática en la sociedad estadounidense, también contradecía el pluralismo liberal. A los ojos de los neoconservadores la noción alternativa de la “democracia participativa” de la nueva izquierda —un ideal de la participación política desde las bases— parecía inocente y la retórica revolucionaria derivada de ella era considerada como una causa posible del totalitarismo.

Los neoconservadores detestaban particularmente los enfrentamientos que caracterizaban en parte los actos políticos de la nueva izquierda: las demostraciones violentas, la quema de cartas de enlistamiento y de

la bandera de Estados Unidos, la ocupación de los campus universitarios y las bombas en los edificios públicos, por parte de los extremistas. Estas manifestaciones negaban la política pluralista y pacífica. La “contracultura” antiburguesa también era sumamente ofensiva para los neoconservadores, quienes se alarmaban de sus expresiones —las drogas, la libertad sexual, la música rock, las religiones orientales—, las cuales se interpretaban como nihilistas y faltas de respeto a las tradiciones occidentales. Más aún, los neoconservadores entendían la contracultura como una cultura adversa y radical, que estaba politizada para combatir contra el liberalismo dominante.

Las actitudes antagónicas hacia la tecnología y las organizaciones por parte de la nueva izquierda, también resultaban amenazadoras para los neoconservadores. Para la idea liberal del progreso esas ideas eran fundamentales, pero para la nueva izquierda y la contracultura eran antiprogresistas e inhumanas. Para el gusto de los neoconservadores los sentimientos antiburocráticos de los radicales se expresaron en su forma más molesta cuando los estudiantes se rebelaron en contra de las universidades y trataron de controlarlas haciendo a un lado a los equipos administrativo y académico de las mismas. Los neoconservadores, muchos de ellos universitarios y otros que como académicos elaboraron buena parte de su ideología en la universidad, sentían un gran respeto por la institución universitaria; y, por lo tanto, pelearon encarnizadamente en contra de la politización de los estudiantes, argumentando que, como institución cultural autónoma dedicada a fomentar el conocimiento, la universidad debería permanecer aislada de la política.

La protesta política, a través de las expresiones culturales, y la invasión de las instituciones culturales por parte de las ideas políticas fueron una novedad del radicalismo de los años sesenta. Para los neoconservadores, sin embargo, la combinación entre la política y la cultura era la manifestación culminante de una peligrosa penetración de la cultura dentro de la esfera política, y la causa principal de la crisis que afectaba a todo durante aquella época. Como un principio antirradical, los neoconservadores subrayaban la naturaleza diferente de la cultura y de la política y que, de llegar a mezclarse, ambas serían incapaces de cumplir adecuadamente sus funciones. Por eso, ellos demandaban que las esferas política y cultural se mantuvieran estrictamente separadas,

además de mantener aparte los dominios de lo político y de lo económico, sobre lo cual ya habían insistido tempranamente.

Durante los años sesenta también hubo otros cambios decisivos que fueron perturbadores para los neoconservadores y que ayudaron a empujarlos hacia la derecha; por ejemplo, cómo, desde la segunda mitad de la década, el movimiento de los negros en pro de sus derechos civiles fue tornándose más extremista. Debido a que en la década de los cincuenta y a principios de los sesenta los liberales habían apoyado por completo las demandas del movimiento de los negros para obtener un estatus político igualitario y terminar con la segregación racial en el sur del país, el cambio de las protestas hacia el norte, su nuevo liderazgo radical, las ideologías de separatismo y nacionalismo negro y el movimiento de la no violencia hacia la militancia, confrontaron al liberalismo. Y, así también las demandas de condiciones socioeconómicas igualitarias influyeron en el gobierno liberal; por lo cual el presidente Lyndon B. Johnson respondió con los programas de asistencia social de la Gran Sociedad para los pobres y con las políticas de trato preferencial en el empleo y la educación, para los negros y otras minorías, conocidos como “acción afirmativa” (*affirmative action*).

Los neoconservadores se sintieron amenazados cuando la lucha de los negros hizo tambalear el sistema pluralista, que para ellos consistía en grupos que competían sobre terrenos iguales. Así, el trato preferencial para algún grupo significó la pérdida del principio de igualdad sobre el cual se sustentaba el sistema. El que algunos grupos disfrutaran de mayores derechos que otros, señalaba, ante los ojos de los neoconservadores, el riesgo latente de un conflicto intergrupal y la ruptura del fundamento pluralista de la estructura liberal. Por ende, para finales de los años sesenta y principios de los setenta, identificaron un patrón en la sociedad estadounidense que les desagradaba: la corriente dominante cultural del sistema (*establishment*) de la Gran Sociedad se inclinaba hacia las ideas de la izquierda y beneficiaba a los grupos marginados, a costa de la clase media blanca común, que era mayoría.

Los neoconservadores reaccionaron con una crítica contra las políticas liberales de acción afirmativa y los programas especiales de bienestar social; es decir, con un discurso —el cual se convirtió en un elemento central de su nueva ideología— que hacía hincapié en la injusticia que se cometía con el resto de los estadounidenses como conse-

cuencia de esas políticas particulares, las cuales beneficiaban solamente a las minorías. Asimismo, señalaron el peligro de las actitudes de confianza hacia otros grupos, que los negros demostraron como un resultado de sus crecientes expectativas, e hicieron un llamado a éstos para que se superaran con base en sus méritos propios y en el trabajo arduo. En la medida que los neoconservadores denunciaban al Estado benefactor, maternal y liberal compasivo, se refugiaron en las ideas conservadoras que enfatizaban el individualismo de tipo masculino y la rudeza.

Como una consecuencia de la controversia acerca de la Gran Sociedad, un asunto más amplio apareció en la crítica neoconservadora: el papel del gobierno. Las dificultades prácticas para que los grupos débiles avancen rápidamente y para combatir la pobreza convencieron a los neoconservadores de que los gobiernos tienen una capacidad limitada para hacerse responsables de la desigualdad y de los problemas sociales. Más aún, llegaron al convencimiento de que los conflictos cada vez más profundos sobre tales asuntos correspondían a las ideologías, las cuales no pueden, ni deben, ser manejadas por las burocracias, dado que no son capaces. Las funciones y los objetivos de los gobiernos deben circunscribirse al campo de lo político y lo pragmático. De hecho, la nueva publicación periódica neoconservadora, *Public Interest*, fundada en 1965 para discutir la política pública, anticipó estos puntos de vista, al mismo tiempo que lo hicieron los académicos neoconservadores, quienes estudiaban los asuntos del gobierno en el Instituto Empresarial Americano (American Enterprise Institute, AEI por sus siglas en inglés), un centro de investigación especializado en Washington, desde los años setenta. Conforme el neoconservadurismo se movía hacia un mayor interés en la política y el gobierno, estas instituciones asumieron un lugar central.

Los neoconservadores se refugiaron en la derecha al encontrar respuestas en las organizaciones de voluntarios y la comunidad tradicional para reemplazar algunas de las funciones de asistencia y seguridad sociales del gobierno: iglesias, familias en sentido amplio, organizaciones étnicas. Para los nuevos gustos adoptados por los neoconservadores tales instituciones no sólo habían cubierto satisfactoriamente esas funciones, sino que estas asociaciones no gubernamentales eran superiores a las burocracias liberales porque seguían los valores burgueses de la virtud y la prudencia.

Estos principios de moralidad tradicional se establecieron en las nuevas políticas civiles neoconservadoras desde los años setenta, y con base en ellas, surgió el populismo neoconservador. Éste fomentaba entre la mayoría tradicional —particularmente entre los viejos grupos étnicos de blancos y el movimiento laboral organizado— la reafirmación de sus derechos de igualdad en el proceso pluralista. Los neoconservadores lamentaban que esos derechos se vieran dañados no sólo por las minorías privilegiadas, sino también por lo que ellos definían como la “nueva clase”: la elitista, antiburguesa, clase media alta liberal de intelectuales y profesionistas, involucrados en la política reformista y cultural radical. El análisis de la nueva clase intentaba restaurar los derechos económicos de los estadounidenses comunes para ganar, a través del trabajo arduo, un juego justo, así como a reclamar sus derechos culturales para llevar un estilo de vida tradicional y conservador.

Debido a los cambios ideológicos ocurridos a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, el problema subyacente era la falta de consenso con respecto al significado del liberalismo y sobre la respuesta que deberían tener ante la radicalización, aquellos que se consideraban liberales. Así, en esa era de crisis, conforme el liberalismo era cuestionado muchos de sus partidarios se tornaron, junto con la nueva dirección, hacia la izquierda, en donde el liberalismo ya se movía; mientras tanto, los liberales que se estaban convirtiendo en neoconservadores adoptaron sensibilidades tradicionales en su lucha contra este giro hacia la izquierda, el cual estaba personificado por la nueva clase. Su encarnizada oposición tenía como fin salvar el liberalismo ortodoxo —el que, según ellos, era el genuino—, pues pensaban que la peligrosa radicalización de la mayoría era la causa de que los neoconservadores gradualmente lo detestaran y poco a poco incrementaran la inclusión en su discurso de un elemento antiliberal.

Hasta cierto punto, la candidatura a la presidencia del senador George McGovern por parte del Partido Demócrata, en 1972, simbolizó para los neoconservadores el fracaso de los liberales. Aunque, de hecho, sólo algunos neoconservadores votaron por el republicano Richard Nixon, pero, como incluso la mayoría era demócrata, fundaron la Coalición por una Mayoría Demócrata (Coalition for a Democratic Majority, CDM por sus siglas en inglés) dentro del Partido Demócrata, cuyo

objetivo era promover sus ideas sobre las políticas exterior e interna y salvar al partido de ser arrastrado hacia la izquierda. Aquí había, indudablemente, claras señales de la separación neoconservadora y de la “subversión” en contra del nuevo liberalismo, su ajuste al conservadurismo y su identidad cambiante para diferenciarse de la mayoría liberal.

El proceso de formación de la identidad también incluyó una disciplina ideológica al interior del movimiento, ya que había algunas personas dentro del grupo inicial, quienes se oponían a la nueva dirección neoconservadora; y así, como una forma de purificación ideológica y de “administración de la identidad”, los neoconservadores utilizaron los mecanismos asequibles en sus instituciones para lanzar a los críticos de adentro y seleccionar de afuera a nuevos partidarios. En este proceso de renovación del grupo, los primeros que lo dejaron fueron individuos como Philip Rahv, Mary McCarthy y Jason Epstein, dado que simpatizaban con la nueva izquierda y con el programa antibélico. Otra escisión ocurrió con algunos de los socialistas democráticos quienes, desde finales de los años sesenta, comenzaron a reafirmar aquello en lo que habían insistido que había sido la diferencia izquierdista, socialista progresiva, con otros neoconservadores. Ellos deseaban atravesar los límites previos y ser reconocidos como liberales dentro de la nueva corriente liberal. Por ello, insistían en deslindarse de los neoconservadores, aun cuando sus posiciones anticomunistas y antirradicales permanecieran prácticamente sin cambios.

Los neoconservadores expulsaban violentamente a quienes percibían como hipócritas preocupados por su aceptación social. Al mismo tiempo, de cualquier forma, otros socialistas democráticos se unieron al grupo —aquellos alineados con el ala derecha del sindicalismo laboral—, pues estaban de acuerdo con la tendencia neoconservadora hacia la derecha: Penn Kemble, Tom Kahn, Joshua Muravchik, Carl Gershman, entre otros. Además, había comenzado un esfuerzo para absorber a gente nueva en el grupo, principalmente de los círculos académicos; así, algunos, como Ben Wattenberg, James Q. Wilson, Jeane J. Kirkpatrick, Aaron Widavsky y Edward Banfield fueron admitidos. Este complejo proceso de rotación, a principios de los setenta, funcionó para consolidar la nueva identidad conservadora y asegurar una categoría ideológica estable.

LOS NEOCONSERVADORES EN EL SISTEMA POLÍTICO

Los temas de la crítica neoconservadora, los principios ideológicos que había articulado durante la década de los años sesenta y principios de los setenta, sus instituciones y estilo político, prevalecieron casi inalterables en las décadas siguientes. Sin embargo, el movimiento continuó dentro de un proceso de evolución, durante el lapso posterior a los sesenta, caracterizado por la declinación de la nueva izquierda y las consecuencias desastrosas de la guerra de Vietnam. Este fue un periodo de refuerzo de la ideología conservadora dentro del neoconservadurismo, de expansión organizacional y de miembros, y de un incremento de su influencia política. La remoción de los disidentes del grupo, específicamente, y el enfriamiento de la atmósfera política en general en Estados Unidos, hicieron posible el cambio completo de los neoconservadores a la derecha y la formación de una nueva alianza política.

De manera significativa, tras un largo tiempo de rechazo, aquellos intelectuales, quienes se habían vuelto contra el liberalismo, aceptaron denominarse con el término neoconservadores, reconociendo con ello, al fin, su nueva identidad. También cambiaron el apoyo que brindaban al Partido Demócrata para respaldar al Partido Republicano. Más aún, los neoconservadores comenzaron a atraer a los conservadores tradicionales —conocidos como “paleoconservadores”— para cooperar con ellos y con sus instituciones. Así, por ejemplo, junto con la AEI como líder, los centros especializados de investigación y resolución de problemas —tales como el Centro de Política Pública y Ética del Instituto Hudson (Hudson Institute and Ethics and Public Policy Center)— al igual que otras fundaciones —las fundaciones Olin y Heritage—, comenzaron a reflejar las perspectivas neoconservadoras. Más publicaciones periódicas, a las que habían estado contribuyendo todo tipo de conservadores, también se sumaron a la red de trabajo neoconservadora (a cuya cabeza se encontraban hasta entonces el *Public Interest and Commentary*): *American Spectator*, *National Interest*, *New Criterion* —revista que ha representado la filosofía cultural del neoconservadurismo—, *American Scholar* —que se ha enfocado sobre asuntos de educación superior—, la ya existente y de larga vida paleoconservadora, *National Review*, y más recientemente, el *Weekly Standard*.

En el proceso de crecimiento nueva gente, principalmente de diversos antecedentes conservadores, se fusionó con el nuevo grupo neoconservador: Michael Novak, Robert Nisbet, R. Emmet Tyler, Elliot Abrams, Linda Chavez, William Bennet, Charles Murray, Lynn V. Cheney, Diane Ravitch, Glenn Lowry, Robert H. Bork, Charles Krauthammer, Francis Fukuyama y Hilton Krammer. Además, la continuidad durante los ochenta había quedado garantizada, significativamente, por los hijos de destacados líderes neoconservadores, quienes siguieron las políticas de sus padres: William Kristol y John Podhoretz han sido los más dignos de atención.

Ideológicamente, en las dos décadas posteriores a la de los años sesenta, el anticomunismo quedó como el rasgo típico del neoconservadurismo. Así, como los sucesores de la ACCF de los cincuenta, en 1976 los neoconservadores fundaron el Comité para el Peligro Presente (Committee on the Present Danger, CPD por sus siglas en inglés) y en 1981 lo sustituyeron por el Comité para el Mundo Libre (Committee for the Free World, CFW). Evidentemente, la defensa de la línea dura de la guerra fría y de las políticas antisoviéticas ayudó a los neoconservadores a ser aceptados por el sistema político durante los ochenta. De esta forma, ellos alentaron la intervención de Estados Unidos contra los insurgentes socialistas y radicales en Centroamérica —un asunto central de la política exterior en ese momento— y apoyaron a los regímenes autoritarios en todo el mundo, que controlaban tales oposiciones. Al presidente Jimmy Carter le disgustaban los neoconservadores, pero el republicano conservador Ronald Reagan reconoció su credo anticomunista como ventajoso para sus políticas en materia de seguridad nacional y relaciones exteriores, así que les concedió poder en su administración. Los neoconservadores ganaron posiciones encumbradas en organismos internacionales relacionados con esas políticas, puestos tales como el de embajador ante la Organización de las Naciones Unidas, y también en dependencias gubernamentales como la Fundación Nacional para la Democracia (National Endowment for Democracy, NED por sus siglas en inglés), la Comisión de Centroamérica (Commission of Central America), la Agencia para el Desarme y el Control de Armas (Arms Control and Disarmament Agency), el Consejo de Seguridad Nacional (National Security Council) y la Agencia de Información de Estados Unidos (U.S. Information Agency, USIA por sus siglas en inglés).

A partir del colapso del bloque oriental soviético y la pérdida de la causa anticomunista, las cuestiones culturales se han vuelto más urgentes para la agenda de los neoconservadores. Su resistencia a la individualista cultura liberal y su ansiedad por la pérdida de los valores familiares y comunales los ha llevado a respaldar a la derecha religiosa y a lo que más tarde sería la Coalición Cristiana. Además han incluido considerablemente más argumentos culturales en su crítica política, aunque en lo que concierne a la separación entre la cultura y la política se ha puesto mucho énfasis, por medio de una de sus campañas principales desde los ochenta: la pelea contra el “multiculturalismo”. Se han resistido a esta tendencia que ha representado cambios en el currículum de las universidades, originada como respuesta a las demandas en nombre de las minorías y las mujeres. Así, los académicos neoconservadores han conducido la pelea con el mismo argumento que utilizaron en los sesenta, aquél sobre la crítica separación que debe existir entre la enseñanza y la política.

La prueba de que los presidentes Reagan y George Bush aprobaban sus opiniones está en los nombramientos de neoconservadores como directores de la Fundación Nacional para las Humanidades (National Endowment for the Humanities, NEH por sus siglas en inglés) y como secretario de Educación. La política, sin embargo, ha seguido siendo la ocupación medular de los neoconservadores, como se puede ver en el trabajo de sus centros de investigación, sus publicaciones periódicas de carácter político, el gobierno, el Partido Republicano y la Casa Blanca. Y aunque Nueva York, la capital cultural e intelectual de la nación, había sido su centro, pronto se trasladaron a Washington, la capital política, donde se concentraron en influir sobre la agenda política. De hecho, para tener mayor impacto, los neoconservadores han cerrado filas con los republicanos, los paleoconservadores y —con base en un gusto mayor por el capitalismo y el libre mercado— con los intereses corporativos. Cada vez más, han hecho eco de los intereses de estos sectores, mientras aquéllos, a cambio, han aceptado algunos elementos del discurso neoconservador. Al combinar los valores tradicionales y el individualismo, las ideas formuladas por los neoconservadores en los años sesenta (reconocimiento de la clase media conservadora, las reformas a la asistencia social, la eliminación de la acción afirmativa y la limitación del papel del gobier-

no) finalmente han alcanzado un apoyo popular mucho más amplio. Esto ha sido demostrado a través de las campañas y las elecciones de los ochenta y noventa, la disidencia en los partidos importantes, los candidatos independientes y el auge de un tercer partido de protesta.

A pesar de las alianzas de los neoconservadores con los conservadores y lo borroso de muchas diferencias ideológicas, todavía subsisten algunas de las diferencias en estilo y tradiciones entre los paleo y los neoconservadores. En comparación con sus aliados, los neoconservadores han estado envueltos en investigaciones y tradiciones académicas, mientras la vieja guardia aún mantiene sus conocimientos sobre marxismo y liberalismo y sus implicaciones en el gobierno. Además, el hecho de que muchos líderes neoconservadores hayan sido judíos e intelectuales, también significó diferencias socioculturales entre ellos y los conservadores protestantes de clase alta, los republicanos y los fundamentalistas religiosos. Su jornada ideológica, durante décadas, hacia el radicalismo, acompañada con ataques permanentes hacia la izquierda, también ha mantenido a los neoconservadores al margen, aunque también, precisamente, esas diferencias han contribuido a los logros del neoconservadurismo.

Si bien el futuro del neoconservadurismo es difícil de predecir, la historia ha demostrado la capacidad duradera del grupo neoconservador para recrearse a sí mismo políticamente y cambiar su identidad según el cambiante contexto de la política; así, con esa habilidad, la entidad neoconservadora probablemente perdurará, aunque tal vez cambie su forma como respuesta a futuras crisis o transformaciones políticas.

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Sobre los intelectuales de Nueva York y el liberalismo hasta antes de la década de los sesenta:

BLOOM, ALEXANDER

1986 *Prodigal Sons: The New York Intellectuals & their World*. Nueva York: Oxford University Press.

BRICK, HOWARD

1986 *Daniel Bell and the Decline of Intellectual Radicalism: Social Theory and Political Reconciliation in the 1940s.* Madison: University of Wisconsin Press.

COONEY, TERRY A.

1986 *The Rise of New York Intellectuals: Partisan Review and its Circle, 1934-45.* Madison: University of Wisconsin Press.

DITTBERNER, JOB L.

1979 *The End of Ideology and American Social Thought, 1930-1960.* Ann Arbor: UMI Research Press.

GILBERT, JAMES B.

1968 *Writers and Partisans: A History of Literary Radicalism in America.* Nueva York: John Wiley & Sons.

ISSERMAN, MAURICE

1987 *If I Had a Hammer...: The Death of the Old Left and the Birth of the New Left.* Nueva York: Basic Books.

JUMONVILLE, NEIL

1991 *Critical Crossings: The Intellectuals in Postwar America.* Berkeley: University of California.

KUTULAS, JUDY

1995 *The Long War: The Intellectual People's Front and Anti-Stalinism, 1930-1940.* Duke University Press.

LIEBOWITZ, NATHAN

1985 *Daniel Bell and the Agony of Modern Liberalism.* Westport, Conn.: Greenwood Press.

MCAULIFFE, MARY SPERLING

1978 *Crisis on the Left: Cold War Politics and American Liberals, 1947-1954.* Amherst: University of Massachusetts Press.

O'NEILL, WILLIAM L.

1982 *A Better World. The Great Schism: Stalinism and the American Intellectuals.* Nueva York: Simon and Schuster.

PELLS, RICHARD H.

1973 *Radical Visions and American Dreams: Culture and Social Thought in the Depression Years.* Nueva York: Harper & Row.

1985 *The Liberal Mind in a Conservative Age: American Intellectuals in the 1940's and 1950's*. Nueva York: Harper & Row.

ROGIN, MICHAEL P.

1967 *The Intellectuals and McCarthy: The Radical Specter*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

WALD, ALLAN M.

1987 *The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930's to the 1980's*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Sobre el neoconservadurismo durante la década de los sesenta:

BLOCH, AVITAL H.

1990 "The Emergence of Neoconservatism in the United States, 1960-1972" (tesis de doctorado, Columbia University).

HARRINGTON, MICHAEL

1973 *Fragments of the Century*. Nueva York: Simon and Schuster.

MATUSOW, ALLEN J.

1984 *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s*. Nueva York: Harper & Row.

PHILLIPS, KEVIN

1969 *The Emerging Republican Majority*. New Rochelle: Arlington House.

TRILLING, DIANA

1978 *We Must March my Darling: A Critical Decade*. Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich.

VOGELSANG, SANDY

1974 *The Long Dark Night of the Soul: The American Intellectual Left and the Vietnam War*. Nueva York: Harper & Row.

Sobre el neoconservadurismo a partir de la década de los setenta:

COSER, LEWIS A. e IRVING HOWE, eds.

1974 *The New Conservatives: A Critique from the Left*. Nueva York: Quadrangle.

DEMUTH, CHRISTOPHER y WILLIAM KRISTOL

1995 *The Neoconservative Imagination: Essays in Honor of Irving Kristol*. Washington, D.C.: AEI Press.

DORRIEN, GARY

1993 *The Neoconservative Mind: Politics, Culture, and the War of Ideology*. Filadelfia: Temple University Press.

1986 *The Democratic Socialist Vision*. Totowa, NJ: Rowman & Littlefield.

EHRMAN, JOHN

1995 *The Rise of Neoconservatism: Intellectuals and Foreign Affairs*. New Haven: Yale University Press.

GERSON, ALLAN

1991 *The Kirkpatrick Mission: Diplomacy without Apology: America at the United Nations, 1981-1985*. Nueva York: Free Press.

GOTTFRIEND, PAUL Y THOMAS FLEMING

1988 *The Conservative Movement*. Boston: Twayne Publishers.

HOEVELER, J. DAVID JR.

1991 *Watch on the Right: Conservative Intellectuals in the Reagan Era*. Madison: University of Wisconsin Press.

KIMBALL, ROGER

1990 *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted our Higher Education*. Nueva York: Harper & Row.

NASH, GEORGE H.

1979 *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*. Nueva York: Basic Books.

SALOMA, JOHN S. III

1984 *Ominous Politics: The New Conservative Labyrinth*. Nueva York: Hill and Wang.

SCHLESINGER, ARTHUR M. JR.

1991 *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*. Knoxville, Tenn.: Whittle Direct Books.

SHORRIS, EARL

1982 *Jews without Mercy: A Lament*. Garden City, NY: Doubleday.

STEINFELS, PETER

- 1979 *The Neoconservatives: The Men Who Are Changing American Politics*. Nueva York: Simon and Schuster.

Obras de neoconservadores:

BELL, DANIEL

- 1962 *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*. Nueva York: Free Press.

-
- 1966 *The Reforming of General Education: The Columbia College Experience in its National Setting*. Nueva York: Columbia University Press.

-
- 1973 *The Coming of the Post-Industrial Society: A Venture in Social Precasting*. Nueva York: Basic Books.

-
- 1978 *The Cultural Contradictions of Capitalism*. Nueva York: Basic Books.

-
- 1980 *The Winding Passage: Essays and Sociological Journeys, 1960-1980*. Cambridge, Mass.: ABT Books.

DECTER, MIDGE

- 1972 *The New Chastity and Other Arguments against Women's Liberation*. Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan.

-
- 1975 *Liberal Parents, Radical Children*. Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan.

GLAZER, NATHAN

- 1970 *Remembering the Answers: Essays on American Student Revolt*. Nueva York: Basic Books.

-
- 1975 *Affirmative Discrimination: Ethnic Inequality and Public Policy*. Nueva York: Basic Books.

-
- 1983 *Ethnic Dilemmas, 1964-1982*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

GLAZER, NATHAN Y DANIEL P. MOYNIHAN

1963 *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

HIMMELFARB, GERTRUDE

1987 *The New History and the Old: Critical Essays and Reappraisals*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

HOOK, SIDNEY

1953 *Heresy, Yes - Conspiracy, No*. Nueva York: John Day.

1987 *Out of Step: An Unique Life in the 20th Century*. Nueva York: Carrol & Graf.

1990 *Convictions*. Buffalo, Nueva York: Prometheus Books.

HOWE, IRVING

1966 *Steady Work: Essays in the Politics of Democratic Radicalism, 1953-1966*. Nueva York: Harcourt, Brace & World.

1982 *A Margin of Hope: An Intellectual Autobiography*. Nueva York: Harcourt, Brace, Jovanovich.

1985 *Socialism in America*. San Diego: Harcourt, Brace, Jovanovich.

KIRKPATRICK, JEANE J.

1982 *Dictatorships and Double Standards: Rationalism and Realism in Politics*. Nueva York: Simon and Schuster.

1990 *The Withering Away of the Totalitarian State... and Other Surprises*. Washington, D.C.: AEI Press.

KRAMER, HILTON

1985 *The Revolt of the Philistines: Art and Culture, 1972-1984*. Nueva York: Free Press.

KRISTOL, IRVING

1972 *On the Democratic Idea in America*. Nueva York: Harper & Row.

-
- 1978 *Two Cheers for Capitalism*. Nueva York: New American Library.
-
- 1983 *Reflections of a Neoconservative: Looking Back, Looking Ahead*. Nueva York: Basic Books.
-
- 1995 *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea*. Nueva York: Free Press.
- LIPSET, SEYMOUR M.
- 1960 *Political Man: The Social Bases of Politics*. Garden City, NY: Doubleday.
-
- 1976 *Rebellion in the University*. Chicago: University of Chicago Press.
- MURAVCHIK, JOSHUA
- 1991 *Exporting Democracy: Fulfilling America's Destiny*. Washington, D.C.: AEI Press.
- MURRAY, CHARLES
- 1984 *Losing Grounds: American Social Policy, 1950-1980*. Nueva York: Basic Books.
- NISBET, ROBERT
- 1988 *The Present Age: Progress and Anarchy in Modern America*. Nueva York: Harper & Row.
- NOVAK, MICHAEL
- 1972 *The Rise of Unmeltable Ethnics: Politics and Culture in the Seventies*. Nueva York: Macmillan.
-
- 1986 *Human Rights and the New Realism: Strategic Thinking in a New Age*. Nueva York: Freedom House.
-
- 1989 *Free Persons and the Common Good*. Latham, Md.: Madison Books.
- PHILLIPS, WILLIAM
- 1983 *A Partisan View: Five Decades of Literary Life*. Nueva York: Stein and Day.
- PODHORETZ, NORMAN
- 1976 *Making It*. Nueva York: Harper & Row.

1979 *Breaking Ranks: A Political Memoir*. Nueva York: Harper & Row.

1982 *Why We Were in Vietnam*. Nueva York: Simon and Schuster.

SCAMMON, RICHARD y BEN J. WATTENBERG

1970 *The Real Majority*. Nueva York: Coward, McCann & Geoghegan.



La fragilidad liberal y la influencia conservadora: el pasado y el futuro de la política estadounidense

*John Patrick Diggins**

¿Cómo lograr que haya un sentido en la política estadounidense? En las elecciones de la mitad del periodo de 1994, el Partido Republicano arrasó y se apoderó del control de ambas Cámaras del Congreso y de la mayoría de las gubernaturas estatales. El Partido Demócrata se hundió en el pánico y muchos de sus integrantes culparon al presidente Clinton por la inesperada derrota en las casillas electorales.

Clinton inició su administración apoyando la admisión de los homosexuales en la milicia, postura que provocó fuertes controversias; después nombró a su esposa Hillary coordinadora de la nueva propuesta para reformar el sistema de seguridad médica. Lo que siguió fue

* Profesor Distinguido de Historia en The Graduate School and University Center, The City University of New York.

el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), el programa más importante que Clinton logró que pasara por el Congreso. Algunos especialistas opinaron que la derrota demócrata en 1994 se debió a estas cuestiones combinadas con las de acción afirmativa y el derecho al aborto, puesto que ahuyentaron a los obreros y a la clase media suburbana. Al parecer, el liberalismo se ha alejado de la ruta de la política estadounidense, pero el presidente Clinton es de nueva cuenta popular. ¿Qué es lo que influyó para este cambio tan sorprendente en la opinión pública?

Algunos republicanos admiten que han sido muy confiados y que se han extralimitado en su afán por llevar a la práctica el Contrato con América, que avala grandes reducciones en el gasto gubernamental para equilibrar el presupuesto y reducir el déficit. La estrategia resultó contraproducente cuando el enfrentamiento con el presidente Clinton orilló al cierre de algunas ramas del gobierno y a un miedo creciente del pueblo, en cuanto a que los republicanos intentaban reducir todos los programas de beneficio, no solamente el sistema de bienestar social sino también el seguro social, Medicare y Medicaid. Los republicanos presupusieron que Clinton retrocedería en su posición, lo cual no hizo. Es más, se ha granjeado la simpatía ya que aparece como el último bastión en contra del asalto de los republicanos al gobierno. Aun cuando Clinton se mantiene firme frente a los republicanos, le gustaría ver que el Partido Demócrata se ubicara en una posición más cercana a la de aquéllos como un medio para recuperar el electorado que perdió en 1994. El discurso del presidente, de enero de 1996, sobre la situación de la Unión, señala hasta qué punto le gustaría que los demócratas se movieran hacia el centro, e incluso un poco hacia la derecha.

En su discurso, Clinton señaló una serie de temas, respecto a algunos de los cuales podría él mismo asumir toda la responsabilidad, y otros que pidió a la nación enfrentar. Primero trató cuestiones económicas, y habló de las buenas noticias concernientes a la creación de ocho millones de empleos (sin mencionar la desaparición de los puestos mejor pagados debido a las reducciones), y del relativo éxito al equilibrar el presupuesto. El presidente aseguró a los estadounidenses que los cortes que se habían hecho no afectaban “nuestras obligaciones fundamentales para con nuestros padres, nuestros hijos y nuestro futuro al no poner en riesgo el Medicare, el Medicaid o la educación, o

el medio ambiente, o al no subir los impuestos a la clase trabajadora”. Continuó sugiriendo que la familia estadounidense podía fortalecerse al propiciar que los padres supervisaran lo que sus hijos ven en la televisión. También abogó por un continuo apoyo a la educación, así como por la lucha contra el crimen y por preservar el poder de las fuerzas armadas. Al principio de su discurso, a la mitad de un párrafo, afirmó: “la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, lo cual provocó una avalancha de aplausos. Al final reiteró: “Lo digo de nuevo, la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, una proclama que provocó que los miembros del Congreso se levantaran unánimemente en el paroxismo de la aprobación.

En este caso se entrevé una paradoja. Los estadounidenses, o por lo menos, algunos de ellos, escuchan atentamente a su presidente cuando habla de los logros de los programas del gobierno y acerca de qué más puede hacer éste por mejorar el país y lograr un mundo más seguro. Sin embargo, cuando el presidente anuncia que “la época de un gobierno gigante es cosa del pasado”, el público estalla en aplausos. ¿Qué pasa? ¿Cómo es posible que la gente, por un lado, pretenda que el gobierno participe en la resolución de los problemas del país y, por el otro, aplauda el fin de la noción de gobierno como tal? Es claro que no es posible resolver los problemas y los retos que se tratan en este discurso con un “gobierno disminuido”, o más aún, mediante los gobiernos locales o estatales, en especial problemas tales como el medio ambiente, la inmigración, las drogas, la seguridad militar y el crecimiento económico que implica una planeación nacional o, por lo menos, una guía o algunos lineamientos por parte del gobierno. Me gustaría sugerir que esta creciente ambivalencia hacia el aparato gubernamental ha sido una de las características fundamentales de la política estadounidense desde el inicio de su historia y es uno de los dilemas del liberalismo estadounidense, tema del cual hablaré más adelante. Sin embargo, en tiempos recientes, se ha generado otra explicación a la creciente insatisfacción con el gobierno; explicación que es un tópico común en círculos académicos y gubernamentales.

La frase “sociedad civil” ha resucitado en Estados Unidos después de haber estado ausente del discurso político por más de un siglo. Las primeras ocasiones en que se volvió a escuchar tal concepto fue en Europa del este, donde los pueblos de los países excomunistas decidie-

ron que tenían que encontrar distintas maneras para resolver su situación, aparte de las que sus gobiernos pudieran ofrecerles, por lo que el término “sociedad civil”, acuñado por el filósofo alemán G. F. W. Hegel, resurgió. En época más reciente, en Estados Unidos, es posible detectar tal concepto en el libro *Democracy in America*, del filósofo francés Alexis de Tocqueville, donde se elogian las “asociaciones voluntarias” y otras organizaciones que surgieron de manera espontánea en tiempos de cambio. Los que critican a Estados Unidos en la actualidad sostienen que los estadounidenses se han vuelto muy dependientes del gobierno federal y, como resultado, cuestiones tales como el vecindario, la comunidad y la familia han perdido toda su independencia y autoconfianza. Uno de los libros más importantes sobre el tema es el de Michael Sandel, *Democracy's Discontent: America in Search of a Public Philosophy*. Según Sandel, profesor de ciencias políticas en la Universidad de Harvard, el Estado estadounidense se ha vuelto un “Estado procesal”, una institución que responde neutralmente a los diversos grupos de interés y a las diferentes facciones, sin distinguir valores o cuestiones de raza al asumir, de antemano, que la política trata de y con individuos autosuficientes, independientes y con voluntad propia. Tal suposición es falsa, según Sandel, porque las personas están “agobiadas por obligaciones civiles y morales que no eligieron voluntariamente”. En lugar de ser libres para elegir los valores personales o los modos de vida, todos crecemos como parte de una comunidad específica y estamos obligados a participar en las cuestiones que nos atañen. La esencia de la libertad en la “república cívica” es la participación dentro de la comunidad que influye en nuestro propio destino. Todo lo anterior produce una dispersión del poder político del gobierno federal a las comunidades locales.

Sandel cree que es en el ámbito inmediato y local del gobierno en donde se generan los valores y donde se forman las virtudes y la civilidad, por lo que el gobierno federal no puede seguir siendo meramente un donador de bienes y servicios, ya que hacerlo de este modo implica minar el carácter y la moral de sus ciudadanos.

Muchos estadounidenses estarían de acuerdo en afirmar que el gobierno se ha vuelto muy paternalista y procesal; sin embargo, todavía está por verse qué tanto están dispuestos a que el gobierno se aparte de sus vidas. Sobre esta cuestión hablaremos más adelante. Sin embargo, el segundo presupuesto de Sandel, respecto a que la responsabilidad

moral y la virtud cívica surge de los vecindarios y comunidades locales, tiene pocas bases desde un punto de vista histórico.

Si uno lee a los autores federalistas, es precisamente porque los estadounidenses fueron incapaces de gobernarse a sí mismos en varios estados, incapaces de practicar las virtudes cívicas y de anteponer los intereses generales a los particulares; este egoísmo cristalizó en la emisión de moneda barata y en la realización de otras acciones populistas e indebidas, tanto, que fue necesario un nuevo gobierno nacional y una nueva Constitución que ejerciera el control de cambio y de otros asuntos monetarios. En su libro *Democracy in America*, Tocqueville no está tan seguro de que la “sociedad civil” sea todo lo confiable como para superar la inclinación del país a un materialismo que sería más “pernicioso” que “benéfico” y un individualismo que tendería más a destruir los valores comunitarios que a mantenerlos. Tocqueville resaltó algo que se ha hecho característico hoy en día: los estadounidenses tienden mucho a la migración de modo que es difícil que mantengan algún sentido de la comunidad. Tal como apunta la profesora de leyes de la Universidad de Harvard, Mary Ann Glendon (en *The New Republican*, 1 de abril de 1996): “Es indudable que siempre estamos formando asociaciones; sin embargo, también es cierto que siempre las estamos disolviendo: yéndonos, moviéndonos, empezando de nuevo”. A lo largo de la historia de Estados Unidos, la gente permanece en las comunidades cuando tienen que hacerlo, pero en cuanto mejoran las circunstancias económicas vuelan en busca de mejores oportunidades, del centro de la ciudad a los suburbios y a las costas. Pocos niños se quedan en la ciudad en donde nacieron; los estadounidenses no son gente sedentaria. Mientras tanto, la política permanece como siempre y, para citar a la profesora Glendon: “Nadie tiene idea de cómo fortalecer la sociedad civil o fomentar el autogobierno”.

Pero algunos sí tienen una idea, o por lo menos piensan que la tienen, de cómo hacer que el gobierno sea atractivo de nuevo, no el gobierno local sino el gobierno nacional, que se ha convertido en el origen de todos los males en la mente del pueblo en general. Podría llamarse a estos teóricos “neohamiltonianos”, ya que creen en un gobierno nacional fuerte y también piensan que es el momento para que Estados Unidos reavive la noción positiva hacia el gobierno que caracterizaba la época progresista de la política estadounidense entre 1900 y

1920. Esta época comenzó con la carismática figura de Theodore Roosevelt, sin ninguna duda admirado más en Estados Unidos a fines del siglo XIX que en la memoria de México o de los países latinoamericanos, ya que Roosevelt no tenía ningún escrúpulo con respecto al futuro del Istmo de Panamá o en relación con sus planes hegemónicos en el Caribe. Sin embargo, Roosevelt estaba muy influenciado por el libro de Herbert Croly *The Promise of American Life* (1909), como lo están en la actualidad los neohamiltonianos. Croly creía que Estados Unidos se encontraba suspendido entre dos herencias contradictorias: un legado jeffersoniano —el cual consideraba que el Estado era una amenaza para la libertad y la democracia—, y un legado hamiltoniano —que abogaba por un Estado que fungiera como guía en la política y en la construcción del país—. Croly estaba a favor de la segunda postura; fue el primero en formular teóricamente lo que había sido el sueño del liberalismo: el Estado como un medio para promover los valores democráticos.

Hoy en día, una nueva generación de politólogos y escritores han revalorado el legado de Hamilton, Croly y Roosevelt y, por lo tanto, creen firmemente que el futuro del Partido Demócrata radica en tal legado. Escritores como Michael Lind, autor de *The Next New Nation*; E.J. Dionne, columnista del *Washington Post* y autor de *They Only Look Dead*, y Jacob Weisberg, escritor independiente que trabaja para *The New Republic*, pretenden volver a la época progresista. Fue en ese lapso en que el gobierno nacional amplió su área de influencia, no sólo fungió como guía sino que fue más allá al resolver problemas como el trabajo de menores, la jornada laboral de ocho horas, el salario mínimo, la seguridad en el trabajo, las compensaciones por invalidez o incapacidad y la inspección de alimentos. La época progresista también abordó cuestiones como las injustas tarifas de tren y despertó la conciencia popular hacia cuestiones como la del medio ambiente. Los progresistas no tenían una concepción coherente acerca de diversas causas. Defendían tanto posiciones proestatistas como en contra. Así como había miembros de la clase trabajadora inmigrante o nativa, también había elementos de la oligarquía con ciertos intereses en el gobierno. En el ámbito nacional, los progresistas tenían preocupación por el auge de los monopolios, la erosión de los valores tradicionales de aquellos estadounidenses que emigraban hacia las ciudades. Recono-

cían la importancia de que hubiera un eficiente manejo de los recursos en el gobierno y en la industria.

Algunos académicos consideran que el progresismo es una derivación del movimiento populista que se extendió en todas las áreas rurales de Estados Unidos en la última década del siglo pasado. El populismo cristalizó el resentimiento hacia el apogeo del industrialismo urbano y, sobre todo, la influencia de Wall Street en el gobierno y la hegemonía de la clase alta. Sin llegar a ser anticapitalistas, los populistas se pronunciaron en contra de las grandes empresas y demandaron, entre otras cosas, un impuesto sobre la renta escalonado y la nacionalización de los ferrocarriles.

¿Es posible en la actualidad retomar una tradición progresista-populista? Cuando hoy en día uno escucha la palabra “populismo” en los medios masivos de comunicación, la referencia concreta se limita a un sentimiento de enojo en contra del gobierno que no tiene nada que ver con las empresas y Wall Street. En relación con el progresismo, algunos escritores demócratas lo han adoptado ya que la palabra “liberalismo” no tiene muy buena acogida en la actualidad. Es pertinente recordar que, durante la convención demócrata de 1992, no había ningún indicio de que la fórmula Clinton-Gore se asociara de algún modo con el liberalismo tradicional del pasado. No se vieron imágenes de Franklin D. Roosevelt o de Harry Truman. Tan alejados se encuentran los demócratas que apoyan a Clinton del Partido Demócrata del pasado, que incluso la conocidísima canción “Happy Days Are Here Again” no se escuchó en el salón de convenciones. Ambos, Clinton y Gore, se la pasaron exhibiéndose con sus familias en lugar de hablar de sus proyectos políticos. Lo que el gobierno debiera o no debiera hacer pierde importancia frente a los gestos simbólicos que defienden los valores conservadores de la familia y la comunidad.

Con F.D. Roosevelt y Truman, con el fugaz periodo presidencial de John F. Kennedy y después con los programas de la “Gran Sociedad” de Lyndon Johnson, la guerra contra la pobreza y los actos en pro de los derechos humanos, el gobierno en el ámbito nacional permeó cada rincón de la sociedad estadounidense. La revolución de Reagan de 1980 fue una cortapisa para la expansión del gobierno, aun cuando este proceso de expansión nunca se detuvo completamente, incluso con Reagan. Sin embargo, las elecciones de 1994 representaron la continuación de

una actitud generalizada en contra del gobierno por parte de la población estadounidense. En la actualidad, el electorado se encuentra tan confundido con respecto al gobierno como lo están los defensores de la sociedad civil y los que abogan por el progresismo. La confusión impera tanto en aquellos que conciben al “gran gobierno” como una amenaza para los valores del país y abogan por un regreso al autogobierno local, como en aquellos que creen que el país puede resucitar la tradición progresista que considera que el gobierno nacional puede ejercer un liderazgo sin menospreciar los valores cívicos. Mi propio punto de vista se inclina a creer que el problema de Estados Unidos va más allá de estas dos alternativas. La razón por la cual pienso que la tradición liberal es frágil y que el movimiento conservador aumenta día con día es que la historia estadounidense ha sido una historia de logros conservadores, a la cual no se ha tomado en cuenta porque ésta siempre ha sido, desde la época de Jackson y los escritos de George Bancroft, escrita por los historiadores liberales. Consideremos los tres problemas de la historia estadounidense: el problema Paine, el problema Parrington y el problema pragmático.

El problema Paine tiene que ver con el hecho paradójico de que el pensador más popular de la época de independencia se ha convertido en un héroe tanto para la derecha como para la izquierda de Estados Unidos. En su discurso inaugural, Reagan invocó dos veces a Paine: una para implicar que el gobierno “no era la solución a nuestro problema sino que es en sí mismo el problema”, así como para recordarle a los estadounidenses que ellos tienen el poder de “volver a empezar”. Paine incluso había advertido a los colonos que el gobierno reflejaba nuestra “debilidad” mientras que la sociedad respondía a nuestros “deseos”. El problema es que, a lo largo de la historia estadounidense, Paine ha sido invocado también por pensadores de la izquierda, por figuras como Henry Thoreau y Randolph Bourne. Hoy en día, uno de los más connotados historiadores estadounidenses, el profesor Eric Foner de la Universidad de Columbia, es un defensor acérrimo de las teorías de Paine; también, Sean Wilentz de la Universidad de Princeton, escribió *Chants Democratic* para documentar el grado en que el pensamiento de Paine, llevado hasta el extremo, influyó a los demócratas jacksonianos en los primeros años del siglo XIX. Por lo que incluso podríamos ubicar a Reagan en el campo de los académicos marxistas, ya que todos es-

tán de acuerdo en el valor de Paine, quien no vio valor alguno en todo aquello que emanara del gobierno.

El problema Parrington está en cierto modo relacionado con lo anterior. Vernon L. Parrington escribió un libro de tres volúmenes, *Main Currents in American Thought* (1927). En esta obra presentaba una tesis opuesta a la de Croly en su *Promise of American Life*. Tal y como lo concebía Parrington, todo lo bueno de Estados Unidos, todo lo que tiene que ver con el liberalismo y la democracia, todos los valores de bienestar y tolerancia, de virtud y de razón, vienen de Thomas Jefferson; mientras que todo lo malo, todo lo relacionado con la autoridad y la obediencia en lugar de la libertad y la oportunidad, todo lo que tiene que ver con el pecado y el mal más que con la inocencia y el bien, deriva de Alexander Hamilton y los calvinistas de Nueva Inglaterra. Un gran problema en relación con esta tesis es que todo aquello que ha sido progresista en la historia estadounidense, en especial la abolición de la esclavitud, deriva de los calvinistas. Es más, hubo quienes, como Jefferson, a pesar de creer en la igualdad, apoyaron la esclavitud; en cambio los que, como Hamilton, pensaban que la igualdad era un absurdo, se pronunciaron públicamente en contra de la esclavitud e incluso pugnaron para que los afroamericanos participaran en el ejército durante la guerra de independencia. Otro aspecto del problema Parrington es que, a pesar de que los valores democráticos sí derivan de Jefferson, la tradición antiestatal jeffersoniana no ofrece vía alguna para que tales valores puedan darse en la realidad. Cuando uno piensa que los derechos civiles, los derechos de la mujer, los derechos laborales y otras causas por el estilo no tenían oportunidad de tener éxito hasta ser protegidos por la Constitución, se tiene la impresión de que fue la institución defendida por Hamilton el factor esencial para que se llevaran a cabo las aspiraciones democráticas. El principio constitucional de protección igualitaria de las leyes ha hecho más por promover los derechos de las minorías que la idea de “sociedad civil”. La paradoja de Parrington es que Jefferson dotó al país de una serie de fines idealistas sin proveerlo de los medios para lograrlos.

Todo mundo está de acuerdo, incluso los conservadores republicanos como Reagan, en que F.D. Roosevelt fue uno de los grandes presidentes de Estados Unidos, a pesar de haber sido demócrata y liberal. Es obvio que Reagan se identificaba con el estilo comprometedor y la

forma exitosa en que Roosevelt manejaba al pueblo y a la prensa. ¿Cuál era su secreto como líder político? “Para Roosevelt, la técnica del gobierno liberal era el pragmatismo”, escribió Arthur Schlesinger Jr. en *The Politics of Upheaval*, el tercer volumen de su libro *The Age of Roosevelt*. El historiador liberal, quien también escribió sobre John F. Kennedy y Robert Kennedy y sobre Andrew Jackson, se enfocó hacia las facultades de Roosevelt para la experimentación política, sus métodos de ensayo-error, su impaciencia para la sistematización y la abstracción, su desconfianza hacia las soluciones dogmáticas y doctrinarias y su disposición a comprometerse y buscar soluciones neutras. El enfoque pragmático de Roosevelt sugiere, sin embargo, la razón de que el Nuevo Orden (*New Deal*) no constituyera un legado al cual Estados Unidos se comprometiera a largo plazo. Si el Nuevo Orden de la década de los treinta fue una adaptación pragmática a las condiciones de esa época, y si tomamos en cuenta que tales condiciones fueron únicas porque implicaron la depresión más fuerte que Estados Unidos ha tenido que afrontar, ¿qué se podría haber hecho para que ese orden persistiera una vez que las condiciones hubieran cambiado? El rechazo de las teorías políticas y económicas más importantes en favor de la improvisación realizado por los liberales del Nuevo Orden puso al liberalismo estadounidense en desventaja, ya que el pragmatismo no puede concebirse más allá de un cierto oportunismo, como la política del vaivén que cambia según la opinión pública. Los políticos republicanos y los demócratas se llaman a sí mismos “pragmáticos”, lo cual es una manera de evadir las preguntas tendientes a que definan su posición política. Los únicos políticos que no necesitan usar el término son los fundamentalistas religiosos, ya que a éstos les encantaría tener la oportunidad de definir sus posiciones hasta el cansancio.

Tanto los fundamentalistas como los conservadores están tan de moda que aun el demócrata Clinton habla de valores conservadores como la familia y la comunidad y evita, en lo posible, asuntos como los derechos de los homosexuales, el aborto y la libre expresión en la cultura y el arte. ¿Qué ha pasado entonces con el liberalismo?

Esta tendencia ha tenido una extraña trayectoria. En los siglos XVIII y XIX, la lucha estadounidense en contra de la monarquía inglesa y de la esclavitud sureña tenía una intención liberal con un gobierno republicano y con la libertad en contra de la opresión; en el siglo XX, el movi-

miento progresista buscó el poderío económico del capitalismo corporativo bajo un control democrático. Tales logros históricos se han llevado a cabo con la premisa de que Estados Unidos es un país progresista e ilustrado y que el resto del mundo es justamente lo contrario y tal vez no tenga redención.

En la actualidad la situación ha cambiado diametralmente. A pesar de que el liberalismo ha sido fuente de inspiración para las democracias políticas de Europa del este y aun cuando hoy en día los estudiantes y académicos ya pueden leer las obras hasta hace poco censuradas de los fundadores de la patria, así como son testigos de los adelantos del liberalismo en países como Sudáfrica, gran parte de Sudamérica y algunos lugares de Asia, se encuentra en franco deterioro en Estados Unidos, donde la simple mención del concepto equivale a que el político firmara su “sentencia de muerte” con el electorado. ¿Cómo llegó a ocurrir esto?

Una posible respuesta radica en el hecho de que el liberalismo pragmático que Schlesinger había descrito como el que nutrió al Nuevo Orden de los años treinta fue resultado de los problemas y la inseguridad económica de esa época. Ante los cierres de los bancos y las largas filas de desempleados, miles de personas acudieron al gobierno federal en busca de apoyo, de empleos, de los ahora sagrados e intocables programas de seguridad social y el derecho de los sindicatos a organizarse y a negociar colectivamente los contratos. Tales actividades realizadas o fomentadas por el gobierno no se contrapusieron a los valores de las comunidades locales, por lo que, respecto al empleo, la inquietud de la mayoría de la clase trabajadora y gran parte de la clase media se convirtió en un aspecto fundamental de la coalición de Roosevelt.

El liberalismo estadounidense contemporáneo, sin embargo, ha ido más allá de los aspectos prácticos de la política para entrar en terrenos como las cuestiones étnicas, de género, de preferencia sexual, el aborto, la acción afirmativa, cuestiones en las cuales uno toma una postura determinada por principio, por lo que la política se vuelve un asunto personal que se niega a suprimir diferencias en aras de consolidar una coalición que tenga espíritu pragmático. Este tipo de cultura política ha alejado a la mayoría de los estadounidenses de clase media y a lo que se conoce como la “mayoría silenciosa”, sin mencionar a los fundamentalistas religiosos de derecha, cuyos ancestros alguna vez consideraron

que Roosevelt era su redentor político. Sin embargo, el desgaste del liberalismo del Nuevo Orden comenzó a darse antes de que existiera esta cultura política. Una vez que los millones de electores demócratas se recuperaron de los efectos devastadores de la depresión, abandonaron a su partido al final de la segunda guerra mundial, gracias al arribo de una inesperada prosperidad por medio de su migración hacia los suburbios. La tradición del Nuevo Orden, concebida como una política convenenciera que respondió a las presiones de los grupos organizados, tuvo éxito sólo durante un tiempo, ya que una vez que el ciudadano se convirtió en beneficiario de la seguridad social y de otros privilegios, voló al Partido Republicano.

Cuando se concibió el Nuevo Orden, muchos estadounidenses tenían necesidades y aspiraciones que pretendían el gobierno satisficiera. En la actualidad, todavía hay grupos específicos que insisten en que les satisfagan sus aspiraciones y necesidades, sin ningún empacho en exigir que sus intereses particulares tengan prioridad sobre otros. He aquí la paradoja de un electorado con una posición contraria a Washington y, al mismo tiempo, espera más de sus gobernantes de lo que éstos se hallan en condiciones de proporcionar. La gente odia los impuestos pero le gusta recibir cheques del gobierno; se indigna ante el aumento de la burocracia y demanda una cobertura total del seguro médico; los banqueros se quejan del exceso de regulaciones, pero imploran que las finanzas gubernamentales rescaten a los bancos; los granjeros se quejan de las restricciones a sus cosechas, pero solicitan subsidios. Es un hecho irrefutable que los estadounidenses se han vuelto cada vez más dependientes del gobierno, lo que sugiere que el desprecio general hacia los políticos, tan en boga, es más de carácter psicológico que político. No es necesario que leamos a Ralph Waldo Emerson para que recordemos que hemos perdido la autoconfianza mucho antes de que tuviéramos conciencia de su pérdida, y que tendemos a aborrecer aquello de lo que dependemos y nos harta aquello que depende de nosotros.

La relación de amor-odio de los estadounidenses con el gobierno deriva de los tres problemas ya explicados con anterioridad: el hecho de que Paine y Parrington, con su tendencia jeffersoniana en contra del Estado, dejaron al pueblo sin una comprensión clara de lo que el gobierno debía y no debía hacer, mientras que el pragmatismo deja al

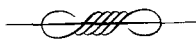
político en libertad para hacer o no hacer, no en función del gobierno sino en función de ser elegido, reelegido y vuelto a ser elegido. Lo anterior nos lleva a lo que sería el cuarto problema: la política dentro de una sociedad democrática.

Richard E. Neustand, en su obra clásica *Presidential Power*, un estudio del liderazgo ejecutivo, expresa un pensamiento muy citado: “el poder presidencial es la facultad de persuadir”. Es cierto, pero nótese qué difícil es esto durante las campañas presidenciales en un sistema primario sumamente desgastado. La paradoja está en que el electorado pretende que su candidato sea el paradigma de la integridad y el carácter y, al mismo tiempo, sea receptivo a sus intereses. La política durante la campaña consiste en convencer al electorado de que quien detendrá el poder tiene convicciones, un acto que requiere consistencia en un ambiente democrático muy heterogéneo. El candidato se esfuerza por proyectar fuerza y sinceridad y, al mismo tiempo, abarcar a los diferentes grupos de interés, con el obvio resultado de que evita o asume posiciones conflictivas. La imagen del político que rehuye o soporta toda clase de indignidades sugiere, más que sinceridad, debilidad y desesperación. Si el político solicita que se le tenga confianza, da la imagen de que abandona sus convicciones en aras de los compromisos y, por lo tanto, es poco fiable. Es paradójico que entre más trata el candidato de ser confiable, menos persuasivo es y más cínico parece a los que observan el espectáculo.

En el panorama político actual existe una gran discusión en torno a qué es lo más importante para el estadounidense medio. ¿Se deben concentrar las elecciones en programas específicos o en una persuasión sutil? ¿En la situación económica o en la personalidad de los candidatos? Cualquiera que sea la respuesta, hay algo que queda claro: la fragilidad del liberalismo es tan notoria que es incluso arriesgado mencionar esa palabra, y que la frase “gran gobierno” es tan execrable que Paine debe estar muerto de risa y Hamilton, llorando amargamente.

Esto no es nuevo en la historia de Estados Unidos. Solamente en una ocasión el pueblo estadounidense ha expresado un gran aprecio por el gobierno: la Gran Depresión. Pero desde la guerra de independencia, que no fue sino una lucha por quitarse de encima al gobierno británico, hasta la elección de Jefferson en 1800 y la de Reagan en 1980, el impulso natural de Estados Unidos siempre ha sido escapar de las

responsabilidades en aras de la oportunidad. Los estadounidenses eligen a los políticos que aspiran al gobierno y, a la vez, lo rechazan abiertamente, por lo que ya que han sido elegidos, dejan al gobierno con más problemas y más empantanado que cuando lo asumieron. En lugar de luchar contra el gobierno, los candidatos pugnan entre sí y los partidos no pueden concebir la política como algo más que la lucha por obtener el poder. Hay un abismo de diferencia del significado de la frase de Tocqueville “sociedad civil”, la cual buscaba fomentar un sentido de ciudadanía común, y el progresismo de Roosevelt, el cual aspiraba a que todo estadounidense se dedicara a la virtud pública y al bien común. En la actualidad, estas ideas perviven sólo en el ámbito académico y nunca deben confundirse con el mundo real de la política.



Conservadurismo al interior: el auge de la derecha en Canadá

*Trevor W. Harrison**

Las elecciones primarias de la primavera de 1996 en Estados Unidos mostraron un cambio continuo, que tendía a resolver los problemas de la democracia liberal con soluciones conservadoras —incluso con soluciones de extrema derecha—. Este giro, que comenzó con la elección de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos en 1980, ha coincidido con la creciente desconfianza hacia el liberalismo del Estado benefactor. Ni siquiera la elección de Bill Clinton en 1992 pudo detener la marea conservadora. Por el contrario, es claro que gran parte de la “acción” en la política estadounidense sigue ocurriendo en la derecha, cuyos dirigentes son el tradicional —si bien severo— Bob Dole, el irascible Newt Gingrich y el populista radical Pat Buchanan. En este contexto, tanto Clinton como los demócratas en general también han sido atraídos —esto se puede entender— hacia la derecha, abandonando

* Departamento de Sociología, University of Alberta.

muchas de las políticas que definían al Partido y que comenzaron desde los tiempos de Franklin Delano Roosevelt.

Sin embargo, la creciente inclinación conservadora de la política estadounidense no es del todo única. Los gobiernos de varios países industrializados de Occidente, al enfrentar que los gastos crecen, en tanto los ingresos disminuyen, se han movido hacia la derecha durante las dos décadas pasadas. Con una actuación típica, estos gobiernos han recortado y reducido el Estado benefactor por medio del despido de trabajadores del sector público, privatizando los servicios y restringiendo los beneficios de la asistencia, a quienes los demandan; mientras que, en general, promueven políticas encaminadas a la liberalización económica, las cuales han aliviado al Estado de "la responsabilidad política de algunos efectos del mercado".¹

Esta tendencia conservadora también se observa en Canadá. Al mismo tiempo, la situación de este país es aleccionadora, debido tanto a las similitudes como a las diferencias con su contraparte estadounidense.

Este artículo esboza el cambio de dirección en Canadá hacia el conservadurismo desde principios de la década de los años ochenta y algunas de las posibles razones de este giro. Más adelante, compara el conservadurismo en Canadá, con aquél de su contraparte estadounidense, y sugiere algunos de los posibles límites que tiene la tendencia conservadora canadiense actualmente.

Pero, ¿a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de conservadurismo? Describir por igual a Bob Dole, Pat Buchanan, Steve Forbes y Newt Gingrich como "conservadores", por ejemplo, arroja poca luz. Tampoco es de una cepa similar el conservadurismo de los anteriores primeros ministros de Canadá Joe Clark y Brian Mulroney, o del líder del Partido Reformista (PR), Preston Manning. ¿Cómo, entonces, podemos entender el conservadurismo moderno?

UNA DEFINICIÓN DEL CONSERVADURISMO EN LOS NOVENTA

El conservadurismo tradicional se distingue por las siguientes creencias: que, a falta de otra información, la experiencia pasada provee la

¹ H. Schwartz, "Small States in Big Trouble: State Reorganization in Australia, Denmark, New Zealand, and Sweden in the 1980s", *World Politics* 46, no. 4 (1994): 527.

mejor guía para la acción; que la sociedad es un todo orgánico, dentro del cual existe una jerarquía “natural”; y que la autoridad reside dentro de las instituciones establecidas (por ejemplo, la policía, la Iglesia, el Estado y la familia). A diferencia de los liberales, los conservadores son escépticos ante el individualismo. Asimismo, rechazan la noción liberal de que el mercado es el lugar donde se toman las decisiones sociales más importantes.² Lo mejor del conservadurismo tradicional es que demanda de sus élites una cierta actitud de “nobleza obliga” (*noblesse oblige*); sin embargo, un elemento que representa sus peores manifestaciones, es la tan conocida justificación del darwinismo social.

El conservadurismo moderno continúa compartiendo algunas de estas creencias. No obstante, en la práctica hay tres *formas* de conservadurismo que actualmente son acogidas por los partidos políticos y los liderazgos en gran parte del mundo industrializado del hemisferio occidental.

La primera forma es el “conservadurismo fiscal”. El ímpetu para el conservadurismo fiscal puede trazarse en el colapso del Estado benefactor keynesiano. A principios de los años setenta, la competencia global y la movilidad del capital obstaculizaron progresivamente la habilidad de los estados para administrar sus economías. El resultado ha sido que casi en todas partes hay menores ingresos públicos y crecientes deudas públicas. En este contexto, los gobiernos de muchos países, incluyendo a muchos de convicción social demócrata (Suecia, por ejemplo), han hecho recortes de personal en el sector público, han desregulado la industria, privatizado las dependencias públicas, reducido el gasto a ciertos programas y a los servicios, y/o incrementado los impuestos.

La segunda forma del conservadurismo moderno es de hecho el “neoliberalismo”. Los gobiernos neoliberales adoptan la mayoría de las mismas políticas que los conservadores fiscales, pero lo hacen con mayor vigor y con el propósito explícito de crear “nichos de mercado” para el sector privado. Mientras que los gobiernos conservadores en lo fiscal apuntan a preservar la médula del Estado benefactor de cara a los problemas fiscales, los gobiernos neoliberales buscan

² P. Marchak, *Ideological Perspectives on Canada* (Toronto: McGraw-Hill Ryerson, 1988), 13.

enterrar al Estado benefactor, reemplazándolo por la “disciplina” de mercado, para quienes pueden trabajar, y por la caridad para aquéllos, quienes no pueden hacerlo. Otra diferencia crítica: los neoliberales tienden a creer en su teoría económica, según la cual se debe apoyar a los grandes empresarios para que éstos a su vez ayuden a los pobres (*trickle-down*) y por eso son extremadamente renuentes a subir los impuestos. Si sucede cualquier cosa, ellos, frecuentemente, bajan los impuestos, por lo menos para aquéllos quienes tienen los niveles de ingreso más altos.

La tercera forma del conservadurismo moderno recibe el nombre de “neoconservadurismo”. El neoconservadurismo combina la filosofía neoliberal de mercado con un llamamiento conservador tradicional a los valores morales, incluso pone énfasis en la gran responsabilidad de los individuos y de las familias, y convoca a un incremento de la ley y el orden. Las estructuras tradicionales de autoridad son subrayadas, en tanto los estilos de vida e ideas alternativos son condenados.³

A menudo mal calificadas, las políticas de los gobiernos en años recientes en muchos de los países del primer mundo han sido o bien conservadoras fiscales (por ejemplo, Alemania, Suecia), o bien neoliberales (Australia, Nueva Zelanda, Gran Bretaña). En general, los principales políticos de esos países no han sido condescendientes con quienes tradicionalmente brindan su apoyo a los conservadores; de la misma manera que los políticos estadounidenses han tocado asuntos “candentes”, como el aborto, las relaciones raciales, la inmigración y la ley y el orden. El neoconservadurismo es, esencialmente un producto de la particular cultura política de Estados Unidos. Recientemente, sin embargo, las tres formas del conservadurismo moderno han incurrido en territorio canadiense.

En retrospectiva, los antecedentes de este “nuevo” conservadurismo en Canadá pueden detectarse desde los setenta y principios de los ochenta, por ejemplo en las acciones del gobierno de Bill Bennett en Columbia Británica en 1983. Pero el primer paso decisivo de Canadá a la derecha ocurrió en 1984, cuando se eligió el gobierno conservador progresista de Brian Mulroney.

³ Marchak, *Ideological Perspectives...*, 13-14.

LOS AÑOS DE MULRONEY, 1984-1993

En 1984, el Partido Conservador Progresista (PC) hizo su aparición en el árido ámbito político para tomar el poder en Canadá, y lo hizo de una manera muy asombrosa: ganó 211 de las 282 curules, el mayor número jamás ganado en una elección canadiense. Su victoria tal vez fue aún más sorprendente, dado el hecho de que el Partido era dirigido por un relativamente neófito político, Brian Mulroney, quien se había convertido en líder apenas el año anterior; sin embargo, los *Tories* de Mulroney llegaron justo en el momento preciso. Hasta entonces el Partido Liberal (PL) —el partido de gobierno “natural” de gran parte de este siglo— había ocupado el poder (excepto por un breve periodo en 1980) desde 1962, tiempo suficiente para ganar muchos enemigos. Los liberales estaban cansados y, ciertamente, también, gran parte del pueblo canadiense.

Así, viendo la situación en un sentido más profundo, el Partido Liberal —y Canadá— estaban abandonados a la deriva. Constitucionalmente, el añejo compromiso franco-inglés de 1867 era cada vez más flojo; mientras que económicamente, el largo periodo del mesurado proteccionismo (1878-1974) y un breve (por no decir frío y sin ánimo) esfuerzo por incrementar el nacionalismo (1974-1981) habían trastabillado, bajo las amenazas estadounidenses y las disputas internas (regionales) de Canadá.

Mulroney dijo que él se encargaría de estos problemas. Y, aunque pocos canadienses creyeron que su elección cambiaría al país en algún sentido fundamental, en general recibieron bien su promesa de creación de empleos y de una prosperidad más constante. De la misma manera, en Quebec también le dieron la bienvenida a su promesa de poner en acción todos sus recursos en las negociaciones constitucionales.

Lo importante que se debe notar aquí es que Mulroney no era un conservador en la manera en que lo eran los líderes del Partido en el pasado (como John Diefenbaker o Robert Stanfield), de hecho, él no era propiamente un conservador para nada. Más bien, era —y sigue siendo— un neoliberal. Así, sus primeras declaraciones con respecto a su visita a Estados Unidos, al poco tiempo de tomar el poder, significaron que Canadá estaba una vez más “abierto a los negocios”. Estas

palabras hablaban de un hombre cuya visión de Canadá se había formado gracias a que creció en una ciudad que dependía de una compañía y que, justamente antes de convertirse en el jefe de los *Tories*, había sido el gerente de una planta, sucursal de una compañía estadounidense, la Iron Ore Company of Canada. La firma del Acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos, en 1989, era totalmente congruente con las convicciones personales de Mulroney. Pero, él no era sólo un liberal en el sentido económico; tanto dentro, como fuera del poder, había mostrado que era un individuo que apoyaba ciertos intereses liberales, tales como los derechos individuales y las libertades civiles.

En 1984, Mulroney logró reunir apoyo político proveniente de muchas partes y de muchos grupos de Canadá. Sin embargo, el corazón de su apoyo, vino de los quebequenses nacionalistas de su provincia nativa; de la comunidad de negocios de Canadá; y de los viejos conservadores, con “c” minúscula, particularmente aquéllos provenientes del oeste de Canadá, quienes acostumbraban votar por los conservadores desde finales de los años cincuenta.

Mulroney regresó al poder en las “elecciones del libre comercio” de 1988. Para entonces, no obstante, su coalición electoral comenzaba a mostrar un resquebrajamiento; en particular, algunos canadienses, principalmente los del oeste, se enojaban cada vez más con lo que ellos veían como un favoritismo *Tory* hacia Quebec. Para entonces, algunos conservadores habían llegado a la conclusión de que Mulroney no parecía muy conservador.

Para 1993, la coalición de Mulroney se había colapsado por completo; escándalos constantes y la antipatía personal de los canadienses hacia Mulroney jugaron un papel importante en ello. Sin embargo, algo más importante contribuyó, pues la suerte de los *Tories* se debatió a duras penas en dos frentes: 1) los constantes fracasos constitucionales para satisfacer las demandas de Quebec; y 2) el inexorable azote de una recesión que había comenzado en 1990 y que parecía que nunca iba a terminar.⁴

⁴ H. D. Clarke y A. Kornberg, “Support for the Canadian Federal Progressive Conservative Party since 1988: The Impact of Economic Evaluations and Economic Issues”, *Canadian Journal of Political Science* 25, no. 1 (1992): 199; Trevor Harrison, *Of Passionate Intensity: Right Wing Populism and the Reform Party of Canada* (Toronto: University of Toronto Press, 1995).

Cuando se hizo el recuento de los votos la noche de las elecciones en 1993, el antes orgulloso partido de *sir* John A. Macdonald se había reducido a sólo dos curules. Una vez más los liberales estaban en el poder (con 177 asientos), flanqueados esta vez por dos, relativamente, recién llegados a la lucha política: el Partido Reformista, un partido populista de ala derecha, con bases fundamentalmente en el oeste de Canadá (52 asientos), y el Bloque Quebequense, un partido abiertamente separatista ubicado solamente dentro de Quebec (54 asientos).

A pesar de su derrota, los nueve años de los *Tories* en el poder habían cambiado a Canadá en varias maneras fundamentales y habían mudado el país hacia la derecha; en primer lugar porque, aun cuando el gobierno de Mulroney había sólo nublado el Estado benefactor,⁵ sin lugar a dudas había sido éste el que comenzó el proceso de fragmentar el apoyo político que recibían los programas sociales, esto mediante la terminación de la universalidad de unos y reduciendo los beneficios en otros. También, los recortes del gobierno de Mulroney en lo concerniente a la transferencia de fondos a las provincias para los programas creados por iniciativas federales crearon problemas fiscales a largo plazo dando como resultado un movimiento similar al de la derecha, en el nivel provincial.

En segundo lugar, la ineptitud del gobierno de Mulroney con respecto al problema constitucional de Quebec creó el contexto para un aumento del sentimiento derechista en el Canadá angloparlante. Lejos de resolver el conflicto que implicaba definir el lugar de Quebec en Canadá, los esfuerzos de Mulroney sólo exacerbaron las diferencias entre franco y anglocanadienses, entre Quebec y el resto de Canadá, creando con ello una llaga abierta que los elementos del ala derecha en el país podían —y en efecto lo hicieron— explotar para sus fines.

En tercer lugar, el ALC erosionó la importancia fiscal del Estado en la vida de los canadienses. Después del ALC, el Estado canadiense fue aún menos capaz que antes de controlar la economía; menos capaz de defender el Estado benefactor y los programas sociales que habían distinguido a Canadá de la cultura más “socialmente darwinista” de Estados Unidos. Con más sutileza, la ideología del libre comercio abrió a

⁵ R. Whitaker, “Neo-Conservatism and the State”, *Socialist Register* (Londres: The Merlin Press, 1987), 23.

Canadá a una serie de ideas comunes con Estados Unidos —competitividad, individualismo extremo, menos intervención estatal—, mismas que eran congruentes con el “nuevo” conservadurismo.

Finalmente, los años de Mulroney también hicieron posible, de otra manera, un cambio gradual hacia la derecha en la política canadiense. Recordemos que ya antes habíamos descrito a Mulroney como una figura neoliberal, principalmente. Así que, cuando se convirtió en el líder de su partido, en 1983, llevó a los conservadores progresistas hacia el centro del espectro político; área que había sido dejada vacante por el Partido Liberal durante las dos décadas previas, en su movimiento hacia la izquierda, desde el centro. En efecto, Mulroney reconstruyó a los conservadores progresistas a imagen y semejanza de los liberales anteriores a la década de los sesenta. Este movimiento, sin embargo, abrió el espacio político para un nuevo partido de la derecha, uno que pudiera argumentar que representaba a los “verdaderos” conservadores. Este espacio fue ocupado en 1987 con la formación de un partido populista de ala derecha, en el oeste de Canadá: el Partido Reformista de Canadá.

EL PARTIDO REFORMISTA

Al principio, el Partido Reformista parecía simplemente un grupo de *Tories* descontentos. Pero durante los siguientes años, el PR comenzó a quitarles fuerza a los *Tories* de Mulroney, particularmente en el oeste de Canadá. En la medida que lo hizo arrastró a los *Tories* —que ya se estaban desplomando— hacia la derecha del espectro político, mientras que, por otro lado, influyó en la agenda política de Canadá.

El Partido Reformista es dirigido por Preston Manning, el hijo de 53 años de edad de un ex primer ministro provincial de Alberta, que había llegado al poder con el Partido de Crédito Social. Manning es un hombre profundamente religioso, culto y muy respetado entre las élites financieras y políticas del oeste de Canadá. El PR es particularmente fuerte en dos de las provincias occidentales más ricas, Alberta y Columbia Británica.

Los reformistas suelen ser angloparlantes, de edad madura, bien educados, varones y con ingresos moderadamente altos. Estadísticamente,

un número significativo de reformistas son granjeros, mientras que muchos otros tienen ocupaciones técnicas o profesionales, o bien son propietarios de pequeños negocios. El PR tiende a atraer un número desproporcionado de habitantes rurales pero, debido a que Canadá en su conjunto está urbanizado, la mayoría de los reformistas (como los que apoyan a otros partidos) se localizan en ciudades y villas. La mayoría de los reformistas tienen antecedentes angloeuropeos protestantes. Como es de esperarse, la gran mayoría anteriormente apoyaba al partido *Tory*.⁶

La plataforma política del PR incluye una mezcla de populismo del ala derecha y de la ideología neoconservadora, mucha de la cual tiene un decidido sabor republicano estadounidense. El llamado populista del Partido viene en la forma de invocaciones directas a la democracia, incluyendo el uso de referéndums, iniciativas e informes que se acompañan con una política de corrección de los errores. En lo que concierne al área de la economía, el PR es decididamente pro libre empresa, lo cual fue demostrado en 1988 con su apoyo al libre comercio. Al mismo tiempo, se opone al Estado benefactor y defiende con vehemencia los recortes a los programas sociales, como un medio para enfrentar el problema de los déficit acumulados en Canadá. En el área social y moral, los reformistas demandan que el Estado “sea rudo” con los criminales y que restrinja la inmigración. Si bien no logran ser mayoría dentro del Partido, el PR es algo así como un refugio que da cabida al tipo de “valores familiares” que abraza Jerry Falwell y otros de la derecha estadounidense, que están en contra de los homosexuales y del aborto.⁷ El Partido obtiene mucho de su apoyo de los conservadores, tanto fiscales como morales, preocupados por el poder político de los grupos con “intereses especiales” (léase feministas, homosexuales, ecologistas y las minorías evidentes).⁸ En una vena similar, también el PR desde sus inicios ha sido el partido que más se ha opuesto a que Quebec reciba un “estatus especial” en cualquier arreglo constitucional. Sin duda alguna, es la oposición del PR a las demandas constitucionales de Quebec

⁶ Trevor Harrison, *Of Passionate Intensity...*, 199-204.

⁷ *Ibid.*, 204-215.

⁸ Trevor Harrison, W. Johnston y H. Krahn, “Special Interests and/or New Right Economics? The Ideological Bases of Reform Party Support in Alberta in the 1993 Federal Election”, *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 33, no. 2 (mayo 1996): 159-180.

la que le ha dado al partido sus mayores éxitos y, si Quebec de hecho llega a separarse, ello le dará al PR el vehículo más viable para hacerse del poder.⁹

La importancia del PR en la política canadiense no se limita a su papel en la derrota de los *Tories* o en dirigir la oposición en contra de las demandas de Quebec. De manera más amplia, el PR es la razón principal para el cambio en la política general en Canadá hacia la derecha, en parte por jalar a todos los partidos federales de Canadá en esa dirección, pero también porque el éxito del PR ha resultado en la transformación, gracias al remedo, de varios gobiernos provinciales.

LA POLÍTICA CANADIENSE DESDE 1993

La elección de los liberales de Jean Chrétien en 1993 no detuvo el giro hacia la derecha. Al contrario, sin duda alguna, aceleró el movimiento en muchos sentidos. Los liberales se sienten compelidos a distanciarse de los conservadores de Mulroney, oponiéndose a los pasos para reducir el Estado benefactor (pues gran parte de éste fue construido por regímenes liberales anteriores). Durante las elecciones los liberales hablaron incesantemente de una plataforma de creación de empleos como el mejor medio para enfrentar los problemas económicos de Canadá. También manifestaron su fuerte apoyo a los programas sociales de Canadá (Medicare, el seguro de desempleo, las pensiones públicas).

Sin embargo, una vez en el poder, los liberales argumentaron que la prioridad más importante de Canadá debía ser combatir el déficit y la deuda (véase cuadro 1). Así, abandonaron la mayoría de sus promesas electorales, favoreciendo un régimen neoliberal de recorte a los programas sociales, de reducción del gobierno, privatización de los servicios, descargo de los gastos en las provincias, y por supuesto, han apoyado el libre comercio.¹⁰

⁹ Trevor Harrison, *Of Passionate Intensity...*

¹⁰ M. Barlow y B. Campbell, *Straight Trough the Heart. How the Liberals Abandoned The Just Society* (Toronto: Harper Collins, 1995).

CUADRO 1
DEUDA ACUMULADA DE CANADÁ, 1980-1994
(en miles de millones de dólares)

<i>Año</i>	<i>Deuda</i>	<i>Año</i>	<i>Deuda</i>	<i>Año</i>	<i>Deuda</i>
1980	72.1	1985	199.1	1990	357.8
1981	85.7	1986	233.5	1991	388.4
1982	100.5	1987	264.1	1992	423.1
1983	128.4	1988	292.2	1993	466.2
1984	160.8	1989	320.9	1994	508.2

FUENTE: J.R. Colombo, *The Canadian Global Almanac* (Toronto: Macmillan, 1996), 196.

Así vemos que las políticas del Partido Liberal han empujado todavía más el cambio de Canadá hacia la derecha. Los recortes a los derechohabientes han desembocado en que muchos canadienses, temerosos de que la red de seguridad social no va a estar ahí para ellos, estén fragmentando y debilitando el apoyo político al Estado benefactor. Esos miedos han sido inmediatamente explotados por los partidos de derecha y por las empresas del sector privado, ansiosos de encontrar y crear nuevos nichos de mercado. Finalmente, en la medida en que gran parte de la red de seguridad social de Canadá tiene que ver con programas, cuyos costos se comparten con las provincias, estos recortes federales simplemente han pasado una mayor carga de costos hacia las provincias, lo que ha traído como consecuencia que estas últimas también se estén moviendo a la derecha.

Como ya se describió previamente, este movimiento hacia la derecha ha tomado una de las tres formas, ya sea de conservadurismo fiscal, neoliberalismo o bien neoconservadurismo. Actualmente, el único verdadero gobierno neoconservador en Canadá se encuentra (y quizá no es sorprendente) en Alberta, el corazón de la región de apoyo al PR en el nivel federal. Desde que resultaron electos en la primavera de 1993, los conservadores progresistas de Alberta, bajo el mando de Ralph Klein, han recortado de tajo varios miles de

empleos en el servicio cívico; han recortado a miles de derechohabientes de la seguridad social; han privatizado varios servicios; y han desregulado mucho de la economía (incluyendo la protección ambiental). La reestructuración del gobierno ha sido particularmente aguda en el sector salud, dado que han clausurado muchos hospitales o bien algunas de sus alas. A ello se suma que miles de enfermeras hayan perdido su empleo, o hayan sido suspendidas. Si bien ha rechazado un aumento de los impuestos, el gobierno ha introducido una serie de cuotas de usuarios, las cuales —según argumenta la crítica— son un simple (y tal vez regresivo) impuesto, con un nombre diferente. De acuerdo con estas iniciativas económicas, el gobierno también se ha preocupado por satisfacer a los conservadores, con “c” minúscula, mediante la reducción de los poderes de la Comisión de Derechos Humanos, rehusándose a proteger los derechos de homosexuales y lesbianas, y provocando una “alharaca” pública contra los delincuentes juveniles. El gobierno también ha señalado que introducirá leyes fiscales, que favorezcan a las familias —en el sentido tradicional—.

El gobierno de Klein explica estas políticas al señalar que el tesoro de Alberta ha obtenido un superávit durante los dos últimos años, lo cual ha permitido gradualmente reducir la deuda de la provincia. Sin embargo, los críticos argumentan que esto se pudo haber conseguido sin tener que recurrir a las medidas drásticas que el gobierno usó, y que más tarde crearon una atmósfera de crisis; medidas que intentaban justificar los ataques a los sindicatos, a quienes reciben los servicios de la seguridad social y a los pobres, a la vez que subvertir las bases del gobierno democrático por medio de métodos corporativistas y que tal vez hayan debilitado la salud económica de la provincia a largo plazo.¹¹ A pesar de estas críticas, Alberta fue un modelo a seguir por otros gobiernos, o prospectos de gobierno, en Canadá, al menos durante 1993-1995.

En la primavera de 1995, los progresistas conservadores de Ontario, bajo la dirigencia de Mike Harris obtuvieron una aplastante

¹¹ G. Laxer y Trevor Harrison, eds., *The Trojan Horse: Alberta and The Future of Canada* (Montreal: Black Rose Books, 1995).

victoria, a través de un largo trabajo que comenzaron tiempo atrás. El estreno de Harris y compañía como políticos adoptó mucha de la estrategia de campaña, retórica y programas políticos de Ralph Klein. Por ejemplo, al poco tiempo de haber ocupado el poder, el gobierno de Harris anunció que las tarifas de la seguridad social se recortarían en un 21.6 por ciento.¹² Más tarde, el gobierno anunció la eliminación de decenas de millones de empleos gubernamentales, la venta de las corporaciones de la Corona y la privatización de los servicios que ofrecía el gobierno.

A diferencia de los viejos conservadores de Alberta, el gobierno de Harris ha mostrado hasta ahora muy poco interés en destacar el conservadurismo moral. Por el contrario, el gobierno parece estar más preocupado por el recorte de los gastos de gobierno y por la creación de un ambiente propicio para la expansión de los negocios. En el mismo sentido, también ha prometido actualmente, reducir los impuestos corporativos y los personales para la clase media.

Finalmente, muchos gobiernos en Canadá —incluso en la izquierda putativa— se han vuelto conservadores fiscales. Por ejemplo, el gobierno neodemócrata (PND) de Roy Romanow, en Saskatchewan ha intentado hacer pagos a cuenta de su deuda provincial, a través de una combinación de reorganización gubernamental y de aumento a los impuestos, pero con pocos despidos. Y Saskatchewan, también, está teniendo ahora un superávit.¹³

El cuadro 2 ofrece un boceto de la forma de conservadurismo que practican actualmente los gobiernos de diez provincias de Canadá, para enfrentar sus problemas fiscales y otros de corte social.

En resumen, los años posteriores a 1984 han visto a Canadá moverse a paso seguro hacia un mayor conservadurismo, tanto a nivel federal como provincial. ¿Por qué ha ocurrido este cambio progresivo? Si bien una respuesta muy completa está más allá de los propósitos de este artículo, se pueden adelantar algunas ideas provisionales.

¹² "Ontario Tories slash spending by \$1.9-billion", *The Globe and Mail*, 22 de julio 1995, 1(A).

¹³ Laxer y Harrison, *Trojan Horse...*

CUADRO 2
 PARTIDO EN EL GOBIERNO, AÑO DE ÚLTIMA ELECCIÓN,
 DEUDA ACUMULADA (1994)* (EN MILES DE MILLONES DE DÓLARES)
 Y ENFOQUE POLÍTICO EN DIEZ PROVINCIAS CANADIENSES
 ENERO DE 1996

Provincia	TN	IPE	NE	NB	QUE	ONT	MAN	SAS	ALB	CB
Partido	L	L	L	L	PQ	PC	PC	PND	PC	PND
Última elección	93	93	93	95	94	95	95	95	93	91
Deuda	4.7	0.8	8.1	4.6	69.1	90.4	7	8.7	19.4	18.5
Enfoque político	CF	CF	CF	NL	CF	NL	CF	CF	NC	CF

LEYENDA: TN Territorios del Noroeste, IPE Isla del Príncipe Eduardo, NE Nueva Escocia, QUE Quebec, ONT Ontario, MAN Manitoba, SAS Saskatchewan, ALB Alberta, CB Columbia Británica.

L Partido Liberal, PQ Partido Quebequense, PC Partido Conservador Progresista, PND Partido Neodemócrata.

CF Conservador fiscal, NL Neoliberal, NC Neoconservador.

* Con base sólo en los impuestos; las cifras son mayores si se incluyen las deudas de las corporaciones de la Corona y de los municipios.

FUENTE: Colombo, *The Canadian Global...*, 176-177; Canada West Foundation, *Red Ink II: Deficits and Debt: Staying on Trad or Derailing?*, 1994.

En primer lugar, Canadá tiene una economía desarrollada de manera desigual, dirigida a la exportación y altamente abierta,¹⁴ lo cual ha dado como resultado que sea particularmente difícil que la competen-

¹⁴ D. Drache, ed., *Staples, Markets, and Cultural Change: Selected Essays of Harold Innis* (Montreal: McGill-Queens University Press, 1995); C. J. McMillan, "Canada, Asia, and the Pacific Century", *Being and Becoming Canada: The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, ed. C.F. Dornan y E.R. Babby (1995), 96-114.

cia económica y la globalización la golpeen.¹⁵ Y algo aún más importante es que ha quedado demostrada la dificultad —si no la imposibilidad— para mantener el tipo de Estado benefactor keynesiano, surgido en Canadá después de la segunda guerra mundial.

En segundo lugar, el movimiento de Canadá hacia la derecha ha sido alentado por la élite económica, la cual tiene una relación de capataz-patrón con los intereses estadounidenses. Ésta otorgó su apoyo masivo a la derecha después de que los *Tories* de Mulroney emprendieran la iniciativa del libre comercio en 1988. Tal vez lo más importante fue el hecho de que la élite de negocios de Canadá había intentado sistemáticamente, desde mediados de los setenta, moverse hacia la derecha en la política cultural de Canadá, por medio de una serie de grupos de ala derecha, dedicados a la investigación especializada y a la asesoría política (*think tanks*), tales como el Consejo de Negocios sobre Asuntos Nacionales (Business Council on National Issues, BCNI), la Coalición Nacional de Ciudadanos (National Citizens' Coalition, NCC), y el Instituto [Simon] Fraser. Es importante hacer notar que la mayoría de estas instituciones fueron copiadas del molde de instituciones y grupos de investigación especializados ya existentes en Estados Unidos.

En tercer lugar, en esta era del “universo de quinientos canales” de televisión, especialmente, el Canadá angloparlante ha estado sujeto a la influencia de la cultura popular estadounidense; cultura que sutilmente —o tal vez no tanto— predica un *ethos* de extremo individualismo, consumismo y comodidad. Estas ideas son congruentes con el enfoque de mercado que se le ha dado a la vida, y que ha sido seguido últimamente en Canadá por varios gobiernos.

¹⁵ Las quiebras personales y de pequeños negocios en Canadá han aumentado a un ritmo acelerado desde 1990, alcanzando la cifra más alta de todos los tiempos en 1995 (78 690), un 20 por ciento más alta que el año anterior. Véase “Bankruptcies Hit All-Time High in 1995”, *Edmonton Journal*, 15 de febrero 1995, 2(G). La deuda doméstica también ha crecido progresivamente, del 55 por ciento del ingreso personal disponible hace diez años, a casi el 88 por ciento hoy en día, véase “Household Debt Reaching Historical High”, *The Globe and Mail*, 18 de noviembre 1995, 1(A). Muchos canadienses se sienten explotados y desgastados por la carga fiscal que han tenido que enfrentar, y golpeados aún más por los aumentos a los impuestos, la disminución de los servicios y las amenazas de perder el empleo; en conclusión temen por su futuro económico y el de sus hijos. Una encuesta realizada en el otoño de 1995 encontró un alto nivel de pesimismo económico entre los canadienses promedio. Para muchos la recesión económica que comenzó en 1990 aún no termina. Véase “Economic Pessimism Deepens, Poll Finds”, *Edmonton Journal*, 30 de noviembre 1995, 16(A).

A fin de cuentas, la fuerza de cualquier movimiento político es una medida de la debilidad de sus oponentes. En parte, en Canadá como en Estados Unidos, la oposición popular al cambio gradual hacia la derecha ha sido adormecida por la heterogeneidad extrema del país, llevada a mayores niveles por el advenimiento de la reciente “política de identidad”. La fragmentación social ha significado una gran ventaja para las élites de Canadá, atrincheradas en mantener su posición hegemónica. Pero, la debilidad de la izquierda en Canadá se deriva también de la tolerancia, que con demasiado buena disposición, han tenido, al Estado benefactor keynesiano, aun cuando a leguas se ve que ese edificio necesita reparaciones. Al no admitir abiertamente los problemas y al proponer medios alternativos de promoción de la justicia social, la izquierda en Canadá, al igual que en todas partes, se ha rendido y abandonado el campo a los grupos derechistas y a sus ideas.

UNA COMPARACIÓN ENTRE EL CONSERVADURISMO DE CANADÁ Y EL DE ESTADOS UNIDOS

A pesar de que el movimiento a la derecha en Canadá ha sido influido fuertemente por los hechos y las ideas de Estados Unidos, la forma de conservadurismo practicada en ambos países sigue siendo de alguna manera diferente. Por ejemplo, el conservadurismo canadiense siempre ha retenido un mayor sentido de “nobleza obliga” que su contraparte estadounidense. Este hecho no significó un gran salto hacia adelante después de la segunda guerra mundial para los conservadores en Canadá, para apoyar el Estado benefactor. En contraste, como lo señala Underhill,¹⁶ los conservadores en Estados Unidos fueron mucho más lentos en reconocer el papel del gobierno para aliviar la pobreza y el desempleo, si es que llegaron a hacerlo.

Una segunda diferencia entre estos “conservadurismos” radica en el papel de la religión. Mientras el conservadurismo en Canadá es exactamente tan moralizante como su primo estadounidense, tiende a ser más pragmático, a usar más la cabeza que el corazón.¹⁷ En contraste, la re-

¹⁶ F. H. Underhill, *In Search of Canadian Liberalism* (Toronto: Macmillan, 1960), 244.

¹⁷ G. Rawlyk, “Religion in Canada: A Historical Overview”, *Being and Becoming Canada...*, 131-142.

ligión en Estados Unidos es más anarquista, más fundamentalista, más evangélica y más mesiánica en su llamado. Como consecuencia parcial, la religión en Estados Unidos se adhiere fácilmente a los atractivos políticos del tipo seguido por Pat Buchanan. La religión y la política se mantienen distantes en Canadá. Incluso Preston Manning, un hombre de fuertes convicciones religiosas, es reacio a hablar públicamente de sus creencias personales. No obstante, esto no es así en Estados Unidos. En ese país, la religión y la “rectitud” del pensamiento conservador son la misma cosa.

Esto nos lleva a una tercera diferencia entre ambos “conservadurismos”. En Estados Unidos, el nacionalismo por sí mismo es una “religión civil”; lo cual no es simplemente un juego de palabras. Durante el periodo posterior a 1945, cuando Estados Unidos tiró las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, varios políticos estadounidenses argumentaron que su país había sido elegido por Dios para poseer la bomba, como un medio para combatir a la Unión Soviética.¹⁸

El contraste con Canadá puede verse por medio de un simple experimento de pensamiento. Cuando los estudiantes estadounidenses universitarios en los años sesenta querían provocar una reacción, quemaban la bandera de su país, y solían obtener lo que querían: insultos, amenazas, ser escupidos y a veces hasta golpeados. ¿Cuál sería la reacción en Canadá si alguien hiciera semejante cosa? Es posible que algunos canadienses reaccionaran hostilmente. Pero es más probable, sin embargo, que los canadienses vieran tal acto simplemente como producto de un maleducado, y le dirían a la persona “no seas tarado”, y se alejarían meneando la cabeza. Pero, el hecho es como lo señala Whitaker:

El Estado canadiense, dividido como está en dos naciones, ingleses y franceses, siempre ha disfrutado de un nivel relativamente bajo de identidad nacional en su ciudadanía. Cuando Reagan y Thatcher hacen un llamado al “interés nacional” [...] ellos están convocando a los demonios tribales del chauvinismo nacional [...] El Estado canadiense puede hacer un llamado a tales demonios de su pasado nacional.

¹⁸ S. Ungar, “Civil Religion and The Arms Race”, *The Canadian Review of Sociology and Anthropology* 28, no. 4 (1991): 503-525.

El nacionalismo, como legitimación, es un débil e irrisorio truco en Canadá.¹⁹

En pocas palabras, el tipo de nacionalismo que usualmente se relaciona con el conservadurismo, y que está inextricablemente atado al concepto de nación que los estadounidenses tienen de sí mismos, simplemente no tiene cabida en Canadá.

Finalmente, hay un extremismo en el conservadurismo estadounidense que siempre deja perplejos a los canadienses. No carece de importancia señalar que en 1995, al visitar Washington para aparecer en el programa de televisión por cable, de Newt Gingrich, *Informe Progresista (Progress Report)*, Preston Manning insinuó que ni el Partido Reformista ni los electores de Canadá tendrían el estómago suficiente para el tipo de políticas derechistas invocadas por su anfitrión.²⁰ La propuesta de Gingrich en el sentido de que Estados Unidos debería construir orfanatorios para terminar con los sin hogar (*homeless*) y la juventud fuera de control, fue considerada por la mayoría de los canadienses, incluso los conservadores, como excéntrica.

CONCLUSIONES

Es claro que Canadá es más conservador actualmente que hace diez años. También se puede demostrar cómo, al hacerse más conservador, Canadá es más parecido a Estados Unidos de lo que era entonces.

Pero, ¿qué tan lejos llegará este giro? Es importante reconocer que ciertos aspectos del liberalismo de la posguerra se han convertido en una parte de la identidad y la cultura canadienses. Es poco probable que los canadienses permitan que esto se acabe sin dar alguna batalla. Sin duda alguna, ya estamos viendo un movimiento en contra de este giro. Por ejemplo, en marzo de 1996, casi diez mil personas se reunieron en Ontario para protestar contra los recortes del gobierno. En otras regiones, los trabajadores desempleados han comenzado a to-

¹⁹ Whitaker, "Neo-Conservatism and the State", 23.

²⁰ "Manning Upstages Gingrich for TV «love in»", *Edmonton Journal*, 15 de marzo 1995, 3(A).

mar las oficinas del gobierno federal para protestar contra las políticas liberales.

El futuro de Canadá, y el del conservadurismo dentro del país, también es más probable que sea modelado por hechos que sucedan en Estados Unidos. Aunque, los canadienses siempre han sido ambivalentes respecto a Estados Unidos: por un lado, admiran mucho de la cultura popular estadounidense (y si están en pleno invierno, tal vez admiren más su clima); pero, por otro lado, esta admiración está teñida por una antipatía canadiense a la violencia y la sordidez que definen gran parte de la vida urbana estadounidense. Así, Estados Unidos es a la vez un modelo negativo como positivo para la mayoría de los canadienses. Lo mismo puede decirse de su forma de conservadurismo.

Por último, las divisiones dentro del Partido Republicano, reveladas durante las elecciones primarias de 1996 señalan un defecto esencial en el neoconservadurismo. Es decir, su invocación al liberalismo económico está reñida con muchos aspectos del conservadurismo tradicional, particularmente con la noción de comunidad. De ello se deriva la acusación de Pat Buchanan del libre comercio y la defensa de la gente trabajadora. Uno puede estremecerse ante la demagogia, el racismo y la intolerancia subyacentes dentro de la invocación de Buchanan, pero aun así se sigue señalando el hecho de que el conservadurismo está en una encrucijada. Ello no quiere decir que el caso de Canadá sea menos parecido, en este sentido, al de Estados Unidos.



El conservadurismo en América del Norte. Tendencias actuales y perspectivas en Canadá

*Gary Levy**

Este artículo brinda el contexto necesario para discutir el neoconservadurismo al estudiar las fuentes del conservadurismo tradicional en Canadá; examina algunas de las razones por las cuales esta misma corriente ha dado origen a aquella tendencia. La conclusión a que se llega es que, si bien el conservadurismo desempeñaba una función integradora, no se puede decir lo mismo respecto del neoconservadurismo, lo cual en una sociedad como la canadiense es motivo de preocupación.

* Editor de la *Canadian Parliamentary Review*, Ottawa.

LA TRADICIÓN CONSERVADORA DE BURKE

En uno de los textos canadienses clásicos de ciencia política, Gad Horowitz, siguiendo la corriente de Louis Hartz en Estados Unidos, argumenta que las sociedades fundadas por los europeos en el Nuevo Mundo eran fragmentaciones ideológicas de la sociedad europea de donde provenían. El sector canadiense, dice, a diferencia del estadounidense, no era de un liberalismo burgués monolítico, ya que incluía un elemento conservador. Su objetivo era explicar la existencia del socialismo en Canadá (y su correlativa ausencia en Estados Unidos) como una reacción al conservadurismo que siempre había estado presente en aquel país. Al hacerlo, mostraba también hasta qué grado las ideas conservadoras permeaban la sociedad canadiense,¹ ideas a las que se designa como “conservadurismo de Burke”, puesto que se derivan del pensamiento del estadista inglés del siglo XVIII, Edmund Burke.

Este autor escribió en la época en que se desarrollaban las revoluciones francesa y estadounidense, y criticó particularmente a estas sociedades que asignaban gran valor a los documentos constitucionales, que él llamaba “simples pedazos de papel”. Prefería, con mucho, el concepto inglés de constitución no escrita, basada fundamentalmente en el precedente y la tradición. Cuando los padres canadienses de la Confederación adoptaron una constitución federal en 1867, no se preocuparon por el hecho de que muchos elementos esenciales no estuviesen consignados por escrito. Por ejemplo, el caso llamado de Gobierno Responsable, que implica que el gobierno debe renunciar si no tiene mayoría en la Cámara de los Comunes, es una realidad, una tradición no escrita, como tampoco lo es en Gran Bretaña. Tampoco había fórmula alguna de conciliación o protección de derechos y libertades más allá de lo que se basaba en costumbres y tradiciones no consignadas por escrito. La importancia de las tradiciones no escritas perdura, a pesar de que los canadienses se inclinan hacia un punto de vista más al estilo estadounidense del constitucionalismo.

Burke fue un sólido pilar de la monarquía, apoyada fuertemente en el orden jerárquico y en el continuismo. Criticaba con acritud el énfasis que

¹ Gad Horowitz, “Conservatism Liberalism and Socialism in Canada”, en R.S. Blair y J.J. McLeod, comps., *The Canadian Political Tradition* (Toronto: Nelson, 1989).

se daba a los derechos humanos, adoptados por los teóricos de contratos de su época. Pensaba que había ideas y valores que trascendían los de los ciudadanos en lo individual en determinado momento en el tiempo. La sociedad, es ciertamente un contrato, continúa, “pero no sólo entre los que viven, sino entre éstos, los que han muerto y los que están por nacer”. La monarquía y sus valores de jerarquía y deferencia ante la autoridad son conceptos firmemente arraigados en la psique de los canadienses.

Según Burke se debía dar gran importancia a la noción de orden (que no corresponde a los conceptos actuales de ley y de orden). La cláusula referente a la división de poderes en la federación canadiense establece que el Parlamento hace leyes para “la paz, el orden y el buen gobierno” de Canadá. Este lema contrasta notablemente con el estadounidense de “vida, libertad y preservación de la felicidad”. El orden incluye un elemento que proporciona seguridad a los desposeídos y a los pobres. Entre otras cosas, Burke reconoce las ventajas de la tolerancia religiosa en la época en que los católicos tenían pocos derechos civiles en Inglaterra. En Canadá, donde una pequeña minoría inglesa gobernaba una gran mayoría católica, las teorías religiosas de Burke tuvieron un efecto práctico, como el reconocimiento de ciertos derechos religiosos colectivos, particularmente en el área de la educación.

Este pensador escribió extensamente acerca de la propiedad y la necesidad de proteger la propiedad privada, pero en ningún lugar habla de la obsesión por la empresa privada, eficiencia y ganancias, temas por los cuales propugnan hoy en día los ideólogos neoconservadores. De acuerdo con los planteamientos de Burke, líderes conservadores tradicionales, como Robert Stanfield, reconocen que “hay muchas más cosas que hacer en la vida nacional que simplemente incrementar el producto nacional bruto. Una economía sana es obviamente importante, pero los conservadores tradicionales se preocupan más acerca de los efectos del crecimiento económico, la clase de condiciones que crea, y si todos los sectores de la nación resultan beneficiados, si hay un mayor sentido de equidad, justicia y autorrealización como resultado de tal crecimiento y, en consecuencia, si se refuerza el orden social y se mejora la calidad de vida nacional”.²

² Robert Stanfield, “Conservative Principles and Philosophy”, en Paul Fox y Graham White, comps., *Politics Canada*, 6a. ed. (Toronto: McGraw-Hill Ryerson, 1987), 376-380.

Por supuesto, el conservadurismo canadiense no se inicia ni termina con Burke. También hay fundamentos originales de los canadienses, sobre todo del primer ministro de Canadá *sir* John A. MacDonald. En 1854, MacDonald se hizo cargo del liderazgo del Partido Conservador que se hallaba en franca decadencia hacía más de una generación. MacDonald se dio cuenta de que el éxito dependía de reunir tres poderosas fuerzas de la sociedad canadiense: los gobiernistas, los francocanadienses y un segmento de anglocanadienses, conocidos entonces como los reformistas. De los gobiernistas tomó su inalterable lealtad a la Corona británica, su determinación de preservar una existencia independiente en Norteamérica y la convicción de que los vínculos con Inglaterra eran la salvaguarda más segura para su independencia. De los francocanadienses tomó la idea de que la unidad nacional requería algún tipo de reconocimiento especial para Quebec, conclusión a la que llegó, principalmente, al trabajar con un teniente quebequense y al aceptar gestos de carácter simbólico, como rotar la presidencia legislativa entre anglo y francocanadienses, además de ordenar que el francés fuese también lengua oficial en la Cámara de los Comunes. De los anglocanadienses reformistas tomó la perspectiva según la cual el desarrollo económico era esencial para el futuro del país, y no vaciló en usar al Estado como instrumento con tal de lograr el grado de desarrollo que se había propuesto.

Desde 1854 hasta su muerte, después de las elecciones de 1891, MacDonald fue la figura dominante en la política canadiense. Tomó la idea abstracta del conservadurismo y le dio sustancia. La más evidente medida de su éxito consiste en que los subsecuentes gobiernos federales siguieron al pie de la letra la mayoría de sus directrices políticas, bien fuesen conservadores, o como en el caso del siglo XX, con frecuencia liberales.

Antes de analizar la ruptura del conservadurismo tradicional canadiense y su reemplazo por el neoconservadurismo, debemos tomar en cuenta cuatro factores generales que configuran la política de este país. Primero, no debemos confundir el conservadurismo con el Partido Conservador. Las principales corrientes en Canadá, liberales y conservadores, no se basan en doctrinas ni en ideologías. Son partidos pragmáticos, cuyo éxito o fracaso se debe a su habilidad para armonizar intereses y resolver conflictos entre regiones o entre clases. Los partidos se “prestan” (algún día llegarán a robarse desvergonzadamente) uno al

otro. En muchos sentidos, por lo único que se distinguen es si en determinado momento tienen éxito o no. Así, la virtual eliminación del Partido Conservador federal en las últimas elecciones (sus representantes en la Cámara de los Comunes descendieron de 169 a 2), no nos dice mucho en sí acerca del destino del conservadurismo en Canadá.

Segundo, el gobierno responsable pone enormes atribuciones en manos del primer ministro cuando tiene mayoría en el Parlamento. El ministro nombra a todos los miembros del gabinete, elige a todos los miembros del Senado, selecciona a los dirigentes de los burócratas, nombra jueces en todas las cortes federales y ejerce muchísimo más poder que un presidente de Estados Unidos. Como formalmente no hay fuerzas que contrarresten tal poder, los canadienses utilizan a los partidos políticos para vigilar y balancear el del primer ministro, eligiendo gobiernos de diferente matiz político en el nivel provincial. Cuando Trudeau, un liberal que favorecía un gobierno central fuerte, estuvo a cargo de 1968 a 1984, muchas elecciones provinciales dieron el poder a líderes que estaban a favor de una mayor descentralización. Al salir Trudeau, los liberales ya no contaban con un solo gobierno provincial. Mulroney y los conservadores subieron al poder en 1984 con la promesa de reducir el poder del gobierno. Inmediatamente, varias provincias eligieron gobiernos que favoreciesen un desempeño más sólido para el Estado. A su vez, cuando Mulroney dejó de ser primer ministro, sólo había un conservador en un cargo oficial provincial. Por ello, aun si los partidos canadienses se basaran en posturas ideológicas, sería difícil decidir cuál es la ideología que sostienen los canadienses en determinada época, dado que, en forma ya rutinaria, eligen diferentes partidos, tanto en el ámbito federal como en el provincial.

Tercero, las responsabilidades se encuentran divididas entre el gobierno federal y las provincias. Esta división, como se concibió en sus orígenes, asignaba claramente los poderes más importantes al nivel federal, y asuntos de naturaleza local, a las provincias. Sin embargo, lo que eran responsabilidades menores en 1867, como el sistema hospitalario y la educación, se han convertido en problemas enormes y costosos en la década actual. Esto, en combinación con decisiones jurídicas que expandían la esfera de influencia de áreas provinciales (como la propiedad y los derechos civiles), ha convertido a las provincias (sobre todo las más extensas y ricas) en fuerzas políticas por derecho propio.

Cuarto, independientemente de que la división de poderes no sólo vincula inexorablemente la política federal y la provincial, los políticos canadienses han desarrollado el arte de desplazar sus responsabilidades hacia sus superiores. Así, si el gobierno federal decide, por razones ideológicas, transferir menos fondos a las provincias para el sector salud, entonces incluso las provincias que tienen grandes responsabilidades en este sector simplemente suprimen los servicios de salud. Esto no sólo ocurre entre el gobierno federal y el provincial, sino también entre las provincias mismas. Por ejemplo, la beneficencia y la asistencia social son una responsabilidad provincial. Las provincias más ricas atraen a personas que no encuentran trabajo en las provincias pobres. Algunas provincias ricas han reaccionado a esto disminuyendo los beneficios de la asistencia social, o bien ofreciendo un boleto de autobús sencillo para que se vayan aquellos que dependen de tal asistencia. Otras provincias, incluyendo a Columbia Británica, que tiene actualmente un gobierno socialdemócrata, decidieron establecer determinados requisitos para los que solicitan la residencia y que, a la vez, son beneficiarios de la asistencia social. No es posible comprender la política e ideología de una provincia si no se toma en cuenta lo que acontece en otros lugares del país.

LA EVOLUCIÓN DEL CONSERVADURISMO

Conociendo los factores expuestos anteriormente, veamos qué fue lo que ocurrió al conservadurismo tradicional y por qué. Para algunos, como el filósofo George Grant, el conservadurismo simplemente se ahogó él mismo ante la convincente fuerza del liberalismo estadounidense que lo rodea. En su ensayo *Lament for a Nation* (1965), Grant escribe: “[...] la imposibilidad del conservadurismo en nuestra nación es la imposibilidad de Canadá [...]”. Añade: “[...] como canadienses emprendimos una tarea ridícula al tratar de construir una nación conservadora en una era de progreso, en un continente que compartimos con la más dinámica nación del planeta”.³

³ George Grant, *Lament for a Nation* (Toronto: McLeland & Stewart, 1965).

Puesto que el conservadurismo persiste, cuando menos nominalmente, la pregunta fundamental es cómo y por qué se ha transformado. Una buena razón para empezar sería la coalición de fuerzas gubernistas, francocanadienses y anglocanadienses reformistas lograda por *sir* John A. MacDonald. Canadá es también una monarquía, y en tanto no exista un movimiento significativo para abolirla, el apoyo ha cambiado en muchas sutiles maneras. La población ya no es predominantemente inglesa de origen, y entre los inmigrantes, el apoyo a la monarquía representa menos del 50 por ciento. El representante de la reina, el gobernador general, tiene una posición que se ha ido debilitando por el nombramiento de ciertos políticos fracasados, algunos de los cuales se han vuelto activistas y aspiran a la jefatura del Estado. Los primeros ministros canadienses tienden a actuar de manera presidencialista, lo cual hace que la Corona aparente ser más periférica de lo que en realidad es.

El dualismo canadiense, es decir, la asociación de franco y anglocanadienses, quizá el más importante legado de la coalición MacDonald, ha sido rechazado por el pueblo durante la última década. El Acta de Derechos y Libertades (*Charter of Rights and Liberties*) de 1982 confirió a los canadienses un sentido de individualidad, sobre todo entre aquellos que previamente se sentían marginados por la sociedad. Los indígenas, las mujeres, los discapacitados, los homosexuales y las lesbianas creyeron sentir que ciertas cláusulas del Acta se referían directamente a ellos. El hecho de que el Acta fuese adoptada sin el consentimiento de la provincia de Quebec ha creado confusión en cuanto al dualismo y derechos colectivos contra derechos individuales, a tal punto que canadienses y quebequenses frustrados piensan seriamente en recurrir a la separación.

Las negociaciones del TLC con Estados Unidos (que también incluyeron después a México) fueron un clavo más en el ataúd del conservadurismo tradicional. Hace mucho que el Partido Conservador desechó la política de aranceles altos y, de hecho, no hay diferencias de opinión entre los partidos acerca del TLC. La idea había sido propuesta por el ex ministro liberal de Finanzas, Don MacDonald, en el Informe de la Real Comisión que se integró para estudiar el asunto. Pero el TLC no sólo cuestionó si los canadienses querían seguir siendo una nación independiente, sino que trajo consigo una nueva manera de ver la vida (de origen estadounidense): la competencia, la eficiencia del sector privado,

la importancia del libre movimiento de capitales, la inamovilidad de los cimientos. Éstas son las prioridades del nuevo conservadurismo canadiense. Cualquier beneficio económico que se haya obtenido del TLC (y yo pertenezco al grupo de canadienses que piensan que no se ha obtenido mucho) tiene que confrontarse con la “americanización” de la vida canadiense contra el reforzamiento de los valores tradicionales de Canadá.

No se puede ignorar el tema del liderazgo cuando se observa la transformación del conservadurismo. Robert Stanfield fue elegido líder del Partido Conservador en 1967. Fue, quizá, el político conservador más precavido de su generación. Trató de crear conciencia en el seno del partido de lo que implicaba la noción de “conservadurismo” y cómo poner en práctica sus principios en la vida cotidiana. En las elecciones fue derrotado por Trudeau tres veces entre 1968 y 1974. Las repetidas derrotas redujeron su influencia, y los subsecuentes líderes conservadores, como Joe Clark y Brian Mulroney, han tenido mejor suerte para ganar las elecciones, pero no se han dedicado a articular el conservadurismo.

FUNDAMENTOS DEL NEOCONSERVADURISMO

En tanto el conservadurismo tradicional tiende a diluirse como fuerza, ha sido reemplazado por una ideología neoconservadora. Los tres apoyos más importantes del neoconservadurismo son el Partido Reformista de Canadá, el Partido Conservador Progresista de Ontario y el Partido Conservador Progresista de Alberta.

Partido Reformista de Canadá

Se inició como un movimiento populista en Canadá occidental, que siempre ha tenido cierto sentido de distanciamiento de los centros de poder de Ottawa, Toronto y Montreal. En el transcurso de los años se han formado diversos partidos de protesta en esta región occidental, siendo el más reconocido y exitoso, en términos electorales, el Partido de Crédito Social de Alberta. El dirigente del partido, y por mucho tiem-

po (de 1943 a 1968) primer ministro provincial fue Ernest Manning, padre del actual líder del Partido Reformista, Preston Manning.

Ernest Manning propugnaba por un conservadurismo social, anti-socialista y de justicia religiosa. Su buena fortuna electoral se vio reforzada por el descubrimiento de petróleo, en 1947, en Alberta. El Partido de Crédito Social dejó de ser una fuerza política algunos años después de su retiro; pero antes, Manning publicó un libro titulado *Political Realignment in Canada*, en el cual propone una fusión de todos los partidos que simpatizan con el conservadurismo social para crear una única fuerza política capaz de derrotar a los liberales. Su intento, ligeramente velado, de ser electo líder del partido falló, y Manning desapareció de la escena política (fue nominado candidato al Senado por los liberales).

Muchas de las ideas de Manning fueron retomadas por su hijo, quien, como muchos conservadores, estaba desilusionado del gobierno que dirigía Mulroney. Los conservadores no sólo eran encabezados por un quebequense, sino lograron que se designara a la mayoría de los poderosos ministros de economía de Canadá occidental, e incluso comprometieron su influencia política tanto o más de lo que jamás había ocurrido entre los liberales. Ciertos grupos de interés afirmaron que las promesas gubernamentales en cuanto a restricciones fiscales eran sólo palabras y, por tanto, el déficit y la deuda habían aumentado.

Fue idea de Preston Manning celebrar una Asamblea Occidental para someter a su consideración si se formaba o no un nuevo partido político. Bajo su sagaz liderazgo, la Asamblea aprobó la formación del nuevo partido, adoptó una plataforma política, celebró una convención para fundarlo y se las arregló para presentar algunos candidatos en las elecciones generales de 1988. Todos los candidatos fueron derrotados, incluido el propio Manning; pero, al año siguiente, en elecciones secundarias, el Partido Reformista logró un escaño en la Cámara de los Comunes.

Manning trabajó incansablemente para aumentar las membresías de su partido. Convenció a sus seguidores de la necesidad de constituir un partido nacional y no sólo occidental. En 1992, con las elecciones en mente, el Partido logró un apoyo del 10 por ciento en las encuestas de opinión pública. Quizá el hecho más significativo de este periodo fue la oposición a las reformas constitucionales del Acuerdo de Charlottetown,

propuestas por Mulroney y los primeros ministros provinciales para obligar a Quebec a aceptar las enmiendas de 1982, mismas que se habían aprobado sin su consentimiento. Todos los gobiernos, el federal y los provinciales, y virtualmente todos los partidos de oposición, estuvieron a favor del Acuerdo, pero todos los dirigentes habían acordado someterlo a un referéndum nacional. Sólo el Partido Reformista se había opuesto al mencionado Acuerdo y parecía que ellos sí representaban el sentir popular y la opinión pública, más que los representantes electos. El Acuerdo fue rechazado por un 54 por ciento en el nivel nacional, y por márgenes más amplios en las provincias occidentales.

Al oponerse al Acuerdo, el Partido Reformista se abocó a diversos asuntos, incluyendo la representatividad garantizada de un 25 por ciento de escaños en la Cámara de los Comunes para Quebec, independientemente del número de habitantes. El Acuerdo pudo incluso haber logrado el reconocimiento de Quebec como una sociedad distinta. El referéndum había incrementado el perfil y la credibilidad del Partido y de su líder. Cuando se convocó a elecciones federales en septiembre de 1993, los conservadores tenían una nueva líder, Kim Campbell, pero una desastrosa campaña y la manifiesta animosidad contra Mulroney desembocó en el colapso de los votos de los conservadores y en una fácil victoria por mayoría para los liberales. El Partido Reformista salió de las elecciones no sólo como el tercer gran partido, con 52 escaños en comparación con los 54 del Bloque Quebequense, sino como el vocero indiscutible de la tendencia conservadora.

Los temas de campaña electoral incluían comprometerse a:

- balancear el presupuesto en un lapso de tres años;
- reducir los impuestos para la clase media;
- reformar drásticamente el plan de retiro para los miembros del Parlamento;
- permitir a las provincias contar con servicios de salud privados y el cobro extra de consultas privadas de los médicos;
- reducir la inmigración y hacer más difícil para los refugiados lograr su entrada a Canadá;
- crear un Senado basado en una representación igualitaria de las provincias, como medio de asegurar a las provincias pequeñas mayor representatividad en el centro;

- descentralizar el gobierno, confiando mayores responsabilidades a las provincias.

Al usar su representatividad en el Parlamento para lograr tales objetivos, el Partido Reformista mantuvo vigente el neoconservadurismo y colaboró al éxito de un partido afín en Ontario.

El gobierno constitucional de Ontario

El segundo sostén significativo del neoconservadurismo es el gobierno constitucional de Mike Harris, elegido en 1995 en Ontario. Durante muchos años, esta provincia había sido gobernada por una serie de primeros ministros provinciales conservadores muy tradicionalistas. Después de una década en la oposición, de 1984 a 1995, surgió el Partido Conservador Progresista, nuevo y diferente, valiéndose de la influencia del derecho estadounidense y del éxito del Partido Reformista.

El Partido Conservador Progresista desarrolló una campaña que denominó “la revolución del sentido común”, mediante la cual los conservadores propusieron un recorte de gastos de ocho mil millones de dólares canadienses. Prometieron grandes recortes a hospitales e internados, gobiernos municipales y de servicio civil provincial. También se comprometieron a reducir el presupuesto de asistencia social y a hacer que toda persona físicamente capacitada que estuviese viviendo de subsidios trabajara para poder recibir pagos de beneficencia. Con un déficit provincial de alrededor de diez mil millones acumulados durante los últimos diez años, los conservadores se comprometieron a balancear el presupuesto para el año 2000 y, al mismo tiempo, reducir la tasa del impuesto sobre la renta provincial en un 30 por ciento. En general, el gobierno ha cumplido con los propósitos anunciados, empezando por las reducciones a la asistencia social y de los impuestos. Independientemente de las críticas de los propios afectados por los recortes y una huelga del sector público sin precedente, el gobierno de Harris mantuvo una buena imagen oficial durante el primer año de gestión.

El ascenso de Harris al gobierno eclipsó el tercer y original pilar del neoconservadurismo: el gobierno de Ralph Klein en Alberta. Por más de medio siglo, los gobiernos de Alberta, cualesquiera que fuese su

denominación, se han orientado hacia el ala derecha del partido. Sin embargo, la gestión de Klein ofrece nuevas perspectivas relacionadas con el futuro del neoconservadurismo en Canadá.

El gobierno conservador de Alberta

Cuando Ralph Klein, alcalde de Calgary, se hizo cargo del Partido Conservador de Alberta, heredado de Don Getty en 1991, el partido enfrentaba una derrota inminente después de mucho tiempo en el poder. La provincia, rica en petróleo, y la única sin impuesto sobre la renta, presentaba déficit después de muchos años de haber obtenido enormes excedentes. Crecía el descontento contra el gobierno de ese entonces. Postulándose como candidato *antiestablishment* Klein logró, por muy escaso margen, el liderazgo del partido. Procedió con celeridad a tomar medidas para recortar presupuestos de programas sociales, educación y sistema hospitalario. Privatizó un buen número de funciones gubernamentales, incluida la venta de bebidas alcohólicas. Las medidas económicas adoptadas no fueron tan drásticas como las de Ontario pero, a pesar de la gran demanda de petróleo y otros recursos naturales, el gobierno de Alberta logró revertir el déficit en menos de tres años. Para mediados de 1996 enfrentó varias alternativas: reducir impuestos, pagar la deuda o restablecer alguno de los programas que había recortado. A diferencia de Ontario, Alberta decidió llevar a cabo la reducción de impuestos y, a la vez que su gobierno afirmó tener cierto interés en “invertir” fondos en programas sociales para sus habitantes, es cierto que el excedente se destinaría al pago de la deuda.

PERSPECTIVAS DEL NEOCONSERVADURISMO EN CANADÁ

Cada partido neoconservador enfrenta distintos problemas. El Partido Reformista tiene la tarea más difícil. Si quiere dejar de ser un partido de oposición de la región occidental para convertirse en un auténtico partido nacional, necesita ganar curules en Ontario. Esto hubiese sido relativamente fácil antes de la elección de Harris. Es muy improbable que los ontarienses apoyen el neoconservadurismo, tanto en el nivel federal

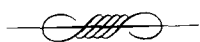
como en el provincial. El Partido Reformista se enfrenta también a un gobierno federal liberal que quiere atraer a los reformistas menos radicales, y a un Partido Conservador que sostiene que puede recuperar su antiguo estatus.

El desafío para el gobierno de Harris es la creación de empleos, que por la reducción de impuestos incrementa más aún el gran déficit global, independientemente de los numerosos —y dolorosos— recortes que impuso a la población. También tendrá que decidir si permite que Ontario mantenga una postura egoísta con respecto a Otawa y a las demás provincias en lo tocante a las negociaciones intergubernamentales.

La labor que enfrenta el gobierno de Klein es la que enfrenta cualquier gobierno que ha durado mucho tiempo en el poder. Debe mantener contacto con el electorado y evitar los escándalos. Su tarea se facilita, en cierta medida, por la ausencia de una oposición parlamentaria fuerte en Alberta.

Los tres partidos neoconservadores han propugnado, con escaso éxito, por una descentralización del gobierno federal, adjudicando cada vez más programas a los gobiernos provinciales. Los tres partidos comparten una posición reticente con respecto a conceder un trato especial a Quebec y a directrices políticas como el bilingüismo y cualquier otra acción que tienda a reforzar a las fracciones francoparlantes y otras minorías.

La insistencia en un gobierno de la mayoría y el pretender objetivos económicos por encima de los sociales constituyen una franca ruptura con las tendencias imperantes aceptadas por la sociedad canadiense que, con ocasionales desvíos, han mantenido siempre los gobiernos canadienses, independientemente del partido a que pertenezcan. Los quebequenses, cuyo apoyo a la federación, en el mejor de los casos, es condicional, serán los primeros en percatarse si la agenda de los neoconservadores los excluye, en la práctica, de una participación directa en la política de Canadá.



El resurgimiento de los movimientos conservadores en Estados Unidos y Canadá en la década de los noventa: ¿tendencia o moda?

*Earl H. Fry**

INTRODUCCIÓN

En las elecciones de noviembre de 1994, el Partido Republicano de Estados Unidos logró, por vez primera en cuarenta años, el control de ambas Cámaras del Congreso. Y, por primera vez desde el periodo de reconstrucción posterior a la guerra civil, los republicanos ganaron

* Profesor Bissel-Fullbright en relaciones Canadá-Estados Unidos, Centro de Estudios Internacionales, University of Toronto.

la mayoría de los escaños del Congreso en catorce estados sureños y fronterizos. El partido ganó también la mayoría de las gubernaturas, fenómeno que no había ocurrido desde 1970 y logró paridad con el Partido Demócrata en cincuenta legislaturas estatales (véase cuadro 1). En total, los republicanos ganaron doce gubernaturas, ocho curules en el Senado y 52 escaños en la Cámara, sin que ningún funcionario republicano en servicio fuera derrotado en la contienda por el Congreso o por las gubernaturas.

En Canadá, los movimientos conservadores, encabezados por Mike Harris en Ontario y Ralph Klein en Alberta, provincias que representan el 47 por ciento de la población total de Canadá, han iniciado cambios inusitados en programas de carácter fiscal y social. A nivel federal, el Partido Reformista, dirigido por Preston Manning, partido que ni siquiera existía sino hasta 1987, ha logrado 52 escaños en la Cámara de los Comunes y se avizora que en un corto plazo pueda ser tan reconocido como el Partido Oficial de Oposición a Su Majestad. Las elecciones parlamentarias de octubre de 1993 han sido llamadas “la revolución de la política en Canadá”, “un parteaguas en la historia política de Canadá” y “las elecciones más asombrosas en la historia de Canadá”.¹ En dichas elecciones, el Partido Reformista ganó el 16 por ciento de la votación nacional y acumuló 22 de los 26 escaños disputados en Alberta, y 24 de los 32 en Columbia Británica.

¿Por qué han logrado estos partidos tal fuerza durante la primera mitad de la década de los noventa y qué soluciones ofrecen al electorado estadounidense y canadiense? ¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre ambos movimientos conservadores en las dos naciones de América del Norte? Y más importante aún, ¿están destinados estos movimientos conservadores a dominar los respectivos gobiernos de Estados Unidos y Canadá más allá del año 2000, o habrá posibilidad de que surjan movimientos políticos más moderados e incluso liberales?

¹ La primera cita es de Allan Frizzell, Jon H. Pammett y Anthony Westell, eds., *The Canadian General Election of 1993* (Ottawa: Carleton University Press, 1994), 1. La segunda es de Trevor Harrison, *Of Passionate Intensity: Right-Wing Populism and the Reform Party of Canada* (Toronto: University of Toronto Press, 1995), ix. La tercera se encuentra en Anthony Westell, *Reinventing Canada* (Toronto: Dundurn Press, 1994), 10.

INQUIETUDES SOCIALES Y EL DESLUMBRAMIENTO
DE LOS MOVIMIENTOS CONSERVADORES

Este artículo se enfocará a analizar el viraje hacia la derecha del Partido Republicano de Estados Unidos, el gran viejo partido (*Grand Old Party*, en inglés), y las políticas conservadoras del Partido Reformista canadiense y de los partidos (regionales) progresistas conservadores de Ontario y Alberta. También examinará brevemente el conservadurismo fiscal, defendido por el movimiento político nacional dominante, el Partido Liberal, encabezado por el primer ministro Jean Chrétien. No se analizarán los movimientos extremistas de derecha o los que están al margen de la legalidad, como la Sociedad John Birch, el Ku Klux Klan, las Naciones Arias o los grupos de mercenarios, ya que rebasan la perspectiva de este artículo.²

Estados Unidos

El apoyo electoral acumulado por estos grandes movimientos conservadores en Estados Unidos y Canadá es atribuible a las soluciones que proponen sobre los enormes desafíos que enfrentan ambas naciones. En Estados Unidos, éstos son:

Deuda gubernamental sin precedente. Hablando en términos absolutos del dólar, la deuda federal del gobierno de Estados Unidos es la mayor del mundo, a pesar de que su cifra con respecto a su PIB la clasifica a la mitad de entre las grandes naciones occidentales.

La deuda se ha incrementado de un rango de novecientos mil millones de dólares en 1980 a aproximadamente cinco billones de dólares para finales de 1995, esto es, más o menos, 19 000 dólares per cápita. El gobierno de Estados Unidos también ha presentado un déficit presupuestario anual durante cada uno de los últimos 27 años, y se espera que este patrón continúe cuando menos en los próximos siete años.

² Estos movimientos se discuten en David H. Bennett, *The Party of Fear: The American Far Right from Nativism to the Militia Movement*, edición revisada (Nueva York: Vintage Books, 1995), 409-475. Los movimientos canadienses de "extrema derecha" son examinados en *Maclean's*, 8 de mayo 1995, 34-40.

Gran déficit comercial. Estados Unidos es el país importador y exportador más grande del mundo; sin embargo, se ha visto afectado durante muchos años por un déficit considerable a nivel mundial en las cuentas corrientes e industriales. En términos absolutos del dólar, 1995 fue uno de los peores años de su historia, aunque no como porcentaje del PIB.³ Además, el comercio internacional tiene una influencia cada vez mayor en la economía estadounidense en general; en 1995 el comercio equivalía al 25 por ciento de su PIB en comparación con el 10 por ciento que representaba en 1960. La actitud del público en lo que respecta a una integración económica regional, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), es muy variada, con volúmenes comerciales que alcanzaron cifras récord entre Estados Unidos, Canadá y México en 1995; sin embargo, Estados Unidos, en particular, sufrió un déficit comercial de mercancía sin precedente con ambos vecinos.

Deuda externa. Estados Unidos se clasificaba como el mayor acreedor del mundo, desde finales de la primera guerra mundial hasta finales de los años ochenta. En términos absolutos del dólar, es ahora el mayor deudor del mundo, que debe a extranjeros cerca de setecientos mil millones de dólares más de lo que los extranjeros debían a Estados Unidos a finales de 1994.⁴ Además, Estados Unidos es la más importante nación anfitriona de inversiones directas internacionales, un tipo de inversión para inversionistas o compañías extranjeras con porcentaje mayoritario en empresas cuyas matrices están en ese país. Estas inversiones alcanzaron 504 000 millones de dólares a finales de 1994, en comparación con los 83 000 millones de 1980.⁵ Más de cinco millones de estadounidenses trabajan actualmente para estas compañías extranjeras dentro de Estados Unidos.

³ La cuenta corriente es la medida más amplia para el comercio de bienes, servicios y transferencias.

⁴ *Survey of Current Business*, varios, y *Statistical Abstract of the United States*, varios. A pesar de la dificultad que implica calcular la deuda externa de Estados Unidos, al finalizar 1994 su cifra alcanzaba los 680 000 millones de dólares estadounidenses. Los extranjeros también controlaban cerca de 3 billones de dólares en bienes en los Estados Unidos, en comparación con los 2.3 billones de dólares, controlados por los inversionistas estadounidenses en el extranjero. En relación con el PIB de Estados Unidos, la deuda externa es mucho menor que la de los más importantes países en desarrollo y mucho más baja que la de Canadá.

⁵ *Survey of Current Business* (marzo 1995): 80 e *ibid.* (agosto 1995): 62.

El crimen e inseguridad personal. De entre los 25 países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) Estados Unidos tiene el más alto índice de homicidios, el mayor de cargos presentados por violación y el mayor en cuanto a personas encarceladas, de las cuales 1100 000 están internados en instituciones locales, estatales y federales, según datos de junio de 1995; esto representa más del doble de la cifra de 1980.⁶ Además, la población de las prisiones estadounidenses ha ido aumentando desde 1980 en una tasa doce veces más alta que la de la inscripción a la universidad y a la educación media superior.⁷ Muchos estadounidenses consideran que hay una creciente inseguridad de los individuos y un aumento en la ilegalidad, incluso cuando el crimen, en general, y los índices de homicidios han disminuido en los últimos tres años.⁸

Deterioro de los valores sociales y de las costumbres. George Gallup, quien se hizo famoso haciendo encuestas de opinión pública, ha concluido que los estadounidenses “están más preocupados en la actualidad por el estado de la moral y de la ética en su nación, de lo que han estado en cualquier momento de las últimas seis décadas, según indican encuestas científicamente realizadas”.⁹ Desde 1960, el índice de divorcios se ha más que duplicado, la tasa de suicidios de adolescentes se ha triplicado, y el número de hogares indigentes se ha más que triplicado, de 2.6 millones a 8.8 millones, a pesar de los innumerables programas gubernamentales federales dedicados a erradicar la po-

⁶ La tasa de homicidios en Estados Unidos permanecía en nueve de cada cien mil personas en 1994, en comparación con dos en Canadá y 1.4 en Inglaterra y Gales. Las denuncias por violación fueron 118 de cada cien mil mujeres entre los 15 y los 59 años de edad, durante los años 1987-1989, que son los últimos datos disponibles. Esta cifra era casi tres veces mayor que la del segundo lugar, Suecia, y cinco veces mayor que la de Canadá, 23 de cada 100 000 mujeres. La tasa de encarcelamiento era de cinco a ocho veces mayor que la que se encontró en diversos países europeos. Véase *Reuters Newswire*, 2 de agosto 1995; *Daily Herald* (Provo, Utah), 14 de diciembre 1995, p. 1(E); y *USA Today*, 10 de agosto 1995, p. 3(A). *Ibid.*, 4 de diciembre 1995, p. 4(A).

⁷ *The Washington Post*, 4 de diciembre 1995, p. 4(A), y *The Rocky Mountain News*, 12 de marzo 1995, página editorial.

⁸ *The New York Times*, 31 de diciembre 1995, p. 13(I). En 1995, Estados Unidos tuvo la más baja tasa de crímenes violentos desde principios de los setenta.

⁹ *The Economist*, 11 de noviembre 1995, 28.

breza.¹⁰ Del total de nacimientos registrados en 1994, un tercio provenía de madres solteras, más del 7.7 por ciento de 1965. Esta cifra incluía un 25 por ciento de niños blancos y más de dos tercios de bebés afro-americanos.¹¹

En el mismo año, el 21.8 por ciento de los menores de 18 años vivía en condiciones de pobreza total. Este porcentaje aumentó a 52.9 por ciento en el caso de hijos de mujeres que fungían como jefas de familia, pero bajó a 10.8 por ciento en hogares donde vivían ambos padres.¹² Aproximadamente el 40 por ciento de los menores se cría en hogares sin padre. Muchos estadounidenses estarán, entonces, de acuerdo con el enunciado, válido o no, de que la disolución familiar y la pobreza contribuyen a las enfermedades de la sociedad. El catedrático de Princeton John J. DiIulio comparte este temor, en el sentido de que Estados Unidos está criando una generación de muchachos “sin padre, sin Dios, sin trabajo”.¹³ Muchos estadounidenses se preguntan cómo es posible que su país pueda gastar 14 por ciento de su PIB en el sector salud más de lo que gasta cualquier otro país de la OCDE y tener, sin embargo, cuarenta millones de personas sin seguro médico alguno.¹⁴

Canadá

Los grandes retos que enfrenta Canadá, que se han aunado al encanto del movimiento conservador en ciertas partes del país, incluirían los siguientes:

¹⁰ *Ibid.* y *Dayton Daily News*, 16 de noviembre 1995, p. 15(A). De acuerdo con lo expresado por el National Center for Health Statistics, la tasa de divorcios, que era de 2.2 por mil en 1960, llegó hasta 5.3 en 1979 y 1981, antes de estabilizarse en 4.6 en 1993 y 1994.

¹¹ *Deseret News* (Salt Lake City), 12 de febrero 1995, p. 2(V), y *The Economist*, 9 de septiembre 1995, 19.

¹² *Heritage Foundation Reports*, 12 de octubre 1995, 1.

¹³ *Atlanta Constitution*, 28 de noviembre 1995, p. 23(A), y *The Denver Post*, 26 de noviembre 1995, p. 1(A). Un estudio de una oficina judicial indica que 7 de cada 10 jóvenes que cumplen condenas de largo plazo en correccionales no vivían con sus padres durante sus años de crecimiento; véase *Arizona Republic*, 30 de octubre 1995, p. 4(B). Sin embargo, no puede inferirse un parámetro que asegure que la mayoría de niños de familias donde la madre es la jefa de familia sean, en el futuro, cargas para la sociedad o personas sin respeto por la ley.

¹⁴ *Facts on File World News Digest*, 19 de octubre 1995.

El estatus futuro de Quebec. Aún después de finalizar la batalla del referéndum del 30 de octubre de 1995, mediante el cual los quebequenses rechazaron por muy estrecho margen la opción de su soberanía (50.6 por ciento contra 49.4), muchos canadienses temen que su país se desintegre o bien que sufra cambios sumamente drásticos. Así, la encuesta *The National/Macleans* llevada a cabo en diciembre de 1995, reveló que un tercio de los canadienses opinó que su país cambiará drásticamente en un futuro tan cercano como el año 2000.¹⁵

Se espera que en 1999, después de tres años de que asuma Lucien Bouchard el cargo de primer ministro de Quebec, se solicite otro referéndum por la soberanía. Ya que, ciertamente, Bouchard está contando con la incapacidad de los líderes políticos de Ottawa y del resto de Canadá para configurar un paquete de concesiones para Quebec (veto constitucional, reconocimiento constitucional del estatus de Quebec como una sociedad distinta, transferencia de mayor poder del gobierno federal al gobierno provincial de Quebec, etc.) que sin duda será satisfactorio para la mayoría de los electores de Quebec. En consecuencia, los canadienses que no pertenecen a Quebec se verán frente a una dura realidad política, sujeta a lo que determine esa provincia y a la interrogante sobre si el resto de Canadá podría sobrevivir y prosperar en el caso de que Quebec forme un Estado-nación aparte.

Cargas onerosas del gobierno provincial y federal. En proporción, la deuda gubernamental federal de más de 570 000 millones de dólares canadienses al final del ejercicio fiscal 1995-1996 resultó peor que la deuda de Washington. En la actualidad, Ottawa gasta 27 centavos de cada dólar del presupuesto para cubrir los intereses de esta deuda, en comparación con los 15 centavos que gasta Washington por el mismo concepto. En términos relativos, los diez gobiernos provinciales tienen también una carga mucho más onerosa por la deuda que los cincuenta gobiernos estatales de Estados Unidos juntos. La deuda total de los gobiernos provinciales está en el rango de los doscientos mil millones de dólares canadienses y Ontario y Quebec están clasificados como los dos gobiernos no centrales más endeudados del mundo.

¹⁵ *CBC Sunday Report*, 17 de diciembre 1995.

Dependencia de la economía de Estados Unidos. Los canadienses continúan preguntándose seriamente acerca del costo político y económico del Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos (ALC) y sobre el acuerdo que lo reestructuró en 1994: el TLC actual. Durante el otoño de 1995, las exportaciones de Canadá en el ramo de bienes y servicios representaron el 36.6 por ciento del PIB, el mayor porcentaje entre los países que forman el Grupo de los Siete; aun mayor que el 26.3 por ciento de 1992 y que el 17 por ciento de 1960.¹⁶ Entre 1988 y 1993, el comercio de bienes y servicios recíproco entre los dos vecinos de América del Norte aumentó un sólido 31 por ciento.¹⁷ Más del 80 por ciento de las exportaciones actuales de Canadá se destinan al mercado estadounidense, las cuales representan más del 25 por ciento de su PIB. Asimismo las fábricas canadienses producen, actualmente, más para consumo de Estados Unidos que para el propio;¹⁸ lo cual tiene como resultado que muchos canadienses temen que esta dependencia económica de Estados Unidos los lleve a una pérdida parcial de su soberanía política y económica aun cuando Canadá obtuvo excedentes por el comercio de mercancías con Estados Unidos, tanto en 1994 como, nuevamente, en 1995.¹⁹

Sin embargo, préstamos excesivos del gobierno federal y provincial, solicitados ante los mercados financieros estadounidenses, más la tendencia de los canadienses de pasar sus vacaciones de invierno en lugares templados como Florida, han contribuido en gran medida al incremento del déficit en el sector de los servicios. Más aún, las deudas a los inversionistas extranjeros incrementan el sentimiento de vulnerabilidad y de sometimiento económico a la comunidad financiera de Estados Unidos.

Deterioro de la calidad de vida en Canadá. Cuando se pregunta a los canadienses si su calidad de vida es mejor o peor que en el pasado, o si sus hijos

¹⁶ *The Globe and Mail*, 14 de diciembre 1995, p. 15(B).

¹⁷ *The Financial Post*, 1 de diciembre 1995, 9. Estas son estadísticas "ajustadas"; tanto Otawa como Washington las han aceptado.

¹⁸ Aproximadamente 46 por ciento de productos industriales de Canadá se venden a Estados Unidos, en comparación con el 45 por ciento vendido en Canadá. Véase *ibid.*, 3 de junio 1995, 7.

¹⁹ A pesar de que la exportación de mercancías de Canadá a Estados Unidos aumentó drásticamente en 1995, y de que los excedentes comerciales de Canadá fueron de cerca de 32 mil millones de dólares canadienses, 44 por ciento de los entrevistados por Environics, en el otoño de 1995, opinaron que el TLC ha dañado a su país, contra el 34 por ciento que dijeron verlo como una ayuda a Canadá. Véase *The Globe and Mail*, 13 de noviembre 1995, p. 3(A).

tendrán semejante o mejor estilo de vida que ellos, responden con una negativa, cada vez más frecuentemente. Uno de cada tres canadienses considera que Canadá empeorará como lugar para vivir en el año 2000.²⁰ El crimen es visto como una amenaza a la calidad de vida, aunque sus índices son mucho más bajos que en Estados Unidos y, aun cuando, la tasa de homicidios presentada en 1994 fue la más baja en 25 años, sigue siendo un 50 por ciento más alta que en Inglaterra, y sobre todo, se incrementaron los crímenes violentos: en un 40 por ciento los cometidos por adultos, entre 1986 y 1994, y en un 124 por ciento los perpetrados por jóvenes.²¹ El número de divorcios casi se duplicó entre 1981 y 1991, y el 13.1 por ciento de familias canadienses resultó que eran encabezadas por un solo padre, más del 11.8 por ciento de hace sólo cinco años.²² Aproximadamente uno de cada seis canadienses vive en la pobreza, lo cual incluye cerca del 60 por ciento de madres solteras mayores de 25 años, 97 por ciento de aquéllas menores de 25 y cerca del 20 por ciento del total de niños canadienses.²³ El número de habitantes de ese país que recibe pagos de la asistencia social pasó de 1.4 en 1981 a 3.1 millones en 1995; en tanto que el costo de los beneficios de asistencia ha superado cuatro veces su valor durante el mismo periodo, de 3.2 mil millones a 14 mil millones de dólares canadienses.²⁴ Los salarios reales en todo Canadá, en promedio, se han estancado desde la mitad de la década de los setenta y el ingreso por familia apenas se ha incrementado desde 1981, a pesar de la tendencia actual de que ambos padres trabajen.²⁵

Los canadienses están cada vez más preocupados porque aquello que distingue a su país se está erosionando. Cuando se les pregunta qué

²⁰ *Maclean's*, 25 de diciembre 1995, 16.

²¹ *The Buffalo News*, 7 de agosto 1995, p. 4(A), y *Reuters Newswire*, 2 de agosto 1995. Una encuesta realizada por la agencia Angus Reid, en agosto de 1995, demostró que los temas crimen y justicia son considerados entre "los más importantes" que preocupan a los canadienses.

²² Barbara Law, ed., *Corpus Almanac and Canadian Sourcebook* (Southam, Ont.: Don Mills, 1994), 5-9 y 5-12.

²³ Algunas de estas estadísticas fueron recopiladas por el National Council on Welfare, grupo de ciudadanos financiados por el Estado: se considera "pobre" a la persona que destina más de 56.2 por ciento de su ingreso neto para satisfacer las necesidades de la vida. Véase *The Buffalo News*, 3 de julio 1994, p. 10(A); *The Globe and Mail*, 13 de noviembre 1995, p. 7(B) e *ibid.*, 25 de noviembre 1995, p. 10(A); *The Toronto Star*, 24 de noviembre 1995, p. 6(A). El número de niños que viven en la pobreza alcanzó el 34 por ciento entre 1989 y 1994.

²⁴ *Maclean's*, 4 de diciembre 1995, 34.

²⁵ John Crispo, *Making Canada Work* (Toronto: Random House, 1992), 2.

es lo que los “caracteriza” y los diferencia de otros países, responden que, por sobre todas las cosas, son sus programas sociales.²⁶ Sin embargo, debido a las enormes reducciones en las asignaciones presupuestales, tanto en el gobierno federal como en los estatales, en los rubros de salud, asistencia y seguros de desempleo, los canadienses se muestran más inseguros en lo relacionado con su sistema de seguridad social y el sentido de protección que éste había ofrecido a su país, sobre todo en vista de que se prevén reducciones futuras mucho más drásticas.²⁷

LAS SOLUCIONES DE LOS CONSERVADORES

En ambos países, los conservadores han reaccionado a los temores de sus conciudadanos proponiendo: 1) reducción del aparato gubernamental; 2) descentralización del poder del gobierno; 3) restricciones fiscales que incluyen presupuestos balanceados y recortes de impuestos; 4) grandes reformas de la asistencia pública, lo que implica mejor servicio a menor costo; 5) reforma sustancial a la titularidad de funcionarios gubernamentales y 6) políticas estrictas contra los índices de criminalidad.²⁸

²⁶ *Maclean's*, 1 de julio 1995, 15. El 38 por ciento dio esta respuesta, mientras que el 23 por ciento se mostró preocupado por lo que puede afectarles la inseguridad pública, siendo Canadá un país tradicionalmente no violento.

²⁷ *Ibid.*, 13 de noviembre 1995, 58. En términos de lo que se espera acerca de los programas del sector salud, el 58 por ciento supone que éstos serán peores en diez años más.

²⁸ Para mayores datos sobre el neoconservadurismo en Estados Unidos, véanse Irving Kristol, *Neoconservatism* (Nueva York: Free Press, 1995) y John Ehrman, *The Rise of Neoconservatism: Intellectuals and Foreign Affairs, 1945-1994* (New Haven: Yale University Press, 1995). Kristol considera que los tres pilares del moderno conservadurismo son la religión, el nacionalismo y el crecimiento económico (365). En el campo de la política exterior, Ehrman retrata a los neoconservadores como los creyentes en la superioridad de los valores democráticos estadounidenses, quienes apoyan una visión limitada de los intereses vitales de Estados Unidos fuera de su país. Por ejemplo, él arguye que la mayoría de los neoconservadores se opondrían a que fuerzas militares estadounidenses se destinasen a la antigua Yugoslavia (viii, 194 y 206). Casi todos los conservadores estarían de acuerdo en reducir el presupuesto gubernamental y en la disminución del alcance de la perspectiva de las actividades gubernamentales. James Bovard, en su libro *Lost Rights: The Destruction of American Liberty* (Nueva York: St. Martin's Press, 1994), 1 y 3, señala que los estadounidenses de hoy en día deben obedecer treinta veces más leyes que sus bisabuelos al inicio de este siglo, y que el gasto del gobierno federal se ha multiplicado de menos de cien mil millones de dólares en 1963 a 1.5 billones de dólares en 1995. Añade que la actual “política de impuestos y de asistencia social maximiza las recompensas debidas a la dependencia e impone castigos por tener confianza en sí mismos” (333-334).

En términos del TLC, los conservadores estadounidenses no tienen posibilidades de actuar, ya que muchos de ellos apoyan el libre comercio regional, pero otros como Pat Buchanan y Ross Perot consideran que el TLC es “una aspiradora gigante” que arrastra las oportunidades de trabajo de Estados Unidos al sur, a México. En Canadá, los que apoyan al Partido Conservador y al Reformista están a favor del TLC y de tener relaciones más estrechas con Estados Unidos e insisten en que el nacionalismo económico se diluye frente a la globalización y, en última instancia, sólo arruinaría la economía canadiense.

Estados Unidos

Los republicanos, encabezados por Newt Gingrich, obtuvieron una gran victoria electoral en 1994, debido al enorme desencanto que ha causado el gobierno federal, en general, y la administración de Clinton en particular. Más aún, el nuevo Contrato con América, el cual prometía cambios demoledores en un lapso muy breve, logró contar con un apoyo decisivo del electorado. Las disposiciones más relevantes del Contrato, así como su estado actual en el Capitolio, se muestran en los cuadros 2 y 3. Estas disposiciones estaban enfocadas a mitigar la preocupación de los electores acerca del tamaño del gobierno y la falta de respuesta a las necesidades del electorado por parte de aquél y de los funcionarios elegidos en el área de influencia de Washington; también a apoyar la disminución de impuestos; al deseo de contar con medidas más severas para combatir el crimen y a la necesidad de desalentar la “dependencia” existente, en cuanto a pagos y servicios por parte del gobierno.

Si la racha en favor de los republicanos persiste, deben tener una actuación estelar en las próximas elecciones. Sus objetivos son: 1) aumentar la mayoría republicana en la Cámara de Representantes y consolidar su ascendencia en el sur de Estados Unidos; 2) lograr, cuando menos, sesenta curules en el Senado, lo cual les permitiría refrenar los debates camerales en asuntos de particular importancia y cuidar que no se empantane la legislación, debido a los filibusteros de los demócratas; y 3) recuperar la Casa Blanca, la cual ha estado la mayor parte del tiempo, en manos republicanas, desde 1969.

Será muy difícil para el gran viejo partido lograr estas maravillosas metas, pero, a menos que los republicanos se autodestruyan durante las campañas para las elecciones primarias y generales, tienen una posibilidad razonable de mantener el control sobre el Senado, quizá sobre la Cámara de Representantes y, casi con toda certeza, obtener la mayoría de las gubernaturas. Sus oportunidades de reconquistar la Casa Blanca dependerán del arrastre de los candidatos seleccionados para presidente y vicepresidente, y de la percepción de los electores en relación con su muy personal idea de la seguridad económica y del manejo que haga Clinton de la economía estadounidense, así como de si el candidato independiente que se designe presenta su candidatura bajo los auspicios del nuevo Partido de la Reforma.

Francamente, 1995 fue todo menos un año “estelar” para la “nueva revolución” de Newt Gingrich. Primero porque Gingrich entendió que el gobierno federal no puede manejarse desde la Cámara de Representantes. Muchas reformas de ley fundamentales, aprobadas por la Cámara, se rezagaron o su importancia se diluyó significativamente en el Senado. Aun cuando el Senado está controlado por los republicanos, sus miembros son, la mayoría, gente de más edad, que se ha habituado a hacer en Washington, D.C. las cosas “como de costumbre”. Así simplemente, muchos senadores no quisieron refrendar algunos de los audaces programas propuestos por los republicanos de la Cámara, y partes de la legislación que sí se aprobaron del Contrato con América con frecuencia fueron vetadas por el presidente Clinton, ya que los republicanos no lograron el apoyo de los dos tercios necesarios requeridos en ambas Cámaras del Congreso para anular el veto presidencial.

Como consecuencia, no se logró mucho durante el primer año de la “nueva revolución”, y tanto el control republicano del Congreso como el demócrata de la Casa Blanca contribuyeron al ambiente de empantanamiento (*gridlock*) interno, situación que el pueblo estadounidense deplora.

De hecho los fundadores de Estados Unidos establecieron un sistema que facilita este empantanamiento o “candado” debido a su temor de concentrar demasiada autoridad política en las manos de cualquier individuo o partido. Ellos establecieron un sistema de equilibrio de poder que divide la autoridad gubernamental nacional entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, añadieron un sistema de división de po-

deres que confiere autoridad a los gobiernos estatales y el nacional, e incluyeron la Décima Enmienda a la Constitución, la cual estipula que aquello que no esté específicamente asignado al gobierno nacional pertenece automáticamente a los gobiernos de los estados y al pueblo. El denominado “candado” se manifiesta, sobre todo, cuando uno de los partidos políticos más importantes controla la Casa Blanca y el otro partido, por lo menos una de las Cámaras del Congreso. Este fue el caso de 1995, momento en el que el incidente más exasperante, según el pueblo estadounidense, consistió en el fracaso al instaurar un nuevo presupuesto para el año fiscal que comenzaba el día 1 de octubre de ese año, lo cual trajo como consecuencia los dos cierres de algunas oficinas de la burocracia gubernamental nacional. Para principios de 1996, un sólido 60 por ciento del pueblo estadounidense se manifestó en desacuerdo con el desempeño del Congreso, dominado por los republicanos.²⁹

En segundo lugar, Gingrich y sus cohortes parecen olvidar que el pueblo estadounidense está constituido por personas de tendencia moderada que desean que los cambios se hagan de manera gradual. A pesar de que el sesgo de la política de Estados Unidos recientemente se ha inclinado un poco hacia el lado conservador, los electores “castigan” a los partidos políticos si tienden a inclinarse demasiado, bien a la derecha, bien a la izquierda. Ejemplo de este fenómeno es la desastrosa actuación de Barry Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964, así como el igualmente triste desempeño de George McGovern en las elecciones de 1972. Incluso, a muchos estadounidenses no les gusta siquiera el término “revolución” que usan con mucha frecuencia los congresistas republicanos. El electorado sí quiere cambios, y está en franco desacuerdo con la sujeción en las esferas de poder, pero quiere que el cambio sea razonable, equitativo y gradual. Además, quiere balancear el presupuesto y retener, a la vez, muchos programas sustantivos, tarea que será muy difícil de lograr. El gobierno gasta cerca del 36 por ciento de su PIB en los niveles local, estatal y federal, significativamente menos que la mayoría de las naciones de la OCDE y menos aún que el poco más del 50 por ciento que gasta Francia o del 60 por ciento que gasta Suecia.³⁰ A esto habrá que añadir

²⁹ *The New York Times*, 25 de enero 1996, p. 8(A). Estos fueron los datos que arrojó una encuesta efectuada por el *New York Times* y el programa noticioso *CBS's News*.

³⁰ *The Wall Street Journal*, 29 de diciembre 1995, p. 6(A).

que la parte del presupuesto que se dedica al gobierno federal ha caído del 24.4 por ciento de su PIB en el año fiscal 1983 a 21.6 por ciento en 1994, y continuará bajando previsiblemente en el futuro incluso si carece de un acuerdo para mantener equilibrado el presupuesto.³¹ En consecuencia, los republicanos del grupo de Gingrich se han colocado a sí mismos en una encrucijada, debido a su excesiva retórica y a la promesa de lograr cambios fundamentales en el gobierno, sin que el estadounidense promedio sufra el más mínimo dolor y desubicación.

En tercer término, la imagen que proyectan los republicanos tiende a favorecer los intereses de los ricos, en una época que se caracteriza por la acumulación sin precedente de la riqueza en la sociedad estadounidense. Por ejemplo, muchos congresistas republicanos apoyan resueltamente una reducción del impuesto sobre las ganancias de capital y otras contribuciones que parecen favorecer a los más ricos, en tanto que, al mismo tiempo, votan para cortar asignaciones asistenciales a los pobres y desposeídos con el fin de equilibrar el presupuesto gubernamental federal en un lapso de siete años. Este tipo de opciones políticas se han propuesto, a pesar de que la disparidad del ingreso de las familias estadounidenses es mucho mayor que cualquiera desde que la Oficina del Censo empezó a recabar datos estadísticos al respecto, en 1947, y de que la brecha entre ricos y pobres se ha ensanchado más que en cualquier otra sociedad occidental importante.³² Más de 38 millones de personas viven en el límite de la pobreza en Estados Unidos, lo cual incluye un niño de cada cuatro menor de seis años.³³ De las familias más acaudaladas de Estados Unidos, el 1 por ciento posee cerca del 40 por ciento de las riquezas nacionales, y el 20 por ciento controla el 80 por ciento de la riqueza.³⁴ A partir de 1973, los ingresos reales del 20 por ciento de trabajadores que menos sueldo perciben se han reducido en casi una cuarta parte.³⁵ Los

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, 23 de mayo 1995, p. 20(A) y *The New York Times*, 17 de abril 1995, p. 1(A) y p. 4(D).

³³ *The Wall Street Journal*, 6 de octubre 1995, p. 2(A). Las cifras correspondientes a niños pobres son de 1992 y fueron recopiladas por el National Center for Children in Poverty. Véase *USA Today*, 31 de enero 1995, p. 5(A).

³⁴ El monto de la riqueza controlada por el 1 por ciento de los más ricos representa el doble del porcentaje de Inglaterra, el país con la mayor desigualdad entre los países más importantes de Europa occidental. Véase *The New York Times*, 17 de abril 1995, p. 1(A) y p. 4(D) y 18 de abril 1995, p. 16(A).

³⁵ *Ibid.*, 12 de enero 1996, p. 13(A).

más afectados han sido los trabajadores jóvenes de sexo masculino que sólo tienen educación secundaria y cuyo ingreso, entre 1973 y 1993, cayó 30 por ciento en términos reales.³⁶ En contraste, los honorarios pagados a un alto ejecutivo de empresa y de la industria son actualmente 120 veces más que el salario pagado al obrero promedio, y más de 35 veces que lo percibido en 1974.³⁷ La habilidad de los sindicatos para negociar mejores contratos para sus trabajadores también ha disminuido, y la afiliación a sindicatos en el sector privado ha caído del 36 por ciento de trabajadores afiliados en 1953 al 11 por ciento en 1995.³⁸ A los ojos de muchos de los electores, la meta republicana es hacer a los ricos más ricos y a los pobres más pobres; y tal imagen podría deteriorar las oportunidades electorales del viejo gran partido.

Finalmente, las filas mismas de los conservadores están divididas en varios campos. La Coalición Cristiana tiene muchos simpatizantes en ciertos estados e insiste en que los candidatos pasen la “prueba de fuego”, lo cual significa que se presenten como fieles partidarios contra el aborto, postura que no comparte la mayoría de los electores estadounidenses. Otros conservadores difieren en cuanto al tradicional apoyo al libre comercio y exigen políticas comerciales más severas con sus grandes socios mercantiles, especialmente con Japón, China y México. Esta ala de los conservadores, que tiende al populismo, al proteccionismo, a mantener lo propio y a ser aislacionista, ha encontrado un excelente eco en los movimientos encabezados por Pat Buchanan y Ross Perot.³⁹

³⁶ *The Wall Street Journal*, 23 de mayo 1995, p. 20(A).

³⁷ *The Washington Post*, 12 de noviembre 1995, p. 2(C).

³⁸ *The Wall Street Journal*, 1 de septiembre 1995, p. 6(A) y *The New York Times*, 16 de abril 1995, p. 1(IV). Además, el número de huelgas en las que participaron mil o más trabajadores, alcanzó la cifra más baja en cincuenta años en 1995, la mitad del total de una década atrás y una octava parte de lo acontecido hace veinte años. Una razón fundamental de la falta de huelgas es, aparentemente, el temor de los huelguistas a que los administradores contraten otros trabajadores para reemplazarlos. Véase *The New York Times*, 29 de enero 1996, p. 1(A).

³⁹ Ross Perot obtuvo casi el 19 por ciento del voto nacional en 1992, el mayor porcentaje obtenido por un candidato independiente desde que Theodore Roosevelt encabezó un tercer partido en 1912. Perot gastó aproximadamente 62 millones de dólares de su bolsillo en un esfuerzo por ganar en 1992; véase *The New York Times*, 23 de enero 1996, p. 6(A). Para lanzar su candidatura en 1996 formó el Partido de la Reforma.

Canadá

El conservadurismo canadiense está, generalmente, a la izquierda del estadounidense, debido al amplio apoyo que brinda a los programas de salud, bienestar y seguro de desempleo. La naturaleza universal de algunos de estos programas ha sido atacada por muchos grupos conservadores, y algunos de los programas se han recortado en un esfuerzo por equilibrar los presupuestos provinciales y nacionales. Sin embargo, la mayoría de los conservadores canadienses cree en un sistema de beneficios sociales mucho más amplio y en una mayor intervención del gobierno en el sector económico, a diferencia de lo que piensan sus homólogos estadounidenses. La influencia de grupos religiosos en los movimientos conservadores es menos acentuada en Canadá, especialmente en un asunto tan debatible como el aborto.

El mayor movimiento conservador a nivel político nacional en Canadá es el Partido Reformista, encabezado por Preston Manning. Manning y sus seguidores esperan reemplazar al Partido Conservador Progresista como el movimiento político más importante de la derecha. Los conservadores del Partido Progresista han sido una institución en la política canadiense desde que se formó la Confederación, en 1867, siendo el primer ministro, *sir* John A. Macdonald, su portaestandarte. En años recientes, los conservadores progresistas han sido encabezados por Brian Mulroney, el más decidido partidario del ALC y del TLC en todas sus fases. Sin embargo, en las elecciones de 1993, el partido, que había ganado 169 curules en las elecciones anteriores, sólo obtuvo dos; y, en la actualidad, ni siquiera califica como partido parlamentario oficial. Parte de sus antiguos simpatizantes de Ontario y del Oeste fueron captados por el Partido Reformista, y los que lo apoyaban en Quebec se sumaron al Bloque Quebequense de Lucien Bouchard. Los conservadores progresistas todavía están representados sólidamente en el Senado canadiense y dirigen gobiernos provinciales en Ontario, Alberta y Manitoba. Sin embargo, este movimiento, cuyo dirigente es el muy capaz Jean Charest, está en peligro de verse eclipsado por el Partido Reformista en futuras elecciones parlamentarias.⁴⁰

⁴⁰ Para poder conocer las promesas del Partido Conservador Progresista, véase David McLaughlin, *Poisoned Chalice: The Last Campaign of the Progressive Conservative Party?* (Toronto: Dundurn Press, 1994).

Tres años después de asumir el poder el Partido Reformista se ha comprometido a equilibrar el presupuesto gubernamental federal, descentralizar la autoridad gubernamental, privatizar la mayoría de las empresas que ahora posee el Estado, corregir los errores y defectos del Senado, y tener mano dura contra el crimen. Se opone también, vehementemente, al reconocimiento oficial de Quebec como una sociedad distinta, ni mejor ni peor que cualquiera de las otras nueve provincias. Asimismo propugna por acabar con el bilingüismo oficial y por hacer más rigurosos los requisitos para inmigrantes que deseen entrar a Canadá.

A menos que Quebec se separe, será muy difícil para el Partido Reformista consolidar un gobierno nacional en un futuro próximo. Este partido es todavía, en esencia, un partido de oposición básicamente de la región del oeste, que cuenta con sólido apoyo de Alberta y de Columbia Británica. No hay duda que podría ganar algunos escaños adicionales en Saskatchewan y Manitoba, y otros más en la parte rural de Ontario; sin embargo, en Quebec casi no existe representación alguna de este partido y su futuro electoral en la costa atlántica de Canadá se vislumbra bastante sombrío. Preston Manning no es popular en gran parte de Canadá central y del Atlántico, y muchos canadienses, que no pertenecen a la zona del oeste, ven al partido como excesivamente extremista y muy al estilo de Newt Gingrich. Además, es difícil imaginarse cómo un Senado electo con poderes amplios y una Cámara de los Comunes sin una seria disciplina de partido, podría trabajar con eficacia en un sistema parlamentario tradicional, de franca inspiración británica.⁴¹ Sin embargo, si el movimiento reformista logra aumentar su representatividad en las próximas elecciones del Parlamento, si el Partido Conservador Progresista continúa en una posición vacilante a nivel político nacional, y si los movimientos conservadores provinciales, dirigidos por Ralph Klein y Mike Harris, obtienen resultados notables, entonces es concebible

⁴¹ Además de crear un Senado "triple-E" (representación equitativa para las provincias, senadores electos y poderes legislativos efectivos), el Partido Reformista quiere que los miembros de la Cámara de los Comunes sean responsables ante sus constituyentes locales, con lo cual se deteriora la tradición del Partido de estricta disciplina, que obliga a sus miembros a seguir las instrucciones de sus dirigentes partidistas.

que Manning y sus seguidores puedan ser una fuerza política real a principios del siglo XXI.⁴²

Hasta este momento, el movimiento conservador más exitoso en Canadá durante los noventa, ha sido el dirigido por Ralph Klein en Alberta. Esta provincia, situada al oeste del país, tiene el mayor número de electores y de gobiernos conservadores de Canadá, dado que, ya sea con el Partido Conservador Progresista o con el antiguo Partido de Crédito Social, los conservadores han dominado el gobierno provincial durante décadas. Alberta es también la fuente más importante de petróleo y gas natural de Canadá, gracias a lo cual ha gozado de amplios beneficios, pues sus recursos naturales son la mayor fuente de ingresos gubernamentales. Sin embargo, al principio de la década de los noventa, el gobierno de Edmonton presentaba un sustancial déficit presupuestario y la provincia, en general, había acumulado una deuda total del rango de los treinta mil millones de dólares canadienses.

Ralph Klein tomó posesión como primer ministro provincial de Alberta en diciembre de 1992, durante un momento en el cual el Partido Conservador Progresista perdía el apoyo del electorado local. De inmediato, inició un programa de austeridad y, finalmente, convocó a nuevas elecciones para junio de 1993, prometiendo en su declaración, "La revolución de Klein", reducir el tamaño del gobierno provincial y equilibrar el presupuesto sin aumentar los impuestos. Después de haber caído en un déficit de 3.4 mil millones de dólares canadienses en 1993, Alberta logró durante 1995 y 1996, dos años fiscales consecutivos con excedentes presupuestarios y su tasa de desempleo disminuyó, poniéndose en 2 por ciento menos que el promedio general de Canadá. Su carga fiscal es también la más baja del país, con impuestos personales y corporativos modestos y sin impuesto alguno sobre las ventas.⁴³

⁴² Véase Harrison, *Of Passionate Intensity...*; Sidney Sharpe y Don Braid, *Storming Babylon: Preston Manning and the Rise of the Reform Party* (Toronto: Key Porter, 1992). Ambos libros son particularmente críticos en cuanto al movimiento reformista y los autores dudan que llegue a ser una fuerza dominante en la política nacional. Para una perspectiva diferente, consúltese Preston Manning, *The New Canada* (Toronto: Macmillan, 1992).

⁴³ En un artículo laudatorio acerca del gobierno de Klein, *The Wall Street Journal* afirma que una pareja de Alberta con dos sueldos, con ingresos de 71 000 dólares estadounidenses por año, paga 31 por ciento menos en impuestos que una pareja en iguales condiciones en Toronto. Véase la edición del 23 de febrero 1995, p. 14(A).

Por otro lado, haber logrado un presupuesto equilibrado ha sido doloroso para muchas personas, ya que el presupuesto ha sido recortado 21 por ciento desde 1993, la fuerza de trabajo pública se ha reducido de 33 800 a 27 000 empleados, y a la mayor parte de los empleados civiles que sobrevivieron al recorte se les disminuyó su salario. El gobierno de Klein también redujo los beneficios de la asistencia social y restringió los requisitos de elegibilidad para ésta, lo cual ha dado como resultado que los registrados en la asistencia social se hayan reducido casi a la mitad, de 94 000 que había a principios de 1993 a 49 000 en 1996. Los que dependen de la asistencia social, a quienes se considera como personas que pueden ser empleadas, tienen que aceptar cualquier trabajo o tomar cursos especiales de capacitación.⁴⁴ En caso de no hacerlo, se les suspenderán los cheques de asistencia social, con lo cual ha bajado el número de beneficiarios en los últimos tres años un 55 por ciento.⁴⁵ El gobierno también está dispuesto a dar, a quienes apoya la asistencia, un boleto sencillo de camión en caso de que quieran salir de la provincia. Además la cifra de personas sin hogar en Calgary, la mayor de las ciudades de Alberta, se ha triplicado de 400 a 1 200.⁴⁶

Se ha planeado cerrar doce hospitales, se redujeron diversos servicios de salud y educación, se consolidaron las juntas directivas del sistema escolar y se implantaron tarifas para una amplia gama de servicios gubernamentales. Klein ha reconocido el daño causado, por lo que ha empezado a mitigar algunas de las medidas de los programas de austeridad. Ha restablecido, a la mayoría de los gobiernos provinciales, fondos para la enseñanza preescolar y ha otorgado más dinero para ciertos servicios de salud. Asimismo, afirmó que la deuda gubernamental provincial de Alberta, que asciende a 32 mil millones de dólares canadienses, se pagará en un plazo relativamente largo (25 años), lo cual, sin embargo, permitirá liberar más dinero de los presupuestos anuales para los servicios gubernamentales.⁴⁷

Sin duda alguna, la decisión de Klein de restituir algunos fondos del gobierno se halla estrechamente vinculada con las próximas elecciones provinciales, que pueden llevarse a cabo en 1997 o en los primeros días

⁴⁴ Esta lista incluye padres solteros con hijos mayores de seis meses.

⁴⁵ *The Globe and Mail*, 9 de febrero 1996, p. 20(A).

⁴⁶ *The Toronto Star*, 14 de enero 1996, p. 4(F).

⁴⁷ *The Globe and Mail*, 30 de enero 1996, p. 4(A).

de 1998. Su estrategia se ha basado en infligir daño durante el periodo inicial de su gestión, para después ir cediendo conforme las elecciones se acercan. Esta habilidad de Klein para cambiar el curso tan pronto se le ha facilitado inconmensurablemente, gracias al ingreso de mil millones de dólares canadienses provenientes de excedentes energéticos. Esta fuente de ingresos le ha permitido atenuar algunos de los recortes en servicios gubernamentales y evitar la imposición de nuevas tarifas a los usuarios. Además, el Partido Conservador Progresista se beneficiará de tener un electorado conservador en Alberta y de su récord de recortes a los gastos gubernamentales en un momento en el cual se han creado muchos empleos en el sector privado. Así, como consecuencia, Ralph Klein y su partido son grandes favoritos para ganar la reelección y gobernar Alberta rumbo al siglo XXI, con lo cual dicha provincia puede convertirse en el verdadero bastión del neoconservadurismo al estilo canadiense, en el futuro previsible.

Ontario es la provincia dominante en Canadá, cuenta con el 37 por ciento de la población total del país y con el 40 por ciento de su PIB. Es también el centro financiero, comercial, educativo y de los medios masivos de difusión y, por sí misma, en forma autosuficiente, proporciona casi la mitad del total de los empleos industriales de Canadá. Por otra parte, Ontario afrontó las mayores pérdidas de empleo durante la recesión al inicio de los noventa y para principios de 1995 un 44 por ciento de beneficiarios de la asistencia social vivían en esta provincia.⁴⁸ El presupuesto gubernamental de Ontario subió a más del doble en el transcurso de la última década y los pagos de asistencia social se dispararon hasta 69 por ciento más entre 1980 y 1994.⁴⁹ La deuda del gobierno provincial se sobreduplicó desde 1990 y en la actualidad ha alcanzado una cifra de un poco menos de cien mil millones de dólares canadienses, lo cual convierte a Ontario en el gobierno no centralizado más endeudado del mundo y entre los más endeudados del orbe, contando incluso a los Estados-nación.

Así, aproximadamente el 19 por ciento de los impuestos que cobra el gobierno provincial de Toronto se usa para el pago de intereses de la deuda, la cual es cada vez mayor.⁵⁰ Aunque la carga de impuestos sobre

⁴⁸ *Macleans*, 4 de diciembre 1995, 32 y 34.

⁴⁹ *The Financial Post*, 18 de noviembre 1995, 22.

⁵⁰ *The Globe and Mail*, 1 de diciembre 1995, p. 22(A).

los individuos es ya muy alta, se ha dispuesto que a las personas que tengan un ingreso anual equivalente a 53 000 dólares estadounidenses se les cobre un 53 por ciento de impuestos, combinando el federal y el provincial.⁵¹

Al ganar las elecciones provinciales en junio de 1995, Mike Harris y su Partido Conservador Progresista prometieron una “revolución con sentido común”, que equilibraría el presupuesto provincial en seis años y lograría una reducción del 30 por ciento en el impuesto sobre el ingreso, a nivel provincial, en un periodo de cuatro años; promesa esta última copiada de las tácticas que con tanto éxito usó Christine Whitman en su campaña para ganar la gubernatura, con los republicanos, de Nueva Jersey.

Así, Harris inició su gestión con un corte tajante del 20 por ciento de los pagos de asistencia social, alegando que aun así estarían 10 por ciento encima del promedio provincial de todo Canadá. De esta forma el apoyo gubernamental provincial para la mayoría de los programas decaerá de manera muy evidente, se cerrarán hospitales, el impacto sobre la educación será drástico y los puestos ocupados por empleados civiles se reducirán por millares.

Harris y su partido fueron electos por una coalición que un encuestador de opinión pública llamó “electores pueblerinos malencarados, descontentos por el ritmo y la perspectiva del cambio social; electores suburbanos que temen perder sus trabajos, que ven cómo su poder adquisitivo se desploma y exigen menos impuestos; los tan conocidos «*Tories rojos*» (*red Tories*) que abogan por una mezcla más tradicional de rectitud fiscal y de política social progresista”.⁵² ¿Podrá Harris sostener la coalición y sobrevivir más de un periodo en su puesto? Su destino depende de múltiples factores; en lo que respecta al lado negativo de la “revolución con sentido común”, los electores de Ontario son mucho menos conservadores que los de Alberta y están dispuestos a deshacerse de un gobierno si creen que es demasiado extremista o ineficaz. Además, el electorado debe ser convencido de que el recorte del 30 por ciento de los impuestos provinciales tiene razón de ser, si se toma en cuenta que habrá disminución de beneficios para los pobres, un po-

⁵¹ *The Wall Street Journal*, 31 de mayo 1995, p. 16(A).

⁵² *Macleans*, 19 de junio 1995, 11. El encuestador es Michael Adams.

tencial aumento de personas sin hogar, una disminución seria en las transferencias de dinero federales que apoyan diversos programas provinciales y un enorme déficit gubernamental, cuando menos durante algunos años al inicio de la gestión de Harris. El éxito fundamental de esta agenda neoconservadora se vincula con un crecimiento económico significativo en la provincia, lo cual podría desembocar en la creación mínima de cien mil nuevos empleos en el sector privado, mayor disponibilidad del ingreso familiar promedio de Ontario y mayores ingresos provinciales, basados más en el crecimiento económico que en las altas tasas de impuestos. Sin embargo, este panorama, probablemente, depende en mayor medida del desarrollo de los mercados de América del Norte que del de Ontario en específico. E incluso, el éxito estará garantizado si el elector se convence de que las reducciones en los servicios gubernamentales son absolutamente necesarias y de que serán implantadas de manera justa e igualitaria.

Los movimientos conservadores de Canadá enfrentan aún otro reto. Algunas de sus políticas serán etiquetadas como “de línea dura” por muchos de los ciudadanos canadienses, especialmente aquellas que podrían ser contrarias al espíritu de los valores de Canadá. La Comisión Spicer, que viajó por todo Canadá, a principios de la década de los noventa, para recabar información acerca de la actitud de sus conciudadanos en lo que concierne a su país y el futuro del mismo, encontró siete valores que representan ese espíritu: 1) la firme creencia en la igualdad y la justicia de una sociedad democrática; 2) aceptación de consulta y diálogo; 3) preferencia por la tolerancia y las conveniencias; 4) apoyo a la diversidad lingüística, regional, étnica y cultural; 5) admiración por la compasión y la generosidad; apego a las bellezas naturales de Canadá; y 6) compromiso personal con la libertad, la paz y el cambio no violento en el mundo.⁵³ Con estos valores en mente, los conservadores serán constantemente criticados en ciertos círculos por apoyar la reducción de la asistencia social, el desempleo y los pagos de ayuda médica, los fondos exiguos que se destinan a programas multiculturales y bilingües, etc., e incluso sus políticas populistas serán cooptadas por otros partidos políticos importantes. Por ejemplo, el gobierno liberal de Jean Chrétien llegó al poder manifestando su escepticismo acer-

⁵³ Westell, *Reinventing Canada*, 55.

ca del libre comercio con Estados Unidos y México y los recortes de cualquier programa que ayudara a preservar el carácter distintivo de Canadá. Sin embargo, una vez en el poder, Chrétien se adhirió al libre comercio e incluso su ministro de Finanzas, Paul Martin, ha sido el arquitecto de una reestructuración a menor escala del gobierno federal y del corte de transferencias a las provincias para programas clave, tales como los de salud, asistencia social y educación media superior. Además, otras provincias, aparte de Alberta y Ontario, están en el proceso de equilibrar sus propios presupuestos, incluyendo el gobierno de Roy Romanow, del Partido Neodemócrata de Saskatchewan y el de Frank McKenna, del Partido Liberal de Nueva Brunswick. En el futuro, los electores pueden pensar que hay modos más benévolos y moderados de equilibrar los presupuestos que aquéllos planteados por Manning, Klein y Harris, como por ejemplo: crear fuentes de trabajo en el sector privado, contar con mayor disponibilidad del ingreso familiar para un hogar promedio y otras metas semejantes.

CONCLUSIONES

Estados Unidos y Canadá comparten algunos de los mayores retos, incluyendo un enorme déficit anual y la deuda gubernamental masiva acumulada, la espiral ascendente de los costos de la atención médica, pensiones y programas de seguridad social con fondos públicos insuficientes, las altas tasas de deserción escolar de jóvenes y el desempleo juvenil.

Canadá enfrenta también un problema sumamente serio en lo que se refiere al futuro estatus de Quebec. Si los electores optan por su soberanía en el próximo referéndum y si a Quebec se le permitiera separarse de Canadá dejando intactos sus actuales límites fronterizos, una nación canadiense trunca, de nueve provincias, podría tener que hacer frente a dificultades sin precedente en el área económica y fiscal, por lo menos durante una buena parte de la década. Ciertamente, la existencia de Canadá como un Estado-nación viable podría quedar seriamente expuesta a una dura prueba luego de la separación de Quebec.

Las soluciones que los conservadores proponen a estos grandes retos a ambos lados del paralelo 49 no se han de descartar, y los parti-

dos políticos que apoyen tales soluciones lograrán algunos éxitos electorales notorios en los años siguientes. Sin embargo, la victoria decisiva de las huestes de Gingrich en 1994, y las de los partidos de Manning, Klein y Harris durante 1990 no son precursoras de un largo periodo de dominio conservador en el ámbito federal, estatal o provincial de Canadá o de Estados Unidos. Los electores reaccionarán en contra de algunas de las soluciones propuestas por los conservadores que les parezcan demasiado ásperas y que favorezcan, asimismo, el predominio de un estrato social sobre otro, especialmente los ricos y poderosos sobre los pobres y desposeídos. Además, algunos de los puntos más atractivos de la agenda de los conservadores serán adoptados por otros partidos políticos, los cuales ofrecerán soluciones más moderadas para los problemas sociales y gubernamentales más urgentes. Así, a diferencia de lo ocurrido en 1934, es muy improbable que en unas elecciones estadounidenses se dé una cooperación política seria que favoreciera a los conservadores; e igualmente improbable es que los éxitos de Manning, Klein y Harris se traduzcan en una década, o más, de dominación del Partido Conservador Progresista o del Partido Reformista en Canadá.

CUADRO 1
ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS, 1994

	<i>Viejos</i>	<i>Nuevos</i>
<i>Senado estadounidense</i>		
Demócratas	56	47
Republicanos	44	53
<i>Cámara de Representantes de Estados Unidos</i>		
Demócratas	256	204
Republicanos	178	230
Independientes	1	1
<i>Gobernadores</i>		
Demócratas	29	19
Republicanos	20	30
Independientes	1	1
<i>Senados estatales*</i>		
Demócratas	30	24
Republicanos	17	24
Comprometidos	2	1
<i>Cámaras estatales</i>		
Demócratas	34	25
Republicanos	14	22
Comprometidos	1	2

* Nebraska tiene una legislatura unicameral, no partidista.

CUADRO 2
EL CONTRATO CON AMÉRICA DEL PARTIDO REPUBLICANO, 1994

Ley de responsabilidad fiscal

Esta ley hace una enmienda en lo concerniente a la relación entre presupuesto equilibrado y limitación de impuestos, y propone un veto a la partida presupuestaria legislativa, con el fin de restaurar la responsabilidad fiscal de un Congreso fuera de control, exigiéndole ajustarse a las mismas restricciones presupuestarias que las familias y las empresas.

Ley para recuperar nuestras calles

Conjunto de leyes contra el crimen que incluye mayor veracidad en las sentencias, “buena fe” exclusiva de las excepciones a la regla, medidas eficaces para aplicar la pena de muerte y recortes en el gasto social, todo ello a partir de este proyecto de ley contra el crimen, hecho en el verano, con el fin de construir más prisiones y de reforzar la aplicación de la ley, para que las personas tengan mayor seguridad en sus casas y los niños en sus escuelas.

Ley de responsabilidad personal

Esta ley promueve la responsabilidad individual a través de la disuación de los embarazos ilegítimos y de adolescentes, lo cual se hace prohibiendo a las madres menores de edad los beneficios de la asistencia social, negándoles a las madres solteras un incremento de la AFDC* para cada hijo que tengan mientras estén gozando de la asistencia social, y estableciendo una disposición muy severa de sólo dos años de ayuda con requerimientos de empleo.

Ley de restauración del sueño americano

Esta ley impone la provisión de un crédito de quinientos dólares por hijo, y plantea la iniciativa del rechazo de la multa del impuesto conyugal, así como la creación de la Cuenta de Ahorros del Sueño Americano para aliviar la carga de impuestos que recae sobre la clase media.

Ley de restauración de la seguridad nacional

Esta Ley prohíbe enviar tropas estadounidenses bajo el mando de las Naciones Unidas y pide la restauración de las partes esenciales del fondo de seguridad nacional, con el fin de reforzar las defensas nacionales y mantener la credibilidad alrededor del mundo.

* Ayuda a las Familias con Hijos Dependientes (Aid to Families with Dependent Children).

CUADRO 2
EL CONTRATO CON AMÉRICA DEL PARTIDO REPUBLICANO, 1994
(continuación)

Ley de justicia al ciudadano anciano

Ésta indica el aumento de las percepciones por concepto de Seguridad Social, ya es común que esto obligue a los ancianos a salir de la fuerza de trabajo. También rechaza el incremento de impuestos de 1993 sobre beneficios de Seguridad Social, y concede incentivos fiscales para el seguro de atención médica privada, todo lo cual permitirá a los ancianos estadounidenses quedarse con más de lo que han ganado a través de los años.

Ley de creación de empleos y aumento del salario

Esta ley propone otorgar incentivos a la pequeña empresa, indexación y recorte de las ganancias de capital, recuperación del costo neutral, evaluación del riesgo y análisis del costo-beneficio, fortalecimiento del Acta de Flexibilidad Reguladora y reforma del mandato de carencia de fondo para crear empleos y aumentar las percepciones salariales del trabajador.

Ley de reformas legales de sentido común

Leyes bajo el principio de que “el perdedor paga”, límites razonables para la reparación de daños penales y reforma de las leyes de la responsabilidad del producto para cortar la marea inacabable de litigios.

Ley de la legislatura de los ciudadanos

Voto emitido por primera vez, dentro de los límites de la gestión, para reemplazar a políticos de carrera por ciudadanos legisladores.

Más adelante, instruiremos al Comité de Presupuesto de la Cámara para que se reporte al Pleno y trabajaremos para lograr ahorros adicionales en el presupuesto, más allá de los recortes presupuestales específicamente incluidos en la legislación arriba descrita, para asegurar que el déficit presupuestal federal sea menor de lo que hubiera sido sin la promulgación de los proyectos de ley anteriores.

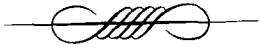
CUADRO 3
ESTATUS DEL CONTRATO CON AMÉRICA, ENERO DE 1996

	<i>Descripción</i>	<i>Estatus</i>
Responsabilidad del Congreso	Sujeta al Congreso a leyes que se aplican al resto del aparato gubernamental	Aprobada y firmada como ley
Enmienda al presupuesto equilibrado	Requiere de un presupuesto equilibrado para el año 2002	Aprobada por la Cámara, le faltó un voto en el Senado
Veto de la partida presupuestaria	Permite al presidente vetar los artículos sobre el gasto individual	Suspendida. La Cámara y el Senado presentaron diferentes versiones
Crimen	Reafirma la "veracidad en las sentencias" e impone reglas para la pena de muerte	Aprobada mayoritariamente en la Cámara; demorada en el Senado
Asistencia social	Acaba con la titularidad, otorga garantías en bloque a los estados y otorga a éstos incentivos para limitar la asistencia social en un plazo de cinco años	Aprobada por el Congreso, vetada por Clinton
Recortes de impuestos	Concede un crédito de 500 dólares por hijo para pago del impuesto, recorte del impuesto por ganancias de capital	Aprobada por el Congreso, vetada por Clinton
Reformas reguladoras	Requiere un análisis riguroso de la relación costo-beneficio y una evaluación del riesgo para poder crear nuevas reglas	Aprobada por la Cámara, demorada en el Senado

CUADRO 3
(continuación)

	<i>Descripción</i>	<i>Estatus</i>
Gestión no financiada	Evita que Estados Unidos imponga nuevos requisitos a los gobiernos estatal y locales, sin que se les provea de fondos públicos	Aprobada y firmada como ley
Reforma legal	Reescribe reglas sobre las demandas de responsabilidad, restringe las sanciones penales	En estudio, se pasaron diferentes versiones, tanto de la Cámara como del Senado
Litigios sobre seguridad	Limita las demandas de los inversionistas por acción de clase	Aprobada a pesar del veto de Clinton
Límites de gestión	Limita el número de años que los miembros del Congreso pueden estar en servicio	Rechazada en la Cámara. Ninguna acción del Senado
Seguridad nacional	Prohíbe recortes a los gastos de defensa para financiar programas sociales; desarrollo de un sistema de misiles antibalísticos; prohíbe que tropas de Estados Unidos estén bajo el mando de las Naciones Unidas	Algunos firmaron para ley, algunos la vetaron, algunos la aprobaron en la Cámara, aunque fue demorada en el Senado

FUENTE: *The Wall Street Journal*, 2 de enero 1996, 4.



Gobierno, políticas públicas e impacto social



Fundamentos económicos del nuevo conservadurismo en la política de Estados Unidos

*Robert M. Dunn Jr.**

Muchos ciudadanos mexicanos y de otros países latinoamericanos probablemente quedaron muy contrariados por el resultado de las elecciones estadounidenses de 1994 y por la agenda neoconservadora del Congreso electo para 1995-1996. El propósito de este artículo es presentar un punto de vista acerca de las razones de este cambio en la política estadounidense, y por qué no es probable que se revierta pronto.

HECHOS RECIENTES Y ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Pese a los permanentes y grandes cambios en la economía estadounidense, que contribuyeron a este giro político, debemos recordar que hechos

* Profesor en el Departamento de Economía, George Washington University.

precedentes de índole temporal, efectuados con la intención de que fuesen “de una buena vez”, influyeron en los resultados de las elecciones de 1994. Primero, las cifras del censo de 1990 desplazaron un gran número de escaños de la Cámara de Representantes de los estados liberales del *rust belt* (esto es, del noreste y medio oeste) hacia los muchos más conservadores del *sun belt* (sur y suroeste de Estados Unidos). Entidades como Nueva York e Illinois perdieron curules, en tanto que Texas, Arizona y Florida las ganaron, lo cual ayudó en gran medida a los republicanos. Después del censo, al interior de cada entidad, los límites correspondientes a los distritos del Congreso tuvieron que reubicarse para igualar el número de habitantes por distrito. Con ello, áreas liberales en zonas sobrepobladas de diversas ciudades perdieron congresistas, mientras que los suburbios más conservadores los ganaron. El impacto de este hecho pudo constatarse en 1992, cuando los republicanos ganaron escaños, pero perdieron la presidencia. Esto continuó igual en 1994.

La Ley de los Derechos de Voto (*Voting Rights Act*) que los demócratas propusieron como iniciativa de ley, también ayudó a los republicanos, sin que fuera ésa originalmente su intención. Se requirió que los gobiernos estatales reasignaran distritos congresionales con el fin de aumentar el número de congresistas negros. Ello implicó concentrar electores negros en zonas sobrepobladas, con el resultado de que su voto fue de 80 por ciento para los demócratas, y después crearon nuevos distritos suburbanos que votaron por los republicanos. Los congresistas demócratas blancos, provenientes de los estados sureños, renunciaron intempestivamente a sus cargos, como respuesta a esta clase de política.

La impopularidad del presidente Clinton y de su esposa Hillary, después del fracaso de la reforma propuesta por la señora Clinton en el sector salud, en 1994, también contribuyó a la ventaja republicana. Actualmente, la señora Clinton casi ya no participa ni figura y, en consecuencia, las encuestas de popularidad a favor de su esposo han aumentado recientemente, factor que también consideraremos de índole temporal. Por último, los nuevos líderes republicanos del Congreso son más agresivos y están mejor organizados, y tratan de alcanzar la mayoría de la que carecieron en las pasadas elecciones. Las encuestas sugieren que la popularidad de los nuevos líderes —en particular Newt Gingrich— ha empezado a disminuir, lo cual puede vulnerar a los republicanos en 1996.

Sin bien es cierto que otros factores temporales favorecieron a los republicanos en 1994, también es cierto que el resultado de estas elecciones fue la culminación de las tendencias estadounidenses subyacentes durante décadas, las cuales no han llegado a su término bajo ninguna circunstancia y sugieren que la política de Estados Unidos será muchísimo más conservadora en el próximo siglo de lo que ha sido en estas últimas décadas.

OTRAS FUERZAS FUNDAMENTALES QUE APOYAN EL CONSERVADURISMO

Un factor a largo plazo que incide en la política de Estados Unidos hacia el conservadurismo son los intelectuales. Desde la década de los treinta hasta la de los años cincuenta, la economía de nivel académico, y casi toda la vida estadounidense, se hallaba bajo el influjo del consenso liberal del *New Deal* (Nuevo Orden). Casi todos los escritores influyentes sostenían esta postura, lo cual la hacía invulnerable. Se inició el cambio en los años cincuenta con el ingreso a los medios académicos de diversos expertos en economía y ciencias afines, quienes expresaban serias reservas en cuanto a la conveniencia de continuar con la política del Nuevo Orden, instaurado por Franklin D. Roosevelt. Estos pensadores fueron ignorados por la academia entre 1950 y 1960, pero empezaron a adquirir considerable importancia entre el público y, en consecuencia, lograron obtener una mayor relevancia.

El libro de F. von Hayak, *The Road to Serfdom*, influyó decisivamente en los universitarios de los años cincuenta. Los académicos de tendencias liberales lo recomendaban en la bibliografía de sus cursos para equilibrarla, y descubrieron, con horror, que sus alumnos se convencían con los postulados de von Hayak. Hubo intentos poco exitosos, por ejemplo de Barbara Ward, lo expuesto en John M. Clark y otros, para rebatir *The Road to Serfdom*, lo cual sólo sirvió para aumentar la influencia del autor. La obra de Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, influyó de manera similar en la vida intelectual de muchos estudiantes de la misma década. Como en el caso anterior, muchos economistas universitarios desdeñaron sus puntos de vista por considerarlos extremistas, pero Friedman convenció, sencillamente, a un enorme número de lec-

tores. La revista *The National Review* empezó a publicarse en 1950, bajo la dirección de William F. Buckley y logró contar con un número reducido pero influyente de lectores que simpatizaba con sus opiniones conservadoras. La página editorial del *Wall Street Journal* siempre había mantenido un tono conservador, pero sus lectores y su influencia eran limitados, hasta que ambos aumentaron rápidamente entre 1950 y 1960.

Al principio de los años sesenta, el consenso de los intelectuales que favorecían la política económica liberal —como se impulsó durante el gobierno de Truman y, un poco menos, en el de Eisenhower— se resquebrajaba. Casi todos los intelectuales estadounidenses seguían siendo fieles a la “vieja tendencia”, pero una vocinglera y cada vez más influyente minoría estaba a favor de una economía política conservadora.

La nominación de Barry Goldwater a la presidencia por el Partido Republicano en 1964 aumentó significativamente el número de simpatizantes del neoconservadurismo. La magnitud de la derrota de Goldwater frente a Lyndon B. Johnson en las elecciones de 1964 parecería indicar que su campaña había sido un rotundo fracaso, pero nada más alejado de la verdad. A pesar de que no resultó electo, sensibilizó a toda una generación de electores estadounidenses con postulados conservadores nunca antes escuchados. De 1936 a 1960, el Partido Republicano había nominado a diversos candidatos moderados o semiliberales a la presidencia, cuyo lema político básico era: “El Nuevo Orden está bien y es bueno, pero no debe continuar creciendo con rapidez; además, nosotros somos capaces de llevar a cabo sus postulados con mayor eficacia y menor costo que los demócratas”. Goldwater modificó el mensaje; declaró que gran parte del Nuevo Orden y las políticas de sucesivas gestiones gubernamentales estaban en el error y que había que dar marcha atrás. La clase intelectual y los medios de comunicación se burlaron de él, pero ganó un enorme público y obtuvo gran apoyo para la corriente conservadora, como no se había dado desde la década de los años veinte.

Si los académicos conservadores y Barry Goldwater tuvieron tanto éxito con su ideología conservadora ¿por qué Estados Unidos no logró que un presidente conservador fuera electo sino hasta 1980, o un Congreso, conservador también, sino hasta 1994? La respuesta tiene un nombre: Richard M. Nixon. El periodo presidencial de Nixon (1969-1974) fue un desastre para los conservadores por dos causas: primero, a pesar de que Nixon se postuló como semiconservador, su adminis-

tración fue bastante liberal en asuntos económicos internos. Era un convencido anticomunista, aunque en realidad no le importaba tanto la política económica interna; consecuentemente, aceptó la política liberal del Congreso, en el que ambas Cámaras estaban controladas por los demócratas. Suscribió iniciativas de ley que incrementaban el presupuesto de seguridad social y otras “acreditaciones” (*entitlements*). La capacidad reguladora del gobierno federal continuó creciendo. Es muy difícil creer que había una política realmente conservadora en lo tocante a la economía interna durante su gobierno, salvo el nombramiento de jueces menos liberales en las cortes federales. El segundo impacto negativo causado por Nixon al conservadurismo estadounidense fue, por supuesto, el caso Watergate. Su vergonzosa salida de la Casa Blanca, en agosto de 1974, trajo como consecuencia una contundente victoria demócrata en las elecciones internas del Congreso celebradas tres meses más tarde, la elección de Jimmy Carter y otra abrumadora mayoría demócrata en el Congreso de 1976. Debido al caso Watergate, la política de corte liberal dominó a Washington durante el final de la década de los setenta.

La elección de Ronald Reagan y de una mayoría republicana en el Senado de 1980 parecía el promisorio inicio de una etapa conservadora en el gobierno; sin embargo, Reagan se abocó esencialmente a la política exterior (derrota del Imperio del Mal, etc.) y nunca logró el control de la Cámara de Representantes. Es cierto que nombró jueces más conservadores en el ámbito federal, pero, salvo esto, la política interna estadounidense no mostró tendencia alguna de carácter propiamente conservador durante la administración de Reagan.

Debo enfatizar que la Constitución de Estados Unidos confiere al presidente autoridad en el área de asuntos internacionales, pero, en lo tocante a la política económica interna, es muy limitada. Esta área gubernamental se halla en poder del Congreso a través de la Comisión de Presupuesto, y la Cámara de Representantes es poderosa en esa comisión: ni Reagan ni Bush contaron jamás con mayoría republicana en la Cámara, lo cual limitó mucho su capacidad para orientar la política económica interna hacia la esfera conservadora.

Las tendencias conservadoras de Bush respecto a la política interna no eran muy claras. Él era un republicano moderado, cuyo interés primordial se enfocaba a los asuntos extranjeros. Aprobó una ley que elevó los impuestos (1990) y autorizó, también, grandes aumentos en el

renglón de los gastos internos; sin embargo, siendo justos, cabe decir que durante su gestión, los demócratas controlaron ambas Cámaras en el Congreso, así que, de hecho, le marcaron límites tajantes en los posibles logros en materia de política económica interna.

En resumen, podemos decir que el movimiento conservador se inició entre los intelectuales y escritores poco después de la segunda guerra mundial y que obtuvo cierto apoyo popular con la candidatura presidencial de Barry Goldwater en 1964. La gestión de Nixon y su triste fin condujeron a un gran retroceso en el movimiento, superado sólo hasta 1980. Incluso en este lapso, su influencia se vio limitada por el control demócrata en la Cámara de Representantes y, a partir de 1986, en el Senado. Hasta 1994 ambas Cámaras fueron republicanas con liderazgo conservador.

FACTORES ECONÓMICOS DEL CRECIMIENTO DE LA TENDENCIA CONSERVADORA

El factor más importante que motivó el cambio de actitud del electorado estadounidense hacia una perspectiva más conservadora de la política económica fue el desmesurado crecimiento de los gastos federales en la parte correspondiente del Producto Nacional Bruto (PNB), y una decadencia paralela en la parte proporcional de ingresos que los ciudadanos, a nivel privado, pudieran gastar como quisiesen.

CUADRO 1
GASTOS FEDERALES DEL PNB DE ESTADOS UNIDOS,
1929-1994

<i>Año</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Año</i>	<i>Porcentaje</i>
1929	3	1970	19.3
1940	9.5	1980	21.6
1950	14.8	1990	22.6
1960	17.9	1994	21.7

FUENTE: *1995 Economic Report of the President* (Washington, D.C.: Government Printing Office, 1995).

En 1929, el gobierno de Estados Unidos usó menos de una treintava parte del PNB. Desde 1980 ha absorbido más de una quinta parte, y esta tasa de crecimiento ha continuado creciendo hasta los años noventa. La baja imperceptible entre 1990 y 1994 es más aparente que real. 1990 fue un año de recesión cuando los gastos del seguro de desempleo y otras transferencias fueron altos, en tanto la economía tuvo una recuperación fuerte en 1994, que mantuvo los gastos a bajo nivel. No hubo ninguna caída estructural económica en el desempeño del gobierno federal entre 1990 y 1994.

Desde los años sesenta hasta los noventa se dio una etapa de recesión, por lo que la parte proporcional del gobierno del PNB nos da una comparación aproximada, "ajustada a los ciclos". En sólo tres décadas, de 1960 a 1990, 4.7 puntos porcentuales del PNB, esto es un dólar por cada veinte, se perdió en la economía privada porque ésta fue agregada a los gastos federales. De 1950 a 1994, 7.1 por ciento del producto total, esto es, un dólar por cada catorce, fue transferido de la economía privada al gobierno federal.

Muchos estadounidenses concluyeron que simplemente el crecimiento del gobierno federal era excesivo, lo cual les dejaba un remanente muy pequeño del producto total para sus propios gastos. Las tasas impositivas aumentaron durante este periodo, en especial el aumento en los impuestos destinados a la seguridad social. Los electores se resintieron cada vez más, ya que suponían que la mayor parte del salario diario que devengaban por su trabajo se destinaba a pagar impuestos y no al sostenimiento de ellos y de sus familias. Si a las cifras anteriores les sumamos lo gastado por los gobiernos local y estatal, el crecimiento del sector público en la economía estadounidense es aún más impactante.

CUADRO 2
GASTOS GUBERNAMENTALES, LOCALES, ESTATALES Y FEDERALES,
PARTE DEL PNB 1960-1994

<i>Año</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Año</i>	<i>Porcentaje</i>
1960	26.2	1990	33.3
1970	30.6	1994	33.5
1980	31.5		

FUENTE: 1995 *Economic Report of the President*. Los datos de los gastos estatales y locales correspondientes a 1929, 1940 y 1950 no se encontraron disponibles.

En 1994, más de un dólar de cada tres producido por los estadounidenses, era absorbido por el gobierno. En sólo 34 años, de 1960 a 1994, 7.2 puntos porcentuales, o sea uno de cada 14 dólares se transfería del sector privado al público. Los estadounidenses gastan más de una tercera parte de sus esfuerzos productivos en proveer al gobierno, en lugar de emplearlo en su propio beneficio y el de sus familias. Los desmedidos aumentos en las tasas del impuesto federal sobre la renta, sufridos entre 1990 y 1993, no fueron aún suficientes para el pago de la deuda total. A pesar de la tasa máxima del impuesto federal sobre la renta de 44.8 por ciento (que incluye el impuesto para subsidio de Medicare y la eliminación de deducciones y exenciones de gastos de carácter personal), el gobierno todavía presenta déficit. En 1994, los estadounidenses estaban convencidos de que los gobiernos federal, estatales y locales eran demasiado grandes y muy costosos. Los resultados de las elecciones de 1994 pueden ser vistos como una reacción contra el desmesurado incremento en todas las instancias y en todos los niveles económicos gubernamentales, como se puede constatar en los cuadros precedentes.

El aumento de la participación del gobierno en la economía podía haber sido aceptado por los estadounidenses si estuviesen convencidos de que el dinero se había gastado bien, pero al inicio de la década de los noventa estaban lejos, ciertamente, de mostrarse convencidos. Durante la guerra fría, los gastos de los preparativos militares se aceptaron como un deber vital para la sobrevivencia de nuestra nación, si bien parecía que el Pentágono desperdiciaba dinero en sistemas y armamentos demasiado caros. Sin embargo, en años recientes, las transferencias se han convertido en el rubro mayor del presupuesto federal y, al término de la guerra fría, se puso de manifiesto que estos gastos se incrementaban día con día, siendo los más absorbentes del producto nacional. Las transferencias incluyen la seguridad social y Medicare para los ancianos, y una serie de pagos de ayuda para los pobres de todas las edades. El Programa de Seguridad del Erario para los pobres incluye el de Ayuda a las Familias con Hijos Dependientes (AFDC, por sus siglas en inglés), cupones alimenticios y Medicaid.

En 1960, sólo el 7.2 por ciento de todo el ingreso personal se originó de transferencias públicas en Estados Unidos, pero en 1980 se duplicó, al 14.2 por ciento, y llegó hasta 16.9 por ciento en 1994. Las transferencias aumentaron más rápidamente que la economía estadounidense du-

rante este lapso, ya que la parte proporcional del total de los ingresos recibidos para estas transferencias se incrementó en un 135 por ciento. En 1994, más de un dólar de cada seis que recibieron los estadounidenses provenía de transferencias gubernamentales. El hecho de que las personas nacidas durante el periodo de 1945-1955 empezarán a pensionarse y retirarse en 15 años más, implica que los programas fueron planeados para crecer mucho más rápidamente después del año 2010. El volumen de impuestos que los trabajadores estadounidenses pagan para subsidiar las transferencias para los que no trabajan se ha vuelto enorme, y todo parece señalar que será más oneroso aún, a menos que tales programas se limiten. Si la seguridad social y Medicare se mantienen al ritmo actual, los requerimientos financieros necesarios para sostener el nivel amenazan con abrumar a los contribuyentes después del 2010. Un amplio sector de los contribuyentes empieza a comprender la necesidad de recuperar el control del costo de estos programas mucho antes del 2010, necesidad que los líderes demócratas del Congreso no aceptan.

Si regresamos al tema de los programas de Seguridad del Ingreso para los pobres (Income Security Programs), cerca del 5.6 por ciento de todos los ingresos a nivel individual en Estados Unidos se destina a dichos programas, y ha aumentado aceleradamente en las últimas décadas. La mayor parte del incremento corresponde a Medicaid y a los cupones alimenticios; mientras que otra proporción mayor del subsidio a Medicaid se destina a la senectud (al pago de asilos para ancianos pobres), pero, aun así, la mayor parte es para los pobres no ancianos, esto es, para madres con hijos que dependen del subsidio federal.

Los programas para estas personas han causado grandes controversias y son muy impopulares porque el común de la población tiene la certeza de que el dinero que reciben y los incentivos económicos sólo propician conductas autodestructivas e irresponsables entre los pobres a quienes se destina el subsidio. En las últimas décadas, ha habido también un incremento impresionante en el porcentaje de niños nacidos fuera del matrimonio entre las minorías de Estados Unidos. Los conservadores —y no sólo ellos— están absolutamente convencidos que los sistemas de beneficencia han propiciado este nefasto resultado, debido al subsidio. De acuerdo con la más reciente edición del *Statistical Abstract of the United States* 65 por ciento de los niños negros han nacido

extramaritalmente (1990). Esta cifra era de sólo 38 por ciento en 1970, y un poco más de 25 por ciento en 1960. El porcentaje de niños blancos nacidos en esta situación aumentó de 2 a 20 por ciento en el periodo 1960-1990. Los efectos de este colapso de la estructura familiar en la sociedad estadounidense han sido impresionantes y desalentadores, de ahí que muchos electores quieran reformar los programas actuales de asistencia para eliminar el incentivo económico que propicia estas conductas. Sin embargo, el problema de estas propuestas de reforma es que ningún partido ha encontrado la manera de desalentar, o incluso sancionar, el comportamiento irresponsable de adolescentes y adultos sin dañar a los bebés y a los niños que son, precisamente, el resultado de su comportamiento.

Los demócratas han atacado el problema argumentando que es importante cuidar a los bebés y a los niños pobres, lo cual valida el otorgamiento de cuantiosas sumas a las madres solteras, aun cuando el hacerlo propicia la continuidad de conductas indeseables. Mientras que los republicanos conservadores opinan que es primordial retirar el subsidio a las madres solteras, para evitar que se sigan fomentando conductas irresponsables y también, afirman, que es válido asumir el riesgo de dañar a los menores. En tanto que estos niños permanezcan al lado de sus madres, no hay forma práctica alguna que permita el cuidado de los infantes sin dejar de otorgar dinero a sus madres. Si éstas cuentan con fondos, cuando menos, se fomenta esa conducta, hecho que la sociedad tilda de sumamente indeseable. Tal parece que no es fácil reformar la asistencia, tema que promete convertirse en una ardua batalla en la política estadounidense en un futuro próximo.

Otros gastos federales, independientemente de las transferencias, han disminuido en la economía estadounidense ahora que la guerra fría terminó y, además, se ha reducido el presupuesto militar; sin embargo, se ha extendido la creencia de que muchos de los gastos restantes están siendo manejado de manera muy ineficaz, e incluso se ha incurrido en despilfarros. Los medios de comunicación han difundido diferentes versiones sobre los gastos federales, incluyendo a los tribunales federales que derrochan (Boston, por ejemplo) subsidios agrícolas para hacendados pudientes y múltiples extravagancias financieras, lo que ha hecho que muchos de los electores piensen que su dinero se dilapida con frecuencia. Los empleados federales son, casi siempre, generosos

y dadivosos con lo que se llama “el dinero ajeno”. Muchos estadounidenses opinan que si se redujera la nómina gubernamental, sería un método idóneo para desalentar este desperdicio.

POLÍTICA GUBERNAMENTAL REGULADORA

Los gastos públicos gubernamentales no son los únicos que afectan la economía privada. Los Congresos controlados por los demócratas estiman que con la cada vez más frecuente reglamentación de las actividades privadas, incluso con la amenaza de sanciones penales, se controla la economía sin gastos adicionales. La toma de decisiones, que abarca desde los reglamentos para las especies en vías de extinción hasta la protección ambiental, inclusive el forzar las propuestas para que los fondos privados de pensiones se inviertan en actividades “socialmente deseables”, hace pensar que la gama de reglamentaciones gubernamentales no tendría fin. La administración de Clinton comprendió cabalmente, desde el inicio, que los déficit presupuestales de la federación limitarían drásticamente su capacidad para incrementar el gasto en programas tradicionales, auspiciados por los demócratas. La administración de Clinton estimó que, para alcanzar las metas sociales deseadas sin aumentar el gasto era necesario crear más regulaciones federales en el renglón de los energéticos, concesionados a la iniciativa privada. Los esfuerzos reguladores de esta administración, especialmente en áreas que ha descuidado el secretario del Trabajo, Reich, han sido continuos, y sólo hasta que el Congreso logró la mayoría republicana frenó estos impulsos.

Sin bien los fines de las reglamentaciones federales son laudables, la manera de lograrlos no, pues algunos funcionarios gubernamentales de mano dura tienen el suficiente poder para hostilizar, en asuntos de relativa importancia, en lo privado, a los ciudadanos y con frecuencia imponen severas sanciones sin haber presentado formalmente cargos ante una Corte. Algunos casos de esta índole han suscitado cuestionamientos muy serios respecto a los derechos civiles de los individuos, y se preguntan si están siendo violados por las reglamentaciones federales.

Los jueces conservadores, designados desde la época de Reagan, han dictaminado en las Cortes federales que algunas regulaciones federales

son anticonstitucionales, porque permiten abusar de los términos de la Quinta Enmienda, ya que ésta especifica que “no se utilizará la propiedad privada para uso público sin su justa compensación”. La Suprema Corte ha resuelto que los nuevos reglamentos públicos que destruyan una inversión previamente existente, constituyen un abuso. El Departamento de Justicia ha perdido, en los últimos años, varios casos ante la Corte, incluyendo el caso Florida Rock, Kirby Forrest, UNC Corp. y Whitney Benefits. Estos casos han costado a los contribuyentes estadounidenses cientos de millones de dólares para el pago de daños a las partes demandantes. Tanto los medios de comunicación impresos como electrónicos han difundido una serie de artículos relacionados con los esfuerzos federales, tachándolos de indignantes o torpes en lo tocante a las reglamentaciones. Los conservadores quieren reducir drásticamente las actividades normativas del gobierno federal para evitar llegar a la Corte y, más importante aún, limitar la capacidad de Washington de hostilizar a los ciudadanos en su privacidad y a los negocios en general.

CONCLUSIONES

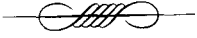
En las últimas décadas, el consenso previo de apoyo a la política del Nuevo Orden de la era de Franklin D. Roosevelt y su agresiva expansión durante la administración de Lyndon B. Johnson se han venido abajo. Han sido reemplazados por el punto de vista, cada vez más aceptado, según el cual el gobierno federal es enorme, muy entrometido y costoso. La tendencia hacia resultados electorales más conservadores se vio detenida temporalmente por el escándalo Watergate y por los desaciertos de la gestión de Bush, pero finalmente se recuperó, con un Congreso republicano, electo en 1994.

No debe suponerse, sin embargo, que los republicanos forman un frente común. Existen dos corrientes de pensamiento dentro del movimiento conservador y ambas difieren radicalmente en diversos temas. Una puede ser vista como libertadora y a favor de un gobierno reducido, tanto en el área económica como social. Este grupo también tiende hacia el internacionalismo y favorece el libre comercio. El senador Phil Gramm, de Texas, es el representante más destacado de esta

corriente. La otra está a favor de reducir el papel del gobierno en la economía interna, pero sostiene una política intervencionista en lo social. Este grupo, formado en su mayor parte por cristianos fundamentalistas, se ha mostrado irreductible en sus peticiones de que el aborto quede al margen de la ley. En general, este grupo pretende que el gobierno regule la vida privada de los ciudadanos para garantizar, así, una sociedad "moral". Este grupo también tiende al asilacionismo y, por tanto, se opone a la política del libre comercio. Pat Buchanan es probablemente el más destacado vocero de esta corriente de pensamiento. Se opone tanto al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) como a la Ronda de Uruguay. Phil Gramm votó a favor de ambas iniciativas en el Senado estadounidense y continúa apoyándolas en sus apariciones públicas.

El hecho de que los republicanos sean mayoría en ambas Cámaras del Congreso no implica que sean un grupo cohesionado. Puede decirse que existía más unión cuando eran minoría y pensaban que tenía que mantenerse unidos si querían ejercer alguna influencia, que cuando fueron mayoría y se vieron obligados a determinar la política, ahí fue cuando sus diferencias en cuanto a temas sociales y la política económica exterior se agudizaron. Sólo en el área de la economía política interna, se puede decir que los republicanos forman un frente común, quizá.

Disto mucho de ser cierto que la mayoría republicana del Congreso permanecerá después de las elecciones de 1996, pero el apoyo del pueblo hacia una postura más conservadora en lo que concierne a la economía política interna se ha estado configurando cuando menos en los últimos treinta años, y no parece factible que esta tendencia se revierta pronto. Se sigue pensando, y así se sostiene, que el gobierno federal es excesivamente activo y costoso. Sin embargo, cuando se propongan los recortes a los gastos individuales, habrá una fuerte oposición, muy bien organizada, por aquellos que se benefician directamente de estos programas. Es más difícil obtener apoyo para reducir el gasto total gubernamental que obtenerlo para hacer reducciones específicas en otros sectores; sin embargo, parece que el gobierno federal participará en una parte mucho más pequeña de la economía estadounidense en esta primera década por venir, que en los últimos setenta años del siglo que termina. En realidad, el Nuevo Orden ya ha perecido.



Un rechazo a la reacción: una respuesta centrodemócrata

*Michael O. Moore**

El panorama político de Estados Unidos se ha reformulado dos veces durante los últimos tres años. En 1992, un electorado resentido, ansioso de cambios, eligió a un presidente demócrata por segunda vez en un largo periodo de 24 años, y tan sólo dos años después, los electores otorgaron el liderazgo de ambas Cámaras a los republicanos por primera vez después de cuarenta años.

Muchos comentaristas conservadores han interpretado estas elecciones como clara evidencia de que existe una aguzada tendencia a largo plazo hacia la derecha, tanto en el ámbito económico como en el cultural. Estos expertos creen que George Bush, por ejemplo, perdió su posibilidad de ser reelecto porque no era lo suficientemente conservador y, más aún, porque aumentó los impuestos a pesar de que en 1988 prometió lo contrario. En 1994, los líderes republicanos de la Cámara de Representantes tuvieron como premisas un presupuesto equilibrado, un gobierno constreñido y una reducción de impuestos. Su inesperado éxito en las elecciones de otoño de ese año fue interpre-

* Director asociado, Elliott School of International Affairs, George Washington University.

tado por los conservadores como una clara llamada hacia una “revolución”, la cual dismantlaría los programas gubernamentales de todo tipo, con énfasis en cortes presupuestales a los programas de ayuda a los pobres. Los conservadores se apresuraron a reducir la carga impositiva a los estadounidenses de clase media para arriba. Todavía incluso, la facción de derecha religiosa del Partido Republicano concibió las elecciones de 1994 como una clara señal en el sentido de que el electorado estadounidense quería cambios radicales en la agenda social (restricciones al aborto, legalización de la oración en las escuelas, límites a los derechos de los homosexuales, rechazo al control en la portación de armas, etcétera).

Los republicanos no entendieron cabalmente las consecuencias de estas elecciones. Ambos periodos electorales, el de 1992 y el de 1994, no representan posiciones homogéneas del pueblo en general. Lo que sí es seguro es que un sólido grupúsculo de conservadores funcionó como la base de esta coalición en 1994. Pero los márgenes de ganancia en ambas elecciones reflejan la sensación del ciudadano sobre la inseguridad económica del país, así como la creencia de que el gobierno había hecho muy poco para resolver tal problema. La percepción general es que el gobierno ignora al individuo común estadounidense y ayuda a todos los demás. Los beneficiarios de tanta generosidad, según lo ven los electores, son las grandes empresas, los intereses privados, las minorías y los inmigrantes.

Tanto el presidente Bush como el Congreso demócrata eran considerados como los defensores del *statu quo* por lo que tenían que irse. Las elecciones fueron más un rechazo a la situación imperante que una aprobación total a la visión extremista del futuro estadounidense en manos de la derecha reaccionaria del Partido Republicano.

El asunto es delinear una alternativa equilibrada entre ambos estilos de gobierno: el tradicional liberalismo demócrata y el conservadurismo nihilista republicano.

El esquema de tal política sería: 1) un compromiso para resolver los asuntos fiscales, 2) políticas gubernamentales que ofrezcan soluciones viables a la incertidumbre económica resultado de la nueva economía mundial, y 3) un nuevo contrato entre el gobierno (federal, estatal y local) y los representantes de las empresas y los sindicatos para resolver los problemas de la nación. Estos tres apartados formarían las bases de una agenda central demócrata.

CAUSAS DE LOS CAMBIOS POLÍTICOS RECIENTES

Uno de los aspectos más importantes de la confusión política actual en Estados Unidos es que ocurre en condiciones económicas muy favorables, si uno se atiende a los indicadores tradicionales. El crecimiento real del producto interno bruto estadounidense fue de un 5.5 por ciento en 1992 y un 6.2 por ciento en 1995. El índice de desempleo no ha ido más de allá del 6.6 por ciento desde 1987 y, en la actualidad, es de 5.5 por ciento, muy cercano a lo que se considera un nivel de empleo total en Estados Unidos. El producto interno bruto real per cápita ha aumentado de 14 000 dólares en 1970 a 16 000 dólares en 1980 y 19 800 dólares en 1993. Si el electorado votara en función de sus bolsillos, los políticos en el poder no tendrían por qué temer que sus puestos peligraran. Sin embargo, los números son engañosos porque no toman en cuenta otros factores importantes para los obreros y los empleados.

Para los trabajadores del sector manufacturero, las décadas de los ochenta y los noventa han sido épocas de grandes dificultades. Por ejemplo, el empleo en la industria del acero cayó de aproximadamente 610 000 en 1974 a 150 000 en 1994. El sueldo promedio por hora en la industria manufacturera ha caído de 8.03 dólares en 1970 a 7.40 dólares en 1994. Estas cifras demuestran que a pesar de que el producto interno bruto per cápita ha ido en aumento, la mayoría de los obreros no ha podido participar en la riqueza nacional.

A lo largo de casi toda la década de los ochenta, estos golpes han afectado primordialmente a los sectores manufactureros de la economía estadounidense. Por el contrario, al sector servicios y al de los empleados administrativos (*white-collar*) les fue bien en general. No obstante, esta tendencia empezó a cambiar en cuanto las fuerzas del mercado obligaron a reducciones masivas de personal y a reestructuraciones en muchas, hasta ese entonces, prósperas compañías tales como IBM, AT&T y otros gigantes de la industria estadounidense.

Es claro que muchos de los que perdieron sus empleos durante la última década han encontrado otros, tal y como lo afirma el índice de desempleo. También es cierto que los incrementos en las compensaciones no monetarias de los salarios, como son las pensiones y los seguros médicos, hacen que la caída en el monto de los salarios sea engañosa. Sin embargo, estos datos subestiman la inseguridad econó-

mica asociada con los continuos cambios de empleo. Por ejemplo, muchos de los trabajadores que se han visto forzados a buscar nuevos empleos han perdido sus seguros médicos o temen por la posibilidad de que esto ocurra. Las pérdidas devastadoras a que se arriesgan los no asegurados durante este periodo han contribuido a la sensación de ansiedad e incertidumbre que experimenta la mayor parte del país. Muchos obreros se han visto forzados a aceptar sueldos más bajos de los que tenían en sus antiguos empleos.

¿Cuáles son los elementos que el electorado tiende a identificar como fuente de su incertidumbre? Muchos obreros (en especial el varón blanco) creen que los problemas económicos son resultado de la competencia desleal de otros países, de los movimientos internos de acción afirmativa (*affirmative action*) o debido a las oleadas de inmigrantes. Incluso, en periodos recientes, se ha llegado a afirmar que los empleos muy especializados y bien remunerados (por ejemplo, los ingenieros en cómputo) van a parar a manos de trabajadores extranjeros calificados o se pierden debido a que las empresas trasladan esos puestos y a sus ejecutivos al extranjero.

Muchos economistas argumentarían que las causas del problema son los cambios tecnológicos y una preparación insuficiente. El hecho de que cada vez existan más procesos automatizados provoca la eliminación de cientos de miles de labores manuales. Si se retoma el caso de la industria acerera es posible ver que, a pesar de la aguda pérdida de empleos, la producción de acero ha permanecido casi sin cambios desde hace dos décadas. En lo que respecta a las políticas de acción afirmativa, es importante resaltar que el desempleo de las minorías es mucho mayor que el de las personas de raza blanca. Si la acción afirmativa beneficiara adecuadamente a las minorías aun a costa de la mayoritaria población blanca, sería difícil que se siguiera manteniendo esa situación.

Sin tomar en cuenta la validez de las reacciones que provoca la desestabilización del empleo, es obvio que muchos trabajadores piensan que el gobierno no los ha apoyado en un ambiente tan competitivo. Es más, sienten que pagan muchos impuestos para que el gobierno proteja a otros que no requieren tal ayuda; entre estos supuestos beneficiarios se encuentran las minorías, otros países y una variedad de intereses especiales. Todo lo anterior ha provocado que la gente se sienta traicio-

nada, y el resultado lógico es rechazar el estatus político actual, cualquiera que sea el partido político que esté en el poder. No se puede afirmar que el electorado que se encuentra en esta situación sea manipulado ideológicamente, tal y como los especialistas conservadores apuntan.

Otro grupo ansioso de un nuevo liderazgo es el de los conservadores moderados, a quienes poco interesa la cuestión fiscal. Han visto con horror cómo se incrementa al cuádruple la deuda nacional durante los últimos quince años hasta alcanzar un total de cinco mil millones de dólares. A este electorado no le interesa la manera en que el presupuesto se equilibre (los cortes presupuestales y/o los aumentos en los impuestos); sin embargo, no creen que el sistema político actual deje de ponerse al servicio de intereses particulares en aras del bienestar futuro del país. Por lo mismo, este grupo tiende a ser apartidista y a votar en contra del poder político actual, sin importar a qué partido pertenezca.

Por último, un nuevo elemento en el panorama político de estos tiempos es el de los conservadores religiosos. Este grupo ha tenido un lugar preponderante en el espectro estadounidense, pero es hasta hace poco tiempo que ha tenido una participación política activa, pues comenzó a finales de la década de los ochenta, bajo la batuta de Pat Robertson, quien lo dirigió brillantemente; han operado con base en una labor de campo organizando a cientos de miles de nuevos activistas políticos.

El objetivo de los conservadores religiosos es coordinar una contrarrevolución cultural que se propone acabar con todo lo que consideran la depravación moral de la nación. Defienden la intervención estatal en cuestiones sociales como la penalización del aborto, restricciones a la pornografía y pretenden que las escuelas religiosas sean financiadas con fondos públicos; sin embargo, se encuentran divididos en lo que respecta a la intervención estatal en la economía. Sus líderes, un poco por conveniencia y otro poco por convicción, están a favor de un papel reducido del gobierno en los asuntos económicos; en gran medida, sus bases comparten muchas de las inquietudes de los obreros mencionadas con anterioridad. De este modo, podrían muy bien estar a favor de la intervención del gobierno para proteger el empleo, sobre todo en relación con las restricciones comerciales. Pero se pueden abrigar dudas con respecto a la coherencia política de los conservadores religio-

sos, ya que a la larga se vislumbran diferencias irreconciliables entre ellos, aunque a corto plazo, esta facción ha sido capaz de superar sus diferencias a favor de la mayoría republicana.

La relativa fortaleza de la coalición republicana se afianzó en 1994 gracias a una menor participación de los electores. Los partidos que ocupan la Casa Blanca casi siempre pierden un número importante de curules en el año de las elecciones, y 1994 no fue la excepción. A este factor se aunó la frustración del sector obrero, quien culpaba a los demócratas por la aprobación final del TLC; a pesar de que a los obreros no les conviene una mayoría republicana, también es cierto que ya no apoyan tan incondicionalmente a los demócratas.

LA NUEVA MAYORÍA REPUBLICANA EN EL CONGRESO, EN LA PRÁCTICA

Los republicanos se las ingenieron para obtener una abrumadora victoria en 1994. La nueva coalición de conservadores culturales, conservadores fiscales y un electorado de clase media preocupado, se dio artificialmente gracias a un grupo de ideólogos republicanos en pro del libre mercado, bajo el liderazgo de Newt Gingrich.

Estos líderes republicanos accedieron al poder al apelar a los elementos comunes de todos los grupos —reducción de la intervención estatal en los asuntos económicos, eliminación del déficit presupuestario federal, reformas al proceso político y reducción del impuesto sobre la renta—. Se trató algo relacionado con cuestiones sociales tales como restricciones al aborto o el rechazo al control de armas; sin embargo, estos asuntos no tuvieron un papel preponderante en el manifiesto de la campaña republicana, el llamado Contrato con América (*Contract with America*). De este modo, los republicanos conjuntaron en sus filas una base eminentemente conservadora y un amplio grupo de estadounidenses que pensaban que los programas del gobierno ya no podían influir positivamente sobre sus vidas.

Es más, la coalición republicana se ha comportado muy bien en términos de disciplina partidista. Se ha concentrado primordialmente en cuestiones económicas que atañen a la mayoría del pueblo estadounidense: equilibrio del presupuesto y reformas al sistema de bienestar

social. Estos objetivos, en realidad, también son parte de las metas de los demócratas moderados, por lo cual los republicanos han de enorgullecerse: ningún gobierno debe vivir permanentemente más allá de sus propios medios, y lo que ocurrió en las elecciones de 1994 hará que cada vez sea más difícil que esta situación vuelva a darse en Congresos futuros.

Sin embargo, el hecho es que la derecha reaccionaria radical utiliza el objetivo de equilibrar el presupuesto en función de sus intereses particulares. Por ejemplo, pretende prohibir o restringir el aborto y las legislaciones ambientales; intenta, también, eliminar la seguridad social y hacer más flexibles las leyes de portación de armas. La clase media económica y sus miembros que pertenecen a la clase política no votaron por tales cambios y en el futuro podrían castigar a los republicanos en las urnas, sobre todo si sus propuestas no resuelven los problemas cotidianos del ciudadano estadounidense.

La retórica de los republicanos es muy ilustrativa en este sentido. Durante su campaña, explotaron su manifiesto en función de toda una serie de connotaciones relacionadas con la integridad, la confianza y el compromiso. Una vez en el poder, su lenguaje cambió a uno más relacionado con el concepto de revolución pero sin compromiso, todo con un tinte de fanatismo y de terquedad. Esto ha contribuido a corroer la buena voluntad de que gozaban los republicanos inmediatamente después de que fueron electos.

Algo especialmente problemático para el éxito a largo plazo de los republicanos es su incapacidad para relacionar su interés en las cuestiones presupuestales con la incertidumbre económica del electorado, quien, en última instancia, les otorgó el margen que necesitaron para su triunfo en 1994. Su tesis consiste en que un endeudamiento limitado del gobierno liberaría el capital necesario para las inversiones por lo que se incrementaría la productividad, y así los salarios aumentarían. Tal argumento es lógico para un economista, pero para que un elector lo crea es importante que pueda distinguir claramente la relación entre un sacrificio presente en función de beneficios futuros. Muchos trabajadores se muestran escépticos al respecto ya que, a pesar de que la productividad manufacturera estadounidense ha crecido en los últimos años, los sueldos no se han incrementado al parejo.

Otro aspecto crítico de la agenda republicana es la reducción de la regulación gubernamental. Muchos electores se han dejado seducir por

esta premisa, ya que casi todo mundo ha tenido que padecer los desplantes de una burocracia poco servicial. Los planes republicanos, sin embargo, van más allá de simplificar el papeleo inútil. Por ejemplo, los intentos en la Cámara de Representantes de suspender fondos a la Agencia de Protección Ambiental y así constreñir la regulación ambiental en este rubro fueron un fiasco como política popular y un verdadero desastre de relaciones públicas.

El proyecto de los republicanos para mejorar la educación es también muy sospechoso. Están a favor de la educación dentro del ámbito local, y en este contexto, los conservadores religiosos podrían hacer que la idea de que Dios creó el mundo en siete días fuera considerada una noción científica de la misma manera que la teoría de la evolución y la de la selección natural. La oración sería obligatoria en las escuelas y la moral se impartiría como parte de las materias obligatorias; claro que la moral imperante sería la que tiene que ver con la de los cristianos evangélicos. La forma en que todo esto ayudaría a los trabajadores estadounidenses a ser más competitivos en el mercado mundial es un misterio.

En resumen, los republicanos obtuvieron la mayoría con un programa cuidadosamente planeado que apelaba a los intereses comunes de los estadounidenses. Las acciones emprendidas después de las elecciones muestran que los republicanos tienen una agenda extremista.

UNA NUEVA AGENDA DEMÓCRATA

La coalición republicana se ha sobrepasado. Las encuestas de opinión señalan que existe una gran insatisfacción y desconfianza hacia lo que ahora se percibe como una agenda republicana extremista.

Hay dos factores que han contribuido a que ocurran estos cambios. En primer lugar, los dos paros parciales del gobierno federal como consecuencia de déficit presupuestales fomentaron la creencia de que los republicanos buscaban más destruir y arrasar que comprometerse y encontrar soluciones a los problemas del país. Los conservadores se basaron en una retórica incendiaria que les quitó el apoyo de los moderados y los votantes indecisos. En segundo lugar, los demócratas pudieron presentar (injustamente, tal vez) como peligrosos e interesados

los intentos del Congreso para reformar los sistemas de salud (Medicare y Medicaid), lo cual se agudizó con la sensación general de que los republicanos también trataban de reducir todas las restricciones ambientales. Si los republicanos no moderan sus posturas, es muy probable que salgan de la misma manera en que se fueron los demócratas en 1994.

Los demócratas, sin embargo, tienen que ser muy cuidadosos para no caer en autocomplacencias que les hagan creer que la insatisfacción para con los republicanos necesariamente derivaría en un apoyo incondicional que los llevara de nuevo a detentar el poder en el Congreso. En resumen, mientras que los demócratas pueden usar el miedo a los republicanos como un impulso para movilizar a su propio electorado, tienen también que desarrollar políticas que atraigan a la facción de votantes indecisos que perdieron en 1994.

Lo siguiente debería ser parte de la respuesta demócrata.

EQUILIBRIO DEL PRESUPUESTO

Este punto es fundamental para el bienestar a largo plazo de la economía estadounidense; la cuestión es cómo lograrlo. Cualquier proyecto realista tiene que excluir la noción de reducción de impuestos hasta que el gobierno federal haya equilibrado el presupuesto. Un proyecto de esta naturaleza debería congelar el impuesto sobre la renta en sus índices actuales, pero aumentar otro tipo de contribuciones para alcanzar otros objetivos importantes.

Por ejemplo, si se aprobara un impuesto nacional sobre el producto de las ventas, se contribuiría a que hubiera fondos importantes al mismo tiempo que se fomentaría un consumo menor, lo que redundaría en el incremento del ahorro que derivaría en la formación de capital. Un impuesto de un dólar por galón de gasolina, distribuido a lo largo de cuatro años, desalentaría el consumo de energía reduciendo la confianza en las reservas extranjeras de petróleo y contribuiría a eliminar el déficit. El marco legal prometería al electorado una reducción general del impuesto sobre la renta tan pronto como fuera posible, pero no antes de que el gobierno federal tuviera un superávit en su balanza. Los impuestos sobre la gasolina y sobre el producto de las ventas permanecerían sin cambios.

Los demócratas deberían continuar con la política presupuestal propuesta por la administración de Clinton, que plantea un congelamiento e incluso la reducción de los gastos que se ejercen de manera restringida. Los demócratas pueden obtener mucha credibilidad con sólo sugerir reducciones en los programas asociados con su propio electorado.

Es fundamental que los demócratas enfrenten su añejo problema con los costos de los programas a largo plazo, como son Medicare, Medicaid y el seguro social, mediante la promulgación de formas de verificación como una manera de reducir la amenaza que se avecina en cuanto la generación de *baby boomers* tenga edad de retirarse. Los demócratas deberían abandonar sus estrategias demagógicas y a corto plazo, que se oponen a cualquier cambio en estos programas.

Esta combinación de aumento a los impuestos y reducción de los gastos tendría un efecto muy positivo en el mercado financiero y reduciría las tasas de interés a largo plazo, lo cual, a la larga, tranquilizaría a quienes temen las consecuencias a corto plazo de tales cambios. Un compromiso permanente que vaya de la mano con una responsabilidad fiscal fomentaría el apoyo de los escépticos a los centrodemócratas.

REGULACIONES FEDERALES

Los republicanos se sienten agobiados en relación con la inquietud general sobre el papel de las regulaciones del gobierno. Sin embargo, es posible que éste establezca un mínimo de ordenamientos para la vida económica sin necesidad de especificar con detalle cómo ponerlos en práctica.

Por ejemplo, los demócratas no deberían rehuir el hecho de que tienen que establecer como obligatorio el seguro médico, puesto que sí se exige a los trabajadores y los empleadores que compren seguros contra catástrofes. Se debería permitir a la pequeña empresa comprar seguros en unión con otras empresas para abaratar costos; esto resolvería una preocupación común a todos los estadounidenses en relación con la pérdida de sus seguros médicos. Sin embargo, la póliza obligatoria no debería ser total, tal y como el proyecto de Clinton proponía, sino simplemente el seguro debería garantizar que las familias no que-

daran en la miseria debido a problemas de salud. Más aún, los moderados deberían abogar por la “movilidad” de los seguros, para que los trabajadores que hayan cambiado de empleo puedan legalmente apelar en caso de que las aseguradoras privadas les nieguen el servicio.

El gobierno federal debería establecer una normatividad mínima para el sistema de bienestar social en el ámbito local. Esto significa que los estados tendrían facultades amplias para llevar a la práctica sus propios planes, pero siempre bajo la autorización federal, que funcionaría como una especie de red de seguridad, ya inherente al panorama político estadounidense. Así, los estados podrían buscar las maneras de mejorar esa red, con el fin de que sus beneficios fueran accesibles a los miembros más vulnerables de nuestra sociedad. Este enfoque choca con el proyecto republicano, que ofrece a los estados beneficios en bloque sin que haya ninguna obligación que los comprometa.

EDUCACIÓN

Los demócratas deben seguir enfatizando el papel de la educación para mejorar las oportunidades de empleo de todos los estadounidenses. Dentro de este contexto, el gobierno federal puede tener una función preponderante al emular los exitosos modelos de Europa y Japón; se debe ofrecer la aplicación de pruebas en todo el país que evaluaran las habilidades básicas en matemáticas, historia, inglés, ciencias, geografía y lenguas extranjeras. Tales pruebas deberían ser nacionales para que las dependencias estatales y locales midieran sus propios avances. Como retribución a la aplicación de las pruebas, las escuelas recibirían fondos federales extra. Al contrario que en otros países, estos exámenes serían voluntarios.

La última administración pretende que se extiendan certificados de capacitación laboral. Este punto apela directamente a la preocupación de los electores en cuanto a la pérdida de empleo. Dentro de este plan, la gran cantidad de programas de capacitación que existe en la actualidad sería reemplazada por estos certificados donde el trabajador elegiría su mejor opción. Este programa, y otros como éste, reduciría la tendencia del electorado a asociar las políticas demócratas con los programas de gobierno.

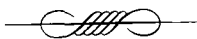
POLÍTICA COMERCIAL

Los demócratas deben estar abiertos al comercio internacional como fuente de crecimiento económico y de ingresos elevados, por lo que deberán continuar la pauta de la administración de Clinton y seguir buscando acuerdos comerciales con bases multilaterales y la posibilidad de dar entrada a nuevos socios en el TLC. Tales esfuerzos no deben perder de vista los problemas que pueden surgir de una economía global activa. En este contexto, los certificados de capacitación laboral tienen gran importancia.

CONCLUSIONES

Los republicanos han emergido como los aspirantes potenciales al papel de partido mayoritario en el Congreso. Esta aspiración se basa en el núcleo radical y enérgico de los conservadores junto con la mayoría del electorado estadounidense. Además, la facción más liberal del partido, con su creencia en el papel extremadamente limitado del gobierno en todos los asuntos, ya sean económicos o sociales, probablemente tendrá un choque con los conservadores sociales, que buscan una participación activa del gobierno en la vida personal y cultural del ciudadano. Los votos de los indecisos tienden a perderse, puesto que son más escépticos con respecto a la manera en que los republicanos están resolviendo las cosas. En otras palabras, la coalición, que fue muy efectiva en 1994 para obtener la victoria en el Congreso, podría tener una corta vida.

Para que los demócratas vuelvan a tener su posición en el Congreso, tendrán que continuar con la exitosa estrategia de Clinton de 1992: rechazo a un liberalismo tradicional junto con un compromiso para que el gobierno tenga un papel responsable pero limitado. Esta nueva agenda demócrata debe contener las siguientes características: igualdad de oportunidades, una base federal firme, pero flexible al poner en práctica los planes; inversión en la educación infantil, responsabilidad fiscal y orientación hacia una posición central responsable de la política estadounidense. Tal agenda no sólo sería útil para el Partido Demócrata sino que serviría a los intereses del pueblo estadounidense a largo plazo.



¿Muerte por el gobierno? Contenido y retórica en el debate sobre la administración en el sector público

*V. Seymour Wilson**

LA CRISIS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS:
LA PERSPECTIVA DE CANADÁ

El tema de este artículo se enfoca en el creciente “neoconservadurismo” o “agenda de cooperación”, tan fácil de diferenciar del ampliamente aclamado “Contrato con América”, el cual fue adoptado en 1995 por la mayoría republicana en el Congreso. Por debajo de este contrato de restricción fiscal y económica existe un mensaje, que la mayoría de los

* Profesor y director del Departamento de Ciencia Política, Carleton University, Ottawa, Canadá.

republicanos desconoce, aunque de cualquier modo, existe: una posición proteccionista, racista, antiinmigratoria y aislacionista en los asuntos internacionales.

Aunque estoy seguro que estos temas serán tratados por observadores más experimentados de la escena estadounidense, este trabajo tiene por objeto comentar de qué manera ha sido similar la experiencia canadiense en estas cuestiones y en qué hemos sido marcadamente distintos en el camino “prometedor” hacia la recuperación económica y la estabilización financiera.

El problema inicial de las finanzas públicas no rebasa la comprensión del ciudadano común. Es el pago de los intereses compuestos sobre las deudas nacionales y provinciales lo que ha generado nuestro déficit. A su vez, este déficit ha desplazado otras prioridades del gobierno, ya que ha sido preciso recortar el gasto público. Después de pasar dos o más décadas acumulando deuda federal y alrededor de una década amasando deudas provinciales, los gobiernos de cualquier ideología, en cualquier jurisdicción, ahora enfrentan esta terrible realidad.

Cuando los gobiernos se dieron cuenta de que existía un problema fiscal, por primera vez en los años ochenta, su primer instinto fue combinar reducciones presupuestarias con aumentos de impuestos. Si bien las reducciones fueron modestas, se creó una oposición pública hacia los incrementos de los impuestos, sobre todo, al estancarse los ingresos reales. En la actualidad, las fuentes adicionales de ingresos se han visto severamente restringidas (los ingresos obtenidos por las apuestas y juegos de azar, las cuotas de usuarios, los aumentos ocasionales a los impuestos sobre el alcohol, el tabaco, la gasolina, etc.); lo cual ha generalizado una creencia en Canadá que se ha extendido a todas las posiciones ideológicas, según la cual el gobierno y la burocracia gubernamental se han vuelto parte del problema, en lugar de ser la solución. Quienes todavía son partidarios de un gobierno activista deben tocar a retirada en puntos estratégicos, en vista de los recortes provocados por la deuda, si en el futuro quieren conservar un cierto margen de manobra para el Estado.

Los recortes financieros y el cambio institucional han alterado fundamentalmente muchos de los aspectos clave del gobierno; incluso se ha llegado a la terminación efectiva de la responsabilidad ministerial, uno de los principios esenciales del “modelo Westminster” de las

democracias parlamentarias de Nueva Zelanda, Australia y el Reino Unido.¹ En un artículo breve como éste, sería imposible abarcar todas las cuestiones relacionadas con el tema. Sin embargo, en lo esencial, la reforma institucional parece girar alrededor de cuatro áreas de máxima importancia:

1. la alteración de las estructuras que permitían el llamado a los funcionarios a rendir cuentas, en especial la introducción de agencias operativas en las cuales el ministro no es responsable de las decisiones cotidianas y ni siquiera de aquéllas estratégicas (como la decisión de hacer o no contratos externos para los servicios que son una función primordial de la dependencia en cuestión);
2. los intentos de reemplazar la disposición tradicional del sector público con sistemas alternativos de prestación de servicios, en especial la introducción de mecanismos de tipo de mercado (los MTM);
3. la reestructuración de los sistemas administrativos del gasto;
4. la descentralización del manejo de los recursos humanos y las relaciones empleador-empleado en el servicio público.

En provecho de la brevedad, concentraremos nuestros comentarios en los números 1 y 2.

En la alteración de las estructuras de rendición de cuentas, lo que se cuestiona es la naturaleza burocrática jerárquica tradicional de los servicios públicos en todas las democracias en cuestión. David Osborne, asesor del presidente Clinton y destacado impulsor de la reforma del sector público, establece una analogía entre el servicio público tradicional y la producción en línea fordista cuando argumenta que: “el modelo de gobierno que heredamos de la era industrial logró grandes cosas en su momento, pero ahora ya no es eficaz”.² Osborne tiene mucha razón cuando señala en dónde se originó el modelo, ya que las ideas que dieron forma a la burocracia tradicional también moldearon el sis-

¹ Christopher Hood, “A Public Management for All Seasons?”, *Public Administration* 69, no. 1 (1991): 3-19.

² David Osborne, “Reinventing Government: Creating an Entrepreneurial Federal Establishment”, en Will Marshal y Martin Schram, eds., *Mandate for Change* (Nueva York: Berkeley Books y The Progressive Policy Institute), 263-288.

tema de producción en masa desarrollado por Frederick Taylor. Las ideas de Taylor fueron consideradas las prácticas más avanzadas en la administración de empresas a principios de siglo y contribuyeron a la aparición de la segunda revolución industrial.³

Esto revela en qué medida los métodos considerados como “las mejores” prácticas en los negocios privados se filtran al sector público. Dado que vivimos en un mundo capitalista, esta tendencia, en la que las ideas sobre la administración se originan en el sector privado y se filtran al sector público, no debería sorprendernos, ni alarmarnos, excepto cuando lo que se está imponiendo en el sector público no son ideas verdaderamente revolucionarias sino sólo las modas pasajeras entre los consultores de negocios de la mercadotecnia.⁴

Lo que proponen los partidarios de “la nueva administración pública” o del “gerencialismo” es disminuir el papel representado por la rendición de cuentas “por proceso” en el sector público e incrementar la rendición de cuentas “por resultados”. La burocracia tradicional recae sobre todo en la rendición por proceso. Esto significa que existe una serie de reglas que definen cómo y quiénes deben tomar las decisiones. Las decisiones resultantes no son tan importantes como el hecho de que se haya utilizado el proceso correcto para cumplir el objetivo. La rendición por resultados funciona de la manera exactamente opuesta: se atribuye poca importancia a la manera en que se toman las decisiones siempre y cuando se produzca el resultado correcto.

Ninguna organización sobrevive mucho tiempo si no cuenta con sistemas fuertes que garanticen la rendición de cuentas tanto en el proceso como en los resultados. El colapso del Barings Bank demostró esto con toda claridad.

Debería ser una prioridad importante que el sector público responda mejor a las necesidades cambiantes de los ciudadanos y los clientes corporativos. También parece importante que el sector público se concentre más en lograr objetivos y no sólo en seguir directrices. Sin embargo, es difícil encontrar un vínculo directo entre mejorar la calidad de los servicios públicos y lograr la finalidad de bajar el costo del gobierno.

³ V. Seymour Wilson, *Canadian Public Policy and Administration: Theory and Environment* (Scarborough: McGraw Hill-Ryerson, 1982).

⁴ Hood, “A Public Management...”, 6.

En un nivel teórico, se podría argumentar que si el servicio público tiene mayor contacto con las necesidades de ciudadanos y clientes corporativos, se reducirá su desperdicio (servicios no necesitados). También se podría plantear que un servicio público innovador, libre de reglas excesivas de procedimiento encontrará maneras más eficientes de realizar el mismo trabajo y esto, por lo tanto, se traducirá en un gobierno de menor costo.

Sin embargo, en última instancia, sólo se podrán reducir los costos del gobierno si la reducción es en sí misma un objetivo de cada unidad administrativa, igual y en ocasiones superior al mejoramiento de los servicios; de otra manera, surgirán nuevos gastos que consumirán los ahorros obtenidos del sistema.

En consecuencia, cuando los gobiernos han reemplazado la rendición de cuentas por proceso cambiándola por la de resultados, por lógica en los que se habrá puesto mayor énfasis serán la reducción de costos y el aumento de la eficiencia. Así, cuando se habla de las experiencias de cada país en este trabajo, se insta al lector a tomar nota del papel que representa el liderazgo político al diseñar y apoyar el cambio, así como al reforzar el objetivo del control de costos, ya que sin este apoyo, poco se puede lograr.

LA EXPERIENCIA EN LOS DIFERENTES PAÍSES

Reino Unido

De acuerdo con el Informe del Auditor General canadiense de 1993, la economía británica tocó fondo en 1976; fue cuando el gobierno de esa época se vio obligado a pedir ayuda financiera al Fondo Monetario Internacional (FMI).⁵ La líder electa del Partido Conservador en 1975, la futura primera ministra Thatcher, decidió que el colapso de 1976 era una clara señal de que no bastaría con arreglos superficiales. Ella pensaba que era necesaria una transformación fundamental en la economía británica y entre los cambios que se necesitaban con mayor urgencia estaba la reducción del poder, tamaño e injerencia del Estado. En bus-

⁵ *Auditor General's Report*, 1993.

ca de ideas sobre cómo cambiar la economía británica, la señora Thatcher entró en contacto con los pensadores liberales y neoconservadores del Centre for Policy Studies, adoptando, como propio, buena parte de su análisis económico. Una cantidad considerable de su análisis se dedicaba a la necesidad de reducir la influencia de los sindicatos en la economía, ya que se pensaba que los sindicatos inflaban de manera artificial los costos del trabajo en Gran Bretaña y promovían barreras rígidas ante la flexibilidad de paga (como especificaciones muy detalladas para los empleos), tanto en la fuerza de trabajo privada como en la pública.⁶

La teoría del derecho a elegir en política tenía un importante papel en el análisis de estos pensadores. Ésta trata de relacionar las suposiciones de la economía (de que todos los individuos son racionales y tratan de maximizar su interés propio) con las suposiciones del institucionalismo político (que sostiene que las instituciones políticas son conjuntos de reglas que ayudan a determinar qué clase de acciones y demandas políticas tienen probabilidades de tener buen fin y cuáles no). Por lo tanto, un partidario del neoconservadurismo y de la teoría del derecho a elegir argumentaría que si no es posible privatizar un sector del Estado, el mejor paso siguiente será reordenar las instituciones involucradas para que sea un interés propio, creado, de los funcionarios hacer lo que el gobierno quiere que se haga (que en este caso era promover el ahorro en los costos).⁷

Ésta es precisamente la política en la que se basó el gobierno de Thatcher, pero no de manera tan elegante. Aunque la meta principal del gobierno era privatizar tantas secciones del servicio público como fuera posible, pronto resultó obvio que algunas partes del sector público estaban en tan mal estado que no serían atractivas para los compradores privados. Primero era necesario remodelar estas organizaciones. También pronto descubrieron que otras áreas del sector público no se podían privatizar ya que no tenían más mercado para sus servicios que el mismo gobierno.⁸ Así, la primera iniciativa del sector público, llama-

⁶ Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think Tanks and the Economic Revolution* (Londres: Harper Collins, 1994), 243-286.

⁷ Peter Self, *Government by the Market? The Politics of Public Choice* (San Francisco: Westview Press, 1993).

⁸ Christopher Pollitt, *Managerialism and the Public Services*, 2a ed. (Oxford: Blackwell, 1993), 48.

da la Iniciativa de la Administración Financiera (Financial Management Initiative) tenía por objetivo, simplemente, obtener la mayor eficiencia posible del sistema existente de administración pública.

Sin embargo, con el tiempo, el gobierno tuvo que reconocer que, como siempre habían planteado los teóricos del derecho a elegir, sólo se podía obtener una mayor eficiencia del sector público si cambiaban las instituciones encargadas de estructurar las recompensas y sanciones para cada trabajador. El resultado fue la Iniciativa de las Próximas Etapas (The Next Steps Initiative), anunciada en febrero de 1988. Las metas de las reformas estaban dirigidas a reemplazar la rendición de cuentas por proceso por la rendición según los resultados y siempre que fuera posible, utilizar los mecanismos de mercado y los resultados, medidos de acuerdo con objetivos, como las herramientas gerenciales.

John Major, sucesor de la señora Thatcher como primer ministro, impulsó el tercer conjunto importante de reformas. Luego de reemplazar a la señora Thatcher como líder conservador, el primer ministro Major trató de imponer su propio sello a la reforma del sector público y, al mismo tiempo, hacer desaparecer algunas de las quejas que había generado el nuevo servicio público. La combinación de los recortes presupuestal y de personal había dejado al sector público severamente debilitado. Se temía que la Iniciativa de las Próximas Etapas debilitara la responsabilidad que significaba la rendición de cuentas para las nuevas dependencias públicas de manera que Parlamento no pudiera proteger a los ciudadanos del abuso burocrático y de un mal desempeño. La respuesta del primer ministro a estos problemas fue la *Carta del Ciudadano* (*The Citizen's Charter*).

En la Carta se confirmaba de nuevo el deseo del gobierno de promover la eficiencia pero también se refrendaba la intención de mejorar el servicio en el sector público. Si esto no se podía lograr, la Carta proveyó la posibilidad de que los departamentos contrataran mejores servicios por fuera. El cambio a la rendición de cuentas según los resultados debilitó la capacidad de las dependencias centrales y del Parlamento para intervenir en favor de los intereses de los ciudadanos. Así que la Carta resolvía esta cuestión dando poder a los ciudadanos como individuos para proteger sus propios intereses; lo cual también era congruente con las disposiciones neoconservadoras del gobierno al reem-

plazar una forma de acción colectiva, la rendición de cuentas ante el Parlamento, por una forma de acción individual, las quejas del ciudadano-cliente por un mal servicio o una administración deficiente.

Nueva Zelanda

En 1984 los electores de Nueva Zelanda respondieron al caos económico y al malestar general con la remoción del gobierno del primer ministro Muldoon, del Partido Nacional, que llevaba muchos años en el poder, y pusieron en su lugar al Partido Laborista del primer ministro David Lange. Para sorpresa de muchos, los laboristas reaccionaron a la crisis adoptando una estrategia basada en el liberalismo económico. La dimensión de las reformas y la velocidad con que se pusieron en vigor fueron considerables y el gobierno se rehusó a ceder aun al observarse un descenso en los niveles de vida y la disminución del PIB.⁹ En 1987, el Partido Laborista fue reelecto con una resonante victoria. Perdió el poder en 1990, pero el gobierno del Partido Nacional que lo reemplazó continuó con sus reformas económicas y del sector público. También es justo decir que la principal razón por la cual el Partido Laborista fue derrotado en 1990 estaba más relacionada con su política social que con sus otras políticas.¹⁰ Sin embargo, como se verá más adelante, la razón por la que se eligió esa política social pudo haber estado motivada, cuando menos en parte, por su fascinación por los valores del profesionalismo técnico, los mismos valores que condujeron a la reforma “administrativa” del sector público.

Tal como sucedió en Canadá, en Nueva Zelanda, varias Comisiones Reales e Informes del Auditor General habían señalado con anterioridad la necesidad de una reforma del sector público con el propósito de promover la rendición de cuentas según los resultados en el servicio público. Fueron estos informes los que sentaron las bases de las primeras reformas realizadas por el gobierno laborista. Como había sucedido con el gobierno británico, el gobierno laborista en Nueva Zelanda

⁹ John McMillan, “Kiwis Can Fly: Reforming New Zealand’s Economy”, *International Economic Insights* (enero-febrero): 1994.

¹⁰ Jack Vowles y Peter Aimer, *Voters’ Vengeance: The 1990 Election in New Zealand and the Fate of the Fourth Labour Government* (Auckland: Auckland University Press, 1993).

adoptó durante un tiempo la perspectiva del derecho a elegir que indicaba que sólo podría darse un cambio perdurable de la manera en que se realizaban las cosas en el sector público si ocurría a la par de un cambio institucional importante. Sin embargo, los neozelandeses dieron el salto de los cambios superficiales a una reforma institucional profunda con mucha mayor rapidez que el gobierno de Thatcher.

Las entidades de servicios gubernamentales que no podían ser privatizadas (ya sea porque estaban en mal estado o porque la política gubernamental no contemplaba su venta) se convirtieron en “empresas propiedad del Estado”; aunque muchas de éstas se privatizaron más tarde, después de mejorar su estado financiero. El gobierno estaba tan complacido con los resultados que continuó el ejercicio de comercialización en otras dependencias públicas y comenzó el proceso de dividir sus ministerios entre ministerios de planeación de políticas, de compra de productos y autoridades proveedoras de servicios. En 1988, se produjo un cambio generalizado en toda la estructura del empleo con la Ley del Sector Estatal (*State Sector Act*). La política de recursos humanos fue descentralizada a cada ministerio y autoridad y, a diferencia de lo que ocurría en Gran Bretaña, incluso los ministerios principales aplicaron la comercialización a sus operaciones. De ahí en adelante, los secretarios permanentes serían llamados directores ejecutivos y trabajarían por periodos limitados con contratos basados en su desempeño.

De nuevo, es la adopción voluntaria de valores no propios del gobierno, el rápido ritmo de las reformas y la naturaleza profunda de éstas lo que separa el caso de Nueva Zelanda de los otros dos. Aunque no hay referencia de esto en la literatura consultada para este trabajo, es razonable suponer que el gobierno de Nueva Zelanda se benefició del aprendizaje de políticas. Al estudiar las frustraciones del gobierno de Thatcher, Nueva Zelanda eligió moverse con mayor rapidez en el paso de los arreglos superficiales a la reforma institucional radical.

Australia

De todos los casos, el de Australia es el más parecido al de Canadá. Es un país relativamente grande con baja densidad de población y una estructura federal. A diferencia de los otros dos países, la reforma del

sector público no comenzó con privatizaciones masivas para después pasar a los arreglos superficiales y finalmente llegar a la transformación institucional profunda en los sectores restantes del ya disminuido servicio público. En este país, la estrategia inicial fue establecer “un programa discreto, que se concentrara sobre todo en la eficiencia y eficacia en el uso de los recursos”. La comercialización se hizo con cautela en áreas donde diversas secciones del servicio público compran servicios, usualmente disponibles en el sector público, de otras de sus propias secciones (como los servicios de impresión). La privatización, así, se ha adoptado en las mismas áreas en las que habitualmente se ha llevado a cabo en otros países, como serían las líneas aéreas propiedad del Estado.¹¹ En 1987, la mayor parte de las decisiones sobre el personal se turnaron a los departamentos individuales. Sin embargo, un consenso generalizado en toda la nación entre sindicatos, empleadores y gobierno respecto de la paga impidió recortes importantes en los salarios.

En general la literatura deja al lector con la impresión de que, mientras la reforma va paso a paso en Gran Bretaña y de manera similar pero con mucho mayor rapidez en Nueva Zelanda, en Australia es una actividad menos sistemática, y con diversas iniciativas que se han puesto a prueba al mismo tiempo.

En parte, esto tal vez se pueda explicar por diferentes razones ideológicas y de contexto. En el Reino Unido y en Nueva Zelanda, los gobiernos tomaron el poder en medio de grandes crisis y después adoptaron una determinación ideológica basada en la teoría del derecho a elegir y en el liberalismo de mercado, según lo que querían ver. En Australia, el Partido Laborista Australiano en el poder no estaba bajo tanta presión¹² y estaba mucho menos seguro de su curso al estar más motivado por el pragmatismo que por la ideología.¹³ Asimismo, un sistema muy centralizado para la fijación de salarios limitaba la libertad del gobierno para realizar cambios que promoverían la flexibilidad salarial. Otra consideración importante es el federalismo australiano. Como ocurre en Canadá, muchos de los programas gubernamentales de

¹¹ Randal Stewart y Christine Jennett, eds., “Introduction”, en *Hawke and Australian Public Policy* (South Melbourne: MacMillan, 1990).

¹² R. Butterworth, *A Perspective on Australian Fiscal Consolidation* (Ottawa: CCMD, 1995).

¹³ Spencer Zifcak, *New Managerialism: Administrative Reform in Whitehall and Canberra* (Buckingham: Open University Press, 1994).

alto costo que implican la prestación de servicios a los ciudadanos y entidades corporativas están bajo la responsabilidad de los gobiernos regionales (los estados), no del gobierno federal (de la Comunidad Británica de Naciones). También, dado el contexto federal, las reformas frecuentemente se deben desarrollar con el consenso de los gobiernos. A partir del ejemplo canadiense, se ha creado en la actualidad el Consejo de Gobiernos Australianos (The Council of Australian Governments), un mecanismo formal para propiciar la reunión de los primeros ministros provinciales para discutir las iniciativas de reformas públicas.¹⁴

LA “NUEVA” RENDICIÓN DE CUENTAS: ¿QUÉ HA CAMBIADO EN REALIDAD?

Antes de que comenzaran las iniciativas de reforma, todas las democracias parlamentarias mencionadas en este trabajo ejercían la rendición de cuentas en el servicio público por medio del sistema “Westminster” de auditoría ministerial. Según el sistema Westminster, es el primer ejecutivo en cada departamento (el ministro) quien es responsable de los resultados, no los funcionarios públicos individuales, quienes sólo son responsables de demostrar que siguieron el proceso correcto. Es deber del ministro asegurarse de que se empleen los procesos que llevarán, en la mayor parte de los casos, al resultado correcto. Cuando surgen casos excepcionales (aquellos en los que la respuesta correcta desde el punto de vista del procedimiento parece ser equivocada desde el punto de vista moral) es deber del funcionario civil pasar estos casos al nivel inmediato superior en la jerarquía. En algún momento, el caso llegará a algún funcionario público con capacidad discrecional en sus procedimientos para hacer una excepción o, en todo caso, lo turnará al ministro, quien en última instancia tiene el poder para hacer excepciones a las reglas.¹⁵ En tanto el registro escrito muestre que el funcionario público siguió el proce-

¹⁴ John Halligan, “Australia”, en *Central Agencies: Fourteen Country Reports* (Ottawa: CCMD, 1995).

¹⁵ Un buen ejemplo de esto en Canadá es el poder que el ministro de Migración se reserva para anular decisiones burocráticas con el fin de deportar personas de Canadá (o para suspender el proceso burocrático de determinación desde el principio).

dimiento, no deberá temer ninguna reprimenda si el resultado obtenido es incorrecto.¹⁶

Esto no significa que los resultados no sean importantes para el modelo Westminster. El objetivo principal del procedimiento es hacer las cosas de tal manera que éstas se logren, reconociendo, al mismo tiempo, la fidelidad que se debe a la equidad legal y al imperio de la ley; esto significa que cuando no se logren los resultados no es por error de los individuos; la falla es de su superior (y en última instancia, del ministro) por no establecer los procedimientos que habrían permitido al equipo alcanzar los resultados apropiados.

La nueva administración pública rechaza este modelo, en parte porque se plantea que los ministerios modernos son demasiado grandes para que una sola persona pueda encabezarlos eficientemente y sea responsable de cada acción.¹⁷ En segundo lugar, porque los partidarios de la nueva administración pública argumentan simplemente que el viejo sistema se estaba volviendo anacrónico. Así, como una persona no puede hacerse responsable de las acciones de cada empleado a sus órdenes (cuando estos empleados se cuentan por miles), tampoco una persona puede decir a cada uno de estos empleados cómo hacer su trabajo en una era en la que la tecnología permite una mayor flexibilidad y los ciudadanos demandan un servicio más individualizado con mayor eficiencia de cada empleado, si se quieren reducir los costos.

La nueva forma de gestión pública lleva el modelo para la rendición de cuentas prevaleciente en el sector privado (según los resultados), a una posición más prominente en la administración pública y da a la rendición por proceso un lugar menos importante. De mayor importancia resulta el hecho de que se espera que los empleados compartan la responsabilidad de obtener resultados y no sólo de garantizar que se siga el procedimiento.¹⁸ Este deseo de ver repartida la carga que implica la rendición de cuentas según los resultados sobre los hombros de cada funcionario público no es una idea nueva en Canadá. El Informe Lambert de 1979 (*The Lambert Report of 1979*)¹⁹ mostró que la tradición

¹⁶ V. Seymour Wilson, *Canadian Public Policy...*, cap. 12.

¹⁷ *The Economist*, 19 de marzo 1994, 68.

¹⁸ Hood, "A Public Management..."

¹⁹ Este documento es, propiamente, llamado *The Royal Commission on Financial Management and Accountability: Final Report*.

de la auditoría ministerial era un impedimento para la administración eficiente. Este sentimiento, desde hace muchos años, había encontrado eco en la Oficina del Auditor General.

Si los gobiernos deben exigir cuentas por los resultados y no por el seguimiento de los procedimientos, entonces los ministros no deben intervenir en las acciones de los administradores y dejarlos administrar. Cómo hacer esto y, al mismo tiempo, garantizar que éstos sigan los lineamientos de la política pública es la pregunta central que se debe responder para probar el éxito de la nueva administración pública. El eslabón de la cadena de la rendición de cuentas en el que recae una mayor atención es el punto donde los nuevos vehículos de prestación de servicios se encuentran con los ministerios que diseñan las políticas públicas. Este punto es la oficina del director ejecutivo de los nuevos vehículos de prestación de servicios.

Se utilizan tres clases de documentos para garantizar que la rendición de cuentas según los resultados se lleve a cabo adecuadamente; éstos son el acuerdo básico, donde se especifica qué se espera que la dependencia realice y las normas generalmente aceptadas que se deben cumplir en la consecución de los objetivos (por ejemplo, el respeto a la política de derechos humanos del gobierno, el empleo de ciertos procedimientos de rendición de cuentas y la garantía de que se realice el proceso adecuado y tradicional); también en ellos se precisa cómo se medirá el progreso de acuerdo con el cumplimiento de estos objetivos y cuáles serán las obligaciones del ministro para con la nueva dependencia (como el financiamiento con el que se puede contar). Así también se especifican las obligaciones y atribuciones del director ejecutivo, la forma de evaluar su desempeño y a quién tendrá que informar sobre el avance de su trabajo. Por último, se exige a la dependencia entregar informes periódicos al ministro, quien los evaluará.²⁰

Como el ministro ya no es responsable del funcionamiento cotidiano del área de prestación de servicios de su ministerio, no acepta la responsabilidad política por esas cuestiones. Ésta recae en el director ejecutivo. En el Reino Unido, el ministro ni siquiera responderá preguntas relacionadas con los asuntos cotidianos y las remitirá, por escrito, al director ejecutivo de la dependencia pública correspondiente; las

²⁰ *Auditor General's Report*, 1993, 169-171.

respuestas serán publicadas en la Biblioteca del Parlamento y se añadirán como pie de página a las transcripciones del periodo de preguntas.

Aunque algunos dicen que la auditoría ministerial todavía está en vigor (considerando que el ministro aprueba la contratación de los directores ejecutivos, y la política que éstos seguirán y luego se encargará de calificar sus informes), yo no estoy de acuerdo. Como vimos arriba, la responsabilidad ministerial también significa que el ministro tiene derecho a intervenir cuando la decisión “técnicamente correcta”, tomada por la burocracia no es la “moralmente correcta”.

Los impulsores de la nueva administración pública argumentan que esto ha dejado de ser un problema, ya que los funcionarios públicos en la actualidad tienen la libertad de ignorar los procedimientos técnicos y tomar decisiones moralmente correctas de manera independiente. Sin embargo, de acuerdo con el modelo Westminster, los ministros intervienen en otro sentido para proteger a la comunidad de los funcionarios públicos profesionales. Wilson hizo notar que el servicio público está formado por profesionales técnicos; cuando estos funcionarios toman decisiones, sus medidas en ocasiones podrán parecer sensatas a la comunidad profesional pero no al pueblo en general. En semejante situación, planteo en otra parte, corresponde al ministro intervenir y garantizar que la moral pública en general prevalezca sobre la moral del profesional.²¹

Esto también ayuda a explicar por qué se denomina a la nueva administración pública, de manera redundante, “administrativa”, dado que, cuando los gobiernos adoptan el nuevo modelo de administración pública, están, en cierta medida, adoptando la moral y los valores de sus administradores profesionales y abandonando la moral y los valores de la sociedad en general. El ministro no se reserva más el derecho de intervenir en las decisiones cotidianas tomadas con base en principios administrativos, porque el gobierno mismo está dedicado a estos principios y a la moral de la administración profesional y no a los que guían a la sociedad en general.

Entonces, como se señaló con anterioridad, no sólo por delegarse y descentralizarse la autoridad aumentará necesariamente la eficiencia, a menos que su incremento y la reducción de costos se enuncien

²¹ V. Seymour Wilson, *Canadian Public Policy...*

como objetivos que los nuevos administradores en el poder deberán lograr y a través de los cuales se juzgará su desempeño. Sin embargo, cuando la contención de costos se especifica como el deber principal del director ejecutivo, un arreglo como éste podría representar una poderosa herramienta para alcanzar una mayor eficiencia, incluyendo que nuevamente haya flexibilidad en los salarios dentro del mercado de trabajo del sector público.

Sobre este aspecto, algunos observadores cínicos argumentan que las reglas cambiantes de la rendición de cuentas no son otra cosa que el intento de algunos políticos astutos para ejercer una práctica de evasión de culpas. En esta acusación hay más que un fondo de verdad: la democracia es un ejercicio complicado y desordenado en su funcionamiento; es por ello que para los políticos puede resultar conveniente aceptar la responsabilidad cuando las cosas están saliendo de maravilla y negarse a rendir cuentas cuando la toma de decisiones políticas es errada.

MECANISMOS DE TIPO DE MERCADO: LA INTRODUCCIÓN DE AGENCIAS CON FUNCIONES ESPECIALES

Reino Unido

Como mencionamos antes, la introducción de los MTM y las reglas cambiantes de la rendición de cuentas están relacionadas de manera muy estrecha. Por lo tanto, los programas fundamentales implicados en el cambio de las estructuras de rendición de cuentas son también aquéllos implicados en el establecimiento de los MTM en el sector público. En Gran Bretaña esto significa que es preciso considerar con mucho cuidado tanto la Iniciativa de las Próximas Etapas como la Carta y también el cómo estos programas cambiaron las estructuras de la rendición de cuentas.

La Iniciativa de las Próximas Etapas proponía que se delegaran los poderes anteriormente reservados a los ministros a los funcionarios civiles superiores, llamados directores generales, a quienes se dio una autoridad casi completa sobre las operaciones cotidianas de sus dependencias. Se les proporcionó un documento con lineamientos ge-

nerales en el que se especificaban sus obligaciones, los recursos disponibles para realizar el trabajo y unos cuantos principios y reglas básicas (como las leyes de equidad de derechos) que ellos supuestamente debían respetar. El documento también especificaba cómo se evaluaría su desempeño y dejaba todo lo demás a criterio del director. Los directores serían evaluados por su capacidad para obtener resultados, no por su capacidad para seguir procedimientos, dentro de los plazos establecidos en sus propios contratos personales de servicio. Sin esta libertad para administrar de manera “administrativa”, los MTM no tendrían mucha razón de ser, ya que los directores ejecutivos se estarían preguntando siempre si el liderazgo político criticaría sus decisiones basadas en el mercado.

Sin embargo, semejante libertad también provoca problemas. Una vez que el ministro ya no debe responsabilizarse por las cuestiones cotidianas, la supervisión del Parlamento también se ve disminuida. En cierta medida, con la Carta se quería resolver este problema, ya que el documento reconoce que la responsabilidad ejercida de manera colectiva ha sufrido como consecuencia de la instauración de la Iniciativa de las Próximas Etapas, por lo que la reemplaza con la capacidad de los ciudadanos como individuos de obligar a los funcionarios públicos a asumir su responsabilidad. Este cambio también sucede de acuerdo con las actitudes neoconservadoras del gobierno británico, que quiere minimizar el papel representado por las organizaciones sociales y fortalecer el papel de los individuos. La primera ministra Thatcher expresó con toda amplitud esta convicción cuando dijo que no existía nada como la sociedad. Doern también sostiene que, cuando menos en parte, el objetivo de la Carta era acallar las exigencias de un cambio constitucional en el Reino Unido, mostrando cómo los casos de controversia de derechos individuales contra el gobierno se podían manejar en el marco de una relación consumidor-productor, más que por medio de un arreglo constitucional legal basado en estos derechos.

Un elemento importante del cambio de las estructuras de rendición de cuentas en el Reino Unido fue la promesa del gobierno, a través de la Iniciativa de las Próximas Etapas, de ofrecer capacitación a su personal, con la idea de contar con gente mejor preparada para asumir su nuevo papel y una mayor responsabilidad en la toma de decisiones. Esto es un reconocimiento importante de que no tiene sentido dar a

las personas más poder para decidir cómo realizarán su trabajo, si no tienen la preparación intelectual para ejercer este poder.

Algunos analistas argumentan que el principio básico de la obligación de rendir cuentas es que se debe ejercer sobre quienes tienen el poder de crear, así como de resolver problemas. Si uno acepta esta visión, entonces se puede considerar la Iniciativa de las Próximas Etapas como un paso en la dirección correcta. Como se señaló en *The Economist*: “Algunos miembros del Parlamento se lamentan de que, cuando presentan las quejas de los ciudadanos, reciben la respuesta de un burócrata, quien encabeza una dependencia pública, no de un ministro. Pero el burócrata en cuestión está en posición de hacer algo respecto de la queja, mientras que los ministros no pueden”.²² Sin embargo, la Carta se contraponen a esta tendencia y, en buena medida, permite tanto a los ministros como a los directores de las dependencias evadir su responsabilidad.

Se puede comprender que el ministro pase la culpa de un error a los niveles más bajos de los servidores públicos si se considera cómo se reparten las culpas en la burocracia tradicional, de acuerdo con la Iniciativa de las Próximas Etapas y con la Carta. En una burocracia tradicional, el Parlamento considera al ministro responsable del mal servicio; según la Iniciativa de las Próximas Etapas, el ministro responsabiliza al director general de una dependencia pública; y conforme a lo establecido en la Carta, los ciudadanos responsabilizan a los empleados de servicio al público por el mal servicio. Sin embargo, este personal, por lo común, tiene menos poder para arreglar asuntos de manera que se pueda proporcionar un excelente servicio.

Otra cuestión que ejemplifica la experiencia británica es la idea perversa de que para poder descentralizar, primero se deben imponer reglas centrales. Es ampliamente reconocido que la Iniciativa de las Próximas Etapas y la Carta han logrado sus objetivos, en parte, porque los primeros ministros Thatcher y Major se hicieron, personalmente, cargo de patrocinar estas iniciativas y establecieron dependencias públicas centrales para monitorear el progreso de diversos sectores del servicio civil en la consecución de los objetivos de cada programa. Sin este liderazgo, la mayoría de los observadores sospecharían del fracaso de las reformas propuestas.

²² *The Economist*, 19 de marzo 1994, 68.

Nueva Zelanda

Nueva Zelanda también ha empleado las ideas básicas utilizadas en el Reino Unido para cambiar de la rendición de cuentas por proceso a la rendición según los resultados. La misma legislación que se detalla en la parte sobre la instauración de los MTM también cambió la responsabilidad y el estilo de la rendición de cuentas. Sin embargo, se han presentado algunas variaciones en las prácticas adoptadas en este país, respecto de las del Reino Unido.

Una variación es la idea de que los ministros compran la asesoría política como producto de sus ministerios, los cuales funcionan como dependencias especializadas en la planeación y asesorías políticas. En este caso el ministro sólo es responsable de especificar qué clase de asesoría se necesita. El director ejecutivo será quien rinda cuentas por la provisión de la asesoría, de acuerdo con la rendición de cuentas según los resultados. En realidad, esto ha resultado ser un problema, ya que los ministros han tenido dificultades para especificar qué clase de asesoría requieren, por lo que han dejado esta cuestión a criterio de sus directores ejecutivos. Por lo tanto, la dependencia asume la responsabilidad de proporcionar un servicio que él mismo define y para el cual establece los criterios de evaluación.²³ Dada esta situación, podría haber sido mejor dejar que la función del departamento central de asesorar al ministro se organizara de acuerdo con líneas burocráticas de carrera tradicionales.

Otra variación importante es la falta de evidencias en la literatura sobre una previsión semejante respecto a los derechos de los individuos, en cuanto a exigir una rendición de cuentas en lugar del anterior estilo de responsabilidad, con la función disminuida del Parlamento y los ministros. En este sentido, el modelo de Nueva Zelanda presenta una adopción más completa de los principios de la administración.

Esta entusiasta adopción de las ideas de la administración, según las cuales la eficiencia debería ser el objetivo fundamental del servicio público, podría lograrse mejor, empleando los MTM siempre y cuando sea posible y en tanto que las decisiones tecnocráticas sobre los asuntos

²³ June Pallot, *Accounting and Financial Management Reforms in the New Zealand Central Government: Context and Critique* (Wellington: Office of the Controller and Auditor General).

cotidianos no se sujeten a la supervisión política,²⁴ ya que esto podría ser visto como causante de consecuencias políticas negativas de peso en Nueva Zelanda.

Además, la Carta del Reino Unido tenía por objeto, por lo menos en parte, desviar las demandas de un cambio constitucional, alimentadas por la aparente arrogancia de los gobiernos encabezados por Thatcher. En cierto grado, esta arrogancia era resultado de la organización administrativa. El gobierno decidió dejar administrar a los administradores y, en ocasiones, esta decisión trajo consecuencias dolorosas; así que la Carta representaba, hasta cierto punto, un remedio para los ciudadanos.

En Nueva Zelanda, donde la administración se adoptó de manera más generalizada y profunda, la crisis terminó por llegar al sistema de partidos. El electorado demostró su desdén por el gobierno laborista en 1990 y lo reemplazó por el Partido Nacional. Este gobierno regresó en 1993, pero únicamente gracias a que prevalecía un sentimiento generalizado de que no había una opción electoral genuina en Nueva Zelanda, ya que los dos partidos principales tenían políticas idénticas e impopulares que nadie apoyaba, excepto los administradores tecnocráticos de las empresas y del gobierno.²⁵ Los electores resolvieron este problema apoyando un referéndum para reemplazar el sistema uninominal de mayoría relativa por un sistema mixto, proporcional y mayoritario, similar al empleado en Alemania. Al adoptar la mayoría de los valores de sus administradores, los dos partidos importantes de Nueva Zelanda perdieron el contacto con su electorado. Desde antes que tuviera lugar la primera votación de acuerdo con el sistema electoral de representación proporcional los partidos en el Parlamento se fueron realineando y fracturando para tomar ventaja del nuevo sistema, y el Partido Nacional perdió su mayoría en el gobierno.

Australia

Se ha delegado menos la autoridad en Australia que en los otros dos países. Como sucede en Canadá, no se ha dado la libertad a los altos fun-

²⁴ Pollitt, *Managerialism and the Public...*; Hood, "A Public Management...".

²⁵ Vowles y Aimer, *Voters' Vengeance...*

cionarios australianos para deshacerse del control cotidiano. Esto se debe, en parte, a que no ha sido necesario, ya que el gobierno no ha propuesto cambios tan drásticos y de tan vasto alcance como la introducción completa de los MTM en el Reino Unido y en Nueva Zelanda.

Como en el Reino Unido, se ha dedicado una gran atención a discutir la idea de la rendición de cuentas a los ciudadanos, vistos como clientes. Asimismo, existe el reconocimiento en ese sentido de que, en cuanto que el sector público suele ser un monopolio de prestación de servicios, tiene una mayor responsabilidad para con sus clientes que los servidores del sector privado.²⁶

Hemos explorado brevemente la cuestión de la obligación de rendir cuentas y cómo ésta se puede imponer a los funcionarios públicos. Se ha argumentado que en Gran Bretaña, el gobierno se dio cuenta de que había un hueco en los mecanismos de rendición de cuentas y trató de llenarlo (y al mismo tiempo mejorar la calidad de los servicios) con la Carta, la cual, hasta cierto punto, permite a los ciudadanos obligar a los servidores públicos a rendir cuentas como individuos. En Nueva Zelanda se argumenta que el gobierno adoptó tanto de la agenda administrativa que se le asoció con los valores tecnocráticos de sus burócratas. También se sugirió que la incapacidad de reconocer los problemas de la rendición de cuentas, inherentes a la utilización de mecanismos de mercado, y la rendición según los resultados exacerbaron el problema y contribuyeron a producir una crisis de confianza en el sistema político, así como un cambio en los sistemas electorales. Por último, en Australia se puso menos énfasis en el cambio de las estructuras de responsabilidad que en los otros dos países, y la rendición de cuentas según los resultados sólo actuó en la producción de los servicios consumidos de manera interna por el sector público. En lo que respecta a los servicios destinados al consumo externo, tal parece que el gobierno reconoció el mismo problema, que ya había sido identificado por los británicos: la necesidad de promover la obligación de rendir cuentas ante clientes y consumidores.

Uno de los aspectos clave que la literatura no ha atendido y que no se ha explorado en este trabajo es la autoridad que se puede delegar sin que el Parlamento pierda su capacidad de aprobar todos los gastos.

²⁶ *Canberra Bulletin of Public Administration*, 1993, 60-61.

¿Debería permitirse a las dependencias especiales y a los servicios públicos “comercializados”, que tienen el monopolio, fijar sus propios precios sin que se vote en el Parlamento, o cuando menos la decisión, tomada en sesión de consejo, que establezca que el gobierno será responsabilizado después por el Parlamento y el pueblo?

La innovación británica que permite a los directores generales responder a las preguntas de los miembros del Parlamento podría resultar problemática. Por ejemplo, cuando un ministro se rehusa completamente a responder a la pregunta de un representante, lo cual es obvio para el electorado, los ciudadanos tienen entonces el derecho y el poder de castigar al gobierno en las siguientes elecciones. Pero, ¿qué sucede cuando un director general se rehusa directamente a responder a la pregunta de un miembro del Parlamento? En las evaluaciones de su desempeño, ¿se da cuenta de esto de alguna manera?

Si el objetivo es promover la eficiencia, entonces permitir que los servicios comercializados fijen sus tasas como mejor les parezca podría ser contraproducente, ya que los aumentos de precios al consumidor permitirán que los servicios comercializados compensen un menor financiamiento por parte del gobierno con dinero recibido de los individuos. Un ejemplo canadiense de este dilema es la diferencia que existe entre la Corporación Postal de Canadá (Canada Post Corporation) y la Autoridad Aeroportuaria de Vancouver (Vancouver Airport Authority). La Corporación Postal de Canadá no puede subir el precio de una estampilla libremente. Primero debe publicar sus intenciones de subir el costo del correo, después acepta comentarios; por último, el ministro de Obras Públicas debe presentar una orden, decidida por el Consejo, en la que se acepta el aumento. Por el contrario, la Autoridad Aeroportuaria de Vancouver puede incrementar las cuotas a los pasajeros con casi total libertad. Cuando un proveedor de servicios públicos tiene un monopolio semejante, tal libertad representa básicamente el derecho de cobrar impuestos sin el consentimiento del Parlamento.

Otra pregunta que se plantea en la literatura es si los acuerdos estructurales entre las dependencias públicas y la Corona, los acuerdos sobre el desempeño de los directores ejecutivos y los informes anuales, se deben simplemente presentar ante el Parlamento, o si deben estar sujetos a la aprobación parlamentaria. Además, relacionada con esto, aparece otra pregunta acerca del tiempo que debe pasar entre cada revi-

sión de los acuerdos estructurales. El Reino Unido ha cambiado el plazo de tres a cinco años; sin embargo, esto podría significar que, en muchos casos, algunas dependencias públicas se librarían de la revisión de su acuerdo general de trabajo en todo un periodo parlamentario.

Por último, debemos preguntarnos qué tan importante es ajustar las estructuras de la rendición de cuentas entre los directores ejecutivos y el ministro de gobierno cuando en ello interviene la geografía. ¿Sirve de algo un director general (*chief executive officer*, CEO) cuando hay mil kilómetros de por medio entre éste y el personal de servicio al público? Para Canadá, una mejor opción podría ser simplemente reducir la función del gobierno central a la de un comprador de servicios, cuando sea práctico (servicios como la atención a los desempleados y la administración de planes de pensiones) y delegar la prestación de servicios nacionales hacia los gobiernos provinciales (que funcionarían como contratistas generales). Esto no sólo permitiría que, por medio de las variaciones regionales de servicios, se conocieran mejor las necesidades regionales, sino que permitiría también que haya nuevamente flexibilidad en los salarios dentro del sector público, gracias también a las variaciones regionales en las tasas de pago.

ALGUNAS CONCLUSIONES DE LA EXPERIENCIA DE LA REFORMA, A PESAR DE LA RETÓRICA

Se pueden sacar varias conclusiones de la experiencia de la reforma citada en este trabajo. De éstas, la más importante muestra que no es posible controlar los costos y reducir el presupuesto público, a menos que los ministros asuman un papel de liderazgo y promuevan la reforma, aplicando límites presupuestarios. Incluso después de establecer los MTM, de replantear las reglas de la rendición de cuentas para que los altos servidores civiles sean responsabilizados por el cumplimiento de los objetivos políticos; luego de declarar prioritaria la reducción de costos y dar libertad de gestión a los administradores, Nueva Zelanda y el Reino Unido tuvieron que establecer límites presupuestarios mínimos y máximos, y reforzarlos por medio de acciones congruentes del gabinete.

Otra conclusión que se podría deducir de esta revisión, relacionada con la idea expresada en el párrafo anterior, es que los ministros

no pueden utilizar los MTM y el cambio en las reglas de la rendición de cuentas como forma de “evadir sus culpas”. Si el único propósito de establecer los MTM y dar a los administradores más poder de gestión, mientras se les hace responsables de los resultados, es obligar a estos funcionarios a realizar el trabajo sucio del gabinete, entonces la dirigencia política se desilusionará de esos resultados. Un gobierno puede negar siempre la responsabilidad por las acciones del Estado, pero el pueblo en general siempre pensará que es responsable. En algún momento, si el gobierno evade su responsabilidad durante demasiado tiempo (aduciendo que los problemas en cuestión son operativos y por lo tanto el servicio público los debe resolver con criterios administrativos), al final será reemplazado y si el relevo trata de actuar de manera similar, todo el sistema de partidos y el sistema electoral podría ser repudiado.

La afirmación general al principio de este ensayo, acerca de que las circunstancias financieras y el cambio hacia las prácticas de las empresas privadas han señalado la necesidad de las reformas, aunque la ideología y las preferencias de los gobiernos individuales han dictado la velocidad de la puesta en vigor, parece sostenerse. Aun cuando el movimiento hacia el cambio en la rendición de cuentas —de la que se realiza por proceso a un sistema según los resultados— y la introducción de los MTM tiene fuertes bases, y es claro que no se trata de una moda más, uno se pregunta cuál es el límite de dicha reforma; lo cual resulta en una hipótesis que no se puede falsear aunque tampoco probar. De manera similar, uno se ve tentado a argumentar que un sistema de administración del cual no se puede probar que sea inadecuado para algunos tipos de organizaciones o tareas, será menos que adecuado para *toda* clase de organizaciones o tareas. Parece importante recordar el argumento de Hood acerca de que estas herramientas son muy buenas para fomentar la eficiencia, pero muy pobres para producir resultados iguales para todos los clientes, es decir, justicia u operaciones sólidas y confiables.



Los canadienses no son neoconservadores

*David Crane**

No cabe duda de que existe una nueva actitud hacia el gobierno en todas las sociedades occidentales, que puede ser vista como una tendencia de la centro-izquierda a la centro-derecha; sin embargo, en Canadá, este cambio no representa ni una aceptación del neoconservadurismo ni la adopción de la filosofía del *laissez-faire*. Los giros que ha dado el péndulo político representan simplemente una respuesta pragmática a la difícil época económica y una sensación de que el gobierno necesita poner orden en sus asuntos.

El cambio de orientación hacia una mayor confianza en el mercado, hacia la privatización y la desregulación comenzó a partir del retroceso económico mundial de finales de los años setenta. Este periodo fue de estancamiento o de crecimiento muy lento, de desempleo alto, de inflación elevada y de un descenso en la productividad, que provocó que la opinión pública buscara afanosamente un viraje en la dirección de la política económica, una transformación, quizá, de aquello que muchos veían como los excesos de la centro-izquierda.

* Editor de economía, *The Toronto Star*.

Según palabras de Andrew Britton, del Instituto Nacional de Investigación Económica y Social (National Institute of Economic and Social Research), “El sentimiento, correcto o no, era que la sociedad occidental se había «suavizado»”. Luego añade que “Se ha puesto mucha atención en la distribución del ingreso y muy poca en su generación. El sistema de mercado se ha visto obstaculizado por una regulación excesiva —una regulación bien intencionada, pero adversa a la eficacia de las empresas—”.

Al mismo tiempo, “los trabajadores empezaron a cuestionarse sobre el hecho de que los sindicatos estuvieran en función de los intereses particulares de sus miembros. La solidaridad social se iba convirtiendo en un factor secundario mientras que los logros individuales eran más admirados”. Crecía, entonces, una crítica en contra del sistema de asistencia social y una creencia de que había mucha gente que abusaba de éste. Así, para generar mayor confianza en la política monetaria, los gobiernos occidentales optaron por limitar el papel del gobierno en la administración de la economía.

Pero, mientras que las políticas neoconservadoras tuvieron éxito al lograr que el sector público fuera eficiente e impulsaron el funcionamiento del mercado, hicieron muy poco para fortalecer el crecimiento económico a través del apoyo a la ciencia, a la tecnología, a la educación, a la capacitación y a la consolidación de la infraestructura. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el neoconservadurismo y la globalización estén a la defensiva, pues, en tanto que el neoconservadurismo, en países como Gran Bretaña y Estados Unidos, ha fortalecido la posición de un 20 por ciento de la población ha debilitado a la mayoría de la gente.

Sin embargo, ni el disgusto con el neoconservadurismo ni con la globalización han conducido a un retorno a las políticas de centrozquierda. El gobierno es aún visto con resquemor en Canadá y en otras sociedades occidentales. Hay varias razones para esto:

- El gobierno todavía tiene que deshacerse de la reputación, que se ha ganado durante los últimos quince años, de ser un mal administrador económico. Muchos canadienses ven el déficit acumulado y el aumento de la deuda pública como algunas de las amenazas más graves al futuro del país y culpan al gobierno de haber provocado

esta crisis por su mala administración; además, responsabilizan al gobierno por haber creado un sistema de asistencia social que permitió el abuso y que falló en ayudar a sus beneficiarios a volver a la fuerza de trabajo, algo que éstos hubieran querido. Así, la conclusión a la que se llega es que la centro-izquierda tendría que mejorar la administración del sector público si quisiera recuperar y retener la confianza de la población.

- Las expectativas de los canadienses acerca de lo que el gobierno puede realmente cumplir han disminuido. Todavía, durante principios de los años ochenta, creían —confianza que los partidos políticos fomentaban— que el gobierno podía protegerlos de las desestabilizaciones externas, que podía aumentar el índice de empleo, resolver problemas como el de la pobreza, y crear las condiciones adecuadas para elevar el nivel de vida. Actualmente, los canadienses han perdido mucha de esa confianza; los jóvenes, por ejemplo, no piensan que el gobierno sea capaz de resolver su problema de desempleo.

De esta forma, las reducidas expectativas con respecto a lo que los gobiernos están en posibilidad de hacer han provocado que la gente no se muestre muy ansiosa por permitir que éstos hagan algo, puesto que ponemos nuestras esperanzas de una vida mejor en el gobierno, y cuando vemos que no cumple con lo prometido, no volvemos a confiar en él tan rápidamente.

A pesar de la pérdida de la confianza en el gobierno, los canadienses no han adoptado una filosofía neoconservadora ni han buscado políticos neoconservadores. Nunca Canadá ha tenido un líder neoconservador fuerte en funciones que haya sido elegido únicamente gracias a su posición neoconservadora. De hecho, el anterior primer ministro, Brian Mulroney no era verdaderamente un neoconservador; lo cual puede ser visto al analizar el fracaso que tuvo para lidiar con los problemas fiscales del país, incluso en los años de gran crecimiento durante la segunda mitad de los noventa.

Otro ejemplo es el primer ministro provincial de Alberta, Ralph Klein, quien aun cuando hizo claros recortes del presupuesto del gobierno de su provincia, no tuvo, por otra parte, una agenda marcadamente neoconservadora.

En Ontario, el nuevo gobierno del primer ministro provincial Michael Harris pretende establecer una agenda inspirada por el Partido Republicano de Nueva Jersey; aunque es pertinente decir que Harris no resultó electo en Ontario por el entusiasmo que despertó su plataforma neoconservadora, sino más bien para librarse del gobierno neodemócrata de centro-izquierda de Bob Rae (del PND), quien fue acusado de haber administrado muy mal la provincia.

Actualmente, el partido más conservador de Canadá es el Partido Reformista; sin embargo, cuando su líder, Preston Manning, le hizo una visita a Newt Gingrich, líder de la tan conocida revolución neoconservadora del Congreso de Estados Unidos, Manning intentó mantenerse alejado de la facción de extrema derecha del Partido Republicano. Aunque este hecho no hace que Manning sea un moderado, sí muestra las restricciones que puede enfrentar un líder político neoconservador en Canadá.

No obstante, la cuestión no es tan simple: ni en Canadá ni en otra sociedad occidental se trata de oponer un gobierno grande a uno pequeño. En Canadá estamos viviendo uno de los periodos más serios de ansiedad masiva desde la Gran Depresión de los años treinta. Las razones son claras: desempleo generalizado, la sensación de que ningún empleo es seguro debido a los recortes de puestos de trabajo en las compañías y un estancamiento de los ingresos reales para la gran mayoría de la población.

Hoy, en Canadá se enfrenta un profundo conflicto entre las demandas de la globalización y el deseo de una sociedad civil. La primera nos obliga a reducir algunos de los programas y políticas que sostienen la sociedad civil, a cambio de que nuestras empresas sean más competitivas; pero, si se tratara de mantener todos estos programas, la competitividad de las empresas se vería afectada y, por lo tanto, no se generaría la riqueza suficiente para la sociedad civil. En la actualidad, ninguno de los partidos políticos sabe cómo responder a la globalización y, a la par, sostener y reforzar la sociedad civil.

Del mismo modo, ninguno de nuestros partidos ha encontrado la manera de manejar las consecuencias de la globalización en la fuerza de trabajo, ni las de la revolución tecnológica en la que estamos viviendo. Esto ha significado la pérdida de oportunidades para los trabajadores menos capacitados, aquéllos que no cuentan con la educación o

con las habilidades necesarias para la nueva economía basada en el conocimiento. Ahora, éste es uno de los retos mayores que Canadá enfrenta, dado que los trabajadores menos capacitados se ven marginados de la fuerza de trabajo u obligados a aceptar empleos con salarios más bajos o de horarios más reducidos, lo cual incide en que su calidad de vida decaiga.

En este contexto, a pesar de que los neoconservadores tengan más presencia en Canadá, no hay evidencia de que la gran mayoría del pueblo opte por una filosofía neoconservadora. Los canadienses se encuentran en un inquieto limbo político: esencialmente retienen sus valores más importantes, relativos a la responsabilidad civil, su moderación ante la pluralidad y su apoyo al equilibrio entre los sectores público y privado; sin embargo, la centro-izquierda no ha logrado recuperar la confianza.

Lo que quiero demostrar es que, aun cuando los canadienses se muestran más cautelosos con respecto a su gobierno, no han tenido un gran viraje hacia la derecha.

En 1995, se publicó uno de los análisis más completos sobre las actitudes y los valores de los canadienses, realizado por la Cadena Canadiense de Investigación Política (Canadian Policy Research Networks). La investigación analizó un gran número de encuestas pasadas sobre las actitudes y valores de los canadienses en los últimos diez años, al mismo tiempo que realizó su propia encuesta, la cual incluyó talleres intensivos con 25 grupos en ocho ciudades con el objetivo de identificar los valores canadienses más importantes.

El informe resultante, *Exploring Canadian Values*, identificó los siguientes valores como los más arraigados:

- **Autoconfianza:** la noción de que los individuos y las familias tienen la obligación de hacer lo mejor que puedan para satisfacer sus necesidades económicas.
- **La compasión que conduce a una responsabilidad colectiva:** el reconocimiento de que la sociedad canadiense tiene la responsabilidad de garantizar para todos un estándar mínimo de vida y proveer el acceso a la educación y salud.
- **Inversión:** en especial debe recaer sobre los niños por ser la generación del futuro. La sociedad, sobre todo, tiene la obligación de garantizar el bienestar de sus jóvenes.

- **Democracia:** un compromiso fundamental con los principios de la sociedad democrática y una exigencia para que los gobiernos, efectivamente, sean más democráticos. Esto, a través de una consulta más frecuente con el pueblo y un trabajo más cercano con apoyo de los grupos que salvaguardan los intereses de la sociedad en general.
- **Libertad:** una fuerte convicción sobre la importancia de la práctica de la ley y de las garantías individuales de libre elección y de privacidad que deben estar al alcance de todos los ciudadanos.
- **Igualdad:** la creencia de que el gobierno debe fomentar la igualdad de oportunidades y acceso, así como de que debe esforzarse para reducir la desigualdad de ingresos.
- **Responsabilidad fiscal:** se piensa que el gobierno debe colocarse en una senda fiscal sustentable y controlar la deuda, para que ésta no sea una amenaza o una carga en el futuro.

Según el informe, tales valores están profundamente arraigados, por lo que constituyen una base sólida para el debate público. Aunque la mayoría de éstos no ha cambiado desde que se modeló el moderno sistema social canadiense durante los años sesenta y setenta, el informe encontró que hay algunas modificaciones en las actitudes públicas con respecto a los objetivos sociales. “Lo que ha cambiado es la certeza de los canadienses de que hemos diseñado un sistema apropiado para la consecución de estos objetivos”, decía el informe. “Este estudio confirma que los canadienses están desilusionados con el gobierno, se han vuelto escépticos sobre las soluciones graduales que ofrece el gobierno. Como respuesta, preocupados por lograr mayor efectividad y eficiencia en los programas, los canadienses quieren soluciones sistemáticas”.

Los canadienses “quieren hacer algo más que sólo paliar los síntomas individuales con propuestas parciales; ellos quieren promover el bien común y encontrar una cura para los males sociales y económicos. También han dejado claro que buscan una mayor cooperación de todos los sectores y una más profunda participación en el proceso de reestructuración de la política social”, dice el informe.

Todo lo anterior no apunta hacia una aceptación del neoconservadurismo, sino todo lo contrario. Es la respuesta pragmática de una sociedad que valora, sobre todo, su infraestructura social, educativa y de

salud, pero que cree que estos programas deberían diseñarse y manejarse de manera más efectiva.

Tal como el informe señala, “tres de cada cuatro canadienses están muy preocupados por el futuro de los programas sociales, ya que piensan que las personas que realmente necesitan éstos pueden quedar desprotegidas”. Además, en 1993, más del 60 por ciento de los canadienses expresaban su apoyo al papel del gobierno de asegurar que cada canadiense tenga un empleo y un estándar de vida decente; más de las dos terceras partes creía que el gobierno tenía que hacer más para reducir las diferencias de ingresos entre los ricos y los pobres; más del 80 por ciento estuvo de acuerdo en que éste tenía una gran responsabilidad para con los pobres y los ancianos. Es interesante resaltar que fueron los jóvenes quienes más defendieron estos puntos de vista.

Los canadienses también desean que el gobierno federal garantice que se mantengan los estándares nacionales de nuestro sistema social. En 1995, el 94 por ciento estuvo de acuerdo en que los estándares nacionales de asistencia médica eran fundamentales; el 88 por ciento también apoyó la idea de que el acceso a la educación superior era un aspecto fundamental; y el 78 por ciento opinó lo mismo con respecto al sistema de asistencia social.

Sin embargo, del otro lado de la moneda, el pueblo se muestra escéptico sobre lo que el gobierno puede hacer ya que existe una percepción de que ha fracasado como administrador eficaz de los programas. Los canadienses —dice el informe— están enojados con “los abusos y las fallas de los sistemas actuales; están profundamente preocupados por el gasto público y exigen programas más eficientes y efectivos; desalentados por la inercia, votan por gobiernos que ofrecen la imagen del cambio”. Ésta es la razón por la cual votaron por Michael Harris en Ontario, ya que éste ofrecía esa imagen, según se argumenta en el informe.

Los canadienses son realistas: ven los efectos de las transformaciones tecnológicas y de la globalización y la necesidad de una reestructuración. Saben que la acumulación de la deuda es una bomba de tiempo fiscal que ha comenzado a correr, que debe ser detenida mediante recortes presupuestales. En este proceso, reconocen que el país debe someterse a un cambio y que los recortes en los programas son inevitables. Pues, mientras el crecimiento económico fortalecido contribuye

a eliminar el déficit fiscal, tal crecimiento por sí solo no lo logra. El informe continúa diciendo:

Los canadienses están enojados, cada extremo en la escala del ingreso culpa al otro por los problemas que enfrenta la sociedad [...] Los que se encuentran arriba piensan que están pagando más de lo justo, mientras aquéllos que están en la base se sienten cada vez más atrapados e indefensos ante fuerzas que escapan de su control. Los que tienen tienden a culpar a los que no tienen por los fraudes en el sistema de asistencia social, uso indebido de los servicios, su pereza generalizada y su falta de motivación. Aquéllos que están entre los que no tienen tienden a culpar a los ricos y poderosos por su egoísmo, al mismo tiempo que culpan a los que se encuentran más abajo en la escala, lo cual incluye a los criminales y a quienes se aprovechan del sistema que ellos en realidad sí necesitaban. Y todos acusan al gobierno por incompetencia.

Pero, los ataques al gobierno no se basan en la creencia de que éste tenga que abandonar su participación social, sino en la idea de que el gobierno está mal manejado. Por ello, las críticas no significan un cambio hacia la ideología neoconservadora, aunque, ciertamente, haya neoconservadores canadienses que quisieran traer la revolución de Gingrich a Canadá.

La desilusión hacia el gobierno es muy fuerte, sin embargo lo es más aún, y especialmente evidente, entre los jóvenes canadienses desempleados o subempleados que se encuentran entre la adolescencia y los veinte años. La Fundación de Jóvenes Canadienses (Canadian Youth Foundation) organizó quince grupos de estudio en 1995 con canadienses cuyas edades fluctuaban entre los 15 y los 29 años. Los grupos se dividieron entre jóvenes de clase media, indígenas, jóvenes de la calle e inmigrantes.

El informe que se desprende de este estudio, *Youth Unemployment: Canada's Rite of Passage*, llegó a la conclusión de que hay una gran cantidad de jóvenes que están desilusionados y que tienen muy pocas expectativas sobre su futuro. Creen que tanto el gobierno como las empresas los han abandonado a su suerte. "Ellos expresan temor, enojo, frustración e impotencia", dice el informe. "Para muchos lo más frustrante es que no tienen un sentido de dirección o un propósito claro en sus esfuerzos por mediar con las circunstancias relacionadas con su desempleo".

Los grupos de estudio mostraron que los jóvenes canadienses se sienten traicionados por las instituciones educativas, ya que creen que éstas los prepararon deficientemente para el trabajo; también se sienten olvidados por el gobierno, el cual ha fallado en resolver su necesidad de empleo, y por las corporaciones, las cuales anteponen los beneficios a corto plazo a la necesidad de empleos sin requisitos de experiencia o estudios profesionales. Ven a estos tres “desinteresados o poco efectivos” en lo que concierne al desempleo de los jóvenes. Los grupos de estudio también encontraron que “los adultos jóvenes de clase media, en particular, son los que se sienten más susceptibles de perder sus derechos, por lo cual tienen muy pocas expectativas de las instituciones educativas, de las dependencias gubernamentales, de las empresas o de los bancos, en su travesía hacia un futuro incierto”. Los jóvenes urbanos, que cuentan con menor educación muestran miedo, enojo y frustración creciente. Ellos “se sienten no solamente perdidos, sino olvidados y con poco o ningún sentido de identidad”.

Es así, como este alto desempleo es el factor que más ha desencantado a los jóvenes adultos canadienses. En particular, “la frustración de la juventud de clase media para con el gobierno es palpable; están frustrados a tal grado que ya no tienen ninguna esperanza con respecto a lo que el gobierno hará, por eso han decidido tomar el asunto en sus manos sin ni siquiera saber qué es lo que tienen qué hacer específicamente”.

Pero, para repetir una vez más: el desencanto para con el gobierno no implica necesariamente la adopción de las ideas neoconservadoras, sino un sentimiento profundo de frustración y abandono. Sentimientos que también les generan las empresas, aun cuando desde un principio los jóvenes canadienses esperaban más del gobierno.

Veamos un tercer y último análisis de las actitudes de los canadienses para con el gobierno. *Rethinking Government '94* es una investigación publicada en 1995, financiada por varios departamentos gubernamentales y realizada por Ekos Research Associates Inc.

El proyecto Ekos realizó detalladas entrevistas vía telefónica a 2400 canadienses mayores de 16 años escogidos al azar; también organizó grupos de estudio con una submuestra del grupo modelo original; entrevistó a 1000 personas de alta jerarquía en el gobierno y en las empresas; realizó entrevistas de seguimiento a cerca de 1600 de las 2400

personas entrevistadas originalmente y organizó una última ronda de grupos de estudio con los encuestados. La investigación se terminó después de doce meses, duró desde febrero de 1994 hasta el mismo mes de 1995.

Los resultados de la investigación mostraron que “las actitudes generales hacia el gobierno se habían deteriorado. La mayoría de los canadienses se muestran hostiles y cínicos con respecto al gobierno, incluso existe una creencia muy extendida de que éste es egoísta, ineficiente e inútil”.

Estas creencias no significan un viraje hacia la derecha, sin embargo sí reflejan muchos factores, incluyendo los efectos de los rápidos cambios tecnológicos y de la globalización, el envejecimiento de la población, que ha sido llamado la transformación de los *yuppies* en *grumpies*; los problemas fiscales que reflejan la mala administración del gobierno, el multiculturalismo y el pluralismo étnico.

No es de sorprender, entonces, que “las expectativas de la gente ante el gobierno estén disminuyendo, pues esto se debe a la aceptación de la crisis del déficit; a la desilusión que ha provocado la ineficiente intervención del gobierno y al consenso general de que los ciudadanos no pueden, simplemente, dejar recaer en el gobierno todos los problemas que se esperaba que éste hubiera resuelto desde el pasado”.

Sin embargo, la misma investigación de Ekos concluyó que, por lo que se puede apreciar de la opinión popular existe:

una considerable ambigüedad con respecto a la propuesta de que el gobierno restrinja la partida presupuestaria de los programas sociales, con el fin de manejar adecuadamente la deuda pública [...] No hay un consenso sobre la posibilidad de que eliminar los programas —la salud pública, la educación, las pensiones para los ancianos y la asistencia social para los necesitados— realmente implique una reducción de los problemas del déficit.

Las razones subyacentes de la imagen negativa del gobierno son las malas administraciones y la visión negativa que se tiene de los políticos de todos los partidos, los cuales, se piensa, harían un mejor papel si cuidaran más de sus asuntos y dejaran de meterse en los del país.

Pero, a pesar de esta visión negativa, la investigación de Ekos encontró que “muchos canadienses se sienten incómodos con esta árida percepción del gobierno; ellos aún mantienen esperanzas con respecto al gobierno y expresan que no es tan real su deseo de que el gobierno no intervenga en las cuestiones económicas y sociales”. En otras palabras, “la mayoría de los canadienses tiende a estar de acuerdo en que el gobierno es muy oneroso y en que falla en dar bienestar, pero está en profundo desacuerdo en los remedios o alternativas”.

Una de las tendencias más preocupantes, identificadas por la investigación de Ekos, es la evidencia de que existe un abismo creciente entre los que están “adentro” (un 20 por ciento, que es la población privilegiada) y el resto de la sociedad. En ese sentido, Canadá se está convirtiendo, cada vez más, en algo semejante a Estados Unidos —nuestra versión de *Culture of Contentment*, de John Kenneth Galbraith, donde los ricos se retiran a comunidades protegidas o aisladas y asisten a escuelas y hospitales privados, sin pensar en el resto de la sociedad, en especial en los más necesitados—.

Aun así, como se puede apreciar en el proyecto de Ekos, “la mayoría de los canadienses prefiere un gobierno activo y fuerte en el futuro, mientras que los más influyentes de los que están «adentro» prefieren un gobierno más reducido”, dado que de este modo, pueden pagar menos impuestos. Estos privilegiados están bien pagados, pues son empleados altamente capacitados; son, en su mayoría, blancos, de mediana edad, predominan los varones que cuentan con educación superior y se mantienen bien informados sobre cuestiones políticas.

Sin embargo, otra vez, la mayoría tiene una visión ambigua: “los canadienses mencionan dos contrapartes, tienen expectativas decrecientes en el gobierno y una convicción generalizada de que éste ha fallado en los resultados, a pesar de las grandes inversiones públicas que haya hecho. Pero, aun así, la crisis de la legitimidad del gobierno no se basa en un rechazo de sus objetivos sustanciales, sino en el poco cumplimiento de éstos”.

El desempleo creciente, la inseguridad de recibir ingresos y la ansiedad con respecto al futuro han desgastado hasta cierto punto la compasión y la cooperación entre los canadienses. Los tiempos difíciles pueden hacer que la gente mire hacia adentro. Pero, tal como lo señala la investigación de Ekos: “Los canadienses claramente no buscan un

modelo de gobierno minimalista. Ellos, sin duda alguna, están interesados en un gobierno más participativo y más inteligente, que trabaje más de cerca con otras instituciones importantes y grupos protectores de los derechos civiles.

Los canadienses quieren que el gobierno

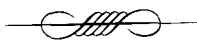
sea algo más que una oficina de compensación nacional que persiga resultados económicos óptimos. En nuestro cambiante y posmoderno mundo el gobierno debería proporcionar una importante fuente de sentido y de pertenencia. Los canadienses buscan una comunidad moral, tanto como una asociación económica con el gobierno; la mayoría quiere reconstruir la nación con una cara más humanitaria. Ellos necesitan también la certeza de que la crisis fiscal del país y la economía están bajo control. Éstos serían los requisitos para un retorno de los ideales y de la civilidad.

En síntesis, de acuerdo con las tres encuestas acerca de las actitudes canadienses, es posible afirmar que el pueblo de Canadá está enojado por la mala administración del gobierno, el cual ha llevado el nivel de la deuda a ser uno de los más altos del mundo; tiene pocas expectativas con respecto a lo que el gobierno pueda hacer, ya que éste ha fallado en ocasiones anteriores; sin embargo, aún desea que éste intervenga en cuestiones económicas y sociales con el fin de lograr objetivos para el país como una sociedad más justa con oportunidades para todos. Pero, esto no implica una aceptación de las ideas neoconservadoras sino una respuesta pragmática a la crisis actual del Estado.

Además, es claro que el neoconservadurismo no ofrece respuestas a los grandes conflictos que enfrenta la sociedad. Por ejemplo, no ha ofrecido ninguna alternativa social viable a los problemas que encara un número creciente de trabajadores poco capacitados, los cuales han sido desplazados por la competencia global, sin que puedan encajar en la nueva economía del conocimiento. Por el contrario, el neoconservadurismo ofrece una solución inadecuada a la competitividad, dado que implanta una estrategia de bajo costo, mediante la reducción de los salarios y de los beneficios sociales en lugar de buscar una competitividad de valor agregado, mediante la inversión a futuro en la educación, la capacitación, la investigación y el desarrollo, o en programas para la niñez y la juventud. Así, el neoconservadurismo se convierte en

algo destructivo para la cohesión social y la sociedad civil, porque ensancha el abismo entre los ricos y pobres y pone énfasis en el interés individual sobre el colectivo.

Entonces, lo que los canadienses realmente buscan es un nuevo contrato social y una nueva filosofía pública. El verdadero desafío para aquellos que creen en una sociedad justa, en la cohesión social y en comunidades saludables e igualitarias, no consiste en defender el pasado, sino en diseñar un papel diferente para el Estado, el cual responda a los retos del nuevo conocimiento intensivo de la sociedad global y que cuente con el apoyo y la confianza de la población.



Mayoría multicultural: la crisis ideológica de Estados Unidos en la era postindustrial

*Robert D. Manning**

La sociedad estadounidense sufre en la actualidad el más profundo cambio social y económico desde finales del siglo XIX. El doble proceso de industrialización y urbanización, que impulsó las oleadas de la gran inmigración hace un siglo, se ha visto reemplazado por el surgimiento de la economía postindustrial y la consecuente expansión de los suburbios metropolitanos. Estos movimientos han generado un nuevo panorama económico y político en el cual el tradicional centro de poder —la ciudad industrial— se ha visto reemplazada por la metrópoli postindustrial con su sistema de rápido crecimiento suburbano de ciudades satélite o ciudades “marginales”. No es de sorprender que estas nuevas fuerzas hayan

* Profesor asistente, Departamento de Sociología, College of Arts and Sciences, The American University, Washington, D.C.

alterado drásticamente los patrones de asentamiento socio-demográficos de la nueva inmigración, oleada cuyo caudal ya ha “llegado al cuello” y se ha desbordado frente al nuevo siglo. La mayoría de los inmigrantes continúan residiendo en los grandes centros urbanos del noreste, el medio oeste y la costa occidental, pero su ubicación se ha desplazado fundamentalmente de las concentraciones espaciales de vecindarios en los centros de las ciudades a comunidades suburbanas más dispersas.

La geografía social de la sociedad estadounidense contemporánea se caracteriza por la decadencia de la vida económica en el centro de la ciudad, la inequitativa distribución espacial de oportunidades económicas en toda el área metropolitana y el predominio político de una “mayoría multicultural” en las urbes tradicionales. Unidos, estos factores son responsables de la concentración de estadounidenses pobres y minorías de inmigrantes en el núcleo metropolitano, así como del explosivo crecimiento de las comunidades de inmigrantes/minorías en las comunidades suburbanas históricamente blancas y de clase media. Es esta cada vez más amplia “línea divisoria social” entre centro de la ciudad y suburbios periféricos lo que subyace en los levantamientos producidos por el descontento social y racial en Estados Unidos. Esto último nos ofrece importantes argumentos para adentrarnos en las razones del antagónico discurso de los grupos conservadores, que invocan explicaciones culturales e individuales para justificar el drástico aumento de la desigualdad social en Estados Unidos durante las dos últimas décadas.

LA REESTRUCTURACIÓN INDUSTRIAL DE ESTADOS UNIDOS: LA GEOGRAFÍA SOCIAL DE LA DESIGUALDAD POSTINDUSTRIAL

La década de los noventa ha sido testigo del resurgimiento de la efervescencia social en las ciudades estadounidenses. Los motines económicamente devastadores (y que además recibieron una enorme publicidad) suscitados por el juicio de Rodney King en Los Ángeles, estallaron en muchas ciudades del interior de Estados Unidos durante la primavera de 1992. A diferencia de los levantamientos urbanos de la década de los sesenta, que pusieron de manifiesto la creciente frustración y las aspiraciones destrozadas de una población afroamericana históricamente relegada, estos brotes de violencia urbana no pueden explicarse simple-

mente como la continuación de conflictos raciales inmemoriales. De hecho, es más factible que los dueños de los negocios en el centro de la ciudad fuesen inmigrantes asiáticos recientes (coreanos) que antiguos residentes blancos, de origen judío; y en muchos casos, los asaltantes eran de origen latino (sobre todo, inmigrantes centroamericanos) que afroamericanos. En Los Ángeles fueron arrestados más latinos que negros por la policía de esa ciudad y más de 1 200 fueron entregados a la oficina del Servicio de Inmigración y Naturalización de Estados Unidos (Immigration and Naturalization Service, INS por sus siglas en inglés). Más aun, estos “disturbios sociales” revelan importantes tendencias en el panorama urbano de la metrópoli estadounidense postindustrial,¹ entre las que se hallan las tensiones *interraciales* como lo demuestra el saqueo perpetrado en Compton, California, por afroamericanos pobres en negocios cuyos dueños eran negros,² lo cual intensificó los conflictos *entre grupos minoritarios*, como negros estadounidenses que daban rienda suelta a su ira contra residentes de vecindarios nuevos constituidos por mexicanos y centroamericanos,³ e incluso dio lugar a que *nuevos grupos de inmigrantes se atacasen unos a otros*, como lo demostraron los grupos armados de coreanos que protegían sus tiendas del saqueo tanto de salvadoreños como de afroamericanos nacionales.⁴

La secuela de los motines originados por el asunto de Rodney King ocasionó que se redescubriera la crisis social de las urbes de Estados Unidos. En contraste con lo acaecido en la década de los sesenta, sin embargo, la aguda erosión del poder económico y político de las ciudades estadounidenses acentuó su impotencia política para solventar el problema de las realidades fiscales contemporáneas. La situación se ha exacerbado por el deterioro demográfico de los centros de las ciudades y el rápido crecimiento de suburbios predominantemente blancos.⁵ El

¹ John Hazen, ed., *The Riots in Los Angeles: Why They Happened and Why They Will Happen Again* (San Francisco: Alternative Press, 1992).

² Mike Davies, “Sky Falls on Compton”, *The Nation*, 19 de septiembre 1994, 268-270.

³ Jack Miles, “Blacks vs. Browns: The Struggle for the Bottom Rung”, *Atlantic Monthly* (octubre 1992): 41-66.

⁴ Robert Gooding Williams, ed., *Reading Rodney King, Reading Urban Uprising* (Nueva York: Routledge, 1993); Mark Baldassare, ed., *The Los Angeles Riots, Lessons for the Urban Future* (Boulder: Westview Press, 1994).

⁵ William H. Frey y Allan Speare Jr., *Regional and Metropolitan Growth and Decline in the United States* (Nueva York: Russell Sage, 1988).

“centro” urbano, históricamente dominante, es, hoy en día, sólo un apéndice periférico de la metrópoli postindustrial.⁶ Esto explica el reciente surgimiento de una mayoría demográfica de minorías raciales y étnicas en las urbes, en tanto el equilibrio político de poder se ha desplazado de las ciudades multiculturales a los suburbios blancos. También explica por qué las políticas económicas de desarrollo estatal y federal son desgraciadamente inadecuadas para dar respuesta a la difícil situación de la población urbana que vive en condiciones económicas de pobreza extrema. Ciertamente es que programas como las “zonas urbanas de libre empresa” y las corporaciones de inversiones para pagos diferidos de impuestos tienen gran atractivo político, más porque no requieren de grandes recursos que por su alto potencial de creación de empleos. Esta situación se vio agravada por el hecho de que la frágil “burbuja” de la prosperidad estadounidense se rompió con la recesión de 1989, lo cual puso en evidencia la inevitable realidad de que los ingresos personales se contrajeron, las oportunidades de empleo disminuyeron y que surgieron nuevos patrones de desigualdad social y económica, en particular, la desigual distribución espacial de pobreza y opulencia.

Para muchos estudiosos del tema, estos nuevos patrones se encuentran inextricablemente vinculados con la transformación estructural de la economía de Estados Unidos: de manufactura industrial a consumidor/servicios de información. Esto ha producido desplazamientos masivos interregionales de la riqueza, como el del “cinturón de pobreza” del noreste y el medio oeste hacia los nuevos polos de crecimiento de la costa occidental, como Silicon Valley.⁷ Además, el ascenso de la economía postindustrial caracteriza la redistribución del ingreso hacia el seno de las metrópolis urbanas-suburbanas en rápida expansión, dado que la desindustrialización ha precipitado que se contraigan los empleos

⁶ Harvey Marshall y John Stahura, “The Theory of Ecological Expansion: The Relation between Dominance and Suburban Differentiation”, *Social Forces* 65, no. 2 (1986): 352-369; Peter O. Muller, “The Transformation of Bedroom Suburbia into Outer City: An Overview of Metropolitan Structural Change since 1947”, en Barbara M. Kelly, ed., *Suburbia Reexamined* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1989), 39-44; Holly L. Hughes, “Metropolitan Structure and Suburban Hierarchy”, *American Sociological Review* 58, no. 3 (1993): 417-433.

⁷ Larry Sawers y William K. Tabb, *Sunbelt-Snowbelt, Urban Development and Regional Restructuring* (Nueva York: Oxford University Press, 1984); Frank Levy, *Dollars and Dreams* (Nueva York: W.W. Norton, 1988); Kevin Phillips, *The Politics of Rich and Poor* (Nueva York: Random House, 1990).

de altos salarios, con afiliación sindical, de obreros que se desempeñan en fábricas y ha ocasionado la proliferación de ocupaciones y servicios de personas sin capacitación o semicapacitadas que perciben bajos salarios.⁸ Finalmente, incluso con el “atascamiento” de la “gran maquinaria laboral estadounidense” y los crecientes problemas de los centros urbanos a finales de la década de los ochenta, la inmigración a Estados Unidos continuó en aumento, e incluso sobrepasó los históricos toques de principios del siglo XX.⁹ Esto último desempeña un papel decisivo en el surgimiento de la economía política de la metrópoli postindustrial.¹⁰

Más que prestar atención a las fallas fundamentales de la política industrial de Estados Unidos, que ha producido la más grande desigualdad en el ingreso en las naciones industriales de occidente, los creadores de la política estadounidense sucumben cada vez con mayor facilidad a la tentación de “culpar a la víctima” para explicar el crecimiento de grupos sociales de condición económica muy baja. No sólo se ha desacreditado a los inmigrantes, considerándolos como factor fundamental en la crisis urbana de Estados Unidos,¹¹ sino

⁸ Barry Bluestone y Bennett Harrison, *The Deindustrialization of America* (Nueva York: Basic Books, 1982); *idem*, *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and the Polarizing of America* (Nueva York: Basic Books, 1988); Levy, *Dollars and Dreams*, 1988; Manuel Castells, *The Informational City: Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process* (Nueva York: Basil Blackwell, 1989); David Harvey, *The Condition of Post-Modernity* (Nueva York: Basil Blackwell, 1989); Phillips, *The Politics...*, 1990; Denny Baun, *The Rich Get Richer: The Rise of Income Inequality in the United States and the World* (Nelson Hall, 1991); John Kenneth Galbraith, *The Culture of Affluence* (Houghton Mifflin, 1991); Saskia Sassen, *The Global City: New York, London and Tokyo* (Princeton: Princeton University Press, 1991).

⁹ U.S. Immigration and Naturalization Service —INS—, *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service, 1995* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office —GPO—, 1996).

¹⁰ Saskia Sassen, “Economic Restructuring and the American City”, *American Review of Sociology* 16 (1990): 465-490; *idem*, *The Global City...*, 1991; Robert D. Manning, “La crisis postindustrial de las áreas urbanas en Estados Unidos”, en Bárbara A. Driscoll y Mónica Vereza, eds., *La administración Clinton* (México: UNAM-CISAN, 1995), 153-187; *idem*, “Washington, D.C.: The Social Transformation of the International Capital City”, en Silvia Pedraza y Rubén G. Rumbaut, eds., *Origins and Destinies: Race, Immigration, and Ethnicity in America* (Nueva York: Wadsworth Press, 1995); Robert D. Manning y Anita Butera, “From Ellis Island to the Golden Arches: Immigration, Native Minorities and the Post-Industrial Metropolis”, *Proteus*, no. 11 (1994): 10-16.

¹¹ Pete Wilson, “The Immigration Time Bomb”, *Washington Post*, 8 de mayo 1994, p. 28(A); Peter Brimelow, *Alien Nation: Common Sense about America's Immigration Disaster* (Nueva York: Random House, 1995).

que el discurso político busca enfatizar las explicaciones culturales de la pobreza,¹² lo cual ha dado margen a la creación de un virtual coto industrial de investigación de las “subclases urbanas”.¹³ El resultado ha sido estigmatizar a las minorías étnicas y raciales por su “fracaso” al no poder escapar de la pobreza urbana, en lugar de investigar los vastos patrones sociales y económicos de la metrópoli postindustrial que han producido, en cuanto a su connotación espacial, oportunidades desiguales para diversos grupos de residentes metropolitanos. Incluso recientes estudios “críticos” de la desigualdad económica estadounidense y del cambio urbano han ignorado las implicaciones de la cada vez más ancha “línea divisoria social” entre el centro de la ciudad y su gran sistema suburbano de ciudades “marginales”.¹⁴ Como resultado de lo anterior, se ha dicho que los análisis contemporáneos de la desigualdad social y de la distribución espacial de minorías raciales o étnicas deben aceptar expresamente las fuerzas históricas que han configurado la geografía social de las metrópolis postindustriales.

¹² Ken Auletta, *The Underclass* (Nueva York: Vintage Books, 1983); Charles Murray, *Losing Ground* (Nueva York: Basic Books, 1984); William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy* (Chicago: University of Chicago Press, 1987); Christopher Jencks y Paul E. Peterson, eds., *The Urban Underclass* (Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1991); Thomas Sowell, “Multicultural Instruction”, *American Spectator* (abril 1993): 23-31; Richard Hernstein y Charles Murray, *The Bell Curve* (Nueva York: Free Press, 1994).

¹³ Sheldon Danzinger y Peter Gottschalk, “Earnings Inequality, the Spatial Concentration of Poverty, and the Underclass”, *American Economic Review* 77 (1987): 211-215; Isabel Sawhill, “Poverty and the Underclass”, testimonio presentado ante el U.S. House Budget Committee’s Task Force on Income Security, 10 de noviembre de 1987; Douglas S. Massey y Mitchell L. Eggers, “The Ecology of Inequality: Minorities and the Concentration of Poverty 1970-1980”, *American Journal of Sociology* 95 (1990): 1153-1188; Mark S. Littman, “Poverty Areas and the Underclass: Untangling the Web”, *Monthly Labor Review* 114 (1991): 19-32; Carole Marks, “Urban Underclass”, *Annual Review of Sociology* 17 (1991): 445-466; Douglas S. Massey y Nancy A. Denton, *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass* (Cambridge: Harvard University Press, 1993).

¹⁴ John R. Logan y Harvey L. Molotch, *Urban Fortunes: The Political Economy of Place* (Berkeley: University of California Press, 1987); Castells, *The Informational City...*, 1989; Roger Waldinger, “Immigration and Urban Change”, *Annual Review of Sociology* 15: 211-232; Joel A. Devine y James D. Wright, *The Greatest of Evils, Urban Poverty and the American Underclass* (Nueva York: Aldine de Gruyter, 1993); Saskia Sassen, *Cities in a World Economy* (Thousand Oaks, Calif.: Pine Forge Press, 1994).

LINEAMIENTOS DEL DEBATE: APROXIMACIONES
RESPECTO A LA RAZA Y LA ETNIA

Los años finales de la década de los ochenta fueron testigos de un renovado interés en las relaciones raciales y étnicas. Tanto dentro de Estados Unidos como en todo el mundo, una amplia gama de disciplinas académicas “redescubrieron” la realidad sociológica de “minorías” distintas cultural y políticamente. A pesar de que la nomenclatura varíe, la ubicuidad de este fenómeno social es evidente entre culturas y estratos de complejidad social dispares: antagonismos “tribales” en África, levantamientos “nacionalistas” en Europa Oriental, movimientos de resistencia “indígena” en Latinoamérica, conflictos “étnicos” en el sureste de Asia, intolerancia religiosa en Irlanda del Norte, resistencia política (de los indígenas estadounidenses), separatismo regional (Quebec) en Canadá y conflictos raciales en Sudáfrica. Es evidente que “lo distintivo” de las minorías y la expresión de una identidad sociopolítica asume una gran variedad de formas. Estas dimensiones múltiples y con frecuencia yuxtapuestas son comprensibles sólo dentro del contexto específico de sus respectivos sistemas sociopolíticos.

Incluso en Estados Unidos, con su perdurable herencia multicultural, la llegada de “nuevos” grupos de inmigrantes¹⁵ y el “redescubrimiento” de una “subclase” de minorías urbanas¹⁶ han intensificado el debate público de supuestos de hace muchos años relacionados con la persistencia (e incluso la conveniencia) de una sociedad pluralista culturalmente.¹⁷ La

¹⁵ Roy S. Bryce-Laporte, ed., *Source Book on the New Immigration* (Nueva Jersey: Transaction Books, 1980); David M. Reimers, *Still the Golden Door: The Third World Comes to America* (Nueva York: Basic Books, 1985); Robert D. Manning, “The «New» Immigration: An Historical Perspective of Contemporary Demographic Patterns”, en Frank Butler, ed., *The Church and the New Immigrants* (Washington, D.C.: FADICA, 1989); Alejandro Portes y Ruben G. Rumbaut, *Immigrant America: A Portrait* (Berkeley: University of California Press, 1990); Lawrence H. Fuchs, *The American Kaleidoscope: Race, Ethnicity, and the Civic Culture* (Boston: University Press of New England, 1991).

¹⁶ Wilson, *The Truly Disadvantaged...*, 1987; M. Baca-Zinn, “Family, Race, and Poverty in the Eighties”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 14, no. 4 (1989): 856-874; Marks, “Urban Underclass”, 1991.

¹⁷ Véanse Leonard Auster, *The Path to National Suicide: An Essay on Immigration and Multiculturalism* (Washington, D.C.: American Immigration Control Foundation, 1990); R. Bernstein, “The Arts Catch Up with a Society in Disarray”, *The New York Times*, 2 de septiembre 1990, pp. 1, 12(B); *idem*, “The Rising Hegemony of the Politically Correct”, *ibid.*, 28 de octu-

popularidad de estos puntos de vista pro nativos, que rutinariamente florecen durante periodos de estrechez económica, reside en la clasificación tradicional de grupos minoritarios (racial o étnica) de acuerdo con su relación con la cultura dominante.¹⁸ En 1994, este punto de vista provocó un torbellino de controversia, y dado que la composición étnica de California cambiaba rápidamente y el que fortunas económicas estaban en franco declive, hubo como resultado una virulenta reacción nativista, que adoptó la forma de la famosa Propuesta 187 antiinmigrantes. Este movimiento político epitomiza la creciente ansiedad de la mayoría blanca nativa ya que resuelve el problema que representa para ellos el enfrentarse a la inminente realidad de convertirse en una minoría demográfica y la probable pérdida inherente de un estatus económico privilegiado.

ASIMILACIÓN: ¿POR QUÉ NO PUEDEN SER COMO NOSOTROS?

Una de las características distintivas de Estados Unidos es el origen múltiple de su herencia cultural. A diferencia de otras sociedades étnicamente homogéneas como Japón, que desprecia la heterogeneidad social y enfatiza el conformismo,¹⁹ la diversidad en la sociedad estadounidense es la ensalzada en la cultura común como la “nación de inmi-

bre 1990, pp. 1-4(B); Denish D'Souza, *Illiberal Education: The Politics of Race and Sex on Campus* (Glencoe, The Free Press, 1991); Arthur Schlesinger Jr., “When Ethnic Studies Are Un-American”, *The Wall Street Journal*, 23 de abril 1990; Richard Hernstein y Charles Murray, *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1994); Pete Wilson, “The Immigration...”, 1994.

¹⁸ Robert M. Jiobu, *Ethnicity & Assimilation* (Albany: State University Press of New York, 1988); Christopher McAll, *Class, Ethnicity, & Social Inequality* (Canada: McGill-Queen's University Press, 1989); Alejandro Portes y Robert L. Bach, *Latin Journey, Cuban and Mexican Immigrants in the United States* (Berkeley: University of California Press, 1985), capítulo 10; Norman R. Yetman, “Patterns of Ethnic Integration in America”, en *idem*, ed., *Majority and Minority: The Dynamics of Race and Ethnicity in American Life*, 5a. ed. (Boston: Allyn and Bacon, 1991), 209-247.

¹⁹ Sassen, *The Global City...*, 1991; Jonh Lie y Eri Fujieda, “The «Problem» of Foreign Workers in Japan”, ponencia presentada en la reunión anual de la American Sociological Association, 21 de agosto de 1992, Pittsburg, Penn.

grantes”.²⁰ Las oleadas sucesivas de inmigrantes, en su afán de oportunidades sociales y económicas en la sociedad estadounidense, son descritas como “fundiéndose” voluntariamente en la corriente dominante de la cultura americana. El éxito o el fracaso subsecuentes de cada grupo étnico en particular es, por tanto, atribuido a la ambición de sus miembros en tanto *individuos*. Esto se demuestra fácilmente por la rapidez con que adoptan las costumbres imperantes, los valores y cultura de su nueva sociedad.

Max Weber, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), confirió tempranamente credibilidad académica a esta perspectiva al enfatizar el autoengrandecimiento individual como un signo mundano de salvación espiritual. Este *ethos* calvinista abrió la puerta a la asociación de rasgos culturales “modernos” (individualismo, racionalismo, asunción del riesgo) al éxito socioeconómico. Y, a la inversa, los valores culturales “tradicionales” (camaradería, parentesco, cooperación, conservadurismo) se consideraron serios impedimentos para la “americanización” de los nuevos grupos de inmigrantes. Irónicamente, el folclor étnico estadounidense ha servido para aminorar las tensiones derivadas de la línea divisoria de clases que generalmente conlleva un aumento en la desigualdad económica. El ejemplo más destacado es el cuento de “los harapos para los ricos” del mítico héroe inmigrante: Horatio Alger. Este popular cuento que todavía ejerce gran influencia sobre las aspiraciones de los inmigrantes hoy en día, describe a Estados Unidos como “la tierra de las oportunidades” donde “las calles están pavimentadas con oro”.²¹

²⁰ Oscar Handlin, *The Uprooted: The Epic Story of the Great Migration that Made the American People* (Nueva York: Grossett and Dunlap, 1951); Nathan Glazier y Daniel P. Moynihan, *Beyond the Melting Pot: The Negroes, Puerto Ricans, Jews, Italians, and Irish of New York City* (Cambridge: MIT Press, 1963); Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life* (Nueva York: Oxford University Press, 1964); Andrew Greely, *Why Can't They Be Like Us? America's White Ethnic Groups* (Nueva York: E.P. Dutton, 1971); Stephan Thernstrom, *The Other Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis 1880-1970* (Cambridge: Harvard University Press, 1973); Stanley Lieberson, *Piece of the Pie: Blacks and White Immigrants since 1880* (Berkeley: University of California Press, 1980); Thomas Sowell, *Ethnic America, a History* (Nueva York: Basic Books, 1980); Fuchs, *The American Kaleidoscope...*, 1991.

²¹ Richard Weiss, *The American Myth of Success: From Horatio Alger to Norman Vincent Peale* (Urbana: University of Illinois Press, 1988); Stephen Steinberg, *The Ethnic Myth: Race, Ethnicity, and Class in America* (Nueva York: Atheneum Press, 1982), capítulo 3.

Este punto de vista tradicional de la historia cultural estadounidense se describe metafóricamente como “el crisol”, una mezcla especial de diferentes grupos sociales que da como resultado un “estofado” rico y de gran sabor cultural.²² La clave de esta historia reside en que la inclusión de nuevos “ingredientes” culturales da mucho mejor sazón pero, en esencia, no altera el producto culinario final. Ello implica que los nuevos inmigrantes, a través del proceso de *asimilación* cultural, deben seguir las instrucciones de grupos sociales anteriores a ellos, esto es, la “receta” del conformismo anglosajón. Así, como la obligada eficiencia de las fuerzas de mercado en el ámbito económico, este darwinismo cultural sirve para preservar la manifiesta superioridad de la “cultura común” —como fue definida por otros grupos inmigrantes anteriores— al ridiculizar a las minorías que conservan su cultura tradicional, a la que califican de anacronismo social. Es muy significativo que, al implicar la existencia de una *verdad* empírica singular (por ejemplo, la superioridad de algún grupo definido de valores “conservadores” universales), dicho enfoque “positivista” rechaza la posibilidad de que la sociedad es un mercado dinámico de realidades o interpretaciones competitivas, socialmente hablando, que son igualmente dignas de consideración. El resultado es una clasificación jerárquica de grupos sociales (superior/inferior, moderno/tradicional, ambicioso/perezoso) que refleja la disposición/habilidad individual y colectiva para adaptarse a las duras exigencias de la sociedad contemporánea. En consecuencia, tiende a empañar la realidad social de la diversidad cultural al etiquetar a la minoría como “el otro” que es socialmente, considerado menos, o a la categoría social residual que queda *después* de identificar a aquellos que conforman el canon de la cultura dominante. En este proceso, categorías sociales como clase y filiación religiosa se ven subsumidas en los agrupamientos raciales y étnicos, en tanto el género y la orientación sexual son calificados como dimensiones secundarias de importancia marginal.²³

²² Glazier y Moynihan, *Beyond the Melting Pot...*, 1963; Handlin, *The Uprooted: Epic Story...*, 1951; Gordon, *Assimilation in American Life*, 1964; Lieberman, *Piece of the Pie...*, 1980; Sowell, *Ethnic America...*, 1980.

²³ McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989; Robert D. Manning, “Multiculturalism in America: Clashing Concepts, Changing Demographics, and Competing Cultures”, *International Journal of Group Tensions* (verano 1995): 117-168.

El análisis convencional de las relaciones raciales y étnicas se orienta hacia el *asimilacionismo*. Esto quiere decir que los nuevos grupos sociales se adaptan voluntariamente a los valores dominantes y ante la cultura de la sociedad huésped al “diluirse” en la corriente socioeconómica predominante. Los restos culturales restantes (lenguaje, religión, actitudes personales, valores, alimentación, vestido, costumbres) sirven para definir las fronteras sociales de “categorías” étnicas transitorias tanto como para precisar su “progreso” respectivo a lo largo del inexorable camino de la movilidad socioeconómica. En su aspecto más simplista, las distinciones sociales, políticas y económicas entre el grupo dominante y los grupos minoritarios son atribuidas a las desiguales cargas biológicas. A pesar de que muy pocos académicos suscriben las explicaciones genéticas deterministas de la desigualdad racial o étnica, este punto de vista cuenta con un legado de gran tradición entre los intelectuales.²⁴

Actualmente, los puntos de vista sociales de los conservadores están profundamente influenciados por la corriente asimilacionista. De hecho, algunos politólogos se refieren explícitamente a distintos “subprocesos” de asimilación para interpretar el éxito individual y desigualdad intergrupala. Este enfoque se ha visto apoyado por el libro de Milton Gordon, un clásico, *Assimilation in American Life* (1964), que distingue entre niveles de comportamiento (actitudes individuales) y los estructurales (inserción en la gran corriente de instituciones sociopolíticas). De ahí la afirmación de que el éxito final o el fracaso a largo plazo de grupos minoritarios que no alcanzan movilidad socioeconómica se atribuya a que, o bien adoptan los valores estadounidenses “conservadores” o bien a la similitud existente en sus propios acervos culturales a valores modernos, como motivación para un desempeño de altos logros, diligencia, perseverancia, audacia, orientación al futuro y el diferimiento de la recompensa inmediata. Andrew Greeley resume sucintamente esta filosofía social conservadora al evaluar el éxito socioeconómico de los inmigrantes del sur y del este de Europa a principios del siglo XX:

²⁴ Véase, respecto a un punto de vista muy elaborado de la etnicidad, Pierre L. van den Berghe, *The Ethnic Phenomenon* (Nueva York: Elsevier, 1981); y para una apasionada argumentación genetista que explica los diferentes logros raciales y étnicos de la sociedad estadounidense, Hernstein y Murray, *The Bell Curve...*, 1994.

No había lugar, no había acciones afirmativas, ningún sistema elaborado de servicios sociales y, el cielo es mi testigo, carecían de militancia étnica. No se hablaba de indemnizaciones, no había complejo de culpa, ni sentimiento alguno de compasión para estos inmigrantes... Trabajo duro, ahorro, sacrificios; ésta es un explicación tentativa del “milagro étnico”.²⁵

En suma, la asimilación es descrita como un proceso lineal inexorable, cuyo problemático ritmo de movilidad socioeconómica *no* sufre la influencia de la estructura del sistema de estratificación de Estados Unidos, sino que se debe al ritmo de la aceptación individual de valores “conservadores” definidos de antemano por los primeros grupos de inmigrantes. Más aun, da por sentada la continua e ininterrumpida fluidez de la sociedad estadounidense donde se cuenta con amplias oportunidades para la movilidad de clase de todos y cada uno de los *grupos* étnicos, no sólo en el nivel de miembros individuales; la discriminación étnica o racial ha de disminuir con el tiempo cuando nuevos grupos empujen a los de antaño en la fila socio-ocupacional. De igual manera, al presuponer acceso igual a recursos básicos como educación o comprar casa, se espera que ello habilite a los nuevos inmigrantes y a las minorías para que, pasado el tiempo, logren paridad política y económica con los blancos nativos.²⁶ Nótese que este aserto tiende a legitimar, a priori, el éxito social y económico de los grupos sociales dominantes. Al “echarle la culpa a la víctima” se argumenta que la cultura tradicional de los nuevos inmigrantes (esto es, europeos no occidentales) es, por definición, inferior y debe ser descartada. Así, argumenta que aquellas minorías que no logren deshacerse de sus “raíces” culturales deben ser castigadas y confinadas a los escalones más bajos de la sociedad estadounidense.

²⁵ Gordon, *Assimilation in American Life*, 1964, 23.

²⁶ Greely, *Why Can't They Be...*, 1975; Lieberman, *Piece of the Pie...*, 1980; Stanley Lieberman y Mary C. Waters, *From Many Strands: Ethnic and Racial Groups in Contemporary America* (Nueva York: Russell Sage, 1988); Lisa Neidert y Reynolds Farley, “Assimilation in the United States: Analysis of Ethnic and Generation Differences in Status and Achievement”, *American Sociological Review* 50, 1985: 840-849; Thomas Sowell, *Race and Economics* (Nueva York: McKay, 1975); *idem*, *Ethnic America...*, 1980.

PLURALISMO CULTURAL: UNA CRÍTICA AL CONFORMISMO SOCIOCULTURAL (ANGLOSAJÓN)

El concepto de “crisol” de la historia cultural estadounidense tiende a verse empañado por sus “raíces” etnocéntricas y su perspectiva de clases sociales privilegiadas.²⁷ No sólo presupone la superioridad cultural de grupos sociales establecidos, sino que implica que todos los recién llegados se adhieren con gran entusiasmo al proceso de “americanización”. De hecho, las incesantes presiones pro asimilación han producido más una sociedad heterógena culturalmente hablando, que una de carácter homogéneo, cuyos límites “étnicos” más pronunciados tienden a verse reforzados por las resquebrajaduras sociales subyacentes. Esto se debe a que las características sociales de los respectivos grupos de extranjeros, aunadas a las circunstancias históricas contingentes que definieron su capacidad de adaptación, ofrecen caminos únicos para su eventual integración al sistema de clases de Estados Unidos. Esto es, los patrones singulares de la adaptación de los inmigrantes son producto de 1) condiciones específicas históricas de su aceptación en Estados Unidos (oportunidades de empleo, discriminación étnica o racial, asentamientos rurales o urbanos; 2) sus recursos individuales socioculturales (habilidades, capacidad para integrar un sindicato, educación, recursos económicos, vocación empresarial) y 3) las características particulares de sus comunidades respectivas (número de componentes, composición por sexo, oportunidades comerciales).²⁸

El enfoque del *pluralismo cultural* cuestiona el orden jerárquico de las diferentes culturas y los diversos grupos sociales como lo plantean los conservadores. El enunciado básico de la *asimilación*, que afirma que con el tiempo las diferencias culturales se rendirán ante la uniformidad, se ha rechazado por especioso y porque ignora las contribuciones únicas

²⁷ John Higham, *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1896-1925* (Nueva Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 1955); Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

²⁸ La tipología general de formaciones sociales inmigrantes/étnicas y sus respectivos modos de “incorporación” laboral se discuten en Alejandro Portes y Robert D. Manning, “The Immigrant Enclave: Empirical and Theoretical Examples”, en Joan Nagel y Susan Olzak, eds., *Ethnicity: Structure and Progress* (Nueva York: Academic Press, 1986), 47-68; Robert D. Manning, “Industrial Restructuring, Immigrant Workers, and the American State: The Political Economy of Mexican Migration” (tesis de doctorado), Department of Sociology, The Johns Hopkins University, 1989, capítulo 9; Portes y Rumbaut, *Immigrant America...*, 1990.

que los diversos grupos raciales o étnicos han aportado a la cultura “común”; reconoce explícitamente que el rico tejido de esta cultura “común” estadounidense se ha forjado a partir de su diversidad social única. Más que forzar a los recién llegados a “ser como nosotros”, el proceso de la adaptación de los inmigrantes entraña un “toma y daca” cultural, que tanto acultura a los recién llegados del extranjero *como* contribuye a continuar la construcción social de la gran cultura nacional. Este proceso de asentamiento, durante el cual los grupos inmigrantes forjan comunidades étnicas minoritarias de carácter autónomo, lleva a relaciones intergrupales dinámicas, con frecuencia antagonicas, en tanto que la transmisión cultural se da a través de relaciones recíprocas y con frecuencia produce sincretismos culturales muy distintivos. Lo anterior se ilustra mediante los patrones de asentamientos actuales y las experiencias de adaptación de los nuevos grupos de origen latino y asiático en tanto negocian el terreno social rápidamente cambiante de los suburbios metropolitanos.²⁹

Es evidente que la adaptación cultural dentro del marco de la sociedad estadounidense se comporta “naturalmente” en forma recíproca más que de acuerdo con el proceso unilineal, propuesto por la perspectiva asimilacionista. Esta es la razón de fondo del rechazo explícito de las concepciones estáticas de la cultura tales como superior/inferior y, por ello, la inevitabilidad de la asimilación en sus diversas formas socioculturales, con sus niveles implícitos de jerarquización. Más aún, el *pluralismo cultural*, tanto como ideología como modelos de desarrollo comunitario, confiere a las minorías de Estados Unidos estrategias voluntarias e involuntarias para mantener su identidad grupal y su solidaridad social. Por ejemplo, la emergencia y la persistencia de comunidades étnicas socialmente integradas ofrece empleo interno y oportunidades comerciales bajo la forma de “nichos” étnicos,³⁰ “enclaves”³¹ y minorías del “intermediario”.³²

²⁹ Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988; Richard D. Alba y John R. Logan, “Minority Proximity to Whites in Suburbs: An Individual-Level Analysis of Segregation”, *American Journal of Sociology* 98, no. 6 (1993): 1388-1427; Manning y Butera, “From Ellis Island...”, 1994; Manning “The «New» Immigration...”.

³⁰ Ivan Light, “Disadvantaged Minorities in Self-Employment”, *International Journal of Comparative Sociology* 20 (1979): 23-37.

³¹ Portes y Bach, *Latin Journey...*, 1985; Portes y Manning, “The Immigrant Enclave...”, 1986.

³² I. Kim, *New Urban Immigrants: The Korean Community in New York* (Princeton: Princeton University Press, 1981); Ivan Light y Edna Bonacich, *Immigrant Entrepreneurs: Koreans in Los Angeles, 1965-1982* (Berkeley: University of California Press, 1988).

Sin embargo, para otros, en especial los afroamericanos, el surgimiento de una identidad grupal no asimilable se configuró y definió por su posición de “casta” en un sistema económico estratificado de clases,³³ que los condujo a ser segregados en las labores agrícolas de bajos salarios en la parte rural del sur y, después, en las metrópolis urbanas del norte vía el “colonialismo interno”.³⁴ En forma similar, la experiencia de los indígenas estadounidenses en el periodo postcolonial también se define por las relaciones de poder asimétricas con grupos (blancos) dominantes. Esto ha desembocado en las restricciones de los derechos políticos de los indígenas y, cada vez en mayor medida, en la incapacidad de preservar su estilo de vida. A diferencia de los afroamericanos, sin embargo, este proceso se ha visto condicionado, en primer lugar, por la demanda de recursos naturales —no mano de obra barata—, especialmente energía, minerales, tierras agrícolas de labor, caza, pesca y derechos sobre el agua.³⁵

Independientemente de si la existencia de grupos minoritarios distintivos es el producto histórico de la separación o segregación voluntaria o involuntaria, el pluralismo cultural reconoce la realidad de persistentes “diferencias” intergrupales que pueden ser la respuesta práctica a la acogida hostil de los grupos dominantes. Por ejemplo, los inmigrantes nuevos pueden voluntariamente concentrarse en enclaves étnicos aislados social o espacialmente, como una estrategia inicial para obtener movilidad socioeconómica al crear estructuras empresariales o de empleo interno (como los cubanos en Miami). Otros pueden elegir dispersarse a lo largo de la gran sociedad en busca de trabajos de “nicho”

³³ Oliver C. Cox, *Caste, Class, & Race: A Study in Social Dynamics* (Nueva York: Doubleday, 1948); G.D. Berreman, “Race, Caste, and Other Invidious Distinctions in Social Stratification”, *Race* XIII, no. 4 (1972): 12-31; James A. Geschwender, *Racial Stratification in America* (William C. Brown, 1978).

³⁴ Robert Allen, *Black Awakening in Capitalist America* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1970); Robert Blauner, *Racial Oppression in America* (Nueva York: Harper & Row, 1972); Edna Bonacich, “A Theory of Middleman Minorities”, *American Sociological Review* 38 (1976): 583-594; William J. Wilson, *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1978); Melvin M. Leiman, *The Political Economy of Racism. A History* (Londres: Pluto Press, 1993).

³⁵ J.G. Jorgensen, “A Century of Political Economic Effects on American Indian Society, 1880-1980”, *Journal of Ethnic Studies* 6 (1978): 1-32; Matthew D. Snipp, *American Indians: The First of This Land* (Nueva York: Russell Sage, 1988); Russell Thornton, *American Indian Holocaust and Survival* (Norman: University of Oklahoma Press, 1995).

(como los tenderos coreanos), o en busca de oportunidades de empleo más favorables, guiados por amplias redes sociales (jornaleros mexicanos) e inclusive en oficinas públicas y/u organizaciones comunitarias (refugiados vietnamitas).

Irónicamente, la sagacidad misma de la perspectiva del pluralismo cultural oculta su mayor debilidad. Esto es, tiende a ofrecer un análisis estático que exagera la armonía en las relaciones entre varios grupos raciales y étnicos, en tanto pasa por alto las fuerzas políticas y económicas que subyacen en su “construcción” social; la aceptación de las diferencias culturales no implica necesariamente que se crea en una igualdad socioeconómica relativa. Los inmigrantes y otras minorías nativas, por ejemplo, pueden ver frustradas sus aspiraciones a la movilidad por barreras ocupacionales socialmente definidas, tales como la “división cultural del trabajo”, como si fuese un sistema de castas.³⁶ Esta concentración involuntaria de grupos raciales o étnicos específicos en el fondo del mercado de trabajo o a lo largo de fronteras espacialmente definidas, puede exacerbar las tensiones intergrupales existentes y promover una “elasticidad” étnica o una etnicidad “reactiva” que puede expresarse en militancia política, e incluso en movimientos sociales a gran escala basados en la etnia.³⁷ Es muy significativo que estas condiciones puedan alentar concepciones más amplias de raza y etnicidad para maximizar el poder político potencial de los grupos minoritarios resentidos. Esto incluye movilizaciones estadounidenses pan-nativas que trascienden filiaciones tribales, movimientos panlatinos que unen a los nacidos en Estados Unidos con los grupos de mexicanos y centroamericanos (*la Raza*) o, incluso, todos los grupos de ascendencia española, y movilizaciones panafricanas que abarcan todos y cada uno

³⁶ Michael Hechter, *Internal Colonialism: The Celtic Fringe in British National Development* (Berkeley: University of California Press, 1975); *idem*, “Group Formation and the Cultural Division of Labor”, *American Journal of Sociology* 84, no. 2 (1978): 293-318.

³⁷ Michael T. Hannan, “The Dynamics of Ethnic Boundaries in Modern Societies”, en John Meyer y Michael T. Hannan, eds., *National Development and the World System* (Chicago: University of Chicago Press, 1979), 253-275; Charles Ragin, “Ethnic Mobilization: The Welsh Case”, *American Sociological Review*, no. 44 (1979): 619-635; François Nielsen, “Towards a Theory of Ethnic Solidarity in Modern Societies”, *American Sociological Review*, no. 50 (1985): 133-149; Susan Olzak, “Ethnic Mobilization in Quebec”, *Ethnic and Racial Studies*, no. 5 (1982): 253-275; Joan Nagel, “The Political Construction of Ethnicity”, en Joan Nagel y Susan Olzak, eds., *Competitive Ethnic Relations* (Orlando: Academic Press, 1986), 38-49.

de los grupos lingüísticos, nacionales y culturales surgidos de la diáspora africana.

En síntesis, un mosaico cultural que predica tolerancia tácita o incluso la afirmación de la diversidad no implica que los conflictos y/o competencia intergrupales puedan resolverse equitativamente o cuando menos mediar en ellos de manera eficaz. Esta negligencia en cuanto a las relaciones desiguales de poder insertas en todos los Estados-nación subyace en la tendencia del pluralismo cultural a minimizar las tensiones del sistema y los conflictos entre grupos socialmente competitivos;³⁸ por ejemplo, las fricciones entre los chicanos y los mexicanos inmigrantes con respecto a los escasos recursos del suroeste de Estados Unidos a pesar de que comparten la misma herencia cultural.³⁹ En épocas más recientes, el otorgamiento de estatus de minorías modelo a asiático-estadunidenses es desmentido por las luchas sordas en el seno de esta población "étnica" heterogénea ante la realidad: pobreza creciente y la cada vez más extensa desigualdad social. Para el creciente número de grupos de origen asiático, el estereotipo de grandes logros educativos y éxito económico es tan incongruente como el mito popular de las "reinas" de la asistencia social afroamericanas que supuestamente abundan en el interior de las ciudades.

La falta de perspectiva sociológica y de comprensión de la desigualdad postindustrial permea el discurso populista del multiculturalismo en Estados Unidos. No debemos restar importancia a este punto. El que se proclamen actualmente políticas públicas o privadas para promover mayor comprensión *individual* de las diferencia *grupales* raciales o étnicas sólo sirve para distraer la atención de las grandes fuerzas sociales responsables de las diversas condiciones sociales entre grupos rivales. En el proceso, se tiende a soslayar las brechas de clase insertas en las categorías sociales de raza y etnicidad.⁴⁰ Por ejemplo, las escenogra-

³⁸ Hannan, "The Dynamic of Ethnic Boundaries...", 1979; Edna Bonacich, "Class Approaches to Ethnicity and Race", *Insurgent Sociologist* 10 (1980): 1-23; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

³⁹ M. Barrera, *Labor and Class in the Southwest: A Theory of Racial Inequality* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1980); Frank D. Bean y Marta Tienda, *The Hispanic Population of the United States* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1987); Rodolfo Acuña, *Occupied America: The History of Chicanos* (Nueva York: Harper & Row, 1989).

⁴⁰ Bonacich, "Class Approaches...", 1980; Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989.

fías multiculturales en los medios masivos de comunicación, como en la controversial película de Spike Lee, *Do the Right Thing* (1989), reafirman la presuposición inspirada en que la pluralidad cultural sirve para resolver las tensiones interétnicas: promover la comprensión mutua. Esto es, los diversos grupos raciales o étnicos necesitan conocerse mejor y, en consecuencia, establecer un “terreno común” para poder mediar en los graves malentendidos culturales. El enfoque situacional, si bien es laudable, es una respuesta necesaria pero ciertamente *no* basta si no es capaz de examinar explícitamente el contexto social de la desigualdad en Estados Unidos. Esta es la razón por la cual el pluralismo cultural falla en dar solución a los asuntos políticos subyacentes, como la segregación de las áreas habitacionales de carácter residencial o las diversas estructuras de retribución que desembocan en salarios desiguales por el mismo tipo de trabajo a causa de motivos raciales (mercado de trabajo “escindido”), por etnicidad y/o estatus de inmigrante (mercado de trabajo “dividido”), y por género (segregación ocupacional). No es de sorprendernos que este enfoque haya producido una floreciente industria de creación de facilidades transculturales, programas audiovisuales y talleres,⁴¹ pero ha carecido de éxito en la solución de tensiones interétnicas fuera de la fuente multicultural de trabajo.

Por último, es muy importante enfatizar que la estructura social raza/etnicidad se guía y se ha visto reforzada con políticas nacionales que tanto estimulan *como* suprimen violentamente la “elasticidad” cultural, perspectiva que contrasta abruptamente con la de los conservadores, quienes sostienen que las minorías son biológicamente grupos inmutables. Esto es, los patrones de desigualdad multiestratificados de las categorías sociales étnicas y raciales se construyen políticamente, se refuerzan y se mantienen por las instituciones clave del Estado-nación. Lo anterior se ilustra por el papel central que desempeñan algunas oficinas de Estados Unidos, como la Oficina del Censo (Bureau of the Census) y el INS que, al promover y reforzar límites étnicos ambiguos,

⁴¹ Alice Edwards, “Cultural Diversity in Today’s Corporation: The Enlightened Manager”, *Working Woman* (enero 1991): 45-60; J. O’Mara, *Managing Workforce 2000: Gaining the Diversity Advantage* (Jossey-Bass, 1991); Robert R. Thomas, *Beyond Race and Gender, Unleashing the Power of Your Total Work Force by Managing Diversity* (Nueva York: American Management Association, 1991); e *idem*, “From Affirmative Action to Affirming Diversity”, *Harvard Business Review* (marzo-abril, 1991): 107-117.

defienden eficazmente el sistema actual de relaciones socioeconómicas desiguales contra movilizaciones políticas apoyadas potencialmente por grandes bases. Como conclusión, la no aceptación de relaciones de poder sistémicas es la falla fundamental de la perspectiva cultural pluralista, y de ahí su clasificación errónea como enfoque “liberal” en las relaciones con las minorías de Estados Unidos.⁴²

LA PARADOJA DEL MULTICULTURALISMO EN ESTADOS UNIDOS: TENSIONES INTELECTUALES CAUSADAS POR LA DIVERSIDAD CULTURAL

Como se discutió anteriormente, la paradoja fundamental de la historia social de Estados Unidos es la glorificación (“América es una nación de inmigrantes”) contra la desaprobación de la diversidad cultural (conformidad anglosajona). Esta tensión política se refleja en los periódicos populares cada vez con mayor regularidad. Richard Bernstein (1990) en *The New York Times*, por ejemplo, censura con dureza el surgimiento del “multiculturalismo” o lo que él llama “el culto de la otredad”, como un ataque devastador a la cultura “común”, el “cemento” social de la sociedad estadounidense. Su desapasionada defensa de la tendencia a la asimilación refleja el temor de la clase media blanca cuando se enfrenta al reto creciente del *statu quo* político y económico que tradicionalmente ha definido las relaciones raciales y étnicas. Por ejemplo, las demandas de los grupos minoritarios pro igualdad social (esto es, multiculturalismo como una política social) van desde la inclusión de “otras perspectivas” en el canon de la literatura occidental y los *curricula* académicos formales a mandatos representativos políticos en cuanto al empleo, contratos comerciales y organismos de toma de decisiones (minorías, mujeres), a la compensación económica por injusticias históricas (los japoneses recluidos durante la segunda guerra mundial).

No nos sorprende que el rechazo de estas “convenciones” de la sociedad de Estados Unidos, con sus profundas implicaciones para la futura

⁴² Geschwender, *Racial Stratification...*, 1978; Bonacich, “Class Approaches...”, 1980; Steinberg, *The Ethnic Myth...*, 1982; Michael Omni y Howard Winant, *Racial Formation in the United States from the 1960's to the 1980's* (Nueva York: Routledge, 1991); McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989; Manning, “Multiculturalism in America...”, 1995.

(re)distribución de riqueza y poder, haya sido atacado por los periodistas, ya que consideran que fomenta un “nuevo tribalismo”,⁴³ y otros lo desdennan porque mina la “cohesión” nacional.⁴⁴ Arthur Schlesinger Jr. ejemplifica este punto de vista en su libro *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*:

La idea histórica de una identidad estadounidense unificada se encuentra actualmente en peligro [...] En lugar de una nación transformadora con una identidad propia, los Estados Unidos son, bajo esta perspectiva, un país que preserva una diversidad de identidades ajenas [...] El dogma multiétnico deserta de su propósito histórico, reemplazando la asimilación por la fragmentación, la integración por el separatismo. Menoscaba el *unum* y glorifica el *pluribus* [...] Uno se pregunta: ¿resistirá el centro?, ¿o el crisol dará de sí y se convertirá en una torre de Babel?⁴⁵

Hoy en día, las respuestas al multiculturalismo (aunque imprecisamente definidas) abarcan a todo lo ancho el espectro político. De un patrón social deseable que se abraza con entusiasmo y al que se le nutre, o una realidad demográfica inevitable que debe tolerarse, o cuando menos “manipularse” eficazmente (sobre todo, en los lugares de trabajo), hasta una responsabilidad cultural incierta que tiene el potencial político de destrozr el delicado tejido social de la sociedad de Estados Unidos. No es inesperado que el Estado haya asumido una participación cada vez más activa en la promoción de la diversidad cultural y la “tolerancia” social (por ejemplo, políticas antidiscriminación, de acción afirmativa y políticas educativas de bilingüismo) en un esfuerzo para minimizar el desacuerdo social. La concesión a la realidad multicultural rápidamente cambiante de la población de Estados Unidos enmascara las demandas contenciosas de la redistribución del poder

⁴³ Bernstein, “The Rising Hegemony Politically Correct”, *The New York Times*, 28 de octubre 1990, 1-4; George F. Will, “Poisoning Higher Education”, *The Washington Post*, 9 de abril 1991, p. 23(A); Jonathan Yardley, “One White Man Seeing Red”, *The Washington Post*, 19 de febrero 1990, p. 23(A).

⁴⁴ Leonard Auster, *The Path to National Suicide...*, 1990; E.D. Hirsch, *Cultural Literacy* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1987); Schlesinger, “When Ethnic Studies...”, 1990; Sowell, “Multicultural Instruction”, 1993.

⁴⁵ Arthur Schlesinger Jr., *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society* (Nueva York: Random House, 1992), 16-18.

social. Esto último se evidencia por el desplazamiento del liderazgo político de las ciudades estadounidenses y está detrás del contragolpe cada vez más intenso de la “derecha” conservadora, en tanto resiste los esfuerzos de las minorías por redefinir su posición en el fondo de la sociedad estadounidense.

El fomento del multiculturalismo —como política nacional— no refleja necesariamente que se comprenda que la diversidad cultural es un fenómeno social valioso y que, si se le nutre adecuadamente, pudiera brindar todavía mayores beneficios sociales y económicos. Más bien, puede representar una admisión práctica por parte de las élites nacionales que la ideología dominante del conformismo anglosajón ya no persuade a las minorías nativas, y que su ausencia puede auspiciar potencialmente cambios políticos exitosos en el equilibrio de poder existente en la sociedad estadounidense. Ciertamente, puede ser que la realidad política enmascare la exitosa resistencia de grupos minoritarios a antiguos programas de asimilación forzosa; por ejemplo, la incapacidad de difuminar los movimientos separatistas culturales de Canadá, como el Bloque Quebequense y “otras revueltas étnicas” (como la de los indígenas) responsable de la promulgación de una política gubernamental oficial multiculturalista en Canadá para poder preservar la tenue estabilidad política de un Estado-nación.⁴⁶ De manera similar, la conciencia étnica y la diferenciación cultural han sido históricamente toleradas, e incluso estimuladas en los niveles local y nacional en Estados Unidos en un esfuerzo para controlar (o cuando menos, contener) las movilizaciones políticas apoyadas por las bases.

En síntesis, la ideología del multiculturalismo puede ser manipulada eficazmente si no es cooptada por los grupos dominantes en un esfuerzo por retrasar, o incluso repeler, los movimientos políticos de las bases que pueden exigir, de hecho con eficacia, profundos cambios sociales. Este último punto es particularmente relevante ya que los politólogos de Estados Unidos se aprestan a presentar batalla a la amenazante realidad demográfica de una nueva “mayoría multicultural”, así como a intensificar las tensiones políticas derivadas de la vasta “línea divisoria social” postindustrial. Como se demostró de manera vivencial en los motines de Los Ángeles, donde la policía arrestó a más latinos

⁴⁶ Véase McAll, *Class, Ethnicity...*, 1989, capítulo 14.

que afroamericanos,⁴⁷ tal carencia de comprensión de las relaciones raciales y étnicas de Estados Unidos puede elevar rápidamente la temperatura del crisol hasta un explosivo punto de ebullición. Para una comprensión atingente de futuros patrones, que incluye las bases sociales en expansión del apoyo político de los conservadores en los suburbios, analizaremos ahora el panorama social cambiante de Estados Unidos en la era postindustrial.

DE ELLIS ISLAND A LOS SENDEROS DORADOS: RELACIONES MULTICULTURALES EN LA METRÓPOLI POSTINDUSTRIAL

La gran mayoría de “nuevos” inmigrantes, que llegó a finales del siglo XIX y principios del XX, se asentó en las grandes ciudades industriales del noreste y del medio oeste, donde las comunidades de residentes se hacinaban cerca de las fuentes primarias de empleo de las fábricas. El crecimiento urbano se aceleró por la expansión de la producción de las fábricas y por la integración espacial del sistema de transporte municipal que unía nuevos vecindarios y barrios al centro de la ciudad;⁴⁸ para estos recién llegados, el trabajo y la comunidad constituían el centro vital de su universo urbano en expansión.⁴⁹ A pesar de que algunos negocios, cuyos dueños eran inmigrantes, prosperaban, principalmente porque prestaban servicio a los “nichos” étnicos de sus respectivos vecindarios, la experiencia de muchos recién llegados se definió por su destreza y habilidades, de gente no preparada o semicapacitada, y sus empleos en la industria, dentro de un marco ambiental de trabajo muy politizado que dio como resultado un movimiento laboral fuertemente

⁴⁷ Hazen, *The Riots in Los Angeles...*, 1992; Gooding-Williams, *Reading Rodney King...*, 1993; Baldassare, *The Los Angeles Riots...*, 1994.

⁴⁸ Ira Katznelson, *City Trenches, City Politics, and the Patterning of Class in the United States* (Chicago: University of Chicago Press, 1981).

⁴⁹ Oliver Zunz, *The Changing Face of Inequality: Urbanization, Industrial Development, and Immigrants in Detroit* (Chicago: University of Chicago Press, 1982); John Bodnar, *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America* (Bloomington: Indiana University Press, 1985); Ronald H. Bayor, *Neighbors in Conflict: The Irish, Germans, Jews, and Italians of New York City, 1929-1941* (Urbana: University of Illinois Press, 1988).

organizado.⁵⁰ Para muchos que vinieron con la llamada gran inmigración, su participación en la sociedad estadounidense acentuaba su papel de agentes humanos en los procesos históricos en desarrollo de la industria capitalista. Buscaron mejorar, e incluso transformar radicalmente, su patria adoptiva retando, debatiendo e incluso rechazando las relaciones dominantes de carácter social, político y económico. Por ende, clase, etnicidad y nacionalidad se aglutinaron en formas estadounidenses muy características que produjeron comunidades urbanas distintivas como el Barrio Chino, el Barrio Griego y la Pequeña Italia.

Hoy en día, los “nuevos” inmigrantes, o posteriores a 1965, se enfrentan a una acogida urbana fundamentalmente diferente, en la cual las fábricas que empleaban obreros manuales, con sindicatos tradicionalistas, abandonan la gran ciudad y la vieja maquinaria étnica patronal se derrumba bajo la tensión de una economía urbana en bancarrota. Para estos recién llegados, el “puerto de entrada” al sueño americano se parece más a los anuncios luminosos suburbanos de McDonalds que a las chimeneas de las fábricas del centro. Ciertamente, en tanto el viejo centro urbano lleva a cabo la difícil transición de centros económicos políticamente dinámicos a ejes de servicios administrativos en receso, estos sitios se pueblan cada vez más con minorías nativas de condición humilde, así como con inmigrantes recientes que carecen del capital humano y social necesario para negociar terrenos más favorables en la economía suburbana. El resultado es una “mayoría multicultural” que emerge en las grandes ciudades de Estados Unidos; los blancos se han convertido en una minoría demográfica en el corazón de la ciudad, en tanto se dan cambios socioculturales sin precedente en los suburbios.

La cambiante composición social urbana estadounidense se ilustra mediante la comparación de los centros y la población suburbana de cinco grandes ciudades: Los Ángeles, Chicago, Nueva York, Miami y Washington, D.C. en 1990.⁵¹ Van desde casi una paridad en Chicago (38 por ciento en el centro de la ciudad por 33.4 por ciento en los

⁵⁰ Gerald Rosenblum, *Immigrant Workers: Their Impact on American Radicalism* (Nueva York: Basic Books, 1973); Gwendolyn Mink, *Old Labor and New Immigrants in American Political Development: Union Party and State 1875-1920* (Ithaca: Cornell University Press, 1986); Kim Voss, *The Making of American Exceptionalism: The Knights of Labor and Class Formation in the Nineteenth Century* (Ithaca: Cornell University Press, 1993).

⁵¹ Manning, “La crisis postindustrial...”, 1995.

suburbios) a la tasa más alta de casi 2 a 1 en Washington, D.C. (73.1 por ciento en el centro de la ciudad contra 37.5 por ciento en los suburbios); Nueva York está a la mitad (54.2 por ciento en el centro de la ciudad contra 38.4 en los suburbios). Aun así, debe hacerse una salvedad para comprender más cabalmente esta tendencia demográfica. Es decir, a pesar de que los grupos inmigrantes asumen un papel más evidente y mayor en el panorama político y económico de las urbes estadounidenses, sus contribuciones tienden a ser exageradas debido a la decadencia de las bases económicas y demográficas del centro de la ciudad. A la inversa, sus contribuciones en los suburbios se evalúan inadecuadamente debido al rápido crecimiento de los sistemas suburbanos de ciudades satélites o “marginales” de la metrópoli postindustrial. Es muy significativo que este profundo desplazamiento en los patrones de asentamiento de las inmigraciones contemporáneas —del centro de la ciudad a suburbios metropolitanos— no haya sido tomado en cuenta en la literatura de la emigración⁵² y que sólo haya recibido una muy modesta atención académica.⁵³ Lo anterior se ejemplifica por la rápida transformación social del ejemplar distintivo por excelencia de la metrópoli postindustrial: Washington, D.C.

WASHINGTON, D.C.: DE CIUDAD BIRRACIAL A METRÓPOLI MULTICULTURAL

Washington, D.C. es generalmente ignorada por los académicos urbanos como lugar significativo para la investigación en las ciencias sociales. Esto se debe a que la “ciudad federal” ha sido vista, tradicionalmente, como la “excepción” urbana, tomada en cuenta como la capital de la nación y no como un centro urbano de magnitud. Hoy en día, sin embargo, Washington, D.C. es la séptima ciudad más poblada, en tanto

⁵² Waldinger, “Immigration and Urban Change”, 1989; Portes y Rumbaut, *Immigrant America...*, 1990; Sassen, *The Global City...*, 1991; e *idem*, “Economic Restructuring...”, 1990; Thomas Muller, *Immigrants and the American City* (Nueva York: New York University Press, 1993).

⁵³ Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988; Alba y Logan, “Minority Proximity...”, 1993; William H. Frey, “Minority Suburbanization and Continued White Flight in U.S. Metropolitan Areas: Assessing the Findings from the 1990 Census”, en M. Baldassare, ed., *Suburban Communities: Change and Policy Responses* (Nueva York: JAI Press, 1994); Manning, “Washington, D.C....”, 1995.

área metropolitana, de Estados Unidos. Más importante todavía, sus patrones únicos de crecimiento espacial y económico la definen como una metrópoli prototipo de la era postindustrial.⁵⁴ Resultado de ello, ofrece importantes puntos de vista con respecto a la geografía social de la sociedad estadounidense, y otras grandes ciudades emulan ya sus características distintivas.

Uno de los rasgos definitorios del periodo de la posguerra de la segunda guerra mundial es el drástico desplazamiento del equilibrio de poder demográfico entre el centro de la ciudad y sus suburbios metropolitanos.⁵⁵ Entre 1960 y 1990, por ejemplo, el distrito de Columbia perdió 156 991 habitantes en tanto los suburbios de Maryland y Virginia recibieron más de dos millones. Estos nuevos suburbios, sin embargo, no son simples desarrollos residenciales uniformes. En su lugar, el área metropolitana del distrito de Columbia ha evolucionado a un sistema complejo y jerárquico de municipalidades relativamente autónomas en el aspecto socioeconómico, con una economía política única y diversas culturas regionales, lo cual ha traído como resultado el “brote”, virtualmente de un día para otro, de “nodos de crecimiento” periférico cuya característica distintiva es la confluencia de lugar de trabajo, residencia y actividades culturales o de entretenimiento. De acuerdo con Joel Garreau, el área metropolitana de Washington, D.C. incluye 16 ciudades maduras y siete ciudades satélites o “marginales”.⁵⁶

El desmesurado crecimiento de los suburbios del distrito de Columbia durante la década de los sesenta (de 1.24 millones en 1960 a 2.15 en 1970) no se ha visto interrumpido en los dos decenios siguientes. Los suburbios de Virginia y Maryland aumentaron de 2.4 millones en 1980 a 3.3, en 1990, en tanto el distrito de Columbia registró una severa caída de 756 276 en 1970 a 638 333 en 1980, para después ir declinando uniformemente de 606 900 en 1990 a menos de 590 000 en 1995. Durante este lapso de veinte años, los suburbios crecieron un impresionante 54.4 por ciento, en tanto Columbia sufrió una declinación absoluta de 19.8 por ciento; en 1990, el 84.5 por ciento de la proporción suburbana de la población metropolitana del distrito de Columbia sólo

⁵⁴ *Idem*, “La crisis postindustrial...”, 1995, y “Washington, D.C...”, 1995.

⁵⁵ Frey y Speare, *Regional and Metropolitan Growth...*, 1988.

⁵⁶ Joel Garreau, *Edge City, Life on the New Frontier* (Nueva York: Doubleday, 1991), capítulo 10.

se vio sobrepasado por Atlanta. Es este patrón demográfico de la metrópoli postindustrial, caracterizada por la contención de la población afroamericana dentro de los límites del centro de la ciudad, lo que ha ocasionado la reciente “insuficiencia” de trabajadores manuales en el mercado de trabajo metropolitano del distrito de Columbia a finales de los setenta y principios de los ochenta. Es decir, la fuente tradicional de obreros manuales y trabajadores no especializados estaba disponible. Sin embargo, el histórico legado de segregación de vivienda, aunado a la carencia de un sistema de transporte masivo eficaz para trabajadores itinerantes de Columbia a lugares de trabajo en los suburbios, de hecho cancelaba la oportunidad de trabajar en las áreas metropolitanas lejanas o distantes a los afroamericanos.

Una potencial crisis laboral se evitó con la llegada de nuevos inmigrantes. Estos grupos, en contraste con patrones anteriores de asentamiento, preferían vivir en los suburbios de Maryland y Virginia y no en el centro de la ciudad. En 1970, por ejemplo, los inmigrantes representaban el 4.5 por ciento de la población suburbana de Columbia, pero, en términos absolutos, eran casi tres veces más que el número de residentes nacidos en el extranjero del distrito de Columbia; en comparación, los afroamericanos representan el 8.2 por ciento de la población suburbana de este distrito en 1970. Este patrón refleja el moderado declive de la población inmigrante en el distrito durante los sesenta (-10.7 por ciento) en contraste con el rápido crecimiento en los suburbios (+54.9 por ciento). Durante los setenta, la “nueva” inmigración reforzó los parámetros de este patrón ya que los residentes nacidos en el extranjero aumentaron un 21.1 por ciento, en tanto aquéllos de los suburbios aumentaron 117.6 por ciento.⁵⁷ Como resultado de esto, por primera vez en setenta años, la población de nacidos en el extranjero del distrito de Columbia aumentó sustancialmente, de 4.4 por ciento en 1970 a 6.4 por ciento en 1980, y llegó hasta el 9.7 por ciento en 1990. De hecho, hoy en día se le ubica en quinto lugar entre las cincuenta metrópolis más importantes en términos del número de nuevos inmigrantes legales que intentan residir en el área.⁵⁸

⁵⁷ U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population, General Social and Economic Characteristics, D.C. Report* (Washington, D.C.: GPO, 1992).

⁵⁸ INS, *Statistical Yearbook of Immigration...*, 1996.

La característica más notable de este panorama contemporáneo racial/étnico/nacional de Washington, D.C. es la rapidez del cambio social en su "complejión" (véase cuadro 1). En 1970, por ejemplo, un poco más del 1 por ciento del total del área de la población metropolitana del distrito de Columbia estaba constituido por asiáticos y latinos. Sólo diez años después, la influencia de refugiados centroamericanos, asiáticos y caribeños ya era significativa, especialmente en los suburbios. En 1980, casi tres cuartas partes (74.3 por ciento) de la población de Columbia estaba compuesta por minorías raciales y étnicas (latinos, 2.8 por ciento y asiáticos 1 por ciento). Estas cifras se comparan con el casi un cuarto (23.7 por ciento) de la población suburbana que incluye afroamericanos (16.6 por ciento), latinos (3.1 por ciento) y asiáticos (3.1 por ciento). Aun así, es de particular importancia darse cuenta de que estas cifras son meros artefactos estadísticos; el modesto crecimiento de inmigrantes en la ciudad se ve inflado debido a la declinación absoluta de la población urbana del distrito de Columbia, en tanto su contribución sustancial a los suburbios es reducida debido al tremendo crecimiento de zonas metropolitanas exteriores. Por tanto, el incremento en la población nacida en el extranjero del distrito de Columbia durante 1970 representa un crecimiento neto de sólo 7 067, y en los suburbios presenta un incremento neto de 113 169 (de 4.5 por ciento a 8.7 por ciento).

Hoy en día, los suburbios metropolitanos continúan siendo los representantes del notable cambio sociocultural de la sociedad estadounidense. En Washington, D.C., por ejemplo, el componente combinado étnico o racial de suburbios de Maryland y Virginia aumentó de 23.7 por ciento en 1980 a 30.9 por ciento en 1990. Sobre todo, los tres grandes grupos minoritarios raciales o étnicos aumentaron 458 883, es decir, un sorprendente 83.1 por ciento en los suburbios de Columbia durante la década de los ochenta. Esto representa más de tres veces la tasa de crecimiento de estadounidenses blancos (24.2 por ciento); el total es considerablemente más alto cuando el número de inmigrantes que no han sido considerados, especialmente los latinos, sí se incluye. A pesar de que los afroamericanos aumentaron casi 231 000 más, el 19.1 por ciento, esta ganancia en población se vio sobrepasada por el rápido crecimiento de latinos (116 375; 5.8 por ciento) y asiáticos (111 625; 5.6 por ciento); la heterogénea comunidad de origen latino (bolivianos, peruanos, cubanos, guatemaltecos, salvadoreños) aumentó más rápida-

mente en los suburbios del noreste de Virginia en tanto que diversas comunidades asiáticas (chinos, hindúes, coreanos, filipinos, vietnamitas) aumentaron más rápidamente en los suburbios de Maryland.

CUADRO 1
CAMBIO MULTICULTURAL EN EL ÁREA METROPOLITANA
DE WASHINGTON, D.C.: RAZA, ETNIA Y NACIDOS
EN EL EXTRANJERO (1970, 1980 y 1990)¹

<i>Área</i>	<i>1970</i>		<i>1980</i>		<i>1990</i>	
	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Distrito de Columbia (ciudad)</i>						
Blancos	209 272	27.7	164 244	25.7	166 131	27.4
Negros	537 712	71.1	445 154	69.8	395 213	65.1
Hispanos	— ²	— ²	17 679	2.8	32 710	5.4
Asiáticos	— ²	— ²	6 636	1.0	10 724	1.8
Otros ³	9 526 ²	1.2	4 620	0.7	2 112	0.4
Nacidos en el extranjero	33 482	4.4	40 594	6.4	58 887	9.7
<i>Suburbios del distrito de Columbia (Maryland y Virginia)</i>						
Blancos	1 957 709	90.9	1 847 572	76.3	2 293 002	69.1
Negros	176 640	8.2	400 926	16.6	631 809	19.1
Hispanos	— ²	— ²	75 701	3.1	192 076	5.8
Asiáticos	— ²	— ²	75 512	3.1	187 137	5.6
Otros ³	19 506 ³	0.9	22 878	0.9	12 650	0.4
Nacidos en el extranjero	96 226	4.5	209 395	8.7	425 562	12.8

CUADRO 1
(continuación)

Área	1970		1980		1990	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
<i>Área metropolitana de Washington, D.C. (totales)</i>						
Blancos	2 166 981	74.5	2 011 816	65.7	2 459 133	62.7
Negros	714 352	24.5	846 080	27.6	1 027 022	26.2
Hispanos	— ²	— ²	93 380	3.1	224 786	5.7
Asiáticos	— ²	— ²	82 148	2.7	197 871	5.1
Otros ³	29 032 ²	1.0	27 498	0.9	14 762	0.4
Nacidos en el extranjero	129 708	4.5	249 944	8.2	484 449	12.4

FUENTE: U.S. Bureau of the Census, *1970, 1980 and 1990 General Population Characteristics, Washington, D.C.*:

¹ Los hombres solteros afroamericanos y latinos no han sido, históricamente, contados. Este renglón es de especial importancia en la enumeración de la población de origen hispano, debido a la reticencia de los inmigrantes indocumentados a participar en el Censo de Estados Unidos. Asimismo, estos datos no “cuentan doble” a los grupos raciales y étnicos que se traslapan. Por ejemplo, los afrolatinos, como los negros cubanos, se clasifican sólo en el renglón de “hispanos”.

² En 1970, la proporción de minorías hispanas y asiáticas era tan pequeña en el área metropolitana de Washington, D.C. que el Censo de Estados Unidos reportó estos grupos en la categoría combinada de “Otros”.

³ Esta categoría incluye a los entrevistados que se reportaron como diferentes de las categorías raciales especificadas en el Censo de Estados Unidos. Éstas son personas que identifican sus antecedentes étnicos/culturales como “mezclados”, tales como hijos de matrimonios interraciales.

Sobre todo los afroamericanos, los latinos y los asiáticos representan más de la mitad (53.2 por ciento) del área de población neta de Washington, D.C. durante la década de los ochenta. Si se considera el país de origen, el incremento neto de 234 505 inmigrantes constituye la mitad (50.1 por ciento) del incremento total de las minorías raciales o étnicas. Nótese, *más de siete veces de inmigrantes residía en los suburbios (425 562) que en el centro de la ciudad (58 887) en 1990.*⁵⁹ Este cambio en el patrón predominante de asentamiento de inmigrantes y minorías estadounidenses refleja la profunda transformación de la vida social y económica

⁵⁹ U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

estadunidense. Esto es, el cambio actual en la dinámica socioeconómica de la metrópoli postindustrial, del centro de la ciudad a ciudades distantes o “marginales” de los suburbios.

LA VIDA COTIDIANA EN LAS CIUDADES MARGINALES: LA LÍNEA DIVISORIA SOCIAL POSTINDUSTRIAL

La estructura evolutiva de oportunidades del Washington metropolitano tiene profundas implicaciones en los patrones contemporáneos de la desigualdad estadounidense en general, y la desigualdad racial o étnica en particular. Con base en la demanda de habilidades correspondientes a los niveles de educación superior o tecnológicos de la estructura ocupacional postindustrial de Estados Unidos,⁶⁰ y la desproporcionada concentración y rápido crecimiento de los empleos más codiciados ubicados fuera del centro de la ciudad, es claro que los suburbios metropolitanos ofrecen las más deseables oportunidades de estilo de vida. *Por tanto, para la “mayoría multicultural” de minorías raciales y étnicas en el centro de la ciudad, la clave para superar la profunda “línea divisoria” social de la metrópoli postindustrial es penetrar a los suburbios.* Como ya se ha discutido en otros lugares,⁶¹ los exitosos retos legales contra la política de discriminación racial en la educación, en el empleo y en la asignación de vivienda han fomentado, recientemente, el rápido crecimiento de la clase media afroamericana en los suburbios de Washington; es la población negra más adinerada y con mejor educación formal en Estados Unidos. Entre 1970 y 1980, la proporción de afroamericanos residentes en los suburbios metropolitanos de Columbia aumentó de 24.7 por ciento a 47.4 por ciento, con lo cual casi alcanzó la paridad con los negros del distrito de Columbia (400 926 a 445 154). Para 1990, los suburbios de Maryland y Virginia incluían una cantidad sustancialmente mayor de residentes afroamericanos (631 809) que la totalidad del distrito (395 213), un drástico revés en los patrones históricos de segregación de vivienda.⁶²

⁶⁰ George Silvestri y John Lukasiewics, “Outlook: 1990-2005, Occupational Employment Projections”, *Monthly Labor Review* (noviembre 1991): 64-94.

⁶¹ Manning, “Washington, D.C....”, 1995.

⁶² U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

Las oportunidades favorables de empleo para las minorías en la burocracia, tanto federal como municipal, así como en las diversas instalaciones de defensa (Laboratorio de Investigación de la Marina, Base Bolling de la Fuerza Aérea, Agencia de Inteligencia de la Defensa, Base Andrews de la Fuerza Aérea) contribuyeron al asentamiento de un número creciente de afroamericanos (tanto residentes de Columbia como recién llegados) en la cercana Maryland, y en menor grado, en los suburbios de Virginia. El área más popular, el condado Prince George, en Maryland, experimentó una profunda transformación en su composición racial, de 13.9 por ciento de negros y 85 de blancos en 1970 a 50.7 por ciento de negros contra 43.1 por ciento de blancos en 1990; otros grupos raciales o étnicos aumentaron de 1.1 por ciento a 6.2 por ciento.⁶³

No es de sorprendernos que la llegada de afroamericanos no fuese calurosamente aceptada por la población suburbana existente, lo que precipitó nuevos patrones de huida de blancos hacia otros suburbios. Esto ilustra una característica distintiva de la experiencia afroamericana en el periodo de derechos de la posguerra civil: resegregación a comunidades suburbanas racialmente homogéneas.⁶⁴ En el condado de Prince George, por ejemplo, más de la mitad del espacio determinado por el censo como “frontera” suburbana de este condado consta, bien de 70 por ciento de blancos o 70 por ciento de negros en 1990. Aun así, estas condiciones han contribuido al florecimiento de una clase media suburbana mediante el surgimiento de una fuerza de trabajo negra conmutativa, una influencia de profesionales y hombres de negocios afroamericanos, así como de familias de ingresos duales. En 1989, 37 por ciento de

⁶³ Manning y Butera, “From Ellis Island...”, 1994.

⁶⁴ John Logan y Mark Schneider, “Racial Segregation and Racial Change in American Suburbs, 1970-1980”, *American Journal of Sociology* 89 (1984): 874-888; John M. Stahura, “Suburban Development, Black Suburbanization and the Civil Rights Movement since World War II”, *American Sociological Review* 51 (1986): 131-144; John Logan, “Fiscal and Developmental Crises in Black Suburbs”, en Scott Cummings, ed., *Business Elites and Urban Development* (Albany: State University of New York, 1988), 333-356; Dennis E. Gale, *Washington, D.C.: Inner-City Revitalization and Minority Suburbanization* (Filadelfia: Temple University Press, 1987); Alba y Logan, “Minority Proximity...”, 1993; Massey y Denton, *American Apartheid...*, 1993; *idem*, “Trends in the Residential Segregation of Blacks, Hispanics, and Asians 1970-1980”, *American Sociological Review*, no. 52 (1988): 802-825; Doug S. Massey, Ricardo Alarcón, Jorge Durand y Héctor González, *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico* (Berkeley: University of California Press, 1987).

los hogares afroamericanos, comparados con el 45 por ciento de hogares blancos en Prince George, percibían más de cincuenta mil dólares.⁶⁵

Uno de los factores que contribuyeron al crecimiento numérico y a la prosperidad económica de los grupos minoritarios de los suburbios ha sido su participación en actividades comerciales. Entre 1977 y 1987, durante el *boom* defensa/desarrollo, Washington se convirtió en el tercer centro más prominente de comercio afroamericano, después de Nueva York y Los Ángeles; excede sustancialmente la tasa nacional de negocios cuyos dueños son negros. Durante este periodo de diez años, el crecimiento total de firmas comerciales pertenecientes a negros era de un impresionante 98.7 por ciento. Sin embargo, esta cifra desmiente la desigual distribución espacial del crecimiento del comercio afroamericano: 12.8 por ciento en el distrito de Columbia contra 246.6 por ciento en los suburbios. Como resultado de ello, la proporción de firmas comerciales cuyos dueños son negros, localizadas en los suburbios del distrito de Columbia, aumentó de 36.7 por ciento en 1977 a 64.1 por ciento en 1987, y es todavía mayor hoy en día. De manera similar, entre los coreanos y otros grupos asiáticos, más del 93.2 por ciento de estos negocios así como el 84.3 por ciento de empresas de dueños latinos, se localizaban en los suburbios en 1987 (véase cuadro 2).⁶⁶

Estas estructuras de oportunidades divergentes ilustran sólo parte del panorama de desigualdad social en la metrópoli postindustrial. La pregunta fundamental se refiere a la distribución del ingreso de cada grupo, considerado racial y étnicamente, dentro de sus respectivas áreas urbanas y suburbanas. Por lo general, las familias afroamericanas son susceptibles tres veces más que las blancas de vivir en la pobreza y casi tres veces menos de ganar más de 75 000 dólares; los latinos están un poco mejor, seguidos por los asiáticos. En términos de ingreso medio por hogar, los blancos (45 991 dólares) ganan una cifra por encima de los 21 000 dólares más que los negros (24 576 dólares) en el distrito de Columbia, en tanto que los hispanos (26 295 dólares) y los asiáticos (30 141 dólares) reportan moderadamente mayores ingresos medios por familia debido a sueldos más altos por el desempeño de empleos independien-

⁶⁵ U.S. Bureau of the Census, *1990 Census of Population...*, 1992.

⁶⁶ U.S. Bureau of the Census, *Survey of Minority-Owned Business Enterprises, 1987. Blacks, Hispanics, and Asian Americans* (Washington, D.C.: GPO, 1990).

tes y un mayor número de miembros de la familia económicamente activos. A pesar de que los suburbios evidencian tasas más bajas sustanciales de pobreza y mucho mayores ingresos, el patrón más asombroso es la amplia y consistente disparidad en ingreso por familia en todos los grupos raciales y étnicos; la excepción ha sido el ingreso de los asiáticos que lo han duplicado (más de 70 000 dólares), lo cual incluso excede los ingresos de los blancos de los suburbios. En promedio, la brecha de ingresos por familia de clase media, tanto ciudadanos como suburbanos, es alrededor de 14 000 dólares para los latinos, 21 000 dólares para los estadounidenses nativos y negros, más de 20 000 dólares para los blancos y un notable 40 000 dólares para los asiáticos (véase cuadro 3).

CUADRO 2
DUEÑOS DE PEQUEÑOS NEGOCIOS POR RAZA/ETNIA
Y POR SUBURBIO/CIUDAD
Área metropolitana de Washington, D.C. (1977, 1982, 1987)

<i>Raza/Etnia del dueño</i>	1977		1982		1987	
	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>	<i>DC Ciudad</i>	<i>MD/VA Suburbios</i>
NÚMERO DE FIRMAS COMERCIALES						
Negros	7 339	4 262	8 966	9 839	8 275	14 771
%	63.3	36.7	47.7	52.3	35.9	64.1
Hispanos	127	482	437	1 920	762	4 106
Total, %	20.9	79.1	18.5	81.5	15.7	84.3
Cubanos	—	—	55	313	98	505
%	—	—	14.9	85.1	16.3	83.7
Asiáticos	360	2 289	960	5 879	779	11 693
Total, %	15.7	84.3	16.3	83.7	6.7	93.3
Coreanos	—	—	381	1 411	245	4 171
%	—	—	21.3	78.7	6.5	94.5

FUENTE: U.S. Bureau of the Census, *Survey of Minority-Owned Business Enterprises, 1977, 1982, 1987-Blacks, Hispanics and Asian Americans* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1990).

CUADRO 3
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO FAMILIAR, EN MILES DE DÓLARES,
EN EL ÁREA METROPOLITANA DE WASHINGTON, D.C. POR
RAZA/ETNIA Y POR SUBURBIO/CIUDAD, 1989*
(%)

	<i>Blancos</i>	<i>Negros</i>	<i>De origen hispano</i>	<i>Asiáticos</i>	<i>Estadunidenses nativos</i>
<i>Distrito de Columbia (ciudad)</i>					
0- 4 999	3.5	11.7	8.1	12.1	13.9
5 005- 9 999	3.6	10.2	8.0	5.0	11.7
10 000-14 999	4.4	8.7	11.2	6.5	7.2
15 000-24 999	12.3	20.1	19.6	18.4	17.9
25 000-34 999	13.4	15.2	19.7	16.9	16.0
35 000-49 999	16.5	15.0	15.4	16.1	15.6
50 000-74 999	18.6	10.9	10.0	12.1	11.4
75 075-99 999	10.4	5.6	4.0	4.8	5.5
100 000+	17.3	2.6	4.0	8.0	0.8
Media	45 991	24 576	26 295	30 141	24 375
N=	88 529	151 238	10 313	34 102	24 649
<i>Washington, D.C.- Virginia-Maryland (suburbios del distrito de Columbia)</i>					
- 4 999	1.6	3.9	3.2	3.8	3.9
5 000- 9 999	2.3	3.6	3.1	2.6	2.6
10 000-14 999	2.7	4.3	4.8	3.9	3.6
15 000-24 999	8.1	13.9	15.6	9.8	11.6
25 000-34 999	11.6	17.2	16.3	13.5	15.2
35 000-49 999	19.4	21.9	22.3	19.7	24.3
50 000-74 999	26.5	22.9	21.1	24.6	22.4
75 000-99 999	14.5	7.9	8.0	12.0	10.3
100 000+	13.3	4.3	5.7	10.1	6.1
Media	65 000	45 000+	40 000+	70 000+	45 000+
N=	917 183	219 619	51 344	52 639	43 549

FUENTE: U.S. Bureau of Census, *1990 Census of Population and Housing*, sumario grabado en la cinta de archivo 3C, estadística inéditas (1992).

* La Oficina del Censo de Estados Unidos no reporta datos socioeconómicos separados por ciudad central y área suburbana metropolitana; la unidad de clasificación básica es el Estado (Distrito de Columbia) o el Área Estadística Metropolitana (MSA, por sus siglas en inglés) que incluye, tanto datos urbanos como suburbanos (Washington, D.C., Maryland-Virginia). En este caso el ingreso de la ciudad central se obtuvo del reporte individual especificado por Estados Unidos (Distrito de Columbia) y los datos suburbanos que representan los de Washington, D.C., Maryland-Virginia, después de desagregar las cifras del Distrito de Columbia. De ahí que las últimas sean cálculos menos precisos.

Este patrón es consistente con el diferencial de salarios ciudadanos y suburbanos ofrecidos por los empresarios étnicos. Por ejemplo, como se informó en 1987, los negocios en los suburbios cuyos dueños eran negros casi seguramente pagarían a sus trabajadores salarios ligeramente más altos (16 556 dólares anuales) que en el distrito (14 991 dólares anuales). Entre los nuevos inmigrantes asiáticos y latinos, la brecha en el ingreso aumenta considerablemente. Encabezados por las empresas cuyos dueños son cubanos (28 618 dólares *vs.* 14 493 dólares) y coreanos (14 750 dólares *vs.* 8 930 dólares), los ingresos anuales de sus empleados en los suburbios fueron casi el doble, en promedio, de sus contrapartes en el distrito.⁶⁷ Indudablemente, entonces, es esta geografía económica incipiente de la metrópoli postindustrial la que subyace en el cambio drástico en los patrones de asentamiento de los inmigrantes recientes, así como otras minorías nativas de antes. Tal como lo explicó un egresado universitario, originario de Trinidad y Tobago, gerente de un Burger King suburbano, cuando se le preguntó por qué tantos inmigrantes y afroamericanos salen del distrito de Columbia: “En los suburbios las personas pueden relajarse, disfrutar del ocio... no hay temor al crimen... es mucho más fácil encontrar trabajo... [también] se encuentran mejores casas y más baratas... [En cambio] para vivir y tener una buena vida en la ciudad, una persona necesita [ganar] un montón de dinero...”

En consecuencia, para la mayoría de los afroamericanos y especialmente los residentes más desprotegidos racial y étnicamente del distrito y otras metrópolis postindustriales, la prosperidad de los años ochenta evidenció estar muy lejos de su propio alcance. La pobreza urbana no sólo aumentó durante la década de nuevos millonarios sino que “se amontonó” en comunidades suburbanas distantes, especialmente en los condados de Prince George, Maryland y el noreste de Virginia (Alexandria y Arlington). En 1989, el ingreso medio de todas las familias del distrito (30 727 dólares) representaba sólo el 61.2 por ciento de los suburbios adyacentes de Maryland y Virginia (50 204 dólares). En conjunto, para toda el área metropolitana de Washington, D.C., el ingreso promedio por familia fue de 45 366 dólares, encabezado por el condado de Montgomery, Maryland, hasta con más de 70 000 dólares, uno de los condados más opulentos de la nación.

⁶⁷ *Ibid.*

No es sorprendente que aquellos residentes del distrito de Columbia que no pudieron hacerse a un lado en el derrumbe de la fortuna de la ciudad interna, fueron susceptibles, hasta por tres veces más (16.4 por ciento), de vivir en la pobreza, tanto como los residentes de los suburbios de Maryland y Virginia (4.6 por ciento).⁶⁸ Para estos grupos empobrecidos, tanto de minorías de inmigrantes como estadounidenses, las exigencias fiscales de la ciudad exacerbaron sus estrecheces, especialmente después de la recesión de 1989. Aunado al colapso de la industria de la construcción metropolitana, el declive del sector de servicios locales y la contracción del sector público, el aislamiento social y las aspiraciones económicas destruidas de inmigrantes recientes de América Central y sus hijos, explotaron en dos días de motines en el *barrio** de Mt. Pleasant del distrito en mayo de 1991, casi un año *antes* del levantamiento de Los Ángeles. La insurrección social, que también incluyó jóvenes blancos y negros, fue detonada por un incidente entre una mujer policía afroamericana y un inmigrante reciente de San Salvador;⁶⁹ fue un hecho significativo que los medios masivos de comunicación locales y nacionales tendieran a enfocar el incidente hacia factores culturales e individuales más que hacia características sistémicas de la metrópoli postindustrial que privaban a estos nuevos inmigrantes de tratar de realizar su “sueño americano”. Esto permitió al gobierno del distrito de Columbia responder con una desmesurada actividad policiaca que apaciguó las demandas de los conservadores, quienes reclamaban que se recuperara el dominio de las calles y se impusieran “la ley y el orden”. Como resultado de lo anterior, algunas iniciativas políticas se han puesto en marcha y atienden específicamente los motivos de resentimiento y quejas de la comunidad latina.

CONCLUSIONES

Hoy en día, las tensiones “racializadas” de la desigualdad postindustrial de Estados Unidos reflejan la amplia brecha entre las incipientes ex-

⁶⁸ George Grier, *Poverty in Washington: Its Dimensions and its Human Impact* (Washington, D.C.: Greater Washington Research Center, 1992).

* N. de la ed. En español en el original.

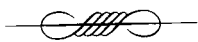
⁶⁹ U.S. Commission on Civil Rights, *Racial and Ethnic Tensions in American Communities: Poverty, Inequality, and Discrimination* (vol. I: *The Mount Pleasant Report*) (Washington, D.C.: GPO, 1993); Manning, “Washington, D.C....”, 1995.

pectativas de la década “a go gó” de los ochenta y la realidad sombría de los noventa, que “no da tregua”. El cada vez más intenso conflicto social ha asumido explícitamente connotaciones raciales y étnicas a través de ataques concertados contra programas como acción afirmativa, “reforma” de la asistencia social, becas universitarias basadas en la raza a que se pertenece, préstamos a las minorías de la pequeña industria, subsidio para vivienda, “reforma” de la justicia penal, prácticas bancarias locales, educación bilingüe y, por supuesto, la Propuesta 187 de California. Más sutil, pero cada vez de mayor importancia, es el creciente abismo político entre los habitantes de los centros de las ciudades y los suburbios. Como quedó de manifiesto en el vitriólico debate acerca de la “crisis” de la ciudad estadounidense, esta polarización espacial se expresa, cada vez en mayor grado, en términos raciales y étnicos. Ciertamente, la predominante “mayoría multicultural” de las ciudades de Estados Unidos refleja un política implícita capaz de contener el creciente poder político de las minorías domésticas, en tanto el país se debate con la realidad demográfica de su ciudadanía culturalmente diversa y en constante aumento. En este proceso, desplaza la responsabilidad de la crisis fiscal urbana a los líderes de las minorías, tales como alcaldes y consejeros ciudadanos, en tanto desvía la atención de las macropolíticas de la reestructuración industrial (corporativa, de inversión pública) y los consecuentes desfasamientos de empleo (“recortes” de fuerza de trabajo), verdaderos responsables de los crecientes problemas sociales de las urbes estadounidenses.

En suma, la concentración de las minorías de Estados Unidos en el corazón urbano (debida en gran parte a la segregación de vivienda, las políticas de vivienda pública, la discriminación en los préstamos hipotecarios) diluyen efectivamente su poder político y, consecuentemente, la capacidad de forjar coaliciones apoyadas en las grandes bases para poder derrotar el decadente nivel de vida de las clases medias y trabajadoras del país. En este contexto de creciente desigualdad social (lo que Kevin Phillips⁷⁰ ha llamado “la política del pobre y la del rico”) el discurso conservador ha enfatizado el mérito individual y el ineficaz y negativo desempeño de los programas gubernamentales de Estados Unidos para mejorar las condiciones de vida de los económicamente

⁷⁰ Kevin Phillips, *The Politics of Rich and Poor* (Nueva York: Random House, 1990).

desvalidos. Esto es, los conservadores estadounidenses arguyen que el “sistema” capitalista de la nación sirve para asignar eficazmente los escasos recursos a aquellos individuos que contribuyan con el “mejor beneficio” para la sociedad. La mayor falacia de este razonamiento, por supuesto, es que el “mercado” es un conjunto politizado de relaciones que tienden a beneficiar a los grupos ya más beneficiados o influyentes. De ahí la conclusión ideológica imperfecta de la “derecha” conservadora: el éxito del sistema social de Estados Unidos, como se puede constatar por la minoría de la clase media en constante aumento, demuestra que aquellos que no se beneficiaron durante el reciente periodo de prosperidad, son personalmente responsables de su desfavorable situación. Esta valoración, si se incorpora sin ningún discernimiento en la política pública de Estados Unidos, inevitablemente encenderá la llamarada de futuros conflictos raciales y étnicos en las metrópolis post-industriales de la sociedad estadounidense.



Los valores familiares conservadores y el discurso político en Estados Unidos

*Patrick F. Fagan**

Los estadounidenses están cada vez más preocupados por el colapso de las instituciones sociales básicas, y esto es más evidente en la decadencia y desaparición de los barrios, pues muchos de éstos que alguna vez fueron amistosos y pacíficos, ahora son amenazantes y peligrosos; de ahí que el colapso del matrimonio y la familia sea alarmante. El matrimonio y la familia biparental estable son el pilar que sostiene la sociedad, pero las altísimas tasas de divorcio y nacimientos extramaritales están destruyendo esta institución básica y debilitando el desarrollo de la siguiente generación, lo cual deriva en una mayor dependencia del sistema de bienestar, más delincuencia, más problemas de salud y conducta, me-

* Catedrático becario "William H.G. FitzGerald" en el área de Estudios sobre la Familia y la Cultura de la Fundación Heritage.

nor nivel educativo y millones de jóvenes estadounidenses que enfrentarán severos obstáculos en su adultez. Alrededor del 92 por ciento de los niños que actualmente dependen del sistema de bienestar provienen de familias desmembradas.¹

Los programas y políticas han contribuido en buena medida a este colapso. Desde hace más de treinta años, los incentivos de los programas de bienestar han desalentado la presencia de las familias biparentales entre los pobres, y dichos programas han deteriorado el trabajo y la conducta responsables.

Las familias también han quedado presas de la voracidad del sistema tributario. Hoy en día, el impuesto sobre ingreso federal reclama una cuarta parte del ingreso de la familia promedio (una pareja casada legalmente y con hijos) —si se suman los impuestos estatales y locales, el botín del gobierno asciende al 38 por ciento del ingreso familiar—. ² Esto se compara con el 2 por ciento en impuestos federales que pagaba una familia similar al terminar la segunda guerra mundial. El aumento de los impuestos se debe en gran parte a la erosión, causada por la inflación, de la exención personal y al acentuado aumento de los impuestos nominales.

Desde antes de ser adulta, la siguiente generación ya padece el asalto provocado por los hábitos de gasto del actual gobierno. La deuda nacional representa en este momento una hipoteca de setenta mil dólares sobre los hombros de cada niño menor de 18 años. En lugar de heredarles a nuestros hijos un patrimonio, los actuales programas de derechos devoran sus futuros ahorros, y en lugar de que ellos dependan de nosotros, los hemos convertido en nuestros proveedores.

El colapso —casi extinción— de las familias biparentales en diversos barrios ha contribuido en gran medida al aniquilamiento de éstos. La ausencia de la figura paterna significa que no se cuenta con el apoyo financiero de un adulto hombre, con su protección o su mano firme. El resultado: bandas de jóvenes que se dejan llevar por una filosofía destructiva en sustitución del consejo paterno, jovencitas vulnerables ante el abuso, menores de edad que engendran niños y una delincuencia violenta e inconsciente.

¹ Department of Health and Human Services, *Administration for Families: AFDC-Flash Reports* (septiembre 1995).

² Robert Rector, "Reducing the Crushing Tax Burden on America's Families", *Backgrounder*, no. 981, 7 de marzo 1994.

Por añadidura, las instituciones de los barrios pobres que alguna vez proporcionaron ayuda y consejo a quienes no lo tenían en casa, han sido desplazadas por el cada vez más difundido programa de bienestar. Residentes conocedores y preocupados por los problemas del barrio han sido reemplazados por ejércitos de burócratas y trabajadores sociales a quienes sólo les preocupan las reglas y los derechos, no la libertad y la responsabilidad. Ciertos grupos proponen soluciones eficaces para las deficiencias educativas y sociales basándose en la fe. Dichos grupos no tienen apoyo ni acceso a fondos gubernamentales para poder realizar su trabajo y, si logran recibirlos, con frecuencia es únicamente a cambio de que abandonen su mensaje religioso.

Los candidatos necesitan explicar estos elementos de la decadencia de la sociedad estadounidense, el deterioro ya muy avanzado en los centros urbanos, que se extiende cada vez más hacia los suburbios, y deben advertir al electorado que llevará muchos años reconstruir el tejido social tan dañado a lo largo del tiempo. La clave para renovar la sociedad está en reconstruir la familia y fortalecer las instituciones que la complementan.

LOS HECHOS: EL COLAPSO DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

El aumento de la ilegitimidad

Históricamente, la tasa de los nacimientos ilegítimos era baja; sin embargo, en las últimas décadas, este patrón ha cambiado de manera radical. De acuerdo con las estadísticas más recientes, publicadas por el Centro de Estadísticas sobre la Salud del Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos (US Department of Health and Human Services, DHHS, por sus siglas en inglés) la ilegitimidad sigue aumentando progresivamente y el matrimonio va en declive en todo el país.

De acuerdo con información publicada por el DHHS, los nacimientos extramaritales representaron el 31 por ciento de todos los nacimientos en Estados Unidos en 1993 —cifra mayor que el 30.1 por ciento que se había presentado tan sólo un año antes en 1992—. Pero, en ciertos grupos y regiones del país los índices son alarmantemente

altos, incluso en un estado han alcanzado el 82 por ciento. Para todos los grupos, en todas las regiones del país, la tendencia es la misma: siempre ascendente con similares tasas de aumento.

En 1993, entre los blancos, 23.6 por ciento de los nacimientos ocurrieron fuera del matrimonio, en comparación con el 11 por ciento en 1980. En 1993, entre la población negra, el 68.7 por ciento de los nacimientos fueron extramaritales, a diferencia del 58 por ciento de 1980.

La herramienta más útil para medir la decadencia matrimonial y la creciente ilegitimidad es la tasa, conocida más formalmente como la razón de ilegitimidad, con la cual se mide el índice de nacimientos extramaritales de manera anual, dado como porcentaje de todos los nacimientos de ese año. Por lo tanto, si se presentaran cien nacimientos en una sociedad en un año, y treinta de esos nacimientos ocurrieran fuera del matrimonio, la tasa o razón de ilegitimidad sería de 30 por ciento.

Dicha tasa es importante porque nos muestra en qué medida la ilegitimidad está reemplazando al matrimonio en nuestra sociedad. Más aún, en la actualidad se reconoce ampliamente que la ilegitimidad es un factor muy arraigado, que contribuye a la existencia de la mayor parte de los otros problemas sociales. La tasa de ilegitimidad es la herramienta que mejor nos muestra la magnitud potencial de un vasto conjunto de problemas sociales que se avecinan.

El aumento continuo de la tasa de ilegitimidad responde a tres factores:

- 1) Un menor número de mujeres en edad de procrear que forman parte de un matrimonio.
- 2) Un aumento en la tasa de fertilidad o de nacimientos entre las mujeres solteras.
- 3) Una disminución en la tasa de fertilidad o de nacimientos entre las mujeres casadas.

Si bien el colapso de la familia se presenta en todas las edades, es más fácil verlo entre los adolescentes a lo largo de los últimos 35 años, en lo que se refiere a los nacimientos ilegítimos, la evasión del matrimonio y la práctica del aborto.

Aborto y sexo fuera del matrimonio

En términos de la ruptura familiar y la amenaza a los menores que no crecen en una familia una vez concebidos, la diferente frecuencia del aborto intra y extramaritalmente contribuye a cortar el vínculo que antes establecía la sociedad entre los hijos, el matrimonio y las relaciones sexuales. Sólo existe un vasto estudio de investigación, publicado en 1989 por el Instituto Alan Guttmacher (Alan Guttmacher Institute), que da una imagen de las tasas de frecuencia del aborto dentro y fuera del matrimonio en ese año.³

TASAS DE FRECUENCIA DEL ABORTO EN 1988

Casada, viviendo con el esposo	18.5 por ciento
Separada	6.4 por ciento
Divorciada	11.2 por ciento
Nunca casada	63.3 por ciento

Si se aplica esta razón, que es la mejor aproximación que nos ha dado la investigación, a la incidencia del aborto a partir de 1973, surge entonces el siguiente cuadro: que la proporción más grande de abortos ocurre entre aquellas mujeres que no están comprometidas ni con un hijo ni con un esposo: entre quienes no tienen vínculos. La mejor manera de disminuir el aborto es reducir la frecuencia de las relaciones sexuales extramaritales: que se produzca un cambio cultural, que dependerá sobre todo de la eficacia de la labor de la familia, la iglesia y las escuelas, y no podrá darse sólo por medio de la acción gubernamental.

La alta tasa de divorcios

El divorcio alcanzó su tasa más alta en 1978 y ha disminuido sólo un poco desde entonces. Los estadounidenses tienen una de las tasas de divorcio más altas del mundo.⁴

³ Stanley K. Henshaw *et al.*, "Characteristics and Private Contraceptive Use of US Abortion Patients", *Family Planning Perspectives* 20, no. 4 (1989): 162.

⁴ Bureau of the Census, *Children's Well Being: An International Comparison* (Washington, D.C.: Government Printing Office —GPO—, 1990), 8, 9 y 35.

Desde 1972, cada año más de un millón de niños sufren el dolor y los efectos de la ruptura matrimonial de sus padres.

Proporción de niños que pasan a formar parte de una familia separada

Si se suman los números de niños que cada año pasan a formar parte de familias separadas, ya sea al nacer fuera del matrimonio o por el divorcio de sus padres, y se les contabiliza como proporción del total de niños que nacerán ese año, se podrá tener una imagen bastante precisa de cuántos niños se ven afectados por una separación familiar cada año. Esta proporción ha aumentado de doce por cada cien niños nacidos en 1950, a más de sesenta por cada cien niños nacidos en 1992.

LOS EFECTOS DE LA RUPTURA FAMILIAR

Los efectos de la ausencia del padre (ilegitimidad o divorcio) en el niño

La ilegitimidad y el divorcio provocan un alto porcentaje de niños con daño emocional desastroso, lo cual significa que Estados Unidos se irá, progresivamente, debilitando en el futuro. Aun si la tasa de ilegitimidad disminuyera de manera radical y permanente en años próximos, los efectos en los niños que actualmente se están educando en familias separadas repercutirán en las siguientes generaciones.

Los hijos nacidos fuera del matrimonio o criados en una familia separada padecen lo siguiente:

1. Los recién nacidos presentan más problemas de salud y, si la madre es muy joven, más probabilidades de morir. Según palabras de Nicholas Eberstadt de la Universidad de Harvard y del American Enterprise Institute:

Los diferenciales asociados a la ilegitimidad son tan significativos que un bebé estadounidense hijo de una madre adolescente tiene menos posibilidades de tener un bajo peso al nacer si la madre está casada y es de raza negra que si es soltera y es blanca. [...] Las tasas de mortali-

dad infantil entre las madres de raza blanca de más de veinte años de edad fueron mayores en las mujeres solteras, pero con estudios universitarios, que en las mujeres casadas que no terminaron la escuela media —o ni siquiera la primaria—. En las madres de raza negra se presentó el mismo patrón.⁵

En un resumen publicado en 1992 por el Instituto Nacional para la Salud y el Desarrollo del Niño (National Institute of Child Health and Development), *Outcomes of Early Childbearing*,⁶ se enumeraron de nuevo hallazgos similares.

2. Desarrollo cognoscitivo retrasado, especialmente el desarrollo verbal. Los hijos ilegítimos tienden a tener un menor desarrollo cognoscitivo verbal, sus problemas de control de los niveles de actividad en una edad temprana son precursores de problemas intelectuales posteriores. El efecto es mayor en los niños varones, cuando menos durante los primeros años. Dichos hallazgos no son nuevos, ya eran conocidos desde 1981 por el proyecto TALENT, una encuesta federal que incluyó a 375 000 individuos, realizada por encargo en 1960. Ésta mostró que los hijos nacidos fuera del matrimonio tenían más probabilidades de tener bajos puntajes cognoscitivos, menos aspiraciones educativas y más probabilidades de ser también padres adolescentes. Todos estos efectos, se vio, se acentuaban en el caso de los niños varones.⁷
3. Menores logros educativos. En 1988, un estudio de la Universidad de Illinois sobre adultos nacidos fuera del matrimonio descubrió que entre más tiempo pasa un niño en una familia uniparental menos educación escolar obtendrá. Los hijos que han vivido en

⁵ Nicholas Eberstadt, *The Tyranny of Numbers*, (Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1995), 58-59.

⁶ Christine A. Bachrach y Karen Carver, "Introduction", en *Outcomes of Early Childbearing* (Maryland: National Institute of Health, National Institute of Child, 1992).

⁷ A. Walsh, "Illegitimacy, Child-Abuse and Neglect, and Cognitive Development", *Journal of Genetic Psychology* (1990): 279-285; J.J. Card, "Long Term Consequences for Children Born to Adolescent Parents", *Final Report to NICHD* (1977); *idem*, "Long Term Consequences for Children of Teenage Parents", *Demography* 18 (1981): 137-156; Jane Wadsworth *et al.*, "Teenage Mothering: Child Development at Five Years", *Child Psychology and Psychiatry* 25, no. 2 (1984): 303-313; J. Brooks-Gunn y Frank Fustenberg Jr., "The Children of Adolescent Mothers: Physical, Academic and Psychological Outcomes", *Developmental Review* 6 (1986): 224-225.

hogares encabezados por uno solo de los padres (entre los que se cuentan todos aquellos nacidos fuera del matrimonio) en edad preescolar, son los más afectados, y esto se acentúa en los niños de sexo masculino.

A diferencia de lo que sucede con los padres de hijos ilegítimos, las parejas casadas tienen más altas expectativas de sus hijos, aun cuando éstos tengan la misma inteligencia y habilidades en su desempeño que los otros.

Estos hallazgos se confirman una y otra vez en estudios realizados en Estados Unidos y en otros países, los cuales demuestran que la ilegitimidad también está asociada con menores salarios y logros en el trabajo.⁸

Con estas cargas sobre sus hombros, los niños varones de estas familias tienen menos probabilidades de poderse ganar el pan en el futuro y resultarán menos atractivos para mujeres jóvenes que buscan un marido competente y un padre capaz para sus hijos.

4. Salarios más bajos y menores logros en el trabajo. La diferencia promedio entre los salarios anuales percibidos por adultos de alrededor de treinta años de edad, criados en familias intactas y de aquellos que crecieron en familias separadas es de 11 500 dólares.⁹
5. Incremento de los problemas emocionales y de conducta y menor control de los impulsos. En 1990, un importante análisis de datos, obtenidos de una encuesta a nivel nacional, confirmó que los hijos de familias intactas tienen menos problemas de salud mental y de desarrollo. Los hijos de familias compuestas sólo por la madre tienen aproximadamente el doble de problemas, ya que tienen poca tolerancia a la frustración de sus deseos, menor con-

⁸ Sheila F. Krein y Andrea H. Beller, "Educational Attainment of Children from Single Parent Families: Differences by Exposure, Gender and Race", *Demography* 25 (mayo 1988): 221-234; Maxine S. Thompson, Karl L. Alexander y Doris R. Entwistle, "Household Composition, Parental Expectations and School Achievement", *Social Forces* 67 (1988): 124-451; Eric F. Dubow y Tom Lester, "Adjustment of Children Born to Teenage Mothers: The Contribution of Risk and Protective Factors", *Journal* 52 (1990): 393-404; Card, "Long Term Consequences...", *Demography* 18; Robert W. Blanchard y Henry B. Biller, "Father Availability and Academic Performance among Third-Grade Boys", *Developmental Psychology* 4.

⁹ Análisis del personal de la Fundación Heritage a partir de la información contenida en la National Longitudinal Survey of Youth, realizado en 1993.

trol sobre sus impulsos (como la ira y la satisfacción sensorial) y poseen códigos morales más débiles.

Alrededor de una tercera parte de los hijos de madres solteras o de padres separados, se convierten en parte de una familia biparental antes de los cinco años; sin embargo, esto no representa una clara ventaja, dado que los hijos de estas familias “mezcladas” (familias con hermanastros) tienen aún más dificultades que los hijos criados en familias uniparentales o intactas. Por otra parte, está el terrible hecho de la incidencia en el descuido y abuso infantil, el cual es mayor en familias uniparentales.¹⁰

6. Existe un mayor riesgo de nacimientos fuera del matrimonio; dado que la tasa de ilegitimidad es más alta entre quienes a su vez nacieron fuera del matrimonio. Y existe una mayor dependencia del sistema de bienestar, ya que el 50 por ciento de las jóvenes que tienen un bebé extramaritalmente antes de cumplir dieciocho años recibirá ayuda del sistema de asistencia a largo plazo. Y el 80 por ciento de las adolescentes que tienen un bebé fuera del matrimonio dependerá de este sistema en algún momento.¹¹

Los efectos del divorcio en los adultos

Una familia separada tiene un impacto dañino en los adultos también. La expectativa de vida, la salud física, la salud psicológica y el bienestar económico de los adultos implicados, asimismo, se reducen.

En este caso, los adultos divorciados muestran:

¹⁰ Nicholas Zill y Charlotte A. Schoenborn, “Developmental, Learning, and Emotional Problems, —Health of Our Nation’s Children”, *Health Statistics of the National Center for Health Statistics*, no. 190 (noviembre 1990); E.M. Hetherington y B. Martin, “Family Interaction”, en H.C. Quay y J.S. Werry, eds., *Psychopathological Disorders of Childhood* (Nueva York, 1979); Greg J. Duncan y Saul D. Hoffman, “Welfare Benefits, Economic Opportunities and Out-of-Wedlock Births among Black Teenage Girls”, *Demography* 27, no. 4 (1990): 519-535; Nicholas Zill y Carolyn C. Rogers, “Recent Trends in the Well-Being of Children in the United States and their Implications for Public Policy”, en Andrew J. Cherlin, ed., *The Changing American Family and Public Policy* (Washington: Urban Institute, 1988), 90-91; A. Walsh, “Illegitimacy, Child-Abuse and Neglect, and Cognitive Development”, *Journal of Genetic Psychology* (1990): 279-285.

¹¹ Jon Jacobson y Rebecca Maynard, “Unwed Mothers and Long-Term Welfare Dependency”, trabajo presentado en el American Enterprise Institute, 11 de septiembre 1995.

1. Menor longevidad. Las personas casadas tienen siempre menores tasas de mortalidad por enfermedad, suicidio y accidentes. La tasa de mortalidad entre hombres divorciados no fumadores es casi la misma que la de hombres que fuman por lo menos una cajetilla de cigarros al día. En general, el índice de mortalidad prematura es cuatro veces más alta entre hombres divorciados de raza blanca que entre sus contrapartes casados.
2. Menor salud física. Las personas divorciadas y separadas experimentan condiciones agudas, como enfermedades infecciosas y parasitarias, enfermedades respiratorias y del sistema digestivo y severos males, en mayor número que las de grupos con otros estatus maritales.
3. Problemas de salud mental. Los divorciados presentan mayores niveles de estrés y desórdenes psiquiátricos (depresión y esquizofrenia), lo cual, a su vez, también tiene un profundo impacto en el bienestar físico, por ejemplo, una capacidad disminuida de la inmunidad.
4. Menor bienestar económico. Las mujeres que experimentan un incremento en su ingreso después del divorcio son o bien las muy pobres, que ingresan en la ayuda a las familias que tienen hijos dependientes (Aid to Families with Dependent Children, AFDC por sus siglas en inglés), o bien aquéllas, quienes después de la separación trabajan en jornadas mucho más largas.

Si bien los estadounidenses casados de raza negra han ido saliendo de la pobreza progresivamente (la tasa de pobreza en este grupo —cifras de 1994— es ahora de 11.4 por ciento) y se están acercando al índice que se da en la población casada de raza blanca (8.3 por ciento); para las familias estadounidenses de raza negra encabezadas por una mujer sola aún el porcentaje es de 53.9 por ciento (cinco veces más alto que la de los estadounidenses casados de raza negra).¹²

¹² Todos estos puntos de los efectos del divorcio provienen de un resumen del reciente estudio general sobre la literatura concerniente a éste. David B. Larson, James P. Swyers y Susan S. Larson, *The Costly Consequences of Divorce: Assessing the Clinical, Economic and Public Health Impacts of Marital Disruption in the United States* (Rockville, Md.: National Institute for Healthcare Research, 1995), 43-49, 58-70, 62-70 y 72-75; Bureau of the Census, "Income, Poverty, and Valuation of Noncash Benefits: 1994" (P60-189), cuadro B-7.

CÓMO LA RUPTURA FAMILIAR CONDUCE A LA DELINCUENCIA

De todos los indicadores sociales, el que guarda mayor relación con los delitos violentos serios es la ilegitimidad.

Las cifras más recientes indican que la tasa de nacimientos ilegítimos en algunos estados y para ciertos subgrupos es de un impresionante 80 por ciento.¹³ Y si aumenta la ilegitimidad, de manera constante podemos estar seguros de que también crecerá progresivamente la delincuencia violenta.

De 1985 a 1993, el número de jóvenes arrestados por asesinato entre los trece y los catorce años de edad se incrementó en 162 por ciento. La tasa de arrestos por asesinato para jóvenes mayores de quince años aumentó en 207 por ciento: 197 para los delincuentes de 16 años, 146 para los de 17 y 119 para el grupo entre los 18 y los 20 años de edad.

El número de jóvenes implicados en asaltos con agravantes, violaciones y robo está también creciendo de manera drástica. Si estas tendencias continúan en ascenso, de acuerdo con la Oficina Federal de Investigación (FBI), las tasas de arresto por delitos juveniles violentos se habrán duplicado para el año 2010.

El análisis de cada estado indica que, en general, el incremento del 10 por ciento en el porcentaje de niños que viven en hogares uniparentales (incluyendo los de divorciados) acompaña el aumento del 17 por ciento de la delincuencia juvenil.¹⁴

Muchos barrios con alta incidencia de delincuencia tienden a ser habitados, en su mayoría, por familias uniparentales. Hace mucho tiempo, algunos investigadores hicieron la observación de que los delitos violentos, cometidos tanto por adolescentes como por adultos, se concentran más en barrios urbanos, cuya característica principal es tener una muy alta proporción de familias uniparentales. Los investigadores actuales, así como aquellos que los precedieron, han descubierto que

¹³ S.J. Ventura, *Births to Unmarried Mothers* (Washington D.C.: National Center for Health Statistics, Vital Health Statistics, 1980-1992).

¹⁴ United States Department of Justice, Bureau of Justice Statistics, *Sourcebook of Criminal Justice Statistics, 1994* (Washington, D.C.: U.S. Department of Justice, 1994), p. 404, cuadro 4.20; Patrick F. Fagan, "The Real Root Causes of Violent Crime: The Breakdown of Marriage, Family and Community", *Backgrounders*, no. 1026, 17 de marzo 1995, 9-10.

un barrio compuesto principalmente por familias encabezadas por uno solo de los padres es una comunidad caótica y plagada de delincuencia, en donde impera la ley de las pandillas. En estas condiciones, la supervisión paterna de los hijos adolescentes y preadolescentes es casi imposible. A su vez, es más probable que los niños que viven en estos barrios aprendan, acepten y utilicen la violencia física como medio para satisfacer sus deseos y necesidades.¹⁵

En los últimos quince años se ha dado un incremento extraordinario de la violencia dentro de las comunidades en la mayor parte de las ciudades estadounidenses y, a pesar de que recientemente las noticias han mejorado, la violencia no ha disminuido lo suficiente. En 1990, las tasas de homicidio en Boston aumentaron más del 40 por ciento, con respecto al año anterior; en Denver, 29 por ciento; en Chicago, Dallas y Nueva Orleans, más de 20 por ciento; en Los Ángeles 16 por ciento y en Nueva York 11 por ciento.¹⁶

En 1988, las tasas de muerte por arma de fuego en toda la nación para los adolescentes de todos los grupos excedieron por primera vez el total de la suma de todas las otras causas naturales de muerte; mientras que, al mismo tiempo, los adolescentes varones de raza negra tenían 11 por ciento más probabilidades que sus contrapartes de raza blanca de ser asesinados con armas de fuego.¹⁷ Por lo tanto, a pesar de las buenas nuevas sobre el descenso de la delincuencia, es necesario que esta disminución continúe por largo tiempo para poder regresar a los niveles de seguridad y paz que teníamos en el pasado.

¹⁵ Shaw y McKay (1942) citado en Fagan y Wexler, "Family Origins of Violent Delinquents", *Criminology* 25, no. 3 (1987): 643-669; Douglas Smith y G. Roger Jarjoura, "Social Structure and Criminal Victimization", *Journal of Research in Crime and Delinquency* (febrero 1988): 27-52; M. Anne Hill y June O'Neill, *Underclass Behavior in the United States: Measurement and Analysis of Determinants* (Nueva York: City University of New York, marzo 1990); A.J. Reiss Jr. "Why Are Communities Important in Understanding Crime?", en *Communities and Crime* (Chicago: University of Chicago Press, 1986), 1-33; Jackson, Tittle y Bruce, "Offense-specific Models of Differential Association", trabajo presentado en las Annual Meetings of the American Society of Criminology, citado en Fagan y Wexler, "Family Origins..."; Rodney Stark, "Deviant Places: A Theory of the Ecology of Crime", *Criminology* 25 (1987): 893-909.

¹⁶ G. Escobar, *Washington Post*, 2 de enero 1991, 1.

¹⁷ K.K. Christofel, "Violent Death and Injury in US Children and Adolescents", *American Journal of Disease Control* 144 (1990): 697-706; John E. Richters y Pedro E. Martinez, "The NIMH Community Violence Project: Children as Victims of and Witnesses to Violence", *Psychiatry* 56 (1993): 7-35.

Como consecuencia del enorme incremento de la delincuencia en las escuelas del centro de las ciudades, los lugares de educación se han convertido en áreas prohibidas para muchos niños: “20 por ciento de los estudiantes de la escuela secundaria y preparatoria en la actualidad portan un arma de fuego, cuchillo, navaja, macana o alguna otra arma habitualmente”.¹⁸

De acuerdo con la Liga Nacional de las Ciudades (National League of Cities), la violencia escolar provocó la muerte y daños a estudiantes en 41 por ciento de las ciudades estadounidenses que tienen una población de cien mil habitantes o más.¹⁹

En 1991, 134000 adolescentes consumían cocaína una vez a la semana o más y 580000 adolescentes consumían marihuana por lo menos una vez a la semana. Por añadidura, 454000 estudiantes (jóvenes o adultos) de secundaria y preparatoria consumían alcohol en alguna fiesta una vez a la semana.²⁰

Aproximadamente novecientos maestros de toda la nación son amenazados de daño físico, y cerca de cuarenta son atacados cada hora del día escolar. Asimismo, alrededor de ciento sesenta mil estudiantes faltan a la escuela todos los días por intimidación o miedo de recibir daño físico. Según una encuesta de fin de semana, realizada en 1993 en todo Estados Unidos, se mostró que casi el 40 por ciento de los estudiantes de toda la nación cree que las escuelas son lugares inseguros.²¹

Si se busca el factor aislado que ha contribuido en mayor medida al aumento de la delincuencia, destacan en la literatura sobre el tema la ruptura de la familia y con ella el aumento de la ilegitimidad.

¹⁸ William Bennett, *The Index of Leading Cultural Indicators: Facts and Figures on the State of American Society* (Nueva York: Simon and Schuster, 1994), 31.

¹⁹ “School Survey Finds Violence All Over; Big Cities Are Worst”, *Washington Post*, 2 de noviembre 1994, p. 17(A).

²⁰ Bennett, *The Index of Leading Cultural Indicators...*, 42.

²¹ “100 000 Students Carry Guns, Teacher Group Says”, *Baltimore Sun*, 15 de enero 1993; Leslie Ansley, “Safety In Schools: It Just Keeps Getting Worse”, *USA Weekend Magazine*, 13-15 de agosto 1993, 4-6.

Cinco etapas en el desarrollo de un delincuente mayor

Las cinco etapas en el desarrollo de los peores delincuentes con frecuencia comienzan con el abandono del niño por el padre. Y si además se suman el abuso y descuido del individuo en su primera infancia, el niño estará en camino de convertirse en un delincuente mayor para toda la vida.

1. *Descuido y abandono de los padres en la primera infancia.* Esta etapa se caracteriza por diferentes combinaciones de los siguientes elementos: ausencia del padre, falta del amor de la madre, pleitos entre los padres, violencia en el hogar, falta de supervisión y disciplina por parte de los padres, rechazo al niño, abuso y descuido, o bien padres delincuentes.
2. *El surgimiento de la pandilla embrionica.* El niño agresivo y no sociable es rechazado por sus compañeros más normales, así que busca y encuentra otros niños marginados; además falla en la escuela, pierde interés en la educación y comienza a perder los límites.
3. *La pandilla embrionica de la escuela primaria se convierte en banda adolescente.* Ésta se forma por adolescentes que pasan de la “travesura” a ser cada vez mayores expertos en el delito.
4. *La violencia surge como forma de vida* al interior de la pandilla; los más expertos aprenden a cometer delitos sin ser atrapados.
5. *Nace un nuevo bebé.* El joven delincuente se convierte en padre, permanece un tiempo con la madre del niño para después abandonarlos a ambos. La madre proviene de un contexto familiar y social parecido al del joven padre delincuente.

Entre más familias uniparentales hagamos surgir, más probabilidades hay de que cada vez más niños tomen este camino hacia la delincuencia. Un incremento de la ilegitimidad de más del 10 por ciento conduce a un aumento del 17 por ciento de los delitos violentos mayores. Con el continuo aumento de la ilegitimidad —al llegar estos niños a la adolescencia media— veremos más y más delincuentes violentos mayores salir a nuestras calles. Y con la aparición progresiva de estos criminales perderemos cada vez más nuestras libertades cotidianas y pagaremos enormes costos sociales y económicos.

EL USO DE DROGAS NUEVAMENTE EN AUMENTO

El consumo de drogas por parte de los adolescentes, de manera especial entre aquellos que cursan segundo grado de secundaria, está aumentando de nuevo como resultado directo de un cambio en la política de la administración.

El doctor Lloyd Johnson, director del programa de investigación “Monitoreo del Futuro” sobre el uso de drogas en la escuela secundaria y preparatoria, a cargo de la Universidad de Michigan, afirmó recientemente ante el Congreso:

Ha aumentado de manera muy notoria la proporción de jóvenes que consumen marihuana. Este [aumento] se refiere específicamente a los adolescentes estadounidenses. Actualmente, estamos viendo una tasa de consumo dos veces y media mayor que la documentada entre estudiantes de segundo de secundaria hace tan sólo cuatro años; dos veces mayor entre los de primero de preparatoria y, de nuevo, dos veces y media mayor entre los de tercero. [...] Ciertas actitudes, creencias y normas entre nuestros jóvenes son decisivas para detener el uso de estas drogas. Actitudes, creencias y normas que se han desgastado [...] Y el hecho de que un grupo mucho mayor de jóvenes haya tenido ya experiencia con la marihuana genera un peligro mayor de que sigan experimentando con otras drogas. Éste es un problema que tenemos que enfrentar. Hemos tenido mucho más éxito al tratar con el consumo de drogas que con la delincuencia, por ejemplo [...] Esta clase de conducta es frágil [...] Podemos tener influencia en ella.²²

El senador Orrin Hatch, presidente del Comité Judicial del Senado, resumió los hallazgos en una audiencia sobre el consumo juvenil de drogas:

El número de estadounidenses que consumen drogas ilícitas bajó de un nivel de 24.7 millones en 1979 a 11.4 millones en 1992. El tan conocido uso ocasional de la cocaína disminuyó en 79 por ciento entre 1985 y 1992, mientras que el uso mensual de la cocaína descendió en 55 por

²² Ésta y las tres citas siguientes (Orrin Hatch, Jim Burke, Allen Fox) son testimonios rendidos en la Sesión del Comité Judicial del Senado, en la Audiencia sobre el Consumo Juvenil de Drogas: Congress, Senate Judiciary Committee, *Hearing on Juvenile Drug Use*, 104th Cong. 1st session (Washington, D.C.: 1995), 20 de diciembre 1995.

ciento tan sólo entre 1988 y 1992: de 2.9 millones de usuarios a 1.3 millones. Ahora bien, estas reducciones fueron drásticas y sin precedentes, y representaron nada menos que una revolución cultural en las actitudes hacia el consumo de drogas. Ahora estamos en riesgo de perder todo el terreno que hemos ganado.

Esto es un asunto muy serio, ya que los que consumen marihuana desde los doce y los diecisiete años tienen 85 por ciento más posibilidades de caer en la cocaína que quienes se abstienen de la marihuana.

Jim Burke, presidente de la Sociedad para un Estados Unidos Libre de Drogas (Partnership for a Drug-Free America) afirmó que alrededor de una de cada veinte personas que han consumido drogas alguna vez en su vida se vuelve drogadicta:

En 1962, menos de cuatro millones de estadounidenses habían probado alguna droga ilegal en su vida. En 1992, una generación después, ochenta millones han probado drogas ilegales [...] De los ochenta millones tenemos ahora seis millones de adictos. [...] En 1962, sólo teníamos trescientos mil adictos. Las cifras son muy claras: veinte veces más personas han probado drogas, veinte veces hay más adictos [...] Sabemos lo que funciona. Como los niños son tan racionales como los adultos, si creen que aumenta el riesgo de utilizar drogas, baja su consumo. La censura social y la percepción del riesgo son las dos fuerzas que los conducen.

La situación de las drogas está empeorando, según los tres indicadores principales entre los adolescentes:

- 1) Ha disminuido su percepción del daño o riesgo.
- 2) Ha disminuido la desaprobación hacia el consumo de drogas en el grupo de los adolescentes.
- 3) Ha aumentado la disponibilidad de drogas.

Paralelo al incremento del consumo de drogas está el *baby-boomerang*, es decir el aumento de la población adolescente. El doctor James Allen Fox, decano del Colegio de Justicia Criminal de la Universidad Northeastern en Boston, afirmó en la misma audiencia:

Durante los próximos diez años veremos un incremento del 23 por ciento en el número de adolescentes en este país [...] tendremos un aumento del 29 por ciento de los adolescentes de raza negra y un incremento del 50 por ciento en el número de adolescentes de origen latino. Estoy realmente preocupado. Creo que ésta es la calma antes de la tormenta.

El doctor Fox continuó:

Creo que es cuestión de supervisión [...] uno de los elementos importantes de los que no se habla [...] Por ejemplo, en este momento, 57 por ciento de los niños de este país no tiene una supervisión paterna de tiempo completo [...] Casi el 45 por ciento de los delitos juveniles violentos ocurren entre las tres y las seis de la tarde. [Ellos] no están bajo ninguna supervisión en el barrio.

Jim Burke también afirmó: “Si recordamos la epidemia antes [de 1978], cuando se normalizaron las drogas, la edad promedio para los juicios [por el uso por primera ocasión], en esa época, era de alrededor de dieciséis. La edad promedio de juicio en la actualidad es de trece [...] El consumo actual de marihuana es de tres a cinco veces más fuerte”.

En vista de que esta situación ha empeorado tendremos un fuerte incremento en el número de adictos, delitos, enfermos de sida, costos más elevados de atención a la salud y un inconmensurable sufrimiento familiar.

CÓMO EL SISTEMA TRIBUTARIO DAÑA A LAS FAMILIAS

Además del ataque que la misma cultura ha acometido contra la vida familiar, el gobierno se ha sumado de manera activa a éste, pues la carga fiscal que abruma a las familias con hijos ha elevado el costo de procrear y muchas parejas han tenido que cambiar el tiempo para la familia por el tiempo para el trabajo dado que necesitan ganar dinero para mantener a la familia. Más y más parejas trabajan en equipo; mientras uno se queda en casa con los niños, el otro trabaja, o trabajan los dos en turnos concurrentes mientras los niños están en la escuela o en guarderías.

La cada vez mayor carga fiscal que abrumba a las familias estadounidenses

A lo largo de las últimas décadas, el sistema fiscal ha retirado mucha de la ayuda que alguna vez dio a los padres con hijos pequeños. En lugar de defender a la familia y promover el matrimonio, el código fiscal ahora hace casi lo opuesto.

En 1950, una familia de cuatro miembros, que percibía un ingreso medio, pagaba el 2 por ciento de su ingreso neto anual al gobierno federal por concepto de impuestos sobre la renta y nominal. En la actualidad, paga el 24 por ciento. Por añadidura, los impuestos estatales y locales en promedio representan otro 14 por ciento del ingreso familiar neto.²³ Las principales razones del acentuado aumento de esta carga fiscal, además del aumento general de los impuestos, son que la exención personal ha sido erosionada por la inflación, y que han aumentado los impuestos sobre la nómina.

VALOR DE LA EXENCIÓN FISCAL

<i>Año</i>	<i>Porcentaje del ingreso familiar medio</i>
1948	42.1
1957	28.8
1966	19.6
1975	12.4
1984	7.5
1993	11.4

Las familias con niños están sobregravadas. En 1948, la familia estadounidense promedio con niños pagaba sólo el 3 por ciento de su ingreso al tío Sam. En la actualidad la misma familia paga el 24.5 por ciento. La familia promedio ahora pierde 10 060 dólares de su ingreso, debido al incremento de los impuestos federales a lo largo de cuarenta y cinco años como parte del ingreso familiar.²⁴

²³ Robert Rector, "Reducing the Crushing Tax Burden on America's Families", *Backgrounder*, no. 981, 7 de marzo 1994.

²⁴ A. Hodge Scott, "Balanced Budget Talking Points 4: The \$500 per Child Tax Credit Mans One Month's Food and Mortgage for a Typical American Family", *FYI*, The Heritage Foundation, 4 de diciembre 1995.

El código fiscal está plagado de otras desigualdades en contra de la familia o del matrimonio, o de la madre en casa. Por ejemplo, se da apoyo económico para el cuidado de los niños a los padres que trabajan, pero no a quienes se quedan en casa con sus hijos. Digamos que dos padres ganan cada uno veinte mil dólares. Si la madre de una de las familias sale a trabajar, la familia no sólo tiene un ingreso extra, sino que además puede obtener una deducción fiscal hasta por 1 600 dólares por concepto de gastos de cuidado del niño. Pero si la madre de la otra familia sacrifica el ingreso extra por quedarse en casa a cuidar a los hijos de la pareja, esa familia no obtiene ninguna deducción fiscal.

El progenitor que permanece en casa para cuidar a los niños está penalizado por el código fiscal en sus ahorros para la vejez. Mientras se permite a una madre trabajadora invertir dos mil dólares al año en una cuenta individual para el retiro (*Individual Retirement Account*, IRA por sus siglas en inglés) con impuestos diferidos, a la madre que se queda en casa sólo se le permite invertir 250 dólares al año.

El efecto de la deuda en nuestros hijos

El Estado benefactor, con su cada vez mayor voracidad de impuestos y gastos ha tomado una enorme porción del dinero de la economía y lo ha dirigido y malgastado erróneamente; como resultado directo de esta voracidad sin límites el déficit se ha ido por los cielos. El Estado no sólo se ha gastado el ingreso actual, sino el ingreso futuro de muchas generaciones.

En la actualidad tenemos 70 020 000 niños y jóvenes menores de dieciocho años. La actual carga deficitaria equivale a 4.887 billones de dólares,²⁵ o a 70 000 dólares por cada hijo menor de dieciocho años. Esto significa que si equilibramos nuestros presupuestos de aquí en adelante y mantenemos nuestros pagos por concepto de intereses al corriente, y dejamos la deuda futura a nuestros hijos, cada niño de menos de dieciocho años tiene sobre sus hombros una hipoteca futura de 70 000 dólares ya desde ahora. Para dar una idea de lo abrumador que es esto

²⁵ Congress of the United States, Congressional Budget Office, *The Economic and Budget Outlook, an Update*, agosto de 1995, p. 48.

para la economía, consideren el caso exactamente opuesto: en lugar de una hipoteca de 70 000 dólares sobre cada niño, una inversión igual sobre cada uno al nacer. Esta inversión rendiría beneficios masivos.

Setenta mil dólares invertidos en el momento del nacimiento se convertirían en más de once millones de dólares al alcanzar la persona la edad del retiro y también generarían todo lo siguiente:

- Un pago de cinco mil dólares al año para la escuela primaria.
- Un pago de siete mil dólares al año para la escuela secundaria y preparatoria.
- Un pago de doce mil dólares al año para una educación universitaria de seis años.
- Un pago de siete mil dólares al año para seguro médico y de desempleo a partir de los veinticinco años.
- Un pago de cincuenta mil dólares para dar el enganche de una casa a la edad de treinta años.
- Un pago de treinta mil dólares al año para la educación de los hijos y para aumentar los seguros a ocho mil dólares al año, todo al llegar la persona a los treinta y cinco años.
- Cuando la persona tenga cuarenta años, el capital habrá aumentado a más de un millón de dólares, aun después de pagar todo lo anterior.
- A la edad de cincuenta años, el capital habrá crecido a más de dos millones de dólares, aunque se siga pagando todo lo anterior.
- Al cumplir la persona 68 años el ingreso por persona será de más de un millón de dólares anuales y el capital ascenderá a más de once millones de dólares.

Sin embargo, la deuda nacional tendrá el efecto opuesto en nuestros hijos: tendrán menos dinero para su educación básica, para sus seguros y menos para asistir a la universidad, y en lugar de contar con un capital que les permita construir una familia y un futuro, tendrán que asumir una pesada carga de impuestos para saldar la deuda.

En familias sólidas con buenas tradiciones, los padres luchan por incrementar el patrimonio (herencia) que dejarán a sus hijos, y esperan que éstos a su vez hagan lo mismo por sus nietos. En cambio los padres que no sólo no dejan nada a sus hijos sino que incluso llegan a hi-

potecarles las vidas para poder derrochar el dinero hacen un enorme ridículo y son considerados parias económicos. El Estado benefactor está haciendo esto a nuestros hijos, mientras vemos lo que sería posible si se tuvieran los setenta mil dólares a favor de un niño o niña y no en su contra.

Un resultado más de los impuestos federales: la carencia de tiempo familiar

Obtener un ingreso familiar adecuado, sin contar lo que se descuenta de impuestos, se ha vuelto relativamente más difícil para las parejas casadas con hijos. En consecuencia, el tiempo familiar se ha reducido, a la vez que se ha convertido en algo normal el trabajo fuera de casa para las madres de niños en edad de asistir a la escuela.

En promedio los padres pasan con sus hijos diez horas menos por semana que hace una década y un 40 por ciento menos que el tiempo que dedicaban en 1965.²⁶

En el desarrollo de todo niño es decisivo pasar tiempo suficiente con sus padres, sobre todo en lo que respecta a la formación de su autoestima y de su confianza en sí mismo. En palabras de Robert Coles, especialista en psiquiatría infantil de la Universidad de Harvard:

La frenética necesidad de los niños de tener posesiones no es sólo ocasionada por los comerciales que ven en la televisión. Es consecuencia de su ansia de tener lo que no están recibiendo: el tiempo de sus padres.²⁷

En 1993, una encuesta del *Massachusetts Mutual* mostró que 33 por ciento de los padres reconoce que no pasa suficiente tiempo con sus hijos de edad preescolar, y 46 por ciento afirma no dedicar el tiempo necesario a sus hijos adolescentes.

Una encuesta realizada en 1990 por *Los Angeles Times* reveló que 57 por ciento de todos los padres y 55 por ciento de todas las madres se sienten culpables de pasar muy poco tiempo con sus hijos. La encuesta

²⁶ Datos obtenidos a partir de la investigación, basada en diarios personales, que realizó el sociólogo John Robinson de la Universidad de Maryland, en William R. Mattox Jr., "The Parent Trap", *Policy Review*, no. 55 (invierno 1991): 6-13.

²⁷ Citado por William R. Mattox Jr., "The Parent Trap", 10.

también reveló que 73 por ciento de todas las parejas casadas preferiría que uno de los miembros de la pareja se quedara en casa con sus hijos de tiempo completo “si no fuera por el asunto del dinero”.

Como reflejo de una mayor preocupación respecto de la escasez de tiempo, en una encuesta realizada por Yankelovich descubrió que entre 1989 y 1990 aumentó de manera notable (de 39 a 57 por ciento) el número de madres que dejarían su trabajo por tiempo indefinido si no tuvieran necesidad del dinero.

Otra encuesta, realizada en 1993 por el Family Research Council, reveló que se muestra un reflejo de la preocupación sobre la ausencia de la madre en lo siguiente: el 89 por ciento de los padres cree que sería mejor para sus hijos que los cuidara su madre, en lugar de los trabajadores de una guardería. Asimismo, un número cada vez mayor de padres cree que se están criando demasiados niños en las guarderías.²⁸

Un ejemplo del colapso de las instituciones sociales: Washington D.C.

Como Washington D.C. es una ciudad sobre la cual existen muchas estadísticas federales, y debido a su tasa de nacimientos fuera del matrimonio con todos sus efectos y costos concomitantes, es un lugar que bien vale la pena estudiar, ya que ilustra desde ahora el destino hacia el que se dirige el resto del país.

De todas las áreas urbanas de Estados Unidos, sobre Washington D.C. se tiene la mejor información porque en ésta se reúnen todos los datos federales y se ejemplifica de manera impactante el colapso de las instituciones sociales:

Tasa de ilegitimidad. En 1990, el porcentaje de nacimientos de hijos de mujeres no casadas en Washington D.C. fue el más alto de toda la nación, 64.9, 25 puntos porcentuales arriba del segundo lugar, Mississippi, que tuvo un 40.5 por ciento.

También en ese año el porcentaje de nacimientos de hijos de madres adolescentes en Washington D.C. fue el cuarto más alto de la nación

²⁸ Todas estas encuestas y los datos subsiguientes sobre ilegitimidad, abortos y mortalidad infantil fueron obtenidos de Family Research Council, *Family Time: What Americans Want* (Washington: Family Research Council), 193, 196, 199, 205.

con 17.8 por ciento de todos los nacimientos, en comparación con el estado que obtuvo el primer lugar, Mississippi, con 21.3 por ciento.

Tasa de abortos. En 1988, la razón de abortos —el número de abortos por cada mil nacimientos— en Washington D.C. fue la más alta de la nación con 1 248. Compárese esta cifra con la del estado que tuvo la segunda cifra más alta, Nueva York, con 629 abortos por cada mil nacimientos.

Tasa de mortalidad infantil. En 1990, la tasa de mortalidad infantil en Washington D.C. fue por mucho la más alta de la nación con un 20.7 por ciento.

*Desempeño escolar:*²⁹

- Gasto por alumno en la escuela primaria y secundaria pública: 8 057 dólares = segundo lugar.
- Razón alumno a maestro: 14.4 a 1 = primer lugar.
- Número de estudiantes que se gradúan de la escuela preparatoria: 60.2 = lugar 49 de 51.
- Resultados obtenidos por los estudiantes de preparatoria según el SAT (*Scholastic Aptitude's Test*): 849 = lugar 49 de 51.

Tasa de pobreza. En 1989, Washington D.C. era el noveno estado del país en términos del porcentaje de personas que viven por debajo de los límites de la pobreza, con 16.9.³⁰

Gastos de la asistencia pública. En 1991, el gasto en asistencia pública per cápita en Washington D.C. también excedió el de las ciudades más grandes de Estados Unidos:

Washington D.C.	1 156.57 dólares
Ciudad de Nueva York	891.44 dólares
Boston	220.53 dólares
Chicago	34.68 dólares

²⁹ Datos obtenidos de American Legislative Exchange Council, *Report Card on American Education 1994: A State by State Analysis*, 9 de septiembre 1994, 14, 26, 50.

³⁰ Thomas N. Edmonds y Raymond J. Keating, *D.C. by the Numbers: A State of Failure* (Lanham, Md.: 1995), 224. Los datos sobre la asistencia, los impuestos y la delincuencia también fueron obtenidos de esta fuente, páginas 6, 13, 20, 87-88 y 167.

Impuestos sobre el ingreso. En lo que concierne a las tasas superiores de impuestos sobre el ingreso personal, la más alta de Washington D.C. es la séptima más alta de toda la nación con 9.50 por ciento.

Tasas totales de impuestos. Los impuestos locales y estatales per cápita en Washington D.C. durante 1991 fueron los segundos más altos del país con 4 036.83 dólares.

Impuesto sobre ventas	tercero más alto	755.15 dólares
Impuesto sobre el ingreso	primero más alto	1 253.08 dólares
Impuestos sobre la propiedad	primero más alto	1 474.71 dólares

Tasas de delincuencia. En 1992, la tasa total de delincuencia en Washington D.C. (por cada cien mil habitantes) fue la más alta del país, con 11 407.

Tasa de delitos violentos	la más alta: 2 833 (por cada cien mil habitantes)
Tasa de asesinatos	la más alta: 75.2 (por cada cien mil habitantes)

La tasa de asesinatos en comparación con la de otras ciudades grandes:

Ciudad	Tasa de asesinatos
Washington D.C.	75.2
Dallas	37.0
Chicago	33.1
Los Ángeles	30.3
Nueva York	27.1
Boston	12.7

Nada puede ilustrar la naturaleza del colapso de las comunidades mejor que la historia que cuenta la señora Elaine Bennett, quien dirige con muy buenos resultados un programa para muchachas jóvenes en la parte más pobre de Washington D.C., el cual intenta ayudarles a encarilar sus vidas y evitar el embarazo durante la adolescencia. Una de las mujeres jóvenes que trabaja en su organización, "Best Friends", era cortejada seriamente por un hombre bueno y joven. La señora Bennett

quería que hubiera boda para que invitaran a las chicas a la iglesia. ¡Ninguna de ellas había asistido nunca a una boda!

Con tasas de ilegitimidad tan altas por tanto tiempo, una gran proporción de los hombres jóvenes del distrito de Columbia no tiene padres en casa, ni abuelos en casa de sus abuelas ni bisabuelos con sus bisabuelas. Los chicos no tienen figuras masculinas reales en sus vidas. Entonces, no es ninguna sorpresa que terminen en la cárcel, y sin trabajo. La misma historia se repite en todos nuestros centros urbanos más grandes.

QUÉ SE PUEDE HACER CON LA POLÍTICA PÚBLICA

Frecuentemente menospreciada, la familia estadounidense biparental tradicional es la principal institución social por medio de la cual se transmite a la siguiente generación la ética del trabajo, la disciplina personal, la motivación intelectual y el carácter moral. La familia tradicional es la base de la sociedad estadounidense; así, cuando la familia se debilita, se debilita la nación.

Durante décadas, el gobierno ha adoptado políticas que promueven el colapso de la familia. Por ello, si se quiere cambiar esta situación, se necesitarán grandes cambios en muchos aspectos de las políticas públicas. Éstos se pueden clasificar en cinco temas:

Reducir la carga financiera del gobierno sobre la familia de clase media con hijos

La familia tradicional es el departamento original de salud, educación y bienestar. Pero durante varias décadas el gobierno ha adoptado políticas punitivas que han desalentado el matrimonio y creado dificultades para que la familia tradicional realice sus funciones. En 1950, la familia media de cuatro miembros pagaba únicamente el 3 por ciento de su ingreso al gobierno federal por concepto de impuestos. En la actualidad, esa cifra ha aumentado a 24 por ciento; y cuando se suman los impuestos locales y estatales, la familia típica de cuatro integrantes paga el 38 por ciento de su ingreso por concepto de impuestos.

El extraordinario costo de financiar la Gran Sociedad y la guerra contra la pobreza ha sido asumido en gran medida por la clase media, en especial por los padres con hijos. Como respuesta a esta aplastante carga fiscal, muchos de la clase media han pospuesto el matrimonio y, cuando por fin lo han contraído, han retrasado la concepción de los hijos y reducido el número de niños que han de criar.

Resulta irónico que, mientras el gobierno tiene una política fiscal punitiva, la cual provoca que las familias tradicionales de clase media no quieran tener hijos, al mismo tiempo otorgue vastos subsidios para que mujeres que nunca se han casado críen a sus hijos, cuando además éstas no tienen ninguna preparación para actuar como madres. Los resultados de esta política desastrosa son más que evidentes, son la receta para obtener un colapso social en el futuro.

La reforma del sistema de asistencia para controlar los costos y exigir trabajo para que mejore la "familia dependiente del sistema de bienestar"

La capacidad del gobierno de hacer que cambien para bien "familias dependientes del bienestar" se describe en el capítulo de Robert Rector sobre la "Welfare Reform".

La reducción de la ilegitimidad mediante la promoción de ciertas políticas, con el fin de mejorar la calidad de vida

Las sociedades de todas las épocas han reconocido que se necesita el esfuerzo de por lo menos dos personas, un padre y una madre, para proporcionar el apoyo económico y psicológico necesario para criar niños. Las mujeres que tienen hijos fuera del matrimonio invariablemente imponen una pesada carga financiera a la sociedad. La ausencia del padre también pone en riesgo el bienestar psicológico de sus hijos. Por ello las sociedades a lo largo de la historia han tratado por todos los medios de promover el matrimonio y, por el contrario, de luchar contra la ilegitimidad. Recientemente, Estados Unidos ha experimentado revirtiendo esta sabiduría popular, a través de otorgar subsidios de manera abierta a las madres solteras y de

penalizar el matrimonio. Los resultados de su experimento han sido desastrosos.

Para el bienestar de los niños estadounidenses y la seguridad de la sociedad, se debe restaurar el sentido moral de la responsabilidad de la paternidad, basado en el principio del sentido común de que es inmoral tener hijos, a menos de que se esté plenamente preparado para criarlos, y esto significa tres cosas muy sencillas. En primer lugar, la madre y el padre deben estar casados y comprometidos con una vida en común. En segundo lugar, los padres deben ser maduros y estar psicológicamente preparados para la difícil tarea de criar a los pequeños. En tercer lugar, los padres deben ser productivos en lo económico y autosuficientes; deben ser capaces de mantener una familia sin que la comunidad, en el sentido amplio de la palabra, deba aportar una gran cantidad de apoyo financiero.

Reformar la ley del divorcio y fortalecer el matrimonio

A lo largo de los últimos cuarenta años, la política gubernamental ha vuelto el divorcio muy accesible, al tiempo que el Estado benefactor ha subsidiado de manera activa el rompimiento familiar. Como los niños han sido las principales víctimas de estas políticas, estas tendencias deben revertirse.

Si bien las leyes matrimoniales deben permanecer bajo el control de las legislaturas estatales, es claro que el nivel de inestabilidad marital y el número de divorcios tienen repercusiones directas en el sistema federal de asistencia y en el bienestar general de los niños estadounidenses. Por lo tanto, el gobierno federal debe instar a la reforma en el nivel estatal.

*Revitalizar la sociedad civil*³¹

Si bien las reformas de los impuestos, la ley sobre el divorcio y el sistema de bienestar son pasos necesarios para enfrentar los problemas de la desintegración familiar en la clase baja, no basta con ellos. Los pro-

³¹ Aparecieron partes de esta sección en Robert Rector, "Try the Difference Values Can Make", *Insight*, 13 de diciembre 1993, 22-24.

gramas de asistencia, en especial el subsidio del comportamiento autodestructivo, han tenido mucha responsabilidad en fomentar los problemas de la clase baja. Pero el sistema de bienestar no es la única causa de estos problemas cada vez mayores: el cambio en los valores culturales y las normas respecto de la conducta sexual, el matrimonio, el trabajo, el respeto por los demás y el autocontrol también son en gran medida responsables.³² Los miembros del Congreso y quien quiera encontrar una solución amplia deben atender no sólo a la reforma de los programas de bienestar, sino estudiar la cultura en su totalidad.

Los líderes gubernamentales, que quieren restablecer normas sólidas y un comportamiento virtuoso en grupos vulnerables de la población, harían bien en observar las reformas realizadas en el pasado. Poca gente está consciente de que en el siglo XIX Estados Unidos sostuvo varios combates contra la pobreza, los cuales, en contraste con la versión del siglo XX, fueron bastante exitosos. Estos esfuerzos históricos anti-pobreza fueron encabezados por instituciones no gubernamentales, sobre todo por las iglesias, las cuales consideraban que la pobreza emanaba del carácter y la conducta personal.³³ Éstas asumieron como tarea principal la formación del carácter y la disciplina personal de individuos que formaban parte de comunidades vulnerables de bajos ingresos. La Young Men's Christian Association (Asociación Cristiana de Jóvenes, YMCA por sus siglas en inglés), creada como instrumento para combatir la delincuencia urbana es un ejemplo típico de estos primeros esfuerzos contra la pobreza. La YMCA consideraba su misión la formación del carácter moral de los jóvenes; así, entonces, inició una batalla, con muy buenos resultados, para ganarse los corazones y mentes de los jóvenes habitantes de los barrios bajos del centro de las ciudades durante el siglo XIX.

Por lo tanto, no es nada nueva la idea de enfrentar los problemas sociales basándose más en instituciones sociales no gubernamentales. Es un regreso a la filosofía política fundamental sobre la que se cimentó la construcción de la república de Estados Unidos. Los padres fundadores tenían poca confianza en que el gobierno tenía la cura para los ma-

³² Myron Magnet, *The Dream and the Nightmare: The Sixties' Legacy to the Underclass* (Nueva York: William Morrow, 1993).

³³ Marvin Olasky, *The Tragedy of American Compassion* (Washington, D.C.: Regnery Gateway, 1992).

les sociales. En lugar del gobierno, dependían de instituciones sociales como la familia y la iglesia.

Esta sabiduría se refleja en los escritos de uno de los más astutos observadores de la política y la sociedad estadounidenses, Alexis de Tocqueville. Él destaca el papel central de las “asociaciones privadas” en la sociedad estadounidense, asociaciones como: instituciones religiosas, filantrópicas privadas, clubes, colegios, asociaciones civiles voluntarias e instituciones privadas morales y educativas. De acuerdo con de Tocqueville, estas asociaciones eran más importantes que las instituciones económicas y políticas del país; algunas de sus funciones eran afirmar, renovar y conservar las virtudes sociales; además, era su tarea inculcar en la ciudadanía estadounidense las virtudes y normas básicas que hacían posible la vida civilizada. Sin estas instituciones renovadoras y afirmadoras de los valores, los estadounidenses pronto perderían su capacidad de mantener familias saludables, o de trabajar honesta y diligentemente, educarse, gobernarse e incluso de vivir uno al lado del otro sin asesinarse o mutilarse. En otras palabras, las instituciones civiles proporcionaban la base moral que hacía posible la existencia de la superestructura política y económica. De Tocqueville consideraba las instituciones civiles afirmadoras y conservadoras de los valores como *la inmunidad de la sociedad*; su capacidad de moldear el carácter de las personas y de inculcar en ellas las virtudes y normas rectoras necesarias para la vida social era absolutamente esencial para la continuidad de la sociedad.

En el último siglo, el gobierno ha usurpado en gran parte el papel que antes desempeñaban las asociaciones civiles; una función social tras otra ha pasado a las tiernas manos de la burocracia gubernamental: la educación, la caridad y, cada vez en mayor medida, la instrucción de los niños. Al arrogarse cada vez más funciones y monopolizar una parte de los recursos financieros totales (que también son necesarios para el funcionamiento de las instituciones civiles), el gobierno decididamente debilita las asociaciones civiles privadas. Al menospreciar y hacer a un lado instituciones afirmadoras y conservadoras de los valores, el gobierno declara la guerra al sistema de inmunidad natural de la sociedad. El crecimiento de la clase baja y el colapso de la familia son sólo dos de los muchos problemas consecuencia de este asalto.

El papel de la religión

Al enfrentar los problemas cada vez mayores de la desintegración familiar, la delincuencia y la dependencia, los estadounidenses deben utilizar al máximo todos los recursos vitales de que dispone la sociedad. La historia, el sentido común y la investigación muestran que hay una institución abandonada que se adapta de manera ideal al papel de encabezar esta lucha de renovación moral en las comunidades de bajos ingresos y en toda la nación: la iglesia. Los intentos de atacar los problemas de la clase baja en el siglo anterior tuvieron buenos resultados, en gran parte, porque fueron dirigidos por instituciones religiosas cargadas de valores. En contraste, los esfuerzos para combatir la pobreza urbana en el siglo XX con frecuencia han fracasado porque se basaron en programas gubernamentales "sin valores".

La investigación realizada por el doctor Richard Freeman de la Universidad de Harvard muestra que los jóvenes de raza negra de los barrios bajos del centro de las ciudades que tienen valores religiosos tienen 47 por ciento menos probabilidades de abandonar la escuela, 54 por ciento menos posibilidades de consumir drogas y 50 por ciento menos de participar en actividades delictivas, que quienes no tienen valores religiosos.³⁴ Las prácticas religiosas también pueden tener un papel importante en la reducción de la ilegitimidad; se ha demostrado también que las creencias religiosas tienen el efecto de reducir en gran medida la actividad sexual premarital entre muchachas adolescentes.³⁵ Y se ha demostrado que entre la gente que asiste regularmente a la iglesia las probabilidades de tener hijos fuera del matrimonio se reducen a la mitad. Los estudios también revelan que los jóvenes que asisten a la iglesia tienen un efecto positivo en la conducta de otros jóvenes, vecinos cercanos suyos. El efecto de los jóvenes motivados por valores religiosos es exactamente el opuesto al de la muy publicitada presión que ejercen las pandillas callejeras que arrastran a los jóvenes a llevar vidas de alienación e inútil violencia.³⁶

³⁴ Michael Novak, *The New Consensus on Family and Welfare* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1987), 34.

³⁵ Brent C. Miller y Kristin A. Moore, "Adolescent Sexual Behavior, Pregnancy, and Parenting: Research through the 1980s", *Journal of Marriage and the Family* (noviembre de 1990): 1029-1030.

³⁶ Anne C. Case y Lawrence F. Katz, "The Company You Keep: The Effects of Family and Neighborhood on Disadvantaged Youths", *National Bureau of Economic Research Working Paper*, no. 3705 (mayo de 1991).

Esta investigación es confirmada por el criminólogo John DiIulio, quien considera que la decadencia moral es el corazón mismo del terrible problema de la delincuencia en Estados Unidos. Explica que el crimen no está motivado por la privación material, como creen los liberales anticuados, sino por la privación moral (no la pobreza material sino la “pobreza moral”). Afirma:

La pobreza moral es la pobreza de no tener adultos amorosos y capaces que te enseñen a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Es la pobreza de no tener padres y otras autoridades que te acostumbren a sentir gozo con el gozo de otros, dolor ante el dolor ajeno, alegría cuando haces lo correcto, remordimiento cuando actúas mal. Es la pobreza de crecer en la casi total ausencia de personas que te enseñen los valores morales con su propio ejemplo cotidiano y que insistan en que tú los sigas [...] En última instancia, la pobreza moral es la pobreza de crecer rodeado de adultos desviados, delincuentes y criminales en escenarios donde impera el abuso, plagados de violencia, y donde falta el padre, el trabajo y Dios. En suma, no importa cuáles sean sus circunstancias materiales, los niños, no importa su raza, credo o color, tienen más probabilidades de volverse criminales depravados cuando están moralmente empobrecidos.

DiIulio descubre que el auxilio para los niños con pobreza moral no está en el gobierno, sino en la revitalización de la sociedad civil: en las “asociaciones privadas” de Alexis de Tocqueville. En particular, DiIulio considera a la Iglesia como la última esperanza de la sociedad, el dique final que nos separa de la ola abrumadora de los predadores violentos. Afirma:

Mi idea principal se basa en tres expertos muy conocidos en desarrollo infantil: Moisés, Jesucristo y Mahoma. Se llama religión. Si hemos de decir una plegaria para detener a un buen número de superdepredadores antes de llegar a las rejas de la prisión, digamos entonces “Amén” y digámoslo rápido [...] Así que dejemos que nuestro principio básico sea “Construyamos iglesias, no cárceles” o coseharemos el torbellino de nuestra propia quiebra moral.

La clave para detener la decadencia moral en Estados Unidos es restaurar el equilibrio histórico entre el Estado y la sociedad civil —re-

vitalizar esas instituciones privadas que son el sistema de inmunidad natural de la sociedad—. Resulta de particular importancia permitir que las iglesias de Estados Unidos retomen parte de sus papeles tradicionales en la provisión de caridad y educación. Las siguientes son tres políticas esenciales para la reconstrucción de la sociedad civil.

Estos temas se traducen en las siguientes prescripciones de políticas:

El Congreso y los estados deben reducir los impuestos que pagan las familias de clase media con hijos. El gobierno debe darse cuenta de que las familias saludables son la base de una sociedad exitosa; debe tratar de fortalecer el matrimonio como la institución central en la que se educará a las generaciones futuras de estadounidenses. El paso más obvio que puede dar en este aspecto es reducir de manera drástica la paralizante carga fiscal actual, que pesa sobre los padres jóvenes con hijos de la clase trabajadora y la clase media.

La reducción fiscal de quinientos dólares por niño, aprobada por el Congreso actual y vetada por el presidente Clinton, es sólo un primer paso en favor de estas familias. El crédito fiscal debe aprobarse y profundizarse con mayores recortes fiscales para las familias con hijos en el futuro cercano.

El Congreso y los estados deben crear un crédito fiscal pro matrimonio. El actual sistema de asistencia penaliza fuertemente el matrimonio entre una madre y un hombre trabajador. Esta penalización se debe reducir, mediante la creación de un crédito fiscal para los padres de menores ingresos que están casados y trabajan en lugar de vivir del sistema de asistencia. El crédito fiscal pro matrimonio debería estar al alcance de las parejas casadas de bajos ingresos que viven juntas y mantienen niños. La familia debe tener el equivalente de cuando menos un adulto trabajando de tiempo completo. El crédito debe ser retornable y tener un valor máximo de mil dólares.

El Congreso y los estados deben evitar las soluciones falsas. Una solución simplista a los efectos en contra del matrimonio y en contra del trabajo, que ha promovido el sistema de asistencia sería permitir que una madre dependiente de éste conservara todos o la mayor parte de los beneficios que obtiene gracias a este sistema al tomar un trabajo o casarse con un

hombre empleado de tiempo completo. Pero este enfoque sería injusto para los trabajadores, tanto las madres solteras, como para las parejas casadas de bajos ingresos que nunca dependieron del sistema de asistencia. Más aún, los padres de ingresos moderados y bajos tendrían un enorme incentivo para pasar a formar parte del sistema de asistencia, cuando menos por poco tiempo, para ser candidatos de los beneficios continuos a largo plazo. Así, el sistema terminaría, inevitablemente, por convertirse en un aparato del que la mayor parte de las familias (con uno o dos padres) de ingresos bajos y moderados recibiera pagos considerables, con lo cual se elevaría el costo total del sistema de asistencia en cientos de miles de millones de dólares al año. Los reformadores realistas del sistema de bienestar deben tratar de alterar los incentivos por concepto de asistencia social de manera más práctica.

El Congreso y los estados deben promover la abstinencia. Existen experimentos científicos que demuestran que con cursos fuertes de abstinencia sexual se generan cambios en las actitudes de los adolescentes hacia la actividad sexual en edades tempranas. Entre las muchachas que toman los cursos de abstinencia, las tasas de embarazo se han reducido en más de 40 por ciento, en comparación con aquellas que no han tomado las clases de abstinencia sexual.³⁷ En contraste, los programas que promueven la contracepción con frecuencia tienen el efecto de provocar que aumenten las tasas de embarazo.

La abstinencia sexual en la adolescencia es un paso lógico en el desarrollo de la vida de un buen ciudadano, y un futuro padre o madre y pareja fuerte. Joseph Piccione y Robert Scholle,³⁸ anteriormente analistas de política en la Oficina de Asuntos de Población del Departamento de Salud y Servicios Humanos, plantean esta cuestión en pocas palabras:

Mientras que nadie puede discutir las ventajas de la abstinencia desde el punto de vista de la salud, y si bien la mayor parte de la gente admitiría que desde el punto de vista del desarrollo, social y psicológicamente es

³⁷ U.S. Department of Health and Human Services, Office of Adolescent Pregnancy Programs, *Final Report O.A.P.P. no. 000816-05, 1985-1990*, p. 8.

³⁸ El resto de esta sección sobre la abstinencia se compone de extractos del trabajo de Joseph J. Piccione y Robert A. Scholle, "Combating Illegitimacy and Counseling Teen Abstinence: A Key Component of Welfare Reform", *Backgrounder*, no. 1051, 31 de agosto 1995.

la conducta apropiada para un adolescente, hay muchos que afirman que ésta es imposible para un adolescente. Esta afirmación no tiene sustento. Durante décadas, si no siglos, la abstinencia sexual era la conducta esperada de los solteros en la sociedad occidental. De acuerdo con la encuesta nacional sobre el crecimiento de la familia (National Survey of Family Growth, NSFG), la abstinencia era la norma entre las muchachas adolescentes solteras en Estados Unidos cuando menos hasta 1982.³⁹ La mejor de las encuestas recientes sobre los jóvenes en edad de asistir a la escuela secundaria y preparatoria (jóvenes entre los catorce y los diecisiete años de edad) se realizó como parte del Estudio sobre la Salud Nacional basado en entrevistas (*National Health Interview Survey*) de 1992. Esta investigación mostró que el 56.6 por ciento de los adolescentes eran vírgenes.⁴⁰ Una serie de estudios realizados a lo largo de los últimos 25 años por *Who's Who among American Highschool Students* revela que sólo uno de cada cuatro estudiantes de excelencia es sexualmente activo. Esto sugiere que la abstinencia no sólo es posible, sino que está asociada con altos niveles de logro personal.⁴¹

En contra de las expectativas de muchos adultos, la mayor parte de los adolescentes parecen estar interesados en lo que los programas basados en la abstinencia podrían ofrecer. Una encuesta de mil muchachas, realizada por la Universidad de Emory, descubrió que de una docena de posibles temas de educación sexual, el más popular (elegido por el 84 por ciento de quienes respondieron a la entrevista) fue más información sobre cómo decir “no” a las peticiones sexuales de un novio sin perderlo. También es evidente, a partir de una encuesta de Roper Starch en febrero de 1994, que los muchachos entre los doce y los diecisiete años de edad consideran la presión para tener relaciones sexuales como la mayor amenaza a su bienestar.⁴² Parece obvio que los adoles-

³⁹ En *National Survey of Family Growth* (Washington, D.C.: Department of Health and Human Services, 1982), el número de adolescentes vírgenes superaba por poco al de adolescentes no vírgenes que aún no han contraído matrimonio. Para 1988, el número de adolescentes no vírgenes superaba al de los vírgenes (los ciclos anteriores muestran la preponderancia de adolescentes vírgenes con mucho mayor claridad).

⁴⁰ *Morbidity and Mortality Weekly Report* 43, no. 13, 8 de abril 1994.

⁴¹ Paul Krouse, ed., *Who's Who among American High School Students* (Lake Forest, Ill.: Educational Communications, 1995); Piccione y Scholle: “Combating Illegitimacy and Counseling...”.

⁴² Marion Howard y Judith B. McCabe, “Helping Teenagers Postpone Sexual Involvement”, *Family Planning Perspectives* (enero-febrero, 1990): 21-26; “Teens Talk about Sex: Adolescent Sexuality in the 90's”, *The Roper Report. Roper Starch Worldwide*, Nueva York: abril 1994.

centes han estado pidiendo a los adultos que los protejan estableciendo límites de conducta razonables. Sin embargo, durante muchos años, la moda en la educación de los niños ha sido ignorar esos llamados.

El Congreso y los estados deben promover la adopción. El Congreso debería aprobar un crédito fiscal de cinco mil dólares para las parejas que adopten a un niño, reintegrable (es decir, quienes no paguen cinco mil dólares en impuestos federales de cualquier manera recibirían un apoyo de cinco mil dólares) para que se promueva que las familias más pobres adopten y no queden fuera de la posibilidad.

Mientras que el número de niños nacidos fuera del matrimonio ha aumentado de manera masiva, ha disminuido la práctica de la adopción.

El caso de los niños adoptivos ilustra de nueva cuenta los beneficios de crecer en una familia biparental. Los niños adoptivos funcionan tan bien como o mejor que sus contrapartes, los niños no adoptivos. Tienen *mejores resultados* que los otros de familias biparentales de clase media en indicadores de desempeño escolar, competencia social, optimismo e iniciativa para cooperar en diferentes actividades. Los adolescentes adoptivos están por lo general menos deprimidos que los hijos de padres solteros y participan menos en el abuso del alcohol, el vandalismo, las luchas entre pandillas, los problemas con la policía, el uso de armas y el robo;⁴³ tienen mayores puntajes en pruebas de autoestima, confianza en su propio juicio, capacidad de autodirección, visión positiva de los otros y sentimientos de seguridad en sus familias.⁴⁴ En cuanto a la salud, los niños adoptivos y los de familias intactas comparten

⁴³ Peter L. Benson, Anu R. Shorma y Eugene C. Roehlkepartain, *Growing Up Adopted — A Portrait of Adolescents and Their Families* (Minneapolis: Search Institute, 1994).

⁴⁴ Kathleen S. Marquis y Richard A. Detweiler, "Does Adoption Mean Different? An Attributional Analysis", *Journal of Personality and Social Psychology* 48, no. 4 (1985): 1054-1066. Ha surgido una anomalía interesante a partir de un análisis de los estudios sobre la adopción. Si bien los estudios clínicos tradicionalmente han revelado que los adolescentes adoptivos están altamente representados, en cuanto a características psiquiátricas lo mismo apareció en este análisis, pero también se descubrió que otros adolescentes adoptivos no tenían problemas emocionales o psicológicos. Los adultos adoptivos tienen menos probabilidades de recibir tratamiento psiquiátrico que la población general. Esta aparente contradicción ocurre porque los padres adoptivos tienden pronto a llevar a sus hijos a un tratamiento. De todos los niños adoptivos referidos por sus padres al tratamiento clínico, sólo el 27 por ciento tuvieron un diagnóstico clínico. El resto, casi el 75 por ciento, recibió sesiones de orientación dedicadas a las cuestiones habituales de los adolescentes.

puntajes altos, y ambos grupos presentan cifras superiores en esto que los niños educados por padres solteros. En 1988, sólo el 7 por ciento de los niños adoptados en la infancia repitió un año escolar.⁴⁵ En contraste, el 33 por ciento de los niños, cuyas madres nunca se habían casado, repitió un año. Los padres adoptivos también tienen menos probabilidades de divorciarse.⁴⁶

Resulta significativo que las madres adolescentes que eligen la adopción también resuelven sus problemas mejor que las madres solteras adolescentes. Las madres solteras que eligen dar a su hijo en adopción tienen aspiraciones educativas más altas y tienen más probabilidades de terminar la escuela que las madres que conservan a sus hijos; también tienen menos de vivir en la pobreza y de recibir la asistencia pública; posponen el matrimonio por más tiempo y tienen más posibilidades de casarse en algún momento; tienen también más probabilidades de tener un empleo doce meses después del nacimiento y menos de volver a tener un embarazo fuera del matrimonio; y es más raro que padezcan consecuencias psicológicas negativas como la depresión que las madres que crían niños como madres solteras.⁴⁷ Por lo tanto, todas las metas de los programas liberales del gobierno como la capacitación para el trabajo, la educación complementaria y los servicios de planeación familiar se logran con mayor facilidad y menores costos con la adopción.⁴⁸

Aunque la adopción sirve a los intereses del niño necesitado más que cualquier otra opción, Elizabeth Bartholet de la Escuela de Leyes de Harvard concluye que:

nuestro sistema de adopción no ha podido ni siquiera estar a la altura de su propia visión limitada [...] Las leyes y políticas, que se supone deben proteger a los niños, han creado barreras para la adopción que funcionan de manera efectiva para impedir que esos niños reciban la clase

⁴⁵ Nicholas Zill, "Behavior and Learning Problems among Adopted Children: Findings from a U.S. National Survey of Child Health", Washington D.C.: Child Trends, trabajo presentado ante la Sociedad para la Investigación sobre Desarrollo Infantil, 27 de abril 1985.

⁴⁶ *Unmarried Parents Today*, 25 de junio 1985.

⁴⁷ Steven D. McLaughlin, Diane L. Manninen y Linda D. Wings, "Do Adolescents Who Relinquish their Children Fare Better or Worse than those Who Raise Them?", en *Family Planning Perspectives* (Washington, D.C.: Alan Guttmacher Institute, 1988).

⁴⁸ Véase Patrick F. Fagan, "Liberal Welfare Programs: What the Data Show on Programs for Teenage Mother", *Background*, no. 1031, 31 de marzo 1995.

de protección que más necesitan, “un hogar amoroso, proveedor y permanente”.

Diversas barreras hacen muy difícil para muchas familias la adopción de niños, por ejemplo el prejuicio antiadopción en las sesiones de orientación para las muchachas embarazadas. La mayor parte de los terapeutas ni siquiera plantea la opción de la adopción; se usa mal el principio de la preservación de la familia en el trabajo social, dado que, prolongar el peligro de tener hijos padeciendo graves abusos en lugar de rescatarlos y ponerlos en adopción antes de que les ocurra algo malo. Esto implica una sobrecarga y confusión respecto del papel que debe asumir el servicio social, pues el trabajo de preservar a las familias a veces parece estar en conflicto con el de rescatar a niños en peligro (la mayor parte de las agencias de servicio social no resuelven este dilema y dejan la carga al niño).

Otros factores que dificultan la adopción son, por una parte, la falta de protección a la confidencialidad, es decir la relajación del cuidado de ésta, inhibiendo entonces la opción que implica adoptar un niño, pues a padres desconocidos, no interesados o no casados se permite cada vez más bloquear los procesos de adopción en el nivel de los tribunales locales; por otra parte, está el factor racial, muchos trabajadores sociales están en contra de las adopciones transraciales incluso cuando no hay padres disponibles de la misma raza que el niño para adoptarlo, y en lugar de poner la carga en la comunidad, la ponen en el niño.

El Congreso debe usar su poder de convencimiento para promover que los estados reformen la ley de adopción.

Los estados deben reforzar las leyes contra la violación estatutaria. Se necesita una política para obligar a los varones a rendir cuentas, dado que en muchas comunidades de los barrios bajos del centro de las ciudades, algunas muchachas de 16 ó 17 años resultan embarazadas de hombres que generalmente suelen ser cuatro o cinco años mayores que ellas. Dichos casos representan una violación estatutaria, un delito criminal grave. El Congreso debe tener audiencias y utilizar su gran poder para enfatizar el papel de la violación estatutaria y su contribución en los embarazos de jóvenes. Los estados deben actuar con decisión y de manera visible para aplicar sus leyes contra la violación estatutaria en dichos casos,

con el fin de disuadir a los varones de tener semejantes conductas predatoras en el futuro.

Los estados deben eliminar el divorcio, cuya razón se basa en el acuerdo mutuo (no fault divorce) y exigir periodos de espera, mediación y orientación. En la actualidad, en muchos estados resulta más fácil poner punto final a un matrimonio que al contrato de compra de una nueva lavadora de ropa. El matrimonio es nuestra institución social más importante; se deben tomar medidas para restaurar su santidad y la seriedad del compromiso matrimonial. Los gobiernos estatales deben eliminar de inmediato el divorcio para las parejas con hijos, cuya razón se basa sólo en la mutua conveniencia. En el futuro, la mayor parte de los costos del divorcio, así como los costos que se originarán por criar a los niños deben ser asumidos por el cónyuge que haya cometido la falta (o por la parte que haya dado inicio al divorcio si no se encuentra ninguna falta razonable). Se debería exigir a las parejas con hijos que se quieran divorciar que asistan a sesiones de orientación profesional, y en los estados debería establecerse un periodo de espera de seis meses antes de que se terminen los trámites del divorcio. Durante el proceso de divorcio los niños deberán estar representados por un abogado aparte, cuya tarea será cuidar los intereses del niño (que con frecuencia serán que los padres permanezcan juntos).

Los estados deben promover las sesiones de orientación prematrimonial. El matrimonio es una institución legal y social, creada para que se cumplan los compromisos que atan a un hombre y una mujer de manera recíproca y para procurar el mejor ambiente posible para la crianza de los niños en la sociedad. La sociedad tiene el interés y la obligación (hacia los hijos que aún no han nacido) de tratar de asegurarse de que los matrimonios que se formen tengan buenas posibilidades no sólo de durar, sino de florecer. Los estados deben insistir en que las personas reciban alguna forma de orientación premarital como condición para recibir una licencia de matrimonio. Parte de la orientación debe ser una evaluación para informar a los futuros esposos sobre la probabilidad de que su matrimonio termine en divorcio. Métodos modernos de evaluación como el cuestionario de evaluación premarital, personal y de la relación (Premarital Personal and Relationship Evaluation, PREPARE por

sus siglas en inglés), el cual puede predecir con una exactitud de más del 80 por ciento si un matrimonio terminará en divorcio. Miles de iglesias de todo el país ya ofrecen el PREPARE. El hecho de que los prometidos estén informados sobre sus posibilidades de tener un buen matrimonio antes de embarcarse en lo que deberá ser un compromiso para toda la vida⁴⁹ es un beneficio para todos los interesados, especialmente para los niños.

El Congreso y los estados deben luchar contra la decadencia moral por medio de permitir la elección de las escuelas. La difícil situación de la clase baja tiene sus raíces en el comportamiento; éste, a su vez, es moldeado por los valores y normas culturales de las comunidades de bajos ingresos y de la sociedad en general. De esta forma, para que se solucionen los problemas de la clase baja debe darse un drástico cambio en el comportamiento, el cual exigirá también una enorme transformación de las normas y los valores subyacentes. Así, quienes están encargados de planear las políticas deben tratar de revivir, dentro de las comunidades de bajos ingresos, los principios éticos que son la base de una sociedad exitosa. Para combatir el progresivo aumento de los problemas que enfrenta la clase baja, los estadounidenses necesitan una política multidimensional que involucre a todas las fuerzas vitales de nuestra sociedad. Pero, en la guerra contra la pobreza y la violencia, el arma social más eficaz, la iglesia, yace durmiendo.

La clave para utilizar la fuerza social no explotada de la iglesia es otra cuestión fundamental de la política pública: la elección de una escuela. A los padres pobres se les deberían dar pagarés equivalentes a la cantidad que se gasta en la "educación" de sus hijos en las escuelas públicas. Los padres deberían tener la libertad de utilizar el pagaré para enviar a sus hijos a la escuela de su elección, incluyendo las escuelas religiosas privadas. Si los planes del pagaré se aplicaran en las grandes ciudades, inmediatamente surgirían decenas de escuelas religiosas privadas de alta calidad en cada ciudad, escuelas que funcionarían como anexos de las iglesias urbanas. Muchos padres de bajos ingresos, que luchan para salvar a sus hijos e hijas de la ola social de violencia, drogas y promiscuidad sexual, sentirían un enorme gozo de poner a sus hijos bajo la firme

⁴⁹ Michael J. McManus, *Marriage Savers* (Grand Rapids, Mich.: Zonderian, 1993), 105-119.

tutela de estas escuelas relacionadas con la iglesia. Y cada escuela, a su vez, funcionaría como punto focal de la renovación moral e influiría en la comunidad circundante.

A diferencia de Bill Clinton, Al Gore, Jesse Jackson y muchos miembros del Congreso,⁵⁰ quienes tienen el dinero suficiente para mandar a sus hijos a escuelas privadas, los padres pobres no tienen más opción que el monopolio inerte de las escuelas públicas, instituciones en las cuales ya no se puede enseñar de manera adecuada ni siquiera a leer, y no se diga que entonces éstas puedan servir como punto focal para la transformación moral dentro de las comunidades de clase baja. Al enfrentar los problemas de la dependencia y la clase baja, los programas del pagaré por la educación para los padres de bajos recursos son un complemento indispensable para la reforma del sistema de asistencia.

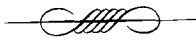
Los liberales argumentarán que proporcionar a los padres pagarés que se puedan utilizar en escuelas religiosas, viola la prohibición de la Primera Enmienda, en lo que respecta al establecimiento de la religión. Esto no es cierto. La Suprema Corte ha sentenciado de manera inequívoca en los casos de *Mueller vs. Allen* y *Witters vs. el Departamento del Estado de Washington de Servicios para los Ciegos*, que los pagarés o créditos fiscales se pueden gastar para obtener una educación religiosa sin crear problemas constitucionales. Así como una viuda puede poner su cheque del seguro social en el plato de limosnas de una iglesia o sinagoga, o un veterano puede utilizar los fondos de su pensión del ejército (*GI bill*) para ir al seminario sin violar las disposiciones constitucionales en contra de la religión, establecidas por el Estado, un padre pobre puede usar los pagarés de educación para inscribir a su hijo o hija en una escuela religiosa. Mientras sea el padre y no el gobierno quien decida en dónde se gastarán los fondos, el gobierno no promueve ni obstaculiza ninguna religión en especial y, entonces, no se ha violado la cláusula del establecimiento religioso de la Primera Enmienda.⁵¹

Por lo tanto, la iglesia es el arma más poderosa de Estados Unidos en la guerra contra la desintegración familiar, la delincuencia, las drogas y la desesperación en las comunidades de bajos ingresos. Las iglesias cla-

⁵⁰ Véase Allyson M. Tucker y William F. Lauber, "How Members of Congress Exercise School Choice", *FYI*, no. 9, 1 de febrero 1994.

⁵¹ Véase Clint Bolick, "Choice in Education: Part II — Legal Perils and Legal Opportunities", *Backgrounder*, no. 809, 18 de febrero 1991, 8.

ramente pueden tener buenos resultados al enfrentar estos problemas, en donde el gobierno no ha podido tenerlos. En lugar de relegar a las iglesias a la periferia social, quienes se encargan de crear políticas deben dejar libre su energía y permitirles tener un papel mucho más importante en la formación del carácter de jóvenes y adultos. El Congreso debe reorientar una parte significativa de la ayuda federal para la educación primaria y secundaria a programas modelo de pagarés de educación para los padres pobres de los barrios del centro de las ciudades.



Cambios familiares en Estados Unidos: tendencias, efectos y el ataque conservador a los “valores familiares”

*Charles Peek**

El presidente de Estados Unidos escribe al Congreso: “Las leyes de divorcio son peligrosamente laxas [...] lo cual ha provocado que disminuya el interés en la santidad de la relación marital”. Algunos de los principales científicos sociales están preocupados porque los matrimonios en Estados Unidos se encuentran en una “desintegración extrema” y porque “dentro de cincuenta años ya no existirá el matrimonio”. Una respetable publicación trimestral advierte que: “La familia [...] está

* Profesor del Departamento de Sociología, Texas Tech University, Lubbock, Texas. El autor agradece a Mindy Stompler y Margaret Elbow, por sus comentarios a la primera versión de este ensayo.

desapareciendo de nuestra tierra, y [...] la misma existencia de nuestra sociedad está en peligro”.¹ Aunque estos mensajes suenan como si vieran del habitual ataque que hacen los defensores de los “valores familiares” contra los cambios en la familia, en realidad surgen del debate político sobre los cambios en la familia tales como el aumento de las relaciones sexuales premaritales, el incremento de los divorcios y la disminución de la fertilidad a principios de siglo.

Las batallas políticas en Estados Unidos acerca de los cambios en la familia son recientes. Ahora bien, la última ha estado ocurriendo en forma esporádica durante casi veinte años, aunque se ha intensificado en la década de los noventa. Casi inmediatamente después de que el presidente Jimmy Carter tomara posesión en 1976, inició la “Conferencia de la Casa Blanca sobre la Familia Estadunidense” que consideraría las “formas específicas en que podemos dar un mejor apoyo y reforzar nuestras familias”.² Enseguida se presentaron opiniones opuestas sobre si una mujer negra divorciada debería ser la directora ejecutiva de la conferencia, si los participantes en ésta serían elegidos entre grupos conservadores que deseaban revertir el cambio en la familia, en lugar de hacerlo entre aquellos grupos que favorecían este cambio, e incluso, sobre el título de la conferencia. ¿Debería ser una conferencia sobre “la familia” (legitimando así la familia tradicional con el esposo como proveedor y la esposa como madre y ama de casa), o debería ser una conferencia sobre “familias” (lo cual legitimaría como familia a otros grupos creados por el cambio familiar tales como familias con un solo padre, con doble proveedor y, quizá, incluso unidades de hijo-madre soltera)? Andrew Cherlin documenta la continuación de esta batalla política a lo largo de la década de los ochenta, desde los ataques recurrentes sobre la legalidad y la práctica del aborto, pasando por los ataques conservadores a la legislación para el subsidio del cuidado de los hijos de padres que trabajan y que, por lo tanto, desalienta a las muje-

¹ Estas citas, en el orden de aparición, son de William L. O’Neill, *Divorce in the Progressive Era* (New Haven: Yale University Press, 1967), 246; E.R. Groves, *The Marriage Crisis* (Nueva York: Guilford Press, 1988); Steven Mintz y Susan Kellogg, *Domestic Revolutions: A Social History of American Family Life* (Nueva York: The Free Press, 1988), 108, y B.C. Rosen, *The Industrial Connection: Achievement and the Family in Developing Societies* (Nueva York: Aldine, 1982), 299.

² Gilbert Y. Steiner, *The Futility of Family Policy* (Washington, D.C.: The Brookings Institution, 1981), 33-34.

res para que sean sólo amas de casa, hasta el actual clamor ridiculizante de los “valores familiares” del ataque en los años noventa.³

Mi objetivo en este ensayo es sugerir una importante razón para la reciente ofensiva del ala conservadora hacia los cambios en la familia: este cambio erosiona el modelo de familia basado en el poder de los hombres sobre las mujeres. Como antecedente, en primer lugar reviso los cambios que parecen estar en el fondo de semejante escándalo. Enseguida trato de mostrar cómo cada uno de estos cambios disminuye el control de los hombres sobre las mujeres en las familias. A continuación propongo que este efecto, más que una preocupación de cómo el cambio en la familia afecta a los niños, se encuentra detrás de los recientes ataques políticos hechos a estos cambios por los defensores de los valores familiares. Por último, en este texto se plantean algunas consideraciones sobre los problemas potenciales derivados de esta propuesta.

TENDENCIAS RECIENTES DEL CAMBIO EN LA FAMILIA

Parece que el centro de toda la conmoción son dos grupos de cambios recientes en las familias de Estados Unidos. Uno de aquéllos es el surgimiento de nuevas estructuras familiares fuera del matrimonio: intimidad sexual e intimidad residencial (cohabitación), así como la maternidad sin matrimonio. El otro grupo de problemas está conformado por cambios estructurales dentro de las familias, originados por el matrimonio (disminución del tiempo que duran los adultos en sus relaciones maritales y cambios en la composición familiar). Los cuadros 1 y 2 documentan el primer grupo de cambios, en tanto que el 3 y el 4 dan cuenta del segundo.

Nuevas estructuras familiares fuera del matrimonio

Intimidad sexual y residencial. Al inicio de los años sesenta, tanto la intimidad sexual para las mujeres como la intimidad residencial para hombres

³ Andrew Cherlin, *Marriage, Divorce, Remarriage*, edición corregida y aumentada (Cambridge: Harvard University Press, 1992), capítulo 6.

y mujeres —parejas sexualmente activas que viven juntas— ocurría principalmente dentro del matrimonio como parte de la experiencia familiar. En los últimos treinta años, estas experiencias tienen lugar, con más frecuencia, fuera del matrimonio, como estructuras alternativas separadas de la experiencia familiar. Los apartados A y B del cuadro 1 muestran los cambios en la *intimidad sexual*; en el A, los resultados cruzados de 1970 y 1992 de encuestas nacionales de probabilidad demuestran que la mayoría de las mujeres a principios de 1900 —grupos de mujeres de mayor edad— eran vírgenes cuando se casaron por primera vez. Conforme avanza el siglo, progresa la experiencia sexual premarital de las mujeres, sobre todo para el grupo entre 40 y 49 años de edad que tenían veinte años a mediados de los años sesenta y a principios de los setenta. Desde entonces, la proporción de mujeres con experiencias sexuales premaritales es similar a la de hombres. Al igual que los hombres, las mujeres también tenían más parejas sexuales (lo cual no se muestra en el cuadro). Para 1992, se encontró que el 51 por ciento de mujeres y el 62 por ciento de hombres habían tenido dos o más compañeros sexuales a la edad de veinte años.⁴ El apartado B muestra una tendencia similar en cuanto a sexo extramarital se refiere. Actualmente entre los grupos más jóvenes, la participación de las mujeres en este comportamiento es comparable a la de los hombres. Hace dos o tres décadas, los hombres casados eran los que participaban más de esta conducta, en comparación con las mujeres casadas, como lo confirman las diferencias de género para los grupos de mayor edad dentro de cada encuesta nacional. Sin embargo, en las décadas de los ochenta y noventa se encontraron casi idénticos porcentajes de mujeres y hombres de menos de cuarenta años de edad (los dos grupos de edad más jóvenes) que se aventuraban en busca de sexo fuera de sus matrimonios.

⁴ Mientras que la proporción de mujeres con múltiples compañeros sexuales antes del matrimonio está cercana ahora a la de los hombres, el porcentaje de mujeres con números mayores de compañeros sexuales antes del matrimonio, aunque está en aumento, todavía está muy lejos del porcentaje de los hombres en esta situación. Para los consortes de 50 a 59 años de edad, sólo el 1 por ciento de mujeres contra el 22 por ciento de hombres reportó cinco o más compañeros premaritales. Estos porcentajes se incrementan hasta en un 13 por ciento para mujeres y 31 por ciento para los hombres consortes de 18 a 29 años de edad. Véase Edward O. Laumann, John H. Gagnon, Robert T. Michael y Stuart Michaels, *The Social Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States* (Chicago: University of Chicago Press, 1994), 208-209.

Asimismo, la *intimidad residencial* o *cohabitación* se ha incrementado drásticamente en los últimos treinta años aproximadamente. De 1970 a 1994, de acuerdo con los datos del censo de Estados Unidos que se muestran en el apartado C del cuadro 1, se pudo apreciar un incremento del 600 por ciento en cuanto a cohabitación se refiere. Este incremento se debió casi en su totalidad a parejas heterosexuales de menos de 45 años. Entre estas parejas se pueden distinguir dos tendencias. Una es el alto nivel de cohabitación entre hombres y mujeres divorciados. Cerca del 60 por ciento de aquellas personas que vuelven a casarse viven con una pareja antes de hacerlo,⁵ lo cual se refleja en el incremento del 2000 por ciento en el nivel de cohabitación dentro de la categoría de 25 a 44 años de edad, lo cual puede apreciarse en el apartado C del cuadro 1. La otra tendencia es un número igualmente grande de cohabitación antes del primer matrimonio: en el grupo de menor edad casi dos terceras partes de hombres y mujeres que nunca han estado casados, lo cual se muestra en el apartado C del cuadro 1, ahora cohabitan antes de casarse.

Maternidad sin matrimonio. La intimidad para las parejas no está restringida al matrimonio ni tampoco lo está la unidad madre-hijo. En los últimos cincuenta años se ha triplicado la tasa de natalidad en el sector de mujeres solteras, las cuales generaron el 30 por ciento de todos los nacimientos de niños vivos a principios de 1990 (véase cuadro 2). Mientras que entre las mujeres negras existe una proporción mucho mayor de nacimientos fuera del matrimonio, la mayor parte del incremento de 1970 a la actualidad está dada por una aguda escalada en los nacimientos fuera del matrimonio dentro del mayor grupo de mujeres blancas. La proporción de nacimientos de niños blancos que pertenecen a madres solteras es casi cuatro veces más de lo que era en 1970, comparado con un incremento de apenas dos veces entre las mujeres negras desde 1970. El porcentaje de nacimientos en mujeres solteras varía considerablemente entre los grupos hispanos.⁶

⁵ Larry L. Bumpass y James A. Sweet, "National Estimates of Cohabitation: Cohort Levels and Union Stability", *Demography* 25 (1989): 615-625.

⁶ En 1990, el 56 por ciento de nacimientos de puertorriqueños fue de mujeres solteras, seguido por un 33 por ciento de nacimientos entre los mexicanoamericanos y un 18 por ciento entre los cubanoamericanos. Véase U.S. National Center for Health Statistics, *Morbidity and Mortality Weekly Report* 42 (Hyattsville Md.: National Center for Health Statistics, 1993).

Cambios estructurales dentro de las familias formadas por matrimonio

Menos tiempo de permanencia de los adultos en el matrimonio. La combinación de tres cambios para entrar y salir del matrimonio está reduciendo en forma drástica el tiempo que los adultos pasan dentro de las familias durante su vida. Uno de estos cambios es el enorme incremento de personas de mediana edad que se casaron por primera vez entre 1970 y 1993, lo cual se muestra en el apartado A del cuadro 3 (un mayor cambio del que ocurrió entre los primeros datos sobre este aspecto de 1790 a 1970). Este cambio reduce los primeros años de adultez pasados en matrimonio, así como el número de gente en primeros matrimonios, como se puede ver en el apartado B del cuadro 3. Un segundo cambio en dicho apartado es el incremento en la tasa de divorcios, lo cual reduce el tiempo que las personas permanecen casadas. Por otra parte, la baja en la tasa de segundas nupcias es el tercer cambio mostrado en el apartado antes mencionado. Este factor está empezando a disminuir a un nivel en el que estaba la tasa de divorcios alrededor de 1980, lo cual significa que la gente permanece soltera mucho más tiempo después del divorcio o la viudez.

Desde 1970, estos tres cambios han producido un impresionante crecimiento en la proporción de población que no está casada (apartado C del cuadro 3). En 1993, de las personas de 18 años o más, casi seis de cada diez afroamericanos y cerca de cuatro de cada diez hispanos y blancos estaban solteros.⁷ Datos recientes indican que es posible que cada vez más un mayor número de gente nunca se casa: entre 1970 y 1993 casi se duplicó el número de personas que nunca se ha casado en la categoría de 40 a 44 años.⁸

⁷ Las mayores proporciones de solteros entre los afroamericanos se deben, en gran medida, a la estructura de mercado del matrimonio a la que se enfrentan las mujeres afroamericanas. Existe una sorprendente disminución de hombres afroamericanos solteros económicamente atractivos, que no hayan muerto por la violencia callejera, o que no estén en prisión o en el sistema correccional, y que estén empleados, percibiendo un ingreso arriba del nivel de pobreza. Véase Cherlin, *Marriage, Divorce...*, 99-107. Lichter y sus colegas estiman que por cada tres mujeres negras solteras, hay, aproximadamente, un hombre negro soltero con ingresos superiores al nivel de pobreza. Daniel T. Lichter, Diane K. McLaughlin, George Kephart y David J. Landry, "Race and the Retreat from Marriage: A Shortage of Marriageable Men?", *American Sociological Review* 57 (1992): 781-799.

⁸ U.S. Bureau of the Census, "Marital Status and Living Arrangements: March 1992", *Current Population Reports* (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office—GPO—, 1994), series P20-478.

Cambios en la composición familiar. El cuadro 4 muestra cuatro alteraciones en la composición de las familias creadas a partir del matrimonio. Una es tener *menos hijos*. No sólo el 30 por ciento de niños nacen de madres solteras fuera de estas familias (recordemos el cuadro 2), sino que la tasa de natalidad entre las mujeres casadas disminuyó en una gran proporción entre 1960 y 1970 y, desde entonces, ha permanecido baja (el apartado A1 del cuadro 4 lo muestra). Esta baja en la tasa de natalidad se vincula con otro cambio —el aumento en el uso de más y mejores métodos anticonceptivos, así como del aborto por parte de mujeres casadas, lo cual significa un *mayor control sobre el proceso de reproducción*—; esto se muestra en el apartado A2 del cuadro 4. En 1990 tres de cada cinco mujeres recurrieron a la esterilización (para ellas o para sus maridos) o bien usaban la píldora para evitar el embarazo, en contraste con la cifra de una mujer de cada cinco que realizaba tales prácticas en 1965. Si el método anticonceptivo fallaba o no se utilizaba, entonces el aborto —una táctica usual de las mujeres solteras para no procrear— se convertía en una solución para evitar dar a luz; cerca de una de cada diez mujeres casadas embarazadas recurrieron a esta estrategia.

Algunas tendencias compensatorias afectan el número de padres en las familias formadas por matrimonio. Por un lado, el aumento en los divorcios ha provocado que haya *menos padres* al haber más hogares con un solo padre. Aunque los hogares de este tipo que se inician fuera del matrimonio se han extendido más rápidamente, los hogares con un solo padre que surgen del matrimonio y después se disuelven se han incrementado del 12 por ciento de todos los hogares con niños en 1970 a 19 por ciento en 1991 (apartado B del cuadro 4). Sin embargo, la expansión del divorcio también crea un mayor grupo de personas solteras y, por lo tanto, estimula el incremento de segundas nupcias, que cada año casi igualan en número a los matrimonios por primera vez (apartado C del cuadro 4). Debido a que cerca del 80 por ciento de estas segundas nupcias involucran a hijos de, por lo menos, uno de los miembros de la pareja, muchos niños tienen más padres (en realidad padrastros, además de sus padres biológicos). Poco más de uno de cada cinco hogares de parejas casadas con hijos tienen padrastros.⁹

⁹ U.S. Bureau of the Census, "Marriage, Divorce, and Remarriage in the 1990's", *Current Population Reports* (Washington, D.C.: GPO, 1992), series P23-180, p. 10.

La modificación decisiva en la composición de las familias formadas en matrimonio es el *menor tiempo que brindan los padres en la interacción familiar*. La necesidad de más de una fuente de ingresos, así como el incremento en las obligaciones laborales han obligado a un gran número de mujeres casadas a formar parte de la fuerza de trabajo. El apartado D del cuadro 4 muestra que para 1992, el 60 por ciento de las mujeres casadas con hijos menores de seis años, y el 74 por ciento con hijos de seis a 17 años, formaban parte de la fuerza de trabajo remunerada, muy por encima del 11 y 28 por ciento, respectivamente, en 1950. Además, este cambio en los patrones de empleo ha reducido la interacción padre-hijo a partir de la disminución generada hace un siglo o siglo y medio por la entrada de los padres varones en el trabajo remunerado fuera de casa.

CAMBIOS FAMILIARES RECIENTES Y EL PODER MASCULINO BASADO EN LA FAMILIA

Pues bien, estos son los cambios. Antes de mostrar cómo cada una de estas transformaciones disminuye el poder de los hombres basado en la familia, es necesario comprender el matrimonio como el principio estructural de este poder. El matrimonio en Estados Unidos ha sido lo que Cherlin llama “el principio central organizador de la actividad sexual y reproducción humana” y por lo tanto de la familia.¹⁰ ¿En qué se basa este “principio” de la organización de la actividad sexual y la reproducción humana? En la autoridad masculina y el control sobre las mujeres. Hasta las últimas tres décadas más o menos, el matrimonio ataba a la mujer legalmente a un hombre, controlando su comportamiento a través de leyes, y obligándola a proporcionar servicios domésticos para su esposo, lo cual otorgaba a él más poder.¹¹ Esto también establecía típicamente su dependencia económica con respecto del hombre, quien, en el pasado, era la fuente de ingresos predominante, si no la única y que, incluso ahora, gana aproximadamente un tercio más que lo que

¹⁰ Andrew Cherlin, *Public and Private Families* (Nueva York: McGraw-Hill, 1996).

¹¹ Véanse Lenore J. Weitzman, “Legal Regulation of Marriage: Tradition and Change”, *California Law Review* 62 (1974): 1169-1288; Lenore J. Weitzman, Carol Dixon, Joyce A. Bird, Neil McGinn y Dena Robertson, *Alternative Lifestyles* 1 (1978): 303-378.

gana la esposa cuando ambos trabajan por un salario. Hasta las décadas más recientes, estar casado significaba que el hombre controlaba también el cuerpo de la mujer: ella era obligada a tener sexo con él, lo deseara o no,¹² y él tenía una considerable jurisdicción sobre otros asuntos referentes al cuerpo, tales como el embarazo y sus consecuencias. Asimismo, el matrimonio otorgó control a los hombres sobre el lugar de residencia de las mujeres. Hasta hace poco, si un esposo cambiaba de residencia por motivos de trabajo, su esposa estaba obligada a ir con él; negarse a acompañarlo era considerado legalmente como abandono. Si era ella quien cambiaba el lugar de residencia por motivos de trabajo y él no la acompañaba, también se consideraba como abandono *por parte de ella*.¹³ Quizá lo más importante, debido a que se requería el matrimonio para que las mujeres tuvieran hijos, era que los hombres podían supervisar el proceso de criar a los hijos (aunque casi siempre desde cierta distancia). La supervisión y participación en este proceso daba a los hombres la oportunidad de asegurarse de que fueran transmitidas a la siguiente generación las diferencias tradicionales en la socialización de los géneros que estimulan el poder masculino, tales como la expectativa de un mayor poder y privilegio masculinos, así como las diferencias tanto en tareas como en emociones. Por último, la alteración en el apellido de una mujer para cambiarlo por el del esposo —lo cual está cambiando, pero sigue siendo muy común— simboliza el poder que él tiene sobre ella a través del matrimonio, pues la nueva “familia” de ella, con la que ahora se identifica, lleva el apellido de él en lugar del suyo.

Ambos grupos de cambios descritos —nuevas estructuras familiares surgidas fuera del matrimonio y cambios estructurales dentro de las familias creadas por el matrimonio— han socavado estas tradicionales ventajas de poder que la institución del matrimonio y la familia proporcionan a los hombres. Consideremos cómo cada uno de estos dos

¹² Recientemente, más de la mitad de entidades en Estados Unidos han promulgado leyes contra la violación dentro del matrimonio. Sin embargo, algunos de estos estados tienen una excepción para este tipo de violación: no levantarán una demanda si un hombre está viviendo con una mujer (casados o no), ni si la pareja ha llenado documentos legales para terminar el matrimonio. Véase Diana E.H. Russell, *Rape in Marriage* (Bloomington: University of Indiana Press, 1990).

¹³ Weitzman, “Legal Regulation of Marriage...”.

grupos de cambios, así como un cambio en la definición de familia que ambos producen, han logrado lo anterior.

Nuevas estructuras familiares fuera del matrimonio

Todos los incrementos en la intimidad extramaritales debilitan al matrimonio como institución y, por lo tanto, el poder masculino que se deriva del mismo. Debido a que el sexo puede proporcionar a las mujeres sensaciones físicas altamente placenteras y también desatar gratificantes sentimientos de amor, la circunscripción de la *intimidad sexual* al matrimonio para la mayoría de las mujeres era una fuerte motivación para casarse y comprometerse con esta institución. Pero los incrementos en las relaciones sexuales premaritales en las mujeres han hecho que ambas sensaciones extremadamente placenteras sean asequibles sin necesidad de casarse, lo cual reduce la motivación de las mujeres para entrar en una relación en la que pierden autonomía y poder y, por lo tanto, debilita el matrimonio como institución a través de la cual los hombres controlan a las mujeres. Asimismo, un mayor involucramiento en las relaciones sexuales extramaritales por parte de mujeres casadas más jóvenes debilita el control masculino intramarital de dos maneras. Al igual que el sexo premarital, las relaciones extramaritales debilitan la institución del matrimonio al hacer énfasis en que éste ya no es necesario para obtener el placer sexual, reduciendo la importancia de seguir casado para este propósito.¹⁴ La posibilidad de tener relaciones sexuales extramaritales también reduce la dependencia de cualquier esposa, en particular con respecto de su marido para obtener tal placer, disminuyendo la anterior fuente de control masculino en el matrimonio.

¹⁴ También es posible que las relaciones sexuales extramaritales puedan reforzar algunos matrimonios al proporcionar una salida para un apetito sexual insatisfecho, eliminando así un motivo de separación (ambos puntos fueron sugeridos por un participante del seminario y por un colega que revisó este ensayo). La investigación realizada con parejas estadounidenses sugiere que mientras en algunos casos, las relaciones sexuales extramaritales pueden tener estas consecuencias, básicamente tienden a debilitar el compromiso en el matrimonio y a crear problemas en las relaciones maritales si la pareja llega a saberlo. Para mayor información, véase Graham B. Spanier y Randie L. Margolis, "Marital Separation and Extramarital Sexual Behavior", *Journal of Sex Research* 19 (1983): 23-48.

El enorme incremento en la *intimidad residencial* o cohabitación para ambos sexos erosiona considerablemente al matrimonio como pilar del poder masculino. Cherlin considera la cohabitación como una “vía para formar una unión que minimiza la pérdida de independencia (tanto de la mujer como del hombre)”.¹⁵ En primer lugar, reduce el tiempo que tanto hombres como mujeres duran en el matrimonio. La cohabitación después del divorcio (casi el 60 por ciento de los divorciados cohabitan antes de volverse a casar) no sólo es la principal fuerza que se encuentra detrás del drástico incremento en edad para el primer matrimonio tanto en hombres como en mujeres, sino que también alarga el tiempo entre el divorcio y las segundas nupcias.¹⁶ Incluso merma la posibilidad de volver a casarse; la Oficina del Censo de Estados Unidos estima que una tercera parte de las mujeres divorciadas nunca volverá a casarse.¹⁷ En segundo lugar, la cohabitación no es sólo el tiempo que se pasa fuera del matrimonio en una relación similar dominada por el hombre, la brecha de poder entre el hombre y la mujer que cohabitan es menor que entre las parejas de casados. La investigación revela que las parejas que cohabitan tienden más a adoptar roles de género más igualitarios que las parejas casadas,¹⁸ tienden a dividir menos las tareas del hogar por género,¹⁹ a estar de acuerdo en que ambos miembros de la pareja deberían contribuir por igual en todas las partes de la relación,²⁰ y a dar énfasis a la libertad y autonomía individual para los casados.²¹ En tercer lugar, la cohabitación disminuye el poder masculino matrimonial para aquellos cohabitantes que se casan posteriormente. No sólo es posible que estas personas lleven consigo, desde la cohabitación, algunas expectativas más igualitarias con respecto de las relaciones de gé-

¹⁵ Cherlin, *Public and Private Families*, 245.

¹⁶ Larry L. Bumpass, James A. Sweet y Andrew Cherlin, “The Role of Cohabitation in the Declining Rates of Marriage”, *Journal of Marriage and the Family* 53 (1989): 913-927.

¹⁷ U.S. Bureau of the Census, *Statistical Abstracts of the United States 1992*, (Washington, D.C.: GPO, 1992).

¹⁸ Marin Clarksberg, Ross M. Stolzenberg y Linda J. Waite, “Attitudes, Values, and Entrance into Cohabitation versus Marital Unions”, *Social Forces* 74 (1995): 609-634.

¹⁹ Sampson L. Blair y Daniel T. Lichter, “Measuring the Division of Household Labor: Gender Segregation among American Couples”, *Journal of Family Issues* 12 (1991): 91-113.

²⁰ Philip Blumstein y Pepper Schwartz, *American Couples: Money, Work, Sex* (Nueva York: William Morrow, 1983).

²¹ Elizabeth Thomson y Ugo Colella, “Cohabitation and Marital Stability: Quality or Commitment”, *Journal of Marriage and the Family* 54 (1992): 259-267.

nero dentro del matrimonio;²² asimismo se sienten menos comprometidos con la institución matrimonial. En comparación con las personas casadas, los cohabitantes presentan más desacuerdo con el ideal de la permanencia en el matrimonio y se oponen menos al sexo extramarital.²³ Del mismo modo, los cohabitantes tienden a ver el matrimonio en forma negativa, rechazando las restricciones y demandas que el matrimonio tiene para los individuos.²⁴

El incremento de la maternidad entre las mujeres solteras sabotea el nexo del matrimonio con la maternidad y la crianza. Este cambio debilita el matrimonio, reduce el poder masculino proporcionado generalmente por aquél y diluye el control masculino en lo que a maternidad y crianza se refiere. En este sentido, los hombres o bien carecen de influencia en estos procesos por su ausencia, o bien la estructura más igualitaria de la cohabitación disminuye su influencia. Por último, este cambio también aminora el apoyo cultural para la supervisión masculina de estos procesos al debilitar el “principio de legitimidad”,²⁵ lo cual requiere que los hombres se vinculen a la maternidad y la crianza.²⁶

Cambios estructurales dentro de las familias formadas en matrimonio

Conviene recordar que el incremento en la edad en que se contrae matrimonio por primera vez, las altas tasas de divorcio y la reducción en segundas nupcias *disminuyen el tiempo que los adultos que se casan permanecen dentro del matrimonio*. Debido a que las mujeres pasan menos tiempo en esta institución que en el pasado, están sujetas menos tiempo de sus vidas al control masculino a través del matrimonio. Dos de estos cambios reducen en forma específica el poder masculino basado en la familia. En primer lugar, la variante en la edad en que se contrae matri-

²² Cherlin, *Public and Private Families*.

²³ De Maris, Alfred y William MacDonald, “Premarital Cohabitation and Marital Instability: A Test of the Unconventionality Hypothesis”, *Journal of Marriage and the Family* 55 (1993): 399-407.

²⁴ Marin Clarksberg *et al.*, “Attitudes, Values, and Entrance...”.

²⁵ Bronislaw Malinowski, “Parenthood — The Basis of Social Structure”, en V.F. Calverton y S.D. Schmalhusen, eds., *The New Generation* (Nueva York: Macauley, 1930).

²⁶ Teresa Donati, “Single Parents and Wider Families in the New Context of Legitimacy”, *Marriage & Family Review* 20 (1995): 27-42.

monio por primera vez debilita la base de poder con la cual los hombres tradicionalmente iniciaban el matrimonio. Puesto que los hombres tienen cerca de dos años más que las mujeres con las que se casan, antaño los hombres empezaban su matrimonio con mayores fuentes de poder. En 1960, los hombres tenían casi 23 años de edad en contraste con sus esposas que tenían poco más de veinte, lo cual redundaba en una relativa antigüedad en sus empleos (o más tiempo para obtener un empleo) y una mayor capacidad salarial (así como una mayor experiencia de vida) que sus esposas. Pero, a medida que se incrementa el número de personas de mediana edad que se casan por primera vez, disminuyen los beneficios de poder que tenían los hombres por ser mayores. En 1993, en las edades entre 25 y 27 años, tanto los empleos como las fuentes de ingreso de las mujeres se acercan a los de los hombres, y la experiencia de vida de las mujeres es similar a la de ellos. En segundo lugar, el incremento en las separaciones ha establecido una mayor tolerancia para el divorcio y llama la atención que éste sea una posibilidad real para aquellas personas insatisfechas con el matrimonio. Este cambio reduce la autoridad masculina al debilitar el vínculo del matrimonio a través del cual fluye parte de este poder. A pesar de la considerable caída en el nivel de vida de las mujeres después del divorcio,²⁷ las mujeres siguen usando esta alternativa para escapar del matrimonio.²⁸ Asimismo, es posible que el hecho de que los hombres tomen conciencia de la viabilidad del divorcio para sus mujeres permita que reduzcan algunos de sus esfuerzos para ejercer el poder marital.

²⁷ Karen C. Holden y Pamela J. Smock, "The Economic Costs of Marital Dissolution: Why Do Women Bear a Disproportionate Cost?", *Annual Review of Sociology* 17 (1991): 51-78.

²⁸ Una interpretación de este descenso en el nivel de vida es que el divorcio disminuye el poder de la mujer, por lo menos en el campo económico. Hay dos problemas con esta interpretación como crítica al argumento de que el divorcio incrementa la autonomía de la mujer al liberarla del control masculino basado en la familia. El primero es que semejante argumento pasa por alto los descubrimientos de las investigaciones en cuanto a que las mujeres en los matrimonios tradicionales rara vez tienen control y acceso igual al ingreso y bienes "familiares" antes del divorcio. Para este tema véase Beth S. Catlett y Patrick C. McKenry, "Implications of Feminist Scholarship for the Study of Women's Postdivorce Economic Disadvantage", *Family Relations* 45 (1996): 91-97. Este punto de vista supone erróneamente que la disminución del ingreso "familiar" (sobre el cual las mujeres no tenían control y acceso iguales) al ingreso después del divorcio (que ellas sí controlan) es una pérdida real de los recursos económicos. El segundo problema es que incluso si el divorcio reduce los recursos económicos de las mujeres, aun así debilita el poder masculino *basado en la familia* al eliminar a las mujeres de esta institución.

Uno de los *cambios en la composición familiar* es tener *menos hijos*, lo cual significa demandar menos tiempo de las mujeres como progenitoras principales. Este cambio ata menos a las mujeres a las tareas familiares y permite más la adquisición de recursos de poder fuera de las familias, tales como un trabajo que genere ingresos. El *mayor control* de las mujeres casadas *sobre el proceso de maternidad* está vinculado con este cambio. Por otra parte, el uso de técnicas más eficaces de control natal —esterilización, píldoras anticonceptivas o aborto— el cual no necesariamente es decisión del esposo, aumentan el poder de la mujer y, en correspondencia, reducen el poder de los hombres en cuanto a la maternidad. Así, los hombres no sólo han perdido cierto control en este proceso, sino que al haber *menos padres* en las familias —el incremento de hogares con un progenitor, 86 por ciento de los cuales son mujeres—²⁹ ha disminuido la habilidad de los hombres para supervisar y participar en el proceso de crianza. La ausencia de padres en estos hogares también significa que la siguiente generación de niños experimentará una socialización más igualitaria por género, lo cual debilitará, a futuro, el poder masculino. Es más probable que los padres, más que las madres, enseñen explícitamente los papeles más tradicionales y menos igualitarios en cuanto a género se refiere,³⁰ y los hogares con ambos padres, con la figura paterna presente, se conviertan en fábricas de género que tiendan a reproducir las diferencias tradicionales a través de la observación que hacen los niños de la interacción entre los padres.³¹

Curiosamente, la tendencia compensatoria de *más padres* —padrastros obtenidos a través del incremento en segundas nupcias, además de los padres biológicos— parece reducir también la base institucional del poder marital masculino, principalmente porque las segundas nupcias son, todavía, lo que Cherlin ha llamado una “institución incompleta”.³²

²⁹ U.S. Bureau of the Census, *Statistical Abstracts of the United States 1995*, (Washington, D.C.: GPO, 1995).

³⁰ P. Bronstein, “Father-Child Interaction: Implications for Gender Role Socialization”, en P. Bronstein y C.P. Cowan, eds., *Fatherhood Today: Men's Changing Role in the Family* (Nueva York: Wiley, 1988).

³¹ Sarah F. Berk, *The Gender Factory: The Apportionment of Work in American Households* (Nueva York: Plenum Press, 1985).

³² Véanse Andrew Cherlin, “Remarriage as an Incomplete Institution”, *American Journal of Sociology* 84 (1978): 634-650; y Cherlin, *Public and Private Families*.

El segundo matrimonio tiene funciones menos claras y una organización menos fija, lo cual significa que los papeles y el poder de los integrantes de la pareja no están formados dentro de esta estructura del mismo modo en que lo estaban en los primeros matrimonios. En lugar de esto, la estructura de los segundos matrimonios es más bien obra de la pareja, construida mediante la negociación. Por lo general, la responsabilidad de esa estructura en los segundos matrimonios reside en la mujer, pues sus habilidades en este terreno son casi siempre superiores a las del hombre.³³

Incluso en familias con ambas figuras presentes, ahora *los padres permanecen menos tiempo en la interacción familiar* que hace tres o cuatro décadas, debido al gran influjo de las madres que laboran fuera de casa. Mientras que su empleo reduce el tiempo de maternidad que dedican a sus hijos (como ocurrió hace un siglo con el flujo de los padres varones que trabajaban fuera de casa), incrementa los recursos económicos de las mujeres y reduce la dependencia de éstas en relación con sus maridos, lo cual debilita la tradicional fuente de poder que representa el hombre en la familia.

Nuevas definiciones de familia

En Estados Unidos ambos grupos de cambios pugnan hacia un tercero: un cambio en la definición de familia. Debido a que el concepto "familia" conlleva un significado positivo como nombre de la organización humana básica, los grupos producidos por estos cambios —parejas que cohabitan, madres solteras, padres divorciados con hijos, padrastros y hermanastros unidos a través del segundo matrimonio a los padres y hermanos biológicos de uno de los miembros de la pareja, y la

³³ Por lo general, las habilidades de negociación de las esposas rebasan a las de sus maridos, pues casi siempre ellas se encuentran más familiarizadas con las necesidades de ellos en comparación con lo que éstos están con las necesidades de sus esposas, y generalmente éstas tienen una mejor habilidad verbal. Tanto Deaux y Major, así como Hochschild ilustran los beneficios de esta sensibilidad de las mujeres para las negociaciones matrimoniales. Véanse K. Deaux y B. Major, "Putting Gender into Context: An Interactive Model of Gender-Related Behavior", *Psychological Bulletin* 94 (1987): 369-389; y Arlie Hochschild, *The Managed Heart* (Berkeley: University of California Press, 1983).

gente relacionada a través del matrimonio, por vínculos de sangre o en segundas nupcias que se extiende a distintos hogares— con frecuencia se consideran como familia. Asimismo lo hacen aquellas personas que no están vinculadas por lazos de sangre ni por matrimonio, tales como amigos incluidos en las familias de clase baja,³⁴ así como las lesbianas y los homosexuales que mantienen lazos amistosos quienes también se denominan familia.³⁵

Debido a que las definiciones no sólo describen sino que prescriben, se transforman en constructos ideológicos que presionan para que el comportamiento de la gente sea de acuerdo con la definición. Por ejemplo, definir la familia en la forma tradicional prescribe la presencia de un hombre adulto; y si él no forma parte del grupo, no puede considerarse familia. Esta definición dice que las mujeres deben tener a los hombres viviendo con ellas si es que desean tener una familia, y que los niños como miembros de las familias deberán tener padres. De aquí que los cambios en la definición de familia para incluir grupos distintos de los “adultos de género opuesto y uno o más hijos” atacan esta definición de familia tan favorable para los varones y, por lo tanto, para el poder masculino basado en la familia.

Cherlin describe otra forma en la que las nuevas definiciones de familia pueden erosionar este poder.³⁶ Sostiene que para seguir activos, los lazos familiares sobre los que se basa esta nueva definición, a diferencia de los vínculos de sangre, requieren un continuo mantenimiento. Y ¿quién los mantiene activos?, aquellas que realizan el trabajo de parentesco: las mujeres. Por lo tanto, cambiar la definición de familia para incluir el parentesco creado garantiza a las mujeres más control de la familia por su papel predominante en el mantenimiento de estas relaciones familiares, generando una tendencia que Cherlin llama “la feminización del parentesco”.

³⁴ Véanse David L. Harvey, *Potter Addition: Poverty, Family, and Kinship in a Heartland Community* (Nueva York: Aldine de Gruyter, 1993) y Carol Stack, *All Our Kin: Strategies for Survival in a Black Community* (Nueva York: Harper and Row, 1974).

³⁵ Kath Weston, *Families We Choose: Lesbians, Gays, Kinship* (Nueva York: Columbia University Press, 1991).

³⁶ Cherlin, *Public and Private Families*, 484.

EL ATAQUE CONSERVADOR CONTRA EL CAMBIO FAMILIAR:
¿PÉRDIDA DEL PODER MASCULINO BASADO EN LA
FAMILIA O PREOCUPACIÓN POR LOS HIJOS?

Todos estos cambios familiares representan un ataque contundente contra el poder masculino basado en la familia. Aparte de la propensión general entre los conservadores a estar contra las modificaciones, lo cual reduce las diferencias entre las personas,³⁷ este efecto explica bastante de su oposición de los “valores familiares” a dichos cambios. Algunos análisis de escritores de tendencias derechistas (tales como Phyllis Schlafly, Jerry Falwell, Beverly y Tim LaHaye, Edwin Lewis Cole, Charles Stanley y George Gilder) demuestran un compromiso vigoroso hacia la familia tradicional en la que los maridos mandan, las esposas se someten y los hijos obedecen, así como una gran preocupación porque esta estructura autoritaria está decayendo.³⁸ El discurso conservador muestra que amplios sectores de la población también asumen este compromiso, aunque, con frecuencia, en forma de comentarios despectivos hacia las mujeres.³⁹ A pesar de ser tan distintos

³⁷ Kenneth R. Hoover argumenta que la creencia central de la ideología conservadora es que logramos una mejor sociedad al reconocer que las diferencias de las personas son más importantes que sus semejanzas (puede consultarse también el trabajo de Hoover incluido en este volumen). Esta creencia dispone a los conservadores en favor de los cambios que incrementan las diferencias entre las personas (menos ayuda para los pobres, límites en los esfuerzos gubernamentales para hacer que las escuelas públicas proporcionen una educación similar para todos y la eliminación del progreso a partir de los impuestos sobre el ingreso) y los conduce a oponerse a los cambios que aminoran estas diferencias, tales como reducir la disparidad entre el poder masculino y el femenino. Véase Kenneth R. Hoover, *Ideology and Political Life*, 2a. ed. (Belmont: Wadsworth, 1994).

³⁸ Véanse Susan Cohen y Mary F. Katzenstein, “The War over the Family Is not over the Family”, en Sanford M. Dornbush y Myra H. Strober, eds., *Feminism, Children, and the New Families* (Nueva York: The Guilford Press, 1988), así como Michael Lienesch, *Redeeming America: Piety & Politics in the New Christian Right* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993), 53-76.

³⁹ La caracterización que hace Rush Limbaugh acerca de las mujeres que buscan relaciones igualitarias de género como “feminazis”, es quizá el más conocido de tales comentarios. Otras tres descripciones interesantes de Limbaugh que ilustran su preocupación por las mujeres con poder y su absoluta misoginia: “El ingrediente clave para un matrimonio exitoso [para] ti mujer [...] es dejar que tu esposo haga lo que quiera”; y ¿por qué las mujeres no resultan buenas en las pruebas de opción múltiple? [...] Dios dijo: “Está bien, Eva, opción múltiple o múltiples orgasmos, ¿qué quieres? Todos sabemos qué escogió Eva”. La tercera descripción es la de Chelsea Clinton como “el perro de la Casa Blanca”. Limbaugh alzó hacia la cámara de televisión una foto de Socks, el gato de la Casa Blanca, y enseguida puso la foto de la hija del pre-

los diversos componentes del conservadurismo, se unifican en la idealización de las diferentes funciones genéricas y la estructura de autoridad masculina de la familia tradicional.⁴⁰ Tal idealización proporciona la base para la ofensiva de los “valores familiares” de los conservadores contra los cambios que resquebrajan esta estructura.

Pero ¿qué ocurre con los hijos afectados por el cambio familiar? Muchos conservadores querían hacer eco de las protestas de otros estudiosos del fenómeno: el interés por los efectos adversos de este cambio familiar en los hijos, más que preocupación por la pérdida del poder masculino basado en la familia, alimenta la ofensiva conservadora contra el cambio familiar. Con esta explicación se presentan dos problemas: en primer lugar, el antagonismo alrededor de los infantes se filtra en los escritos conservadores que son, ostensiblemente, sobre preocupaciones acerca de cómo el cambio familiar afecta negativamente a los hijos. La revisión de estos escritos, realizada por Leinesch, revela que los niños son vistos como “tiranitos” con “deseos egoístas” que deben disciplinarse a golpes.⁴¹ La ansiedad de los adultos acerca de la autoridad y control vuelve a surgir en la atmósfera altamente cargada de sexo en la adolescencia, cuando la juventud debe ser reprimida de la tentación y se debe hacer gala de la autoridad paterna. Debido a que este antagonismo cuestiona el grado en el que los conservadores se interesan por los hijos, debilita la explicación que la oposición conservadora da al cambio en la familia en términos de tal interés.

En segundo lugar, y más importante, la preocupación por las consecuencias negativas del cambio familiar existe a lo largo del espectro político, no sólo entre los conservadores. Así, los liberales y las feministas se preocupan e interesan públicamente por los hijos afectados por el cambio familiar,⁴² como lo ilustra el debate sobre la decadencia

sidente de trece años de edad. Véanse Steven Rendell, Jim Naureckas y Jeff Cohen, *The Way Things Aren't: Rush Limbaugh's Reign of Error* (Nueva York: The New Press, 1995), reeditado en “Big Fat Lies”, *Mother Jones* (mayo-junio 1995), 39.

⁴⁰ Cohen y Katzenstein, “The War over the Family...”.

⁴¹ M. Lienesch, *Redeeming America...*, 77-90.

⁴² Véanse Cohen y Katzenstein, “The War over the Family...”; Dornbush y Strober, eds., *Feminism, Children, and the New Families*; Kristin Luker, *Abortion and the Politics of Motherhood* (Berkeley: University of California Press, 1984) y Karen Skold, “The Interest of Feminists and Children in Child Care”, en Dornbush y Strober, eds., *Feminism, Children, and the New Families*.

familiar en un ejemplar de 1993 del *Journal of Marriage and the Family*.⁴³ Un análisis de las posiciones conservadora y feminista sobre los intereses de los hijos muestra más coincidencias que diferencias y cómo éstas deben satisfacerse.⁴⁴ Puesto que la preocupación de cómo el cambio familiar afecta a los hijos no es del ámbito exclusivo del pensamiento conservador, dicha preocupación no es una explicación muy convincente de la ofensiva de los “valores familiares” conservadores contra el cambio familiar. Si tal preocupación es la causa primordial de este ataque, ¿por qué los liberales y las feministas, que también comparten este interés, no se oponen al cambio en la familia?

CONCLUSIONES

Después de revisar varios tipos de cambios familiares y de examinar la reducción del poder masculino sustentado en la familia, he propuesto que la reducción de este poder es una razón clave de por qué los conservadores se oponen a dicho cambio. No creo que la preocupación acerca de cómo perjudica este cambio a los hijos sea de gran ayuda para comprender por qué se le ataca. Tal asunto se extiende más allá de los grupos conservadores, por lo que no cuenta para la respuesta de los “valores familiares” que existe hacia este cambio, casi exclusivamente, entre los conservadores. Permítaseme concluir al considerar brevemente tres problemas potenciales con esta propuesta, los cuales necesitan ser atendidos.

El primero de ellos se refiere a las mujeres conservadoras que se oponen al cambio familiar. Si los intereses de poder por parte de los hombres están amenazados por el cambio familiar, ¿por qué hay muchas mujeres conservadoras que luchan por los “valores familiares”? En primer lugar, algunas mujeres derivan beneficios de poder y privilegios a partir del sistema familiar tradicional, mediante sus vínculos con hombres poderosos y privilegiados.⁴⁵ Las amenazas al poder masculino pue-

⁴³ Véanse Philip A. Cowan, “The Sky Is Falling, But Popenoe’s Analysis Won’t Help Us Do Anything About It”, *Journal of Marriage and the Family* 55 (1993): 548-553 y Norval D. Glenn, “A Plea for Objective Assessment of the Notion of Family Decline”, *Journal of Marriage and the Family* 55 (1993): 542-544.

⁴⁴ Cohen y Katzenstein, “The War over the Family...”.

⁴⁵ Susan Ostrander, *Women of the Upper Class* (Filadelfia: Temple University Press, 1984).

den ser vistas como amenazas a su propio poder, especialmente si éstas rompen con los intercambios entre hombres y mujeres dentro de las familias, una fuente clave para el acceso de la mujer al poder del hombre. En segundo lugar, otras mujeres han adquirido poder para sí mismas a través de su adaptación creativa al sistema tradicional. Por ejemplo, algunas han sobresalido en tareas femeninas tradicionales como el cocinar, el educar, así como el trabajo emocional, lo que las hace imprescindibles por su pericia y por adquirir poder interpersonal a través de esta necesidad. Otras mujeres han obtenido poder a través de su participación en funciones femeninas tradicionales dentro de organizaciones extrafamiliares como grupos religiosos y de caridad. Incluso otras pertenecen a papeles de género tradicionales y de poder mediante la identificación con la maternidad (su principal fuente de poder y respeto de sí mismas dentro del matrimonio).⁴⁶ Las mujeres que ven una amenaza en estos cambios para sus adaptaciones creativas a este sistema pueden oponerse a los cambios en el sistema familiar tradicional. Finalmente, muchas mujeres verdaderamente se interesan por los hombres a los que están unidas (sus hijos, esposos, padres, hermanos y, algunas veces, amigos). La amenaza para sus hombres es algo que les preocupa, lo cual podría provocar actividades de apoyo a los “valores familiares”. Como aclaran estas tres razones, la participación particular de las mujeres en el ataque al cambio familiar actual no es inesperada (e incluso puede ser fuente de poder para estas mujeres —otro ejemplo de adaptación creativa a tener menos poder—), aun cuando tal cambio beneficiaría el poder de las mujeres como grupo.

El segundo problema potencial se refiere a los hombres liberales. Los cambios familiares actuales reducen su poder sustentado en la familia, al igual que el poder de los hombres conservadores. Así, ¿por qué atacan estos cambios? Mientras que los hombres liberales pueden sentirse amenazados por estos cambios, los fuertes ideales igualitarios culturales de la izquierda política, la posibilidad de parecer intolerante y políticamente incorrecto, y su intenso desagrado por la derecha política se combinan para mantenerlos alejados de la oposición pública al cambio familiar.

⁴⁶ Luker, *Abortion and the Politics of Motherhood*, capítulo 8.

Por último, ¿qué podemos decir acerca de los votos? ¿No es la intensa guerra que los conservadores están generando en el cambio familiar un esfuerzo para atraer votos? Por supuesto. Pero tal explicación sólo plantea la pregunta de por qué los clamores ridiculizantes de los “valores familiares” atraen a los electores. Este ensayo ha propuesto una respuesta: los intereses de poder de casi todos los hombres y de muchas mujeres están siendo dañados por estos cambios. Usar los “valores familiares” para atraer a los electores es eficaz precisamente por su amplio rango de amenaza al cambio familiar de los actuales sistemas de estratificación de géneros y para todos aquellos que se perciben como beneficiarios de este cambio.

CUADRO 1
INCREMENTO DE LA INTIMIDAD EXTRAMARITAL

<i>A. Porcentaje que reporta relaciones sexuales premaritales por grupo de edad</i>					
<i>1970 Grupo de edad: casados (alguna vez)</i>			<i>1992 Grupo de edad: todos</i>		
<i>Encuesta de 1970</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>	<i>Encuesta de 1992</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
83-92	8	55	50-59	45	74
73-82	15	73	40-49	66	81
63-72	30	85	30-39	73	81
			18-29	70	78

<i>B. Porcentaje que reporta cualquier relación sexual extramarital por grupo de edad</i>					
<i>Edad en 1992</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>	<i>Edad en 1989-1993</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
50-59	12	37	50-59	9	34
40-49	20	31	40-49	17	24
30-39	15	21	30-39	15	19
18-29	12	7	18-29	14	9

CUADRO 1
(continuación)

<i>C. Cohabitación</i>					
<i>1. Parejas que cohabitan: 1970-1994 (en miles)</i>					
	1970	1980	1990	1994	<i>Cambio porcentual</i>
Parejas del mismo género	—	1238	1616	1509*	+ 22 (desde 1980)
Parejas de géneros opuestos	523	1589	2856	3661	+ 600
Edad del ama de casa					
Menos de 25	55	411	596	772	+ 1304
25-44	103	837	1775	2169	+ 2005
45-64	187	221	358	537	+ 187
65 o más	178	119	127	183	+ 03
<i>2. Porcentaje de personas que han cohabitado antes de su primer matrimonio (por grupo de edad)</i>					
<i>Edad en 1992</i>	<i>Mujeres</i>		<i>Hombres</i>		
50-59	7		16		
40-49	22		30		
30-39	42		53		
18-29	64		66		

* Información de 1993. La información sobre parejas del mismo género en 1994 no está disponible.

FUENTES: A: "1992 National Health and Social Life Survey", en Edward O. Laumann, John H. Gagnon, Robert T. Michael y Stuart Michaels, *The Social Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States* (Chicago: University of Chicago Press, 1994). B: *ibid.* C1: U.S. Bureau of the Census, *Statistical Abstracts of the United States* (Washington, D.C.: GPO, 1995), 55. *Idem*, *Current Population Reports* (Washington, D.C.: GPO, 1994), series P20-478, pp. 71-73. C2: *1992 National Health and...*, 207.

CUADRO 2
INCREMENTO DE LA TASA DE NATALIDAD ENTRE LAS MUJERES SOLTERAS

<i>Año</i>	<i>Tasa por 1000 mujeres solteras entre 15 y 44 años</i>	<i>Porcentaje de niños nacidos vivos</i>
Total		
1950	14.1	4
1960	21.6	5
1970	26.4	11
1980	29.4	18
1990	43.8	28
1992	45.2	30
Negros		
1950	71.2	17
1960	98.3	22
1970	95.5	38
1980	81.1	54
1990	90.5	67
1992	86.5	68
Blancos		
1950	6.1	2
1960	9.2	2
1970	13.8	6
1980	18.1	11
1990	32.9	20
1992	35.2	23

FUENTES: U.S. Bureau of the Census, *Statistical Abstracts...* (1984 y 1995), 70 y 77, respectivamente.

CUADRO 3
DISMINUCIÓN DEL TIEMPO EN EL MATRIMONIO

<i>Año</i>	<i>A. Edad promedio del primer matrimonio</i>		
	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Diferencia</i>
1950	22.8	20.3	2.5
1960	22.8	20.3	2.5
1970	22.5	20.6	1.9
1980	23.6	21.8	1.8
1990	26.1	23.9	2.2
1993	26.5	24.5	2.0

B. Tasa de primeros matrimonios, divorcios y segundas nupcias: promedios de 3 años

<i>Periodo de tres años</i>	<i>Primeros matrimonios por 1000 mujeres solteras. Edades entre 15 y 44</i>	<i>Divorcios por 1000 mujeres casadas. Edades entre 15 y 44</i>	<i>Segundas nupcias por 1000 mujeres divorciadas/viudas. Edades entre 15 y 54</i>
1951-1953	122	16	136
1954-1956	120	15	129
1957-1959	112	15	129
1960-1962	112	16	119
1963-1965	109	17	143
1966-1968	107	20	166
1969-1971	109	26	152
1972-1974	103	32	151
1975-1977	85	37	134
1978-1980	83	40	134
1981-1983	84	39	125
1984-1986	80	38	115
1987-1989	76	37	109

*C. Porcentaje de solteras (nunca casadas, divorciadas o viudas) y nunca casadas
Edad: 18 en adelante*

<i>Edad y raza/etnia</i>	<i>Solteras</i>		<i>Nunca casadas</i>	
	<i>1970</i>	<i>1993</i>	<i>1970</i>	<i>1993</i>
Total	28	39	16	23
Blancas	27	36	16	20
Negras	36	57	21	38
Hispanas	28	40	19	28

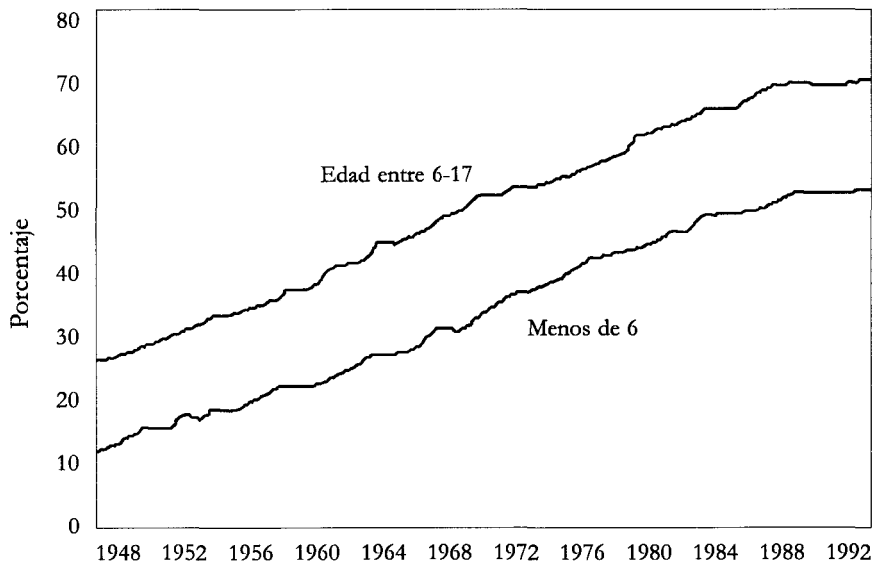
FUENTES: A: U.S. Bureau of the Census, *Current Population Reports*, vii; B: *ibid*, 2; C: *ibid*, vi.

CUADRO 4
CAMBIOS EN LA COMPOSICIÓN FAMILIAR

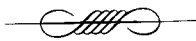
<i>A. Menos hijos</i>									
<i>1. Tasa de natalidad: niños nacidos vivos por cada 1000 mujeres entre 15 y 44</i>									
	<i>Todas las mujeres</i>						<i>Mujeres casadas</i>		
1960	118						123		
1970	88						97		
1980	68						95		
1990	71						93		
1992	69						88		
<i>2. Método anticonceptivo usado por mujeres casadas entre 15 y 44 años y abortos</i>									
	<i>Porcentaje de mujeres casadas que usan:</i>						<i>Abortos por cada 1000 niños nacidos vivos</i>		
	<i>Esterilización</i>	<i>Píldora</i>	<i>Condón</i>	<i>Diafragma/DIU</i>	<i>Otros</i>	<i>Nada</i>	<i>Mujeres casadas</i>	<i>Mujeres solteras</i>	<i>Todas las mujeres</i>
1965	8	15	14	7	20	36	—	—	—
1973	16	25	10	9	10	30	74	564	239
1982	41	13	10	9	7	19	91	648	429
1990	46	15	10	4	6	20	88	527	389
<i>B. Menos padres: Porcentaje de hogares con un padre de todos los hogares con niños menores de 18 años</i>									
	<i>Todos los hogares con un padre</i>			<i>Hogares con un padre casado previamente</i>			<i>Hogares con un padre no casado antes</i>		
1970	13			12			1		
1980	21			18			4		
1990	28			19			9		
1994	31			19			12		
<i>C. Más padres: porcentaje de segundas nupcias y primeros matrimonios de todos los matrimonios</i>									
	<i>Primeros matrimonios</i>					<i>Segundas nupcias</i>			
1970	69					31			
1980	57					43			
1990	54					46			

CUADRO 4
(continuación)

D. Disminución del tiempo que los padres pasan en la familia: participación de las madres con hijos entre 6 y 17 y de menos de 6 años en la fuerza de trabajo



FUENTES: A1: *Statistical Abstracts of the United States*, 73, 76, 79; *ibid.* (1992), *ibid.* (1982-1983), 64; *ibid.* (1973), 52. A2: *Statistical Abstracts of the United States*, 77, 74, 68; U.S. Bureau of the Census, *Advance Data* (Washington, D.C.: GPO, 1995), 4, 5. A3: *Statistical Abstracts of the United States* 1995; 1992; 1986, 84; (1992), 74; (1986), 66. B: U.S. National Center for Health Statistics, *Monthly Vital Statistics Report* 43, no. 12 (1995): 13. C: *ibid.*, 10. D: Cherlin, *Public and Private Families* (Nueva York: McGraw-Hill, 1996), 298.



Tendencias religiosas en Estados Unidos: la politización de la derecha religiosa

*Jon P. Alston**

INTRODUCCIÓN

A pesar de que Estados Unidos no tiene una religión oficial, sus ciudadanos son sumamente religiosos, ya que este aspecto ha sido muy significativo desde antes que se fundara la nación; por ejemplo, Alexis de Tocqueville, durante su visita en 1830, notó que: “América todavía es el lugar donde la religión cristiana ha mantenido el poder real más grande sobre las almas de los hombres [...] La atmósfera religiosa del país fue lo primero que me impactó a mi llegada a Estados Unidos”.¹

* Departamento de Sociología, Texas A&M University. El autor agradece a Silvia Núñez García, a Arnold Vedlitz, Alex McIntosh, Ted Jelen y al Center for International Business Studies, por su ayuda y apoyo.

¹ Citado en Theodore Caplow, *American Social Trends* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich College Publishers, 1991), 66.

Este alto nivel de religiosidad continúa hasta nuestros días. Casi dos terceras partes de los adultos estadounidenses son miembros de alguna iglesia,² y el 40 por ciento asiste a servicios religiosos semanalmente;³ mientras que, en contraste, menos del 10 por ciento de los alemanes, franceses o británicos lo hacen. También los estadounidenses son más dados a creer en la divinidad de Cristo que los europeos;⁴ lo cual nos indica que bajo cualquier rasero, los estadounidenses son altamente religiosos.

Este enorme interés religioso se revela por un gran número de factores, además de las ya establecidas religiosidad y frecuencia de asistencia a la iglesia. Un ejemplo de la primera es que el 80 por ciento de toda la ayuda filantrópica privada se otorga a organizaciones religiosas. Más aún, aproximadamente el 6 por ciento de todos los libros impresos en Estados Unidos son de contenido religioso,⁵ de los cuales una proporción mayor son éxitos de librería (*best-seller*); asimismo, el 18 por ciento de todas las librerías son de naturaleza religiosa, a pesar de que la mayoría no son poseídas o controladas por ninguna organización de este tipo.⁶

² 68 por ciento de los estadounidenses hoy en día pertenecen a una iglesia o sinagoga específica. En 1947, eran 76 por ciento, lo que sugiere una espiritualidad más independiente *vis à vis* con la membresía a una iglesia. La proporción de estadounidenses que declaran tener una preferencia religiosa no ha cambiado mucho desde 1948. Los estadounidenses siguen siendo tan religiosos como lo eran décadas atrás, pero ahora les gusta menos identificarse con uno u otro cuerpo organizado. Véanse Theodore Caplow, Howard M. Bahr, John Modell, Bruce A. Chadwick, *Recent Trends in the United States 1960-1990* (Montreal: McGill-Queen's University Press, 1994), 279; Robert N. Bellah *et al.*, *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life* (Berkeley: University of California Press, 1985).

³ A pesar del cambio gradual hacia una identificación religiosa más conservadora, véase Dean Kelley, *Why Conservative Churches Are Growing* (Nueva York: Harper & Row, 1977); *idem*, "Why Conservative Churches Are Still Growing", *The Scientific Study of Religion* 17 (diciembre, 1978): 165-172; el asistir semanalmente a los servicios religiosos ha descendido en décadas recientes: de los protestantes en 1958 acudía un 44 por ciento, en 1986 eran 41 por ciento; de los católicos apostólicos romanos en 1958 iba un 74 por ciento; en 1986, 49 por ciento. El activismo de los conservadores protestantes se ha limitado a los asuntos político-seculares y no a los religiosos, a excepción del trabajo de misiones.

⁴ Caplow, *American Social Trends*, 66.

⁵ Caplow *et al.*, *Recent Trends...*, 280-282.

⁶ Para mayor información sobre la influencia de la religión en creencias específicas, véase el Apéndice de este trabajo.

LOS CICLOS DE LOS CUATRO GRANDES DESPERTARES

Esta vitalidad religiosa proviene de un diverso número de fuentes; en primer lugar, de la historia de Estados Unidos, la cual es de continuos renacimientos, que comprenden en gran parte asuntos seculares.⁷ Por ejemplo, la Guerra Civil de 1860-1865, puede verse como el resultado de una ola de renacimientos enfocados en el asunto de la esclavitud.⁸ El fervor religioso resurge y cambia su carácter de cada cuarenta a cien años, aproximadamente,⁹ o bien cada generación.

Estados Unidos ha experimentado cuatro periodos de entusiasmo religioso, llamados los Grandes Despertares. Cada uno de éstos se compone de tres ciclos o etapas.¹⁰ Los ciclos internos de cada gran despertar son: 1) el comienzo del gran entusiasmo religioso y la reorganización, que suele acompañar la aparición de cismas y nuevos grupos religiosos; es entonces cuando viene una segunda etapa; 2) en ésta los creyentes desarrollan nuevos parámetros éticos y principios teológicos, que conducen al involucramiento y a los intentos por reformar aspectos sociales y seculares de la sociedad. Estados Unidos actualmente está pasando por esta segunda etapa; luego vendrá la siguiente, la final, que es cuando 3) estos valores son progresivamente cuestionados y desafiados, por grupos nuevos, mientras que las coaliciones políticas, desarrolladas durante la segunda etapa, comienzan a declinar en cuanto a su influencia y sus seguidores (y en consecuencia decae el entusiasmo).

El primer gran despertar comenzó en 1730 y fue testigo del crecimiento de los nuevos grupos religiosos, los cuales subrayaron la "americanización" de los valores, en oposición a los lazos con Gran Bretaña. Este movimiento alentó a los norteamericanos de Estados Unidos a rechazar los lazos coloniales británicos y a promover una imagen de un "hombre nuevo", con lo cual destacaban la independencia de los norteamericanos de Europa y del pasado.

⁷ William McLoughlin, *Revivals, Awakenings, and Reform* (Chicago: University of Chicago Press, 1978).

⁸ Peter W. Williams, *America's Religions: Traditions and Cultures* (Nueva York: Macmillan, 1990).

⁹ Ted G. Jelen, *The Political Mobilization of Religious Beliefs* (Nueva York: Praeger, 1991); Paul A. Beck, "A Socialization Theory of Action of Partisan Realignment", en Richard G. Niemi et al., eds., *The Politics of Future Citizens* (San Francisco: Jossey-Bass, 1974).

¹⁰ Robert W. Fogel, "The Fourth Great Awakening", *The Wall Street Journal*, 9 de enero 1996, p. 14(A).

El segundo gran despertar comenzó alrededor de 1800, éste enfatizaba el emocionalismo individual (especialmente durante las reuniones religiosas celebradas al aire libre) y una visión de la naturaleza humana antipuritana y democrática,¹¹ básicamente buena a través de un estilo moral de vida y a partir de las creencias religiosas. Estos valores condujeron a un movimiento antiesclavista que culminó con la Guerra Civil (1860-1865). De este despertar también surgieron otros movimientos de reforma, tales como el movimiento de prohibición (*Prohibition Movement*). Asimismo, durante esta época nació el Partido Republicano.¹²

El tercer gran despertar comenzó durante 1890 como una reacción en contra de los males que ocasionaban la urbanización, la llegada de un número de inmigrantes sin precedente (la mayoría de los cuales se localizó en las grandes ciudades), la nueva crítica bíblica, el crecimiento de las ciencias naturales y sociales (especialmente el darwinismo) y las nuevas percepciones de la naturaleza humana *vis à vis* la sociedad (la psicología freudiana, el sistema de Dewey en la educación, los nuevos movimientos filosóficos provenientes de Alemania, etcétera).

Un componente muy importante de este nuevo despertar fue el cambio en la percepción de la pobreza, la cual se empezó a ver más como una consecuencia social, que religiosa; así, en este contexto, ya no se definió como la retribución por un comportamiento pecaminoso. Y entonces, la asistencia social fue vista cada vez menos como una recompensa a los pecadores y más como una forma de redistribución del ingreso, debido a las desigualdades y a la injusticia social. Las creencias, durante este despertar, también propiciaron los movimientos laborales entre las décadas de los años treinta y los cincuenta, el movimiento de los derechos civiles de los sesenta y los movimientos feministas de los setenta.¹³ Los reformadores religiosos tendían a estar vinculados con y a apoyar al Partido Demócrata.

¹¹ La naturaleza humana se definía: 1) en una manera democrática jacksoniana, destacando la igualdad de los creyentes y 2) en una lucha continua contra el mundo seglar. La educación era vista como un vehículo para el mejoramiento religioso. Se esperaba que los individuos buscaran su propia salvación.

¹² Fogel, "The Fourt Great Awakening".

¹³ *Ibid.*

Estados Unidos ahora está en su cuarto gran despertar, el cual comenzó en los años setenta. De acuerdo con Fogel,¹⁴ este nuevo renacimiento religioso destaca un antimaterialismo que rechaza muchos aspectos de la sociedad seglar, incluyendo el crimen, las maneras de autocomplacencia (drogas, alcohol), los nuevos esquemas de la familia y algunas formas de aspectos relacionados con la sexualidad (la educación sexual, el aborto, el divorcio, las relaciones sexuales premaritales y la cohabitación, la homosexualidad, la pornografía, etc.). También este despertar se caracteriza por un recelo hacia la mayoría de las instituciones seculares, tales como los medios masivos de comunicación, la educación, la cultura de masas y el gobierno en todos los niveles.

El presente movimiento conservador religioso en la política es parte de un ciclo continuo que considero se agotará por sí mismo, como todos los demás movimientos religiosos lo han hecho en el pasado. Aunque esto no significa que la actual politización de la derecha religiosa no tenga efectos a corto o largo plazo. Tal vez pueda tener consecuencias sobre una o más generaciones, si sus victorias políticas tienen alguna sustancia. Creo —sin contar con mucha información confiable— que la influencia de la derecha religiosa ha comenzado a menguar y, por lo tanto, su impacto no será revolucionario o extensivo.

Actualmente, la derecha religiosa ha atraído a muy pocos activistas, como para dejar una huella duradera en la sociedad. Además debemos recordar que ésta sigue siendo una minoría en Estados Unidos.

LA COMPETENCIA ENTRE LOS GRUPOS RELIGIOSOS

La segunda razón para esta vitalidad religiosa es que, al no haber una religión oficial, los distintos grupos religiosos deben competir unos contra otros; es decir, deben atraer feligreses, tanto como los negocios deben atraer a los clientes. En este sentido, las personas son “consumidores” de la religión y pueden elegir entre muchas alternativas.¹⁵ La competencia por conseguir miembros para cierta iglesia tiene varias consecuencias; por lo que los ministros deben encontrar qué es lo que

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Jerry Sholes, *Give Me that Prime-Time Religion* (Nueva York: Hawthorn Books, 1979).

atrae al mayor número de miembros potenciales y a partir de ello su interés debe ser mantenido. Esto por lo general ha significado que la orientación de las iglesias es muy local y que las organizaciones nacionales, con burocracias centralizadas y sistemas autoritarios, tienden a ser relativamente débiles.

Los católicos estadounidenses reflejan la misma independencia que los protestantes. Como resultado, los católicos “buscan” las parroquias locales que personalmente les parecen atractivas e ignoran ciertas enseñanzas papales cuando lo desean. Por ejemplo, la mayoría de los católicos no está de acuerdo con algunos pronunciamientos papales respecto a varios asuntos sociales, tales como el divorcio, la cohabitación, los segundos matrimonios, los ministros religiosos de sexo femenino, el aborto y los derechos de los homosexuales; aunque también sucede que algunos protestantes están en contra del aborto, y a veces mucho más, que los católicos estadounidenses.

LA COMPETENCIA ENTRE LOS GRUPOS PROTESTANTES

La tercera y más importante razón para esta vitalidad religiosa es que la religión no sólo está altamente fragmentada en diferentes e independientes grupos competitivos, sino que éstos tampoco tienen una conexión formal con el gobierno. De hecho, existe una gran preocupación de que la estricta separación entre la Iglesia y el Estado continúe.¹⁶ La derecha religiosa no está unificada en un partido político, a pesar de que su fortaleza política se basa en sus lazos con el Partido Republicano. Pero, ¿cuánto tiempo durarán estos lazos? No se puede saber exactamente, sólo se pueden hacer conjeturas.

De cualquier manera, esta separación tradicional entre el Estado y la Iglesia está siendo desafiada por grupos conservadores y protestantes fundamentalistas (generalmente evangélicos en la teología). Esta politización de los grupos religiosos conservadores es la que constituye el principal interés de este artículo.

¹⁶ Existen excepciones a esta condición social, sobre todo en la educación, donde los fondos del Estado se utilizan para apoyar programas escogidos de las escuelas religiosas.

RELIGIÓN Y ACTIVISMO POLÍTICO

Motivados por un discurso dogmático social (*Social Gospel*), los liberales religiosos creían que 1) los males sociales también eran males religiosos; 2) las personas religiosas deberían intentar reformar la sociedad para hacerla mejor; y 3) que las personas religiosas deberían utilizar sus influencias e instituciones políticas para reformar los males sociales.

Estos tres puntos son importantes en tanto que alentaban a los liberales religiosos a sentir que los males sociales deberían ser cambiados por medio del activismo político y seglar. El desarrollo de muchos movimientos de reforma social durante las primeras dos terceras partes del siglo XX, tales como los derechos civiles, la asistencia social y el movimiento antibélico respecto de Vietnam, entrañaban motivos religiosos y eran apoyados por parte de organizaciones de iglesias locales y nacionales. En esencia, los liberales religiosos estaban decididos a politizar su moralidad.

En ese momento, las preocupaciones morales conservadoras eran principalmente privadas. Y, a menudo, a los conservadores religiosos les bastaba con retraerse de la sociedad. De esta forma, los testigos de Jehová, fundados a mediados de 1880, se rehusaban a saludar a la bandera nacional, asistir al servicio militar, a votar y a celebrar las fiestas más importantes, así fueran seculares o religiosas (la navidad, el día de acción de gracias, etc.). De hecho sus miembros todavía son presionados a limitar sus amistades, dentro de la comunidad con otros miembros, con excepción de las actividades misioneras. El grupo de los testigos de Jehová es un ejemplo típico de una reacción antimodernista de finales del siglo XIX y principios del XX.

Este retraimiento social se debía entonces a varios factores. Uno era que los conservadores generalmente estaban aislados ya sea en comunidades granjeras, villas pequeñas o en la región sureña de Estados Unidos. Aunque los patrones de migración, especialmente durante y después de la segunda guerra mundial, eliminaron este aislamiento cultural, como también lo hizo el crecimiento de los estándares de educación. Otro elemento fue que muchos cuerpos de conservadores se disgustaban entre sí, puesto que competían por los mismos miembros. En esa época no había manera de organizar esas congregaciones, tan diferentes y frecuentemente tan aisladas, en parte porque había muy

poca comunicación entre los miembros de los diversos grupos protestantes conservadores. Otra de las causas de este aislamiento eran las diferencias teológicas. Los bautistas del sur, los luteranos, los evangélicos, los cristianos renacidos (*born again christians*) —los campbelitas, los carismáticos, los pentecostales, y los grupos de la Santidad, en general (*holiness groups*), por nombrar sólo algunos de los más importantes—, cada uno de ellos tenía teologías distintas y diferencias de comportamiento que imposibilitaban los propósitos comunes. Los bautistas sureños, por ejemplo, tradicionalmente han evitado el activismo político; los grupos de culto a la Santidad han fomentado el don de lenguas y la curación por medio de la fe; los luteranos ponen énfasis en hacer los sermones dominicales más intelectuales.

Una tendencia importante que comenzó a finales de la década de los años setenta fue que las divisiones teológicas entre los conservadores pasaron a ser menos importantes, por lo que la cooperación se hizo posible. Los ministros que daban el servicio por la televisión fueron en parte los responsables del desarrollo de las audiencias masivas y de que los elementos comunes de todos los grupos de la derecha religiosa se enfocaran en su oposición al liberalismo. Por ejemplo, los bautistas sureños fueron capaces de unirse a los mormones (iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días) en los movimientos políticos en contra de la Enmienda de los Derechos Iguales y los Derechos de los Homosexuales, a pesar de que los bautistas creen que los mormones no son cristianos. Los mormones, asimismo, acabaron con su posición retraída hacia otros grupos religiosos y hacia la sociedad en general.

Las organizaciones nacionales de las principales iglesias¹⁷ comenzaron a dedicar más y mayores recursos a las preocupaciones puramente seculares,¹⁸ tales como ayudar a los pobres, reducir las tensiones raciales, los derechos de las mujeres y los programas de autodesarrollo (consejeros matrimoniales y para el divorcio, etcétera).

¹⁷ Los principales grupos religiosos incluyen a los episcopales, los metodistas unidos, los luteranos presbiterianos, los discípulos y la iglesia unida de los cuerpos de Cristo. Las iglesias protestantes más importantes incluyen aproximadamente a un 35 por ciento de la población. Véase Clark Wade Roof y William McKinney, *American Mainline Religion: Its Changing Shape and Future* (Rutgers: State University Press, 1987).

¹⁸ Robert S. Ellwood, *The Sixties Spiritual Awakening* (Nueva Brunswick: Rutgers University Press, 1994).

La posición conservadora común hacia los males sociales anterior a los años setenta insistía más en la salvación personal que en la reforma política, era mejor convertir a individuos que participar en movimientos políticos; se recomendaban más los esfuerzos misioneros por medio de la evangelización, que la acción política. Aunque había excepciones significativas, tales como los intentos por censurar materiales como ciertos libros de las bibliotecas, los contenidos de algunos cursos (por ejemplo, el creacionismo) y la industria del entretenimiento (la música y las películas), la prohibición del alcohol y las leyes que prohíben el trabajo, el comercio y las fiestas durante el domingo (*Sunday "blue" Laws*), pero, en lo fundamental, las movilizaciones políticas de los conservadores religiosos eran locales más que nacionales.

En el Cuadro 1 se presentan los contenidos de los sermones de las iglesias conservadoras y liberales durante 1984 en una ciudad del medio oeste, según Johnson y Tamney.¹⁹ El cuadro muestra que tanto liberales como conservadores estaban muy ansiosos por discutir asuntos seculares durante los servicios religiosos y qué tan seguido se incluían asuntos sociales en los sermones.

CUADRO 1
PORCENTAJE DE LAS VECES Y LOS ASUNTOS MENCIONADOS
EN LOS SERMONES

<i>Asunto</i>	<i>Liberales</i>	<i>Conservadores</i>
Alto a las actividades nucleares (<i>nuclear freeze</i>)	63	20
Ley para cerrar plantas	21	16
Enmienda para predicar en la escuela	42	64
Política centroamericana	50	23
Acción afirmativa	42	23
Ley antidiscriminación de homosexuales	25	47
Enmienda de Derechos Iguales	58	58
Regulaciones al aborto	29	36

¹⁹ Stephen D. Johnson y Joseph B. Tamney, "The Clergy and Public Issues in Middletown", en Johnson y Tamney, eds., *The Political Role of Religion in the United States* (Boulder: Westview Press, 1986).

Si bien los ministros liberales y conservadores se encontraban en polos opuestos en la mayoría de los asuntos,²⁰ está claro que todos discutían asuntos seculares durante los servicios religiosos, dado que es la misma religión en Estados Unidos la que siempre ha estado involucrada en asuntos seculares y así sigue siendo actualmente, la diferencia hoy es que el activismo político parece ser la prerrogativa de la derecha religiosa, mientras que antes de 1980, el activismo religioso estaba cerca de ser el monopolio de los liberales religiosos.

LA POLITIZACIÓN DE LA DERECHA RELIGIOSA

¿Qué fue lo que condujo a este cambio radical? El activismo por parte de los elementos religiosos liberales tal vez haya contribuido a su propia ruina. Dean M. Kelley²¹ ha propuesto que este activismo *per se* alentó a los moderados y a otros a la búsqueda selectiva de congregaciones que otorgaran mayor importancia a temas religiosos y más personales, más que a temas sobre reformas políticas. Aunque esta tesis aún es debatida, es posible que un tercio de los miembros de las congregaciones liberales se hayan cansado del activismo político y desearan un ambiente religioso más intenso, tal como el proveído por las iglesias conservadoras de los años setenta y los ochenta.

Los hijos de muchos de los miembros liberales también se aburririeron con las orientaciones primordialmente seculares de sus iglesias y se volvieron miembros inactivos de las congregaciones a las que pertenecían sus padres. Otros enfocaron sus esfuerzos en actividades más locales, tales como los comedores gratuitos, asesorar a estudiantes (mentores) y otras por el estilo. En esencia, muchos estadounidenses se desilusionaron de la religión organizada, especialmente los religiosos liberales. El Cuadro 2 muestra datos de encuestas nacionales que indican este desencanto de la religión institucional,²² si bien la religiosidad personal no ha disminuido de manera similar.

²⁰ Por ejemplo, 80 por ciento del clero liberal estaba a favor de la Enmienda por los Derechos Iguales, 60 por ciento del clero conservador en las iglesias conservadoras estaba en contra de esa misma enmienda. Véase Johnson y Tamney, "The Clergy...", 56.

²¹ Kelley, *Why Conservatives Churches...*, e *idem*, "Why Conservative Churches..."

²² Richard G. Niemi, John Mueller y Tom W. Smith, *Trends in Public Opinion: A Compendium of Survey Data* (Nueva York: Greenwood Press, 1989).

CUADRO 2

<i>Asunto</i>	<i>Años y porcentajes de asentimiento</i>			
¿Es usted miembro de un grupo religioso?	1974	42	1987	30
¿Confía mucho en la religión organizada?	1973	35	1988	20
¿Se debería permitir hablar a los antirreligionistas?	1954	37	1988	70
Asistencia a la iglesia una o más veces a la semana	1972	34	1988	26
Creencia en la vida después de la muerte	1944	76	1988	74
¿Cree en Dios?	1944	97	1986	95
Porcentaje de las personas que dicen que la Biblia fue escrita por los hombres y que no vale mucho hoy día	1964	1	1987	1
Porcentaje de quienes rezan varias veces al día	1972	27	1988	24
Porcentaje de quienes no tienen una preferencia religiosa	1972	5	1988	8
¿Votaría ud. por un ateo para presidente?	1958	18	1987	44

Si esta tesis es válida, entonces una reacción similar en contra del activismo político conservador también tendrá lugar en las próximas décadas. Esto es, los conservadores se desilusionarán cada vez más del activismo político, según yo considero.

Otra de las razones para el cambio hacia el activismo político conservador tuvo lugar durante las décadas de los años sesenta y setenta. Un número de ministros conservadores comenzó a tener muchos seguidores (por medio del uso de la radio y especialmente de la televisión), incluso algunos fueron capaces de utilizar su influencia para desarrollar agendas nacionales. El primer ministro conservador en politizar la moralidad personal fue Jerry Falwell, quien organizó la Mayoría Moral en 1979. Él tenía la habilidad de explotar la aversión de la derecha religiosa hacia el surgimiento nacional de las políticas de las minorías, tales como los derechos de los homosexuales y el movimiento feminista. Los escándalos fueron la causa del colapso de la Mayoría Moral en 1989.

En la actualidad, el más importante de estos evangelizadores de la televisión es Pat Robertson, quien pronto en su carrera desarrolló sus

ambiciones políticas. Además de sus mensajes religiosos, Robertson tomó ventaja de la coyuntura de la antipatía del público hacia cuestiones tales como el gobierno, el liberalismo en la educación y el temor hacia el socialismo-comunismo. Él y Falwell, junto con otros, se dieron cuenta de que los mensajes populistas-religiosos podían ganar grandes audiencias, desencantadas con el statu quo seglar; y esta captación de audiencias permitió a diversos y previamente aislados grupos locales percibir que tenían intereses en común, tales como la oposición al comunismo, a los asuntos liberales en las escuelas, a los derechos de los homosexuales, el feminismo, el aborto y su apoyo a las actitudes anti-negros, antiinmigrantes y antisemitas.

Pat Robertson descubrió que su estrecha relación con un solo grupo religioso debilitaba su candidatura a la presidencia de Estados Unidos, en consecuencia, organizó —y todavía apoya— la Coalición Cristiana, encabezada por Ralph Reed, quien ha tenido mucho éxito en recaudar fondos y en organizar a los conservadores protestantes para la acción política local y nacional.

La Coalición Cristiana está dedicada a los asuntos políticos, así, ha hecho concesiones morales con el fin de ganar victorias políticas.²³ Reed también ha sabido llegar a los conservadores económicos, mediante el ataque a los programas de asistencia social, al gobierno en general y al auspiciar la reducción de impuestos.

Otros después han copiado sus estrategias políticas, por ejemplo la de desarrollar bases de datos de potenciales contribuyentes y activistas. Esto lo han hecho los activistas en contra del aborto, algunos de los cuales son muy extremistas. Éstos, precisamente por ser tan radicales, podrían en un momento dado debilitar el movimiento conservador, puesto que los más moderados rechazan ese comportamiento.

El éxito del televangelio fue originado por los conservadores religiosos quienes eran, y siguen siendo, más capaces para usar los medios masivos de comunicación y las tecnologías relacionadas con los mismos,²⁴ que los grupos más liberales.

El logro de una audiencia nacional conservadora fue incentivado por los cambios en la sociedad general. Si bien la declinación de la

²³ Fogel, "The Fourth Great Awakening".

²⁴ Laurence R. Moore, *Selling God: American Religion in the Market Place of Culture* (Nueva York: Oxford University Press, 1994).

importancia de las diferencias teológicas fue un factor importante, otro ímpetu para la politización de la derecha religiosa fue la visibilidad cada vez mayor de ciertos grupos que le eran hostiles,²⁵ dado que los conservadores religiosos estaban dispuestos a ver en sus aparatos de televisión demostraciones de homosexuales y feministas. Además de ello, el pensamiento liberal se veía reflejado en las políticas nacionales del gobierno: la asistencia social, el derecho al aborto (el caso *Wade vs. Roe*), las leyes antidiscriminación y la limitación a la predicación en las escuelas financiadas con fondos estatales.

Estos dos factores, la visibilidad de aquellos asuntos y el televangelio, hicieron posible que lo que antes eran valores aislados, privados y locales, se convirtieran en asuntos nacionales. Ahora, los conservadores religiosos percibieron no sólo la dimensión de su estatus de minoría, sino también pudieron ver, y les dijeron, qué tanto estaban amenazados sus valores. Los televangelistas nacionales podían ahora movilizar a los seguidores nacionales del conservadurismo religioso, que tuvieran deseos de unirse a otros para defender sus amenazados valores y estilo de vida.

Como resultado de los factores mencionados arriba, la derecha religiosa es ahora una poderosa fuerza política, principalmente apegada a un partido político. Actualmente hay cerca de ochenta millones de personas identificadas como conservadores religiosos (incluyendo grandes cantidades de católicos romanos y miembros de los cuerpos protestantes principales).²⁶ Esta cifra es casi la tercera parte del electorado y los partidos políticos deben complacer a esta gran minoría para ganar su voto y apoyo financiero. Mientras que el 74 por ciento de los conservadores religiosos votaron por los republicanos en las elecciones de 1994, el 26 por ciento restante es vital para el Partido Demócrata.

No puedo enfatizar demasiado la importancia de la habilidad de la derecha religiosa conservadora para organizarse nacionalmente, para conseguir audiencias masivas nacionales y para organizar actividades a nivel nacional. Tales fenómenos eran del dominio de los liberales durante el movimiento de los derechos civiles y el movimiento contra la guerra de Vietnam, pero ahora los conservadores tienen bases nacionales de acción, mientras que los liberales no tanto.

²⁵ Jelen, *The Political Mobilization...*, 150-151.

²⁶ Fogel, "The Fourth Great Awakening".

Un ejemplo de esta influencia nacional es el caso del aborto. Las organizaciones conservadoras han sido capaces de elevar el aborto a nivel de asunto de importancia nacional y éste se ha convertido en la prueba de fuego para los políticos conservadores. Las organizaciones nacionales en contra del aborto han llegado a hostigar y hasta asesinar a doctores que lo practican, a hacer demostraciones frente a las clínicas donde se llevan a cabo e incluso han llegado a incendiarlas.

Sin embargo, la mayoría de los estadounidenses aprueban el aborto de alguna manera. El 60 por ciento cree que el aborto debería ser un asunto privado entre una mujer y su doctor. El 28 por ciento cree que el aborto debería ser legal cuando el embarazo es resultado de violación, incesto, o bien cuando la vida de la madre está en riesgo. Sólo el 10 por ciento siente que el aborto debería ser ilegal en todos los casos.²⁷

El tema del aborto es significativo. La derecha religiosa conservadora es una minoría numérica en términos de valores y actitudes, sin embargo su influencia nacional ha sido mucho más grande que lo que representa su número actual. Esto no durará en la medida en que más ciudadanos moderados se movilizan y llamen también a la acción a sus representantes en el gobierno.

CONCLUSIONES

Mis conclusiones son que la derecha religiosa obtendrá victorias seculares y políticas en las próximas décadas, aun a pesar de que sólo cuenta con el 15 por ciento de la población de Estados Unidos y con un tercio de aquellos que votan en las elecciones políticas.

Su dedicación, entusiasmo por el trabajo y por su causa, sus aliados, sus recursos materiales y sus habilidades para organizarse les permitirán obtener éxitos en muchas áreas, incluyendo el aborto, la educación (el creacionismo, los libros de texto de historia de Estados Unidos, la educación sexual, la prohibición y censura de libros —como en las bibliotecas públicas y escolares—, los derechos de las mujeres y la educación) y la censura de la cultura de masas (la pornografía, el apoyo del

²⁷ *The Wall Street Journal*, 8 de diciembre 1995, p. 1(A), col. 5.

gobierno a las artes, la música popular, la violencia en los programas de televisión, particularmente en los programas infantiles).

Sin embargo, sus victorias sociales y políticas debilitarán su fervor y dedicación religiosos, tal como sucedió con los liberales religiosos, según Dean M. Kelley.²⁸ A largo plazo, los miembros de la derecha conservadora se desencantarán del activismo político y regresarán a las actitudes más locales y menos políticas. Los conservadores moderados ya están comenzando a cuestionar algunas de las actividades de los más radicales, especialmente en las áreas de política local, educación y el aborto.

Las inevitables rencillas políticas y el desarrollo de facciones entre los miembros de la derecha religiosa conservadora, en parte debido a sus éxitos, reforzarán la ética tradicional del individualismo, alentando a sus miembros a interesarse cada vez más por los problemas individuales, tal como sucedió con la facción liberal.

Ya hemos visto el fin de la Mayoría Moral de Falwell en 1989 y el fracaso de la candidatura presidencial de Pat Robertson, también se ha dado una creciente (y efectiva) reacción en contra de los candidatos "subrepticios"²⁹ en el nivel local (notable en las juntas escolares y los concejos de la ciudad).

Hay que recordar que la politización del protestantismo conservador comenzó en 1972, durante la elección para presidente de Jimmy Carter, pero donde los conservadores religiosos fueron esenciales fue para la elección de Ronald Reagan y tal vez para la derrota de varios senadores liberales. Existen algunas dudas respecto a qué tanto influyeron los conservadores religiosos en las elecciones de 1980, como alguna vez se creyó,³⁰ e incluso desde mucho antes.³¹ Así, en futuras elecciones presidenciales se verá si la derecha religiosa, como una fuerza política, estará restringida a un periodo de dos décadas o menos.

Los mensajes conservadores, populistas, tal vez no sean del dominio exclusivo de la derecha religiosa, tal como lo ha ilustrado un presidente

²⁸ Kelley, *Why Conservative Churches...*, e *idem*, "Why Conservative Churches..."

²⁹ Los candidatos subrepticios son candidatos políticos motivados religiosamente, quienes ocultan el apoyo de sus iglesias y sus agendas políticas extremistas inspiradas por la religión.

³⁰ Seymour Martin Lipset y Earl Raab, "The Election and the Evangelicals", *Commentary* 71 (1981): 25-31.

³¹ Albert J. Menendez, *Religion at the Polls* (Filadelfia: The Westminster Press, 1977).

más secular como Bill Clinton. El ciclo del vínculo entre la religión y la política pronto declinará y nuevos actores surgirán en el escenario político.³² La próxima etapa marcará el interés de miembros de la derecha religiosa que cada vez estarán más interesados en los problemas del individuo, incluyendo la salvación individual y los asuntos locales de la comunidad. Esto alentará a los conservadores religiosos, una vez más, a centrarse en cuestiones personales y locales. La “generación del yo” (*me generation*) de la cual criticamos los elementos liberales encontrará cada vez más partidarios de la derecha religiosa.³³

APÉNDICE
QUÉ TAN IMPORTANTE ES LA RELIGIÓN
EN LA FORMACIÓN DE VALORES SELECTOS*

<i>Asunto</i>	<i>porcentaje de personas cuya posición no juega ningún papel en la toma de sus decisiones</i>
Transporte escolar	70
Quema de la bandera	66
La pena de muerte	64
Acción afirmativa	61
Aborto	58
Homosexualidad	55
Pornografía	54
Divorcio	43

* Tomado de James Patterson y Peter Kim, *The Day Americans Told the Truth* (Nueva York: Prentice Hall Press, 1991), 200.

³² Jelen, *The Political Mobilization...*

³³ Bellah *et al.*, *Habits of the Heart...*; Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism* (Nueva York: Warner Books, 1979).

El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá: Tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio, de Mónica Vereza Campos y Silvia Núñez García (coordinadoras), editado por el Departamento de Ediciones del CISAN-UNAM, se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de junio de 1997. La producción editorial estuvo a cargo de Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V., Insurgentes Sur 1700, 6o. piso, col. Florida, 01030, México, D.F. En su composición se usaron tipos Garamond y Arial de 9, 10, 11, 14 y 25 puntos. Se tiraron 500 ejemplares más sobrantes, sobre papel cultural de 90 gramos. La edición estuvo al cuidado de Teresita Cortés Díaz y Astrid Velasco Montante.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE

AMÉRICA DEL NORTE



UNAM



CISAN

Torre de Humanidades II, 11^o piso, Cd. Universitaria,
México, D.F. C.P. 04510
Tels. 623-0300 al 09
Fax: 550-0379



ISBN 968-36-5928-4



9 789683 659286